



Fernando Maura

**UNA ACUARELA
EN SOLÓRZANO**

Antonio Maura –quien fuera presidente del Consejo de Ministros en cinco ocasiones a lo largo del reinado de Alfonso XIII– y el anarquista Andrés Cuevas, conviven en esta novela histórica cuya acción se sitúa en el verano de 1914.

En este vibrante relato, descubrimos al político conservador en la localidad cántabra de Solórzano, en la que veranea. Mientras pinta una acuarela, acudirán a su memoria recuerdos de todo orden que han jalonado su vida tanto política como familiar, sin olvidar su carrera como abogado, su pasión por la pintura o la nostalgia de su Mallorca natal. En paralelo, seguiremos los pasos de Andrés Cuevas en su recorrido por los parajes santanderinos, a los que acude con el objetivo de atentarse contra Maura. El anarcosindicalista también recordará su infancia en Almería, su vida en Barcelona, el ingreso en la Escuela Moderna fundada por Ferrer Guardia –que sería ejecutado como responsable de la Semana Trágica, lo que acabaría con el «Gobierno Largo» de Antonio Maura–, su experiencia durante los sucesos de 1909, su huida de España, su estancia en prisión...

FERNANDO MAURA

Una

ACUARELA

en SOLÓRZANO

Una vibrante novela que narra el cruce de caminos entre el presidente del Consejo de Ministros, Antonio Maura, y el anarquista que tenía un único objetivo: atentar contra su vida, ¿lo conseguirá?



Fernando Maura

UNA ACUARELA EN SOLÓRZANO

Primera edición en Almuzara: septiembre de 2020

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. Recogía sus bártulos
- II. Andrés Cuevas había viajado
- III. Ordenando –de modo meticuloso
- IV. La organización local anarquista
- V. No resultaba fácil
- VI. Recorría entonces Cuevas
- VII. Una de las posibilidades
- VIII. Saturnino (apenas si Cuevas
- IX. También dispondría Maura
- X. Saturnino era de parca palabra
- XI. Ya por completo dado de alta
- XII. Era Solórzano
- XIII. Le habían dicho
- XIV. Saturnino fumaba incesantemente
- XV. Esbozaba el carro
- XVI. Era asturiano, Saturnino
- XVII. La técnica de la acuarela
- XVIII. Pedro Sierra, a quien su compañero
- XIX. Podían representar las pinturas
- XX. Pasaría Sierra por un anarquista
- XXI. Con amar tanto su arte
- XXII. Era amigo Saturnino
- XXIII. Contribuía al descanso pictórico
- XXIV. Ricardo Mella

XXV. Consideraba Maura
XXVI. Saturnino volvería a su silencio
XXVII. Había gran fe en las virtudes
XXVIII. Ricardo Mella, el pensador libertario
XXIX. Recordaría también Maura
XXX. Estaba claro que Ricardo Mella
XXXI. Acudía Maura a Carranza
XXXII. Mella –aquel teórico anarquista
XXXIII. Pintaría Maura
XXXIV. En aquellas andanzas
XXXV. Como hidalgo cervantino
XXXVI. En muchas ocasiones
XXXVII. Uno de los más rápidos apuntes
XXXVIII. En su estancia carcelaria
XXXIX. En la isla de Santoña
XL. No debería, sin embargo
XLI. Desde 1912
XLII. Era, según Lorenzo
XLIII. Un día, Maura
XLIV. El personal de prisiones
XLV. Pilotado por su hermano menor
XLVI. Se preguntaba Anselmo Lorenzo
XLVII. Desde que el incremento
XLVIII. Para Lorenzo, la anarquía
XLIX. Guisando. A aquel paraje
L. Era el drama del anarquismo
Final. Y ahí estaba Andrés Cuevas
Agradecimientos
Bibliografía
Acerca del autor

Se dice que, entre otras cosas, el parentesco constituye una oportunidad para la amistad. Este libro está dedicado a mi amigo Alfonso Pérez-Maura, que es además el único referente de unión de nuestra heterogénea familia.

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

FRANCISCO DE QUEVEDO



En esta fotografía podemos ver a Francisco Maura, hermano de don Antonio –en primer plano–, y al político, pintando a la acuarela.

Capítulo I

Recogía sus bártulos para la pintura esa mañana de verano en el santanderino pueblo de Solórzano. Había amanecido el día con esa turbiedad nebulosa que es característica en el norte, pero la atmósfera se despejaba apuntando a que el resto de la jornada tuviera más luz que en su alborada. Había elegido un paisaje donde alguna construcción derruida se acostaba al amparo de una montaña y un carro desvencijado –en un primer plano– acentuaba el carácter triste y desalmado del conjunto. Sólo la poderosa roca permitía adivinar la fortaleza de aquella tierra a la que el tiempo y las inconstancias de los hombres no serían capaces de arrebatarse la potencia que los siglos pasados conceden a los venideros.

Así estaba en realidad su querida España. Alguien quiso en ese paraje construir un edificio y algún otro (siquiera la negligencia humana ante el corruptor paso del tiempo) lo había deshecho o dejado caer; alguien habría utilizado aquella carreta para la realización de cualquier porte, pero

destrozada la rueda, hundida en algún obstáculo del terreno, había preferido dejar que el sol, el agua y el viento, y las heladas del invierno, acabaran por pudrirlo. Y nadie se había molestado en retirarlo.

El trabajo de los hombres carecía de continuidad. Sólo España, como la roca de esa colina de Solórzano, resistía.

Le gustaba pintar porque la pintura le descansaba y distraía mucho más que leer. Un libro, cuando no absorbe la atención del lector, no impide la presencia de sus preocupaciones; y, al cabo de un rato, se lee maquinalmente, sin deleite ni fruto. Y si la absorbe, si verdaderamente interesa, una de dos: o va en la misma dirección que nuestro pensamiento, y en tal caso alimenta y aviva ideas de cuya compañía habíamos querido transitoriamente alejarnos, o las combate y pugna por las contrarias, excitándonos inexcusablemente a la controversia y a la lucha. Mientras que, por el contrario, la pintura, cosa tan diversa del quehacer cotidiano, con la elección del objeto, la fijación del punto de vista, la apreciación de la luz, la combinación de los colores, la frecuente rectificación de líneas y matices, no deja resquicio por donde se cuele preocupación que de ella misma no venga.

Y así era, por cierto. Pero algo barruntaba don Antonio, de modo que esa mañana dedicada a la pintura al agua no le distraería del todo de sus habituales preocupaciones, de sus pensamientos... de la familia de su madre, por ejemplo, los

Montaner: artistas algunos de la pintura, muestra que seguía brotando de sus arietes hereditarios. Sin embargo, tuviera o no su afición pictórica origen familiar, en el fondo, el político mallorquín siempre había tratado a su obra con una cierta displicencia. Un agradable modo de pasar el tiempo.

Los Montaner eran, ante todo, su madre, Margarita. Una mujer serena, espiritual. El pelo color plata venido a las sienes; grandes ojos grises abstraídos, serenos y profundos; modesta, pero altiva; de palidez marfileña; trabajadora, fuerte, valerosa, abnegada, prudente, que infundía gran respeto a toda su descendencia. En sus últimos años (había fallecido ella a los 86, en 1903) se veía limitada para andar y permanecía sentada en su butaca.

Llegaría a alumbrar diez hijos, a quienes formó en un ambiente connatural a la creación artística, pero de vivencia y austeridad cristiana, determinada por las limitaciones correspondientes a sus circunstancias: las del negocio de curtiduría establecido en su propia casa mallorquina. No fueron, lo que se dice, ricos ni los Maura ni los Montaner.

Y la pintura florecería en esa familia de la mano de su tío materno, Francisco Montaner y Llampayes quien, habiendo estudiado en Roma, marcaría el camino a su sobrino Francisco Maura y Montaner, quien se formó como pintor allí. Y su madre y su familia arrojaban sobre Maura el recuerdo siempre nítido de su casa de Mallorca, donde transcurrirían los catorce primeros años de su vida.

El número 40 señalaba la puerta de la casa; en poco se distinguía ésta de sus vecinas: fachada lisa, encalada, con sus persianas verdes, sin la menor pretensión de grandeza. Una puerta pequeña, barnizada, de madera y encuadrada en un marco de piedra lisa daba acceso al portal, pequeño también, embaldosado en blanco y negro como un gran tablero de ajedrez. A la derecha del mismo arrancaba una escalera independiente que llevaba al piso de sus padres. Le daba entrada una puerta de pino, pulcramente barnizada, a un lado de la cual colgaba un llamador formado por barritas de latón colgando y rematadas en una anilla tan escrupulosamente limpia que parecía de oro. Al tirón respondía el tintinear de una campanilla, respetando la tradición y desdeñando los sustitutos eléctricos. Abierta la puerta, ésta daba acceso a un gran *hall*, con viejos y pulidos muebles, antiguos cuadros y el techo sostenido por grandes y ennegrecidas vigas. Al fondo se abría la entrada a la salita donde se congregaba la familia, como estancia más acogedora, con más luz y amueblada a la moda de entonces.

La galería de cristales de la fachada posterior de la casa miraba al mar, dominando gran parte de la bahía. La brisa del mar daba de lleno y el aire marino luchaba, no siempre con ventaja, con las emanaciones de las tenerías.

La recordaba perfectamente el ahora político mallorquín. En la parte baja del inmueble, en sus dos primeros pisos –que realmente fueron uno por la estructura de arcos de piedra de marés que sostenían el resto de la edificación–, el espacio

estaba dedicado al tratamiento de las pieles del negocio de curtidos. En origen, este lado de la casa, como la calle principal era la de Calatrava, no contaba con puerta de acceso a la plaza que daba al mar, pues la seguridad no lo aconsejaba. Años después, el devenir del negocio familiar aconsejó abrir una gran portalada que daba a la plaza de Francisco Pizarro.

Eran los porches y terrado de esa casa donde don Antonio pasó ensimismado su infancia, apenas interrumpida por estancias en Biniamar, de visita a su primo Juan Maura, atalaya y observatorio abierto sobre las actividades del puerto y desde donde se podía vigilar la actividad marinera, haciéndole comprender al que sería más tarde presidente del Consejo de Ministros la importancia vital de una buena red de comunicaciones marítimas.

Días felices para don Antonio y su larga familia en aquella casa en la que se divisaba el Mediterráneo, porque desde su terraza y con el auxilio de un largo catalejo o de unos gemelos marinos, se veía perfectamente (y lo recordaba Maura, con algo así como una media sonrisa que se dibujaba en su boca) la blanca vela del barco, remolcado a muy prudente distancia, y la columna de espuma lechosa que levantaban los proyectiles al caer en el mar más o menos lejos del objetivo. Eran las demostraciones de la armada de la época. El estruendo del disparo, la humareda de la pólvora, la incertidumbre que todo ello llevaba aparejado (confirmado el día en que el cierre de uno de los cañones

vino a parar casi a la azotea, como un antecesor de los V2) entusiasmaba sus imaginaciones infantiles.

¡La marina de guerra en España! Aquellos buques que sólo podían pelear arbolando por insignia el Evangelio, esto es, pidiendo al enemigo que cuando de él recibiera daño en un costado, presentara el otro, como el buen cristiano la segunda mejilla, porque si no era manso el adversario y contestaba a la agresión, se acabaría enseguida, por ejemplo, el principal navío de guerra que llevaba por nombre Reina Regente.

Tenía su importancia internacional el asunto de la armada. Un capitán americano, de apellido Mahan, escribió que el dominio de los mares significaba el control del mundo. Sus escritos modificaron la visión antibelicista que había presidido la actuación de Estados Unidos y constituiría antecedente necesario de la guerra de Cuba.

El caso de España era más paradigmático si cabía; España no había de tener agresiones sino por el mar y, si las padeciera por tierra, sólo con el auxilio de las fuerzas navales se podría defender. Por consiguiente, estar sin fuerza naval era tanto como dimitir de la soberanía.

Incluso, con antelación a la obra de Mahan, había llamado la atención Maura en el Congreso sobre los asuntos navales en las primeras veces que, como diputado, tomó la palabra en los años 1880, planteando la profunda conexión del poder

naval con la política internacional. No se trataba de lanzar como fuera una flota a los mares, sino de determinar previamente la política exterior a la que la flota había de servir; lo que, a su vez, determinaría los servicios de la administración que debían mantenerla.

Una marina que él quería eficaz y capaz de proteger no sólo a la Península y las islas vecinas sino también, y sobre todo, a los archipiélagos de las Antillas y las Filipinas y sus líneas de comunicación con la metrópoli.

¿Y qué hacía España ante un problema que tenía características tan graves como el que se situaba en el núcleo principal de su soberanía? Apenas nada, el presupuesto naval continuaba siendo una asignación para empleados públicos; el despilfarro ostentoso de un hombre que conserva al cochero pero sin el aditivo del coche.

Y no, no resultaba imposible. Si la aritmética que le enseñaron de niño no había sido derogada, sería suficiente con el solo dinero que fatalmente, conocidamente, había sido arrojado, no se sabía muy bien dónde... no al mar, porque si al mar fuera, quizás tuviera por acaso figura de flota. Una armada verdadera.

Lo decía Maura, lo confirmaba Silvela, lo pretendían impulsar los políticos que seguían a don Antonio... era precisa una Ley de la Escuadra. Un texto legal que tendría por objeto dotar a España de lo que algunos años después

tomaría por nombre el de «fuerza disuasoria», y robustecerla como potencia fundamentalmente marítima, colmando el vacío creado por el *Desastre* de 1898, la pérdida de las últimas colonias españolas en ultramar.

En tal iniciativa acompañaría a Maura la actitud unánime de seguidores y antagonistas. Y era que, de hecho, los designios internacionales de la oposición del Partido Liberal estarían de acuerdo con los conservadores; en todo caso, las garantías sobre la seguridad y la integridad de España eran punto de interés común para todos los partidos.

Esta coincidencia entre las diferentes formaciones políticas se repetiría felizmente en noviembre del mismo año 1907, cuando el entonces jefe conservador llevase a las Cortes su proyecto de ley de Operaciones Marítimas y Armamentos Navales, a fin de que su discusión alternase con la de Administración Local, arco de bóveda esta última de su deseada regeneración política. El proyecto marino tenía por finalidad la organización de los institutos y servicios de la Armada, la habilitación completa de las bases navales y la construcción, graduada en el tiempo y en el coste, de una Escuadra que viniese a llenar el vacío creado por el *Desastre*.

En su defensa parlamentaria del proyecto de ley de la Escuadra, diría Maura: «Nadie habrá advertido en ninguna de las inflexiones de esta oración parlamentaria que en un solo instante haya pensado yo en cosa que se refiere al Partido Conservador ni al gobierno conservador, sino a ese

ser que manda en todos y que es la patria española. ¿Por qué no hemos de deliberar de esa manera, olvidando que estamos unos frente a los otros, para que descansemos de la rutina?».».

Gran orador, pensaba Maura que era la oratoria un género literario, de especialidad natural e inextinguible, sujeto a reglas y necesitado de procedimientos que no cuadran a las obras escritas, con las cuales se efectúa de modo muy diverso la comunicación entre el autor y su público. Trabaja el escritor a solas, y con ser cierto que las más veces omitiera escribir si no esperase hallar lectores, no le está vedado como al orador, antes suele serle recomendable, prescindir de ellos y engolfarse en las intimidades de su propio espíritu, para escudriñar los senos del pensamiento y derramar la savia del corazón en páginas que quedan concluidas y perfectas aunque las deje inéditas.

El orador no puede serlo sin asociarse con su auditorio; necesita el circuito que transmite los efluvios del razonar y del sentir, disciplinando las ideas del común caudal, que se forma con lo suyo y con lo que aportan los oyentes, y sujetando a un solo ritmo los latidos, mientras dura la acción de la palabra.

Contra lo que se pudiera presumir, no hubo apenas discusión, y en sesión memorable, todos y cada uno de los jefes de minorías se dejaron arrebatados por el fuego que puso don Antonio en ese gran discurso.

En realidad, el regeneracionismo invocado por unos y por otros coincidía en el reconocimiento de una necesidad ineludible. Se había llegado al caso de resolverse: o disolver de una vez la Marina llevando su personal a cargos de la justicia, o reconstruirla. La respuesta la dieron, unánimes, los jefes de las minorías (Moret, Canalejas, Azcárate, Feliu y Lamamie de Clairac) en la famosa «sesión gloriosa» de aquel día. Adhiriéndose a las palabras del jefe conservador, el reformista Melquíades Álvarez, ausente aquel día, sumó su voto al de la mayoría el 30 de noviembre. Tan sólo el catalanista Ventosa expresó un tímido disentimiento. «Primero reconstrucción interior», proclamaría.

Ese 27 de noviembre de 1907 marcaría la culminación política de Maura; su salida del salón de sesiones, entre un coro entusiasta de aplausos procedentes de todos los sectores de la Cámara, tuvo caracteres de apoteosis. El político mallorquín supo responder de manera entusiasta en los pasillos del palacio. ¡Cuántas veces volvería él mismo al recuerdo de aquella tarde, cima de su biografía, para contrastar desilusiones!

Muy poco después, en 1908, comenzaba la construcción de tres acorazados –muy potentes para aquellos tiempos–, seis cruceros de primera y dos más: una flotilla de catorce destructores y otros grandes veinticuatro torpederos, más algunos submarinos. Todos los buques que se ponían en grada poseían unos altos grados de homogeneización entre sí, cosa inusitada entonces en España.

La adjudicación definitiva de la construcción de la escuadra lo fue a la Sociedad Española de Construcciones Navales, fundada por la casa Vickers, Armstrong y Brown, con participación de capital español. Una decisión a la que seguiría la denuncia presentada en las Cortes contra el Gobierno, acusándole de prevaricación, por Juan Macías del Real, que era Teniente Auditor de primera clase de la Armada.

La réplica de Maura no se haría esperar: «El Parlamento y el Gobierno tienen la obligación, no hablo del derecho, de no dejar este asunto de la mano sin haberlo dilucidado absolutamente, porque de esto no se puede salir más que de dos maneras: con la acusación o con la declaración de que no tiene fundamento alguno el escrito del señor Macías. Lo demás sería dejar una sombra sobre la autoridad que, sea quien sea el que la encarne, es el supremo interés de una nación y sería también dejar en una situación infamante a la Cámara, porque si la Cámara está en presencia de ministros que han tenido la desgracia de prevaricar, la Cámara no es digna de celebrar sesión mientras no los acuse y los barra de aquí».

El diputado catalán Sol y Ortega se sumaría a las críticas del teniente Macías. Sin embargo, el diputado republicano Luis Morote, después de unirse al corifeo descalificatorio, diría públicamente en el Congreso que él no veía indicios de prevaricación en las concesiones del gobierno Maura respecto de la Ley de Escuadra, sorprendiendo a propios y

contrarios, y dimitiendo después de su escaño y de la dirección del periódico que ostentaba.

No había caso posible de prevaricación. Maura había sido siempre un político honrado. Si bien se quejaba con cierta frecuencia de estar apurado económicamente, por lo que llevaba la contabilidad de sus gastos cotidianos con enorme minuciosidad. Le preocupaba especialmente la necesidad de mantener sus cuestiones económicas libres de toda sospecha de corruptela.

Trabajador concienzudo y metódico, gran jurista y político elocuente, era sin embargo, manifiestamente mejorable en cuanto a su visión de los negocios. Se le ocurrió en una ocasión a don Antonio que se podrían construir hermosos edificios con la piedra luminosa con la que él recordaba las casas y los pueblos de su infancia mallorquina. Pero el interés de hacer que Madrid luciera el áureo matiz de la caliza baleárica en lugar del gris ratón del granito de Guadarrama fue un fracaso; aquellas piedras no pudieron soportar el frío de las heladas madrileñas.

Dada esa sempiterna incapacidad suya por gestionar sus modestas finanzas, recurrió Maura al bilbaíno Ramón Bergé, quien llegaría a ser su mejor amigo y que administraría su patrimonio de forma casi libre y a quien escribiría don Antonio en los siguientes términos: «Ha demostrado perniciosas ventajas del despotismo, con escándalo para mis convicciones políticas, aunque redunde en provecho de mi

flaca hacienda. Así es cómo los tiranos aseguran su dominación, emborrachando a los súbditos con beneficios que les disuaden de emanciparse. No pensaba yo mudar de banquero, tutor y padrino, pero visto lo visto, '¡Vivan las caenas!'». Y con Ramón Bergé se le iba a Maura el recuerdo de su primer viaje desde Mallorca a la capital del reino. Había debido abandonar la paz sosegada del hogar materno para abrirse camino en la vida, situado en el ámbito difícil y un tanto lúgubre de aquellas pensiones de una despiadada capital de finales del siglo XIX.

El joven mallorquín había retenido durante algunos años la frase angustiosa que le había oído decir a su padre antes de morir: «Dejo en medio de la calle a mis diez hijos». Fue el mayor de sus hermanos, Gabriel, el que tuvo que convertirse en obligado empresario, en un negocio que nunca fue muy boyante, para mantener a su extensa familia.

Escritor de vocación y empresario por obligación, de nariz recta, puntiaguda barba y mirada soñadora, Gabriel –«Biel» para Mallorca– estaba desde su infancia destinado a ayudar a su padre en sus negocios, y la prematura muerte de éste sólo precipitó ese destino que, por otra parte, liberaba al resto de los hermanos. Le correspondió a Gabriel, bien joven, el sacrificio indecible de asumir todos los rezagos del pasado y las enormes necesidades del porvenir. Sus sacrificios de 37 años eran mayores porque el yugo de la familia le apartó de caminos por los cuales habría llegado más allá que cualquiera de sus hermanos. Ese era el sentir

de Antonio. Gabriel, quien en la oscuridad de su despacho en la entreplanta de la casa taller de curtidos pasaba largas horas contestando correspondencia, estudiando facturas de los fardos que adquiriría para tratarlos, pero también velando por la circunscripción electoral de su hermano, diputado por Mallorca desde 1881.

Un tanto huraño, nostálgico siempre, cargado de oscuros celos, bastante asustado por el bullicio que le circundaba, recordaría Maura su juventud en la capital del reino, aquellos días prácticamente encerrado en una sórdida –aunque céntrica– pensión.

En su mugrienta habitación de la calle del Carbón, Maura leía y releía a los clásicos. Poco a poco iba dominando la lengua de Cervantes, pero aún debería sufrir un contratiempo desagradable en ese preciso terreno.

Había inscrito su nombre en la nómina de los alumnos que daban comienzo a su instrucción en Ciencias Naturales en el curso 1868–69. En realidad, Maura no pensaba quedarse en la capital, sino regresar a la isla para dedicarse a la docencia en Palma. Un modesto empleado de Hacienda, también mallorquín, le recogió a su primera llegada a Madrid en la estación y le acogió en su casa hasta que encontrara más permanente acomodo. Con él asistió a sus primeras tertulias en el Prado donde conoció a un joven sacerdote de Menorca. Maura participaba en esos cenáculos y daba paseos solitarios por un Madrid especialmente vivo y agitado.

En efecto, vivía España en ese 1868, vísperas de la revolución de septiembre que destronaría a Isabel II y de cuyos episodios callejeros fue testigo el Maura adolescente, una gran efervescencia.

La escuadra de Cádiz se sublevó y diez días después Madrid se sumaba a la Gloriosa Revolución que acabó con el régimen isabelino y con el reinado del primer monarca liberal español. Los cursos universitarios se retrasaron y los estudiantes habían protagonizado algunos de los momentos más dramáticos de los años previos a la revuelta. Entre las reformas que estableció sobre enseñanza el nuevo ministro de Fomento, Ruiz Zorrilla, se incluyó una por la que se podía alcanzar la licenciatura de Derecho en tres años y esto decidió a Maura a matricularse en la vieja Universidad Central de la calle de San Bernardo, antiguo noviciado de los jesuitas, por su prisa para dejar de ser gravoso para su familia. Era la única facultad con un cierto renombre en la época.

Así que, finalmente, Maura había decidido romper los resguardos de sus matrículas de Álgebra, Química, Mineralogía y Botánica para inscribirse en Derecho.

De modo que, nuestro estudiante de dieciséis años, solo en Madrid, en vez de seguir el mandato familiar –reiterado hasta el mismo instante de embarcar en Palma– de matricularse en Filosofía y Letras para seguir la carrera de Profesorado, tal vez por misterioso mandato del destino,

impresionado al ver en el tablón de anuncios el nuevo plan de la Facultad de Leyes, variaría rápidamente de propósito, sin ser aconsejado por su hermano Bartolomé, el otro Maura que residía en Madrid.

Sería en esa universidad donde ocurrió la anécdota que le cambiaría la vida.

Se hallaba Maura en uno de los bancos primeros de la clase, aterrado seguramente ante la idea de que le sobreviniera el peligro y le preguntasen la lección. Y no porque la ignorase, sino por el terror de decirla. De pronto, el catedrático se fijó en aquel estudiante un tanto encogido y exclamó:

–Vamos a ver, señor Maura. Dígame, ¿qué condiciones ha de reunir el feto para ser considerado persona?

El aludido se puso como la grana y se levantó lleno de pavor adolescente. Su tímida actitud hizo sonreír a algunos escolares dispuestos a la broma. Después, su acento, marcadamente balear, produjo la carcajada de todos. Y ya con esto, más que azorado, Maura, erguido sobre los demás, perdió hasta el hilo de su discurso y, embarullándose, dijo en medio de la hilaridad más estrepitosa:

–Si aborta el hijo...

Esta situación produciría en el llamado a ser político de gran renombre nacional una reacción que le llevaría al

trabajo continuado de enmendar sus yerros en el escaso dominio que entonces tenía Maura del castellano. Patentes en la sintaxis de un supuesto similar, el de Montero Ríos, que sin embargo, presentes de manera constante en su prosodia las modalidades vernáculas de su Galicia natal, no se esforzó hasta el punto de eliminarlas de cuajo. En cambio, Maura sí lo haría con las suyas mallorquinas.

Maura, quien un tiempo militó en su mismo campo –el de Montero Ríos– alejado luego y aún enfrentado con él políticamente, le estimó siempre en el terreno personal y le profesó honda admiración, no sólo como abogado ilustre, sino por la coherencia de su pensamiento a través del tiempo. Y era que quien leyera los discursos parlamentarios de Montero no hallaría discrepancia esencial entre los que pronunciara al comienzo y al término de su vida pública. Cabalmente, a causa de esta firmeza, la generación que le precedió, le tuvo por atrevido innovador, y la que le vio morir le tachó a veces de retrógrado. Montero, el gesto siempre grave, la barba y el cabello encanecidos, fallecía en Madrid muy pocos meses antes de aquella mañana de Solórzano, en mayo de 1914.

Era grato evocar aquella situación vivida en los alrededores de la Facultad de Derecho. Ningún otro acontecimiento influiría más en la vida del que luego sería presidente del Consejo de Ministros por dos veces hasta esa mañana pictórica de agosto que aquel incidente. Concluida la clase con la presencia del bedel, a la salida del aula se reprodujeron las

burlas que Maura sólo podría resolver con la ayuda de sus puños. Reducido por sus compañeros, amenazaba comenzar un desigual y desproporcionado castigo cuando los dos hermanos Gamazo se hacían presentes, Honorio y Trifino, y paraban la injustificada venganza.

Después de aquel episodio, Maura se alojaría con los Gamazo en una casa de huéspedes, propiedad precisamente de una santanderina, que también alojaría a jóvenes de familias distinguidas: Quijano, Alvear, Cedrún de la Pedraja y, años después, a su gran amigo de Bilbao, Ramón Bergé.

Capítulo II

Andrés Cuevas había viajado toda la noche en un tren de mercancías que le conduciría hasta Santander. Una vez allí, de buena mañana, pedía que le acercaran a Solórzano. Después de efectuar varias requisitorias a tal efecto, un proveedor de verduras le aceptaba en su carro. Andrés se instalaría en él haciéndose hueco entre grandes cestas repletas de hortalizas y frutas. La conversación con el carretero le resultaría poco menos que anodina y el tránsito tampoco sería agradable, dadas las circunstancias; a pesar de ello, Cuevas había debido afrontar en su vida dificultades mayores que la presente.

El día era fresco, pero no se podía decir que hiciera frío. Aun así, cada cierto tiempo, circulaban por su organismo algunos breves latigazos de estremecimiento.

Sin embargo, y a pesar de todas las cautelas por él

desplegadas, no llegaría a tiempo Cuevas a los alrededores del pueblo cántabro en el que se hallaba su inminente presa. El contacto habilitado por la organización no se encontraba a esa hora madrugadora en la tasca donde se habían citado, y para cuando finalmente llegaba, ya era tarde. ¡Buena gente, los de la CNT, pensaría una vez más Cuevas, pero tan desorganizados! Tan anárquicos, podría muy bien haber continuado con sus reflexiones, aunque se contendría. La anarquía no suponía otra cosa que el orden desorganizado, basado en la bondad de las gentes toda vez que éstas se veían liberadas del yugo de la oligarquía...

Aun así, disgustado como estaba, una vez encontrados ambos, intercambiado el santo y seña, se dieron un paseo por los campos vecinos. En ese momento, su enlace le haría entrega de una pistola de la fábrica Echevarría de Éibar y las indicaciones del lugar en el que se localizaría su objetivo. Él mismo le acompañaría hasta sus parajes aledaños.

El arma estaba basada en un modelo de 1900 de la casa Mannlicher, con un calibre de 6.35 milímetros. Moderna y eficaz para el propósito.

¿Y cuál sería ese propósito? Atentar, matar a Maura, acabar con él. Ese hombre que se había convertido en el asesino de Ferrer, y que, a través de este crimen, había emprendido una feroz agresión para con el espíritu del progreso encarnado por la Escuela Moderna. Una institución fundada por Francisco Ferrer, al que un pelotón de

fusilamiento daba muerte en Montjuïc concluida eso que los fascistas españoles habían bautizado como la *Semana Trágica*. Trágica para los burgueses, y en todo caso una semana de libertad, la antesala de un mundo que estaba por llegar, que llegaría sin lugar a dudas.

Se le iba a Cuevas la imaginación a sus recuerdos de aquellos días. A esa semana de finales de julio del año 1909, poco menos que enterrado en una de las barricadas que el fervor insurreccional popular abría en las calles de Barcelona.

Eran los hombres y las mujeres unidos, sin preocupación ante los tabúes del sexo, compartiendo alimentos y jergones, compartiendo bebidas y besos apasionados. Y recordaría cómo su aproximación al mundo del sexo la hizo nada menos que con ocho años. Jugaría a «marido y mujer» con una vecina del poblado de Almería. Él terminaría chupando el coño a Carmen, su *partenaire*, siguiendo, de la misma manera que tiempo después con Montserrat, las precisas explicaciones de ella. Pero en su primer experimento erótico en su Almería natal, para quitarse el mal gusto que le quedaba en la boca, retornó enseguida a su casa y pidió un vaso de agua a su madre. Extrañada ésta ante tan urgente solicitud, le pedía que le contara el motivo de su sed y Cuevas le refirió con infantil ingenuidad lo que había pasado. Ella se lo tomaría con naturalidad. «Pronto empieza este chico», observaría lacónica su madre.

En efecto, Andrés Cuevas había nacido en Almería, que era entonces para él una capital de provincia en España, mención que años más tarde sustituiría –por aquello de una desidentificación con las evocaciones patrias– por la de península ibérica. Fuera o no lo mismo España que la península –que desde luego no lo era– se trataba Almería de la zona peor tratada por la climatología mediterránea y por los azotes del poder estatal centralizado en Madrid. O, al menos, eso creía él porque así se lo habían contado. El lugar exacto de su nacimiento se llamaba Las Chocillas, suburbio del barrio de Los Molinos.

Sus padres eran campesinos, jornaleros, seres de la tierra sin tierra, miembros de la legión de desheredados por reyes, aristócratas, militares y gentes de la iglesia.

Sólo cuatro días después de su nacimiento, al llegar su padre de la siega, cuando debía cumplir el requisito de su inscripción en el Registro Civil, su madre advirtió a su marido que le inscribiese como hembra y no como varón.

Algún tiempo después, la buena mujer le daría la siguiente explicación a tan singular designio: «Yo sabía que las mujeres no hacían el servicio militar, y si tú eras inscrito como tal nunca serías llamado a quintas».

Pero no quiso su padre obedecer tan extraño mandato y la «Andresa» que pretendía su madre quedaría en el Andrés, nombre con el que emprendería su vida aquel muchacho.

Una mujer rebelde, su madre, aunque solamente lo fuera por intuición. Quizás porque para algunas gentes de la época sólo la insumisión las salvaba de las poco menos que habituales vejaciones que se veían conminadas a soportar.

Y es que su padre –como tantos otros– era alcohólico. Y trabajador del campo. Era costumbre que el mayoral de la finca abonara los correspondientes jornales en una taberna y, como regalo del amo, les ofreciera una enorme jarra de vino peleón. Luego venía el juego, donde se quedaba muchas veces el salario, y, como consecuencia de la frustración en que devenían las malas partidas, ocurrían las palizas a la mujer y los malos tratos a los niños.

No pocas veces serían la entereza y las agallas de su madre quienes la salvarían, a ella, y a ellos mismos, de la mala borrachera que su padre aportaba de esa trasiega de vino, juegos y sinsabores.

Unas lacras que se habían generalizado de tal manera que una de las primeras decisiones del anarquismo español consistiría en combatir el alcoholismo y el juego.

Eran diferentes sus progenitores. Su padre, entregado por lo demás a la familia, aceptaba, sin ponerle pega alguna, el orden establecido. No tenía cultura, ni intuía siquiera que podía existir otra posibilidad diferente a la que se le presentaba todos los días en su rutinaria existencia.

Antes de conocer a su padre, su madre se enamoraría de un chico que no tenía donde caerse muerto. Este muchacho se libraría de ir a quintas por sorteo, pero vendería el número para conseguir un dinero con el que casarse a la vuelta de Marruecos. Allí le pegaron un tiro.

No le podría extrañar por lo tanto a Andrés que su madre quisiera protegerle con aquella extraña operación de cambio de sexo en el registro civil. Con toda seguridad que el fantasma de aquel novio que un mal tiro le arrebató de sus brazos la estuviera persiguiendo hasta el punto de pretender evitar a los suyos cualquier tipo de escenario bélico.

Pero es que allí se encontraba también otro anticipo de la lógica de las revueltas que se producirían en el futuro y que también afectarían a Cuevas: las quintas, los sorteos... y la redención a metálico del servicio militar, que establecería otra de las barreras divisorias entre los ricos y los pobres en España.

Y uno de los motivos por los que Cuevas se encontraba esa mañana en aquel paraje cántabro. Una de las medidas que, no obstante, había intentado remediar Maura a través de la imposición del servicio militar obligatorio. Claro que de eso nadie quiso informar a Cuevas.

En todo caso, enterada del suceso acaecido a su novio, su madre enloqueció. Y trastornada como estaba, en un raptó de extraña lucidez, consideró que debía poner fin a sus

inútiles devaneos y a las no menos tortuosas reflexiones, de modo que decidía irse con el primero que le hiciera proposiciones. Y ése sería su padre.

Carente de otra habitación, vivía su progenitor en una cueva con su madre y un hijo propio. Allá fueron, pero su abuela les recibiría con tanta hostilidad que se negaría a darles cobijo. Esa sería la razón por la que alquilaron una choza en la barriada que precisamente llevaba por nombre Las Chocillas.

Entretanto fallecía el abuelo de Cuevas en Barcelona, adonde se había trasladado con su amante, dejando como herencia una tienda de comestibles en el barrio chino y un puesto en el mercado de la Boquería. A pesar de su disgusto, su abuela se fue a vivir a esa ciudad, dejando su casa de Almería a la madre de Cuevas.

Capítulo III

Ordenando –de modo meticuloso, como acostumbraba– sus utensilios, recordaba Maura los orígenes de su formación pictórica. Había hecho sus primeros ensayos precisamente en Santander. Fue –en ese ámbito– un autodidacta.

Su principal argumento era el paisaje. Pintaba entornos naturales –como el que sería su propósito de aquella mañana–, muy pocas veces acompañados de figuras animadas, quizás carros de heno tirados por bueyes, gallinas o algún otro animal doméstico y sólo se aplicaría en el retrato en el caso de que fueran familiares o amigos –o que lo fueran entonces– como el político Sánchez–Guerra, siempre como pintor al agua, no al óleo y en dimensiones no muy grandes.

La técnica de la acuarela pudiera parecer asunto fácil –lo

decían todos los pintores que se habían adentrado en ese estilo–; el asunto consistía sólo en mojar el pincel en agua y comenzar a pintar. El problema era precisamente que no existe opción a corregir lo hecho.

Se trataba de una tarea importante, un trabajo más. Pero el trabajo –pensaba Maura– no arruina ni envejece. Lo que aniquila al hombre son las penas, si no cree en la providencia de Dios, y, desde luego, el desorden y la crápula. Lo que un cerebro normal necesita para el descanso y el recobro de las energías gastadas es variar el motivo de atención, cambiar de postura, derramar la luz interior sobre horizontes diversos.

Y ese horizonte diverso era la pintura para él, aunque quizás no esa mañana en que los recuerdos navegaban en su memoria y sus pinceladas se producían quizás de forma un tanto maquinal.

Le conducía entonces su memoria a las tensiones acaecidas en el gobierno Silvela de 1903. Aquel abogado madrileño de grandes bigotes que era Sánchez de Toca –que sería bajo la presidencia de Maura ministro de Justicia en su primer gobierno y que años más tarde se iría con Dato y sus *idóneos*– era a la sazón ministro de Marina, y pedía más presupuesto para la reorganización de la Escuadra.

A esa exigencia se sumaría Maura, entonces ministro de la Gobernación; pero también don Antonio reclamaría más

presupuesto para su proyecto descentralizado. Esas pretensiones pugnarían con la actitud niveladora (no más gastos que los Ingresos consignados en el Presupuesto) del ministro de Hacienda, Villaverde.

Sólo una nueva orientación de la política económica, basada en el nacionalismo económico y las prioridades financieras destinadas a la inversión pública, modificaría la consideración presupuestaria mantenida hasta aquel entonces.

Villaverde finalmente dimitiría, provocando la primera crisis parcial de aquel gobierno.

Y era que nunca ese equilibrador económico que era Fernández Villaverde había contemplado con buenos ojos la figura de Maura. La entrada del político mallorquín en el Partido Conservador, procedente de la que fuera en su día facción gamacista, sería en general bien vista, salvo en el caso muy especial del hacendista madrileño.

Pronto se establecería una pugna entre Villaverde y Maura por sustituir al líder conservador Silvela. Una confrontación que tendría como telón de fondo el «santo temor al déficit» propugnado por el madrileño y el deficitario programa de la Escuadra.

Una disputa en la que no podría por menos que intervenir el presidente del Consejo, Silvela, para quien la labor de ese

gobierno sería, no la obra de un partido a la antigua usanza, sino la de una conjunción de fuerzas unidas por un pensamiento común y dispuestas a los mayores sacrificios fuera de la clase que fueren.

Al respecto del déficit, en opinión de Silvela, la verdadera nivelación del presupuesto no consistía sólo en la reunión matemática de los gastos y de los ingresos al cabo del año; era algo más que esto; era el primero y el indispensable paso, pero nada más que el primero, para llegar después a la constitución de una Hacienda robusta y a la dotación para el país de un plan de obras públicas, de unos útiles de trabajo y de producción proporcionados al progreso general de las naciones, de unos elementos de defensa en mar y tierra que afirmara su personalidad y que la constituyeran en el rango que debería ocupar y en el papel que debería desempeñar entre todas las nacionalidades modernas... Éstas eran obras que ellos habían pensado completar con un segundo presupuesto, envolviéndolo con las autorizaciones que tenían y otras que podían haberse solicitado, y que había quedado interrumpido.

Ya en ese momento, en su fuero interno, Silvela decidiría de forma irrevocable una próxima retirada del poder que debía ser seguida muy de cerca por su apartamiento definitivo de la vida pública. La nivelación del presupuesto no servía, sino al contrario: obstaculizaba el progreso de España.

Duraría la pugna entre Maura y Villaverde. Pero no demasiado tiempo. Presidente del Partido Conservador bajo los auspicios de Silvela, don Antonio sería llamado a dirigir en 1904 el poder ejecutivo. La organización por su gobierno del primer viaje del rey a Cataluña le fortalecía en la jefatura del partido, y Villaverde, que aún aspiraba a su desempeño, sabría a partir de entonces que cualquier tentativa en su contra estaba llamada al fracaso.

¡Aquel primer viaje de don Alfonso a Barcelona! Maura pensaba que Cataluña exigía de una atención permanente y preferencial. Y era que, con el paso del tiempo, lo que quizás nació de forma espontánea se convirtió también en un programa político de don Antonio, y del que estaba persuadido firmemente. Había gran interés de sana política en fomentar la directa afección de la Cataluña que no era sólo Barcelona a la persona del rey; y aunque sentía Maura que don Alfonso soportara enfadosas y monótonas ceremonias y fatigosas jornadas, estimaba que debía extremar en ello su paciencia y considerarlo como un provechoso deber. Aun en el caso de que las amenazas llegaran a cumplirse por medio de alguna manifestación desagradable de los elementos contrarios que turbasen la expansión afectuosa de la generalidad, no podrían en ningún caso arrepentirse de persistir en la línea constante por virtud de la cual se consiguiera la feliz mudanza del ánimo de Cataluña.

Asimismo, supondría ese viaje un desagravio hacia esos

catalanes ofendidos que habían regalado al rey con ocasión de su boda un cuaderno con dibujos y pinturas originales de artistas catalanes, ante lo que el monarca había contestado con maleducada llaneza que tal vez habría sido mejor una buena vajilla.

En el programa de Maura había que canalizar el potencial político y económico de la burguesía catalana hacia senderos más próximos a la dinastía. El proyecto de don Antonio de descentralización administrativa y las modificaciones favorables a la industria catalana que se estaban realizando en el nuevo arancel eran los puentes básicos que se tendían hacia Barcelona. El viaje del rey había de ser la culminación simbólica de la apertura de un diálogo entre el poder central y las fuerzas locales.

Para ello, Maura extremaría su ya habitual disciplina con el trabajo, negociando los detallados itinerarios con las autoridades locales por adelantado.

Su decisión de llevar al rey a Barcelona en 1904 fue un éxito insospechado.

Por aquel entonces, la relación de los catalanistas con la Corona no era buena. Se proclamaban como accidentalistas. Pero con el ascenso de Maura al poder las cosas cambiaron. Además de la visita real, el gobierno indemnizó a *Cu Cut* por los destrozos causados por los militares en su redacción.

Esa *empresa caballeresca* a la que se lanzó Maura con el ímpetu en él característico era un riesgo, peligroso, pero necesario. El rey había visitado toda España menos la región catalana. Mantener esta actitud era reconocer, de hecho, la existencia de un Estado (un Estado que sería además republicano) al margen del Estado «oficial». O aceptar implícitamente que Cataluña –el catalanismo– confundiese a la Corona –España– con Castilla.

Desde Junoy, diputado republicano que afirmó en plena Cámara que el viaje no se haría, y Lerroux, que calificaría de *intolerable reto* la visita, hasta la grosera réplica del Ayuntamiento barcelonés, resolviendo no acudir corporativamente a recibir al rey... muchas fuerzas vivas se conjuraban contra esa empresa.

Por si todo esto fuera poco, la Junta Directiva de la Lliga publicó un manifiesto en el que proclamaba su abstención e indiferencia ante la visita. Y que comerciantes, industriales y taberneros no pensaban cerrar sus locales en señal de protesta. El ambiente contrario estaba servido en bandeja y muchos de sus amigos rogarían a Maura que desistiera de tan peligroso viaje, no sólo para la figura del rey y todo lo que ella representaba, sino para el propio don Antonio y su programa de reformas.

En ese mismo sentido, Manuel Troyano afirmaría en el periódico *España* que en ese momento comenzaba el peligro para Maura, que lo llevaba dentro de él y que ya iba

exteriorizándose. La primera manifestación era el viaje a Barcelona. Con él daba Maura un salto en las tinieblas. Y era que había en la empresa mucho de aventura. Comprometían con su excursión, desde luego, su existencia ministerial; quizá la integridad de la médula de la Monarquía. Lo jugaba todo a una carta; pero el problema no era el jugador. Si triunfaba, podría rehacer su ideal de reconstituir una nacionalidad que veía caer a pedazos, pero si no triunfaba, debía irse a casa definitivamente.

Muy de acuerdo con los criterios y las convicciones de don Antonio, la visita regia a Barcelona era una apelación al ciudadano medio, a la opinión «desviada» o «abstenida»; implicaba un modo de referéndum popular, puesto que parecía difícil entender como indiscutible «mayoría» la que venía imponiéndose en las elecciones. Según lo que éstas parecían demostrar, Barcelona era un inexpugnable bastión republicano, revolucionario. Su otra vertiente –la regionalista– no se identificaba con la monarquía, a la que observaba la ciudad condal como simple culminación de la «España oficial».

Se llegaría a decir que el Marqués de Comillas reclutó miles de hombres para que aplaudieran al paso del cortejo. Pero la realidad vivida por la ciudad desde el momento mismo en que el joven rey hizo su aparición en el Paseo de Gracia y, jinete en brioso caballo, llevó a cabo el lento recorrido de las principales vías de la ciudad hasta la catedral, hizo inútiles aquellas parciales previsiones temerosas y demostró que,

por sí solos, el prestigio de la Corona y el valor arrogante de don Alfonso eran capaces de arrebatarse mayorías mucho más compactas que las que venían repartiéndose las pugnas electorales en la ciudad.

La visita de don Alfonso al Ayuntamiento el 7 de abril rompió por lo tanto el hielo. El propio Cambó (ese hombre trabajador, sensato y que llegaría a convertirse en amigo y colaborador de don Antonio) expuso las aspiraciones de la ciudad, y a través de ellas, las del partido que él representaba. «Pedimos la libertad, pedimos la autonomía del municipio... Bien comprendemos, Señor, que esa autonomía municipal que reclamamos es difícil, casi imposible de aplicar, con esperanzas de éxito, en el árbol de una organización centralista. Por ello, los regionalistas pedimos todas las autonomías de los organismos naturales de la región, del municipio, de la familia... Creemos, Señor, que estas ansias de libertad las juzgará Vuestra Majestad con benevolencia y sin prevención alguna. Que nosotros, como concejales de Barcelona, sólo deseamos que esta ciudad sea, no la primera de España, sino una de las primeras del mundo, y como catalanes deseamos la mayor prosperidad de Cataluña, como también desea seguramente Vuestra Majestad. Y eso, Señor, sólo se conseguirá con la autonomía que, al engrandecer a este pueblo, engrandecerá a su rey».

Una visita, la del rey a Barcelona en el primer gobierno de Maura, que colmaría de satisfacción al político mallorquín. Y que le abriría una brillante perspectiva por delante. Un

horizonte que en absoluto imaginaba cuando, abrumado por la orfandad, a los trece años, siendo alumno del Instituto de Palma de Mallorca, al terminar sus estudios de Bachillerato, abandonaría la casa materna y pondría rumbo a la península.

La imaginación volaba de nuevo hacia aquellos días. Y recordaba el de su partida con una mezcla de sentimientos, tristes los primeros, por la familia que dejaba en esa cálida y acogedora casa de sus años infantiles; alegres los segundos, con ese inconsciente entusiasmo que proporciona la juventud, cuando estamos convencidos poco menos de que el mundo se pondrá de modo inexorable ante nuestros pies.

Sentado en el coche de la casa, cuyo jamelgo, debido seguramente a una alimentación basada casi exclusivamente en forraje verde, amenizaba el trayecto con abundantes y sonoras descargas gaseosas, ligeramente advertidas en esos instantes sin embargo por Maura, se hallaba él embargado por sus encontrados sentimientos.

Llegado al muelle donde su numerosa familia se había concentrado, subía él la empinada plancha, mirando con justificado recelo la franja de agua sucia y oscura, estancada entre el barco y el muelle, y le ayudaban a salvar el último paso las manos de los camareros atentos a su llegada y a la recepción del bulto que con él venía.

Subía después a la toldilla en espera del momento de la partida y, entre apretujones y besuqueos, se renovaban

despedidas, corrían los marineros avisando que se iba a retirar la plancha, confirmaba este aviso el ensordecedor zumbar de la sirena, se retiraban los allegados con prisa que denunciaba el temor de ser convertidos en involuntarios pasajeros, quedaba el barco aislado de tierra y, cambiados a viva y estridente voz los últimos adioses, se ponían en marcha las hélices removiendo las negras aguas, se largaban las últimas amarras y lentamente dirigía el vapor su proa hacia la boca del puerto.

Entrado el buque en aguas de la bahía, acelerada su marcha, se le atravesaba a Maura el sentimiento de que quedaba atrás de forma definitiva su niñez y se le venía encima, como si se tratara de una repentina sacudida eléctrica, la edad madura.

El capitán se sumaba a esa ceremonia de cambio de estado con un toque prolongado de sirena, que además de la molestia producida en los oídos de los que permanecerían en tierra, ocasionaba al condensarse el vapor una menuda y desagradable llovizna. Pasado algún tiempo, se dirigiría Maura a su camarote. Y allí, entre las húmedas y frías sábanas, en la estrechez de la litera, entre olores de mar, y –lo que era peor– de los productos de los mareos, podría recrearse en sus proyectos y deseos de futuro. Impulsado por esos sueños, aún por concretar, aquel joven quedaba dormido, vencido por la intensidad de los acontecimientos vividos en aquella jornada.

Salía Maura de Mallorca con destino al vertiginoso mundo de Madrid. Isleño como era, contaba con un entendimiento muy superior de los problemas que padecen estos territorios que los que demostraban los peninsulares. Esa particular sensibilidad le ayudaría a observar el caso cubano (como haría también con el asunto de la Marina de Guerra) con otros ojos.

Después de la contienda de los diez años –entre 1868 y 1878–, todos los problemas cubanos estaban ya planteados, pero ninguno verdaderamente resuelto, con excepción del de la esclavitud.

Ya desde 1886, Antonio Maura había dedicado su atención a Cuba. Advertía él que se debía proceder a una descentralización respecto de la administración española en la isla, lo que le valió la enemistad del partido *español* de Cuba, pero le proporcionaría a cambio prestigio en determinados sectores de la opinión en aquel territorio. Pensaba él –ya para aquel entonces diputado en el Congreso por Palma de Mallorca– que España había perdido sus colonias porque carecía de fuerzas intelectuales, económicas, militares y políticas suficientes para conservarlas. Pero la antigua metrópoli no estaba dispuesta a perder su dominación económica sobre sus territorios ultramarinos, especialmente en el caso de Cuba.

Era heredera la cuestión cubana de la influencia del turno de partidos y de sus respectivos líderes, porque a Cánovas y

su doctrinarismo se le oponían las repugnancias antiforales del progresismo de Sagasta, procedencia directa del principio doceañista de la unidad de Códigos. Las aspiraciones autonómicas de Cuba se estrellarían contra idéntica incomprensión en los partidos conservador y liberal, cuyos representantes ultramarinos se apiñaban, concordes en esto, bajo la bandera de la Unión Constitucional, el partido cubano con mayor representación parlamentaria en el Congreso.

España había concedido algunas libertades individuales a los cubanos, pero retenía el control sobre la administración de la isla a todos los niveles. Los concejales eran elegidos por el sistema de sufragio censitario –según el cual, sólo podían votar los cabezas de familia que pagaran más de cinco pesos al año (para elegir a los diputados a Cortes además había que ser peninsular o pagar veinticinco pesos), o por los empleados de la función pública, que procedían exclusivamente de la península. El alcalde era elegido por el Gobernador General, que también podía suspender a los concejales por un plazo de cuatro meses, sin ofrecer explicación alguna por la adopción de tan rigurosa medida.

La isla estaba dividida en seis provincias y la ley electoral no permitía ninguna sorpresa: el Gobernador General elegía al presidente de la Diputación y sancionaba sus decisiones. Tenía facultad para disolver el órgano, también sin explicar las razones de su decisión, lo mismo que el ministro de Ultramar. Pero el Gobernador General, una especie de

Virrey, podía suspender las decisiones del gobierno central si las mismas pudieran provocar perturbaciones o comprometer de forma grave los intereses públicos.

Además, la balanza comercial era netamente favorable a la metrópoli. Todas las decisiones económicas se tomaban en Madrid. Y en Cuba, los servicios eran muy deficientes, con la excepción del ejército y de la Guardia Civil. La deuda de guerra de los diez años (la producida entre 1868 y 1878, la primera de las tres emprendidas por la independencia de la isla) se atribuía al presupuesto cubano, y éste cada vez resultaba más asfixiado por esas cargas.

Sería en el gabinete de Sagasta, cuando en diciembre de 1892 y como componente muy principal de la minoría que dirigía el cuñado de don Antonio, Germán Gamazo, cuando el político rioja- no nombraría a Maura ministro de Ultramar.

En el momento en que comenzaba su mandato, la isla contaba con dos partidos organizados: la Unión Constitucional y el Partido Autonomista. Y otro clandestino: el Partido Revolucionario Cubano.

El más influyente, la Unión Constitucional, era una formación política alentada por el general conservador español, que tanta importancia había tenido en la resolución de la guerra cubana, el segoviano Arsenio Martínez Campos, cuya pretensión consistía en crear un turno en la isla similar

al que existía en la península, por el que, liberales y conservadores, se encargaban de las labores de gobierno en ocasiones alternantes. Aunque había una diferencia en el caso de Cuba –y no de menor importancia– y era ésta que no dejaba la Unión Constitucional ocasión para el gobierno del Partido Liberal Reformista, que luego pasaría a denominarse Autonomista.

El programa de la Unión Constitucional era bastante vago, y sus alas derecha e izquierda no siempre estaban de acuerdo. Esta última demandaba ciertas reformas económicas que, al no verse satisfechas por el ala derecha del partido, motivarían la redacción de un Manifiesto Económico y lo llevaría a la escisión.

Entre los escindidos –Maura lo recordaba bien– estaba Ramón Herrera. Herrera, que emigraría desde Santander a Cuba a la temprana edad de 17 años, pasaría de trabajar como dependiente a convertirse en importante empresario. Sería honrado por Amadeo I con el título de Conde de la Mortera, y con el tiempo, futuro consuegro de don Antonio.

Aunque no fuera autonomista, deseaba Ramón Herrera –utilizando como medio de comunicación el *Diario de la Marina*– una mayor descentralización. Su apoyo resultaría muy importante en la labor divulgadora del proyecto de autonomía preparado por don Antonio.

El Partido Liberal Reformista era la formación política de

los cubanos que pretendían operar en la legalidad, a pesar de que siempre estuviera en la oposición. Planteaba el reconocimiento de la unidad nacional entre España y sus colonias. Unidad de la que derivarían los mismos derechos y obligaciones para todos ellos. Dicho esto, hacía una distinción entre los asuntos nacionales y los locales. Para estos últimos pedía una cámara propia, la Diputación Insular, que votara el presupuesto de la isla. El Gobernador General sancionaría sus acuerdos, asesorado por un Consejo, compuesto por los jefes de servicio nombrados y cesados por éste, pero responsables ante la Diputación. Un programa bastante vago y, por lo tanto, asumible por muchos.

Sin embargo, la Unión Constitucional los consideraría como unos peligrosos traidores. Eso, y un sistema electoral viciado, impediría su acceso al poder. Y, cuando ello no resultaba posible, el Gobernador General los destituía en bloque, lo que los llevaría al retraimiento.

Y serían (los liberal-reformistas, devenidos en autonomistas) considerados por el creador del Partido Revolucionario Cubano y organizador de la guerra de 1895, José Martí, como la única expresión lícita del alma cubana, aunque también los veía contrarios a su proyecto, que entendía la autonomía, no como hija de la revolución sino contraria a ésta.

Maura, a su llegada al ministerio, aligeraría el peso de la administración y concentraría las funciones de gestión en su

subsecretario, su entonces correligionario y amigo, José Sánchez-Guerra. Removió los cargos afectos a Romero Robledo –el anterior responsable en Ultramar– y los sustituyó también por personas de su confianza.

Capítulo IV

La organización local anarquista no daba para mucho en Santander, así que su compañero de armas y de ideas había de conducir a Cuevas hacia aquel paraje idílico que al almeriense de origen y catalán de por vida se le atravesaba por momentos. Revolucionario por convicción, Andrés apenas si tenía experiencia en el terreno de la acción directa. Desde luego que no en el del magnicidio.

Cuevas había pasado por la formación teórica impartida por las gentes de Ferrer Guardia en su Escuela Moderna, que para él se había convertido en primordial. En cuanto a la que había recibido en su Almería natal, poco podía él referir y menos aún suponía motivo de orgullo.

Cerca de su casa había una especie de escuela. Nadie podría haberla definido como un centro educativo, ni siquiera desde los poco exigentes parámetros en la materia

en aquellas épocas. A su maestro se le conocía por el tío Tomiza, porque trenzaba esa fina cuerda de esparto destinada a ligar los cañizos, para redondear su miserable salario. Un estipendio que sumaban las familias pudientes de sus alumnos a razón de un real por cada uno.

El «tío Tomiza» padecía de tracoma, una enfermedad producida por el polvo del esparto, de modo que su vista se veía progresivamente afectada, hasta el punto de que muchos de los detalles que acontecían en aquello que con dificultad podría definirse como «clase» le pasaban desapercibidos. Serio y reconcentrado en su, sin embargo, superior misión, el profesor vestía un traje negro, pero raído y con brillo. Con seguridad carecía de otro.

En esa escuela tuvo Cuevas su primer enfrentamiento: como no tenía nada que hacer, se dedicaría a charlar en voz alta con un compañero; al apercibirse de su actitud, más por el ruido que hacían que por verlos, el maestro le lanzaría una regla que aquél esquivaría, arrojándole a modo de cumplida respuesta ante la agresión recibida un tintero que estallaría en la pizarra.

Temeroso de las consecuencias que le depararían su actitud, Cuevas escaparía del recinto corriendo.

Entonces dejaría la escuela.

A partir de ese momento, y hasta su estancia en Barcelona,

su formación estaría basada en los cuentos, en las historias, en los relatos de los bandoleros andaluces. El bandido era –a decir de quienes narraban sus vicisitudes– un campesino caído en desgracia que huía al monte para escapar de la justicia. Al cabo, una justicia de los ricos contra los pobres. La lucha en la sierra contra aquellos componentes de la milicia, mercenarios o simples voluntarios sin soldada que reclutaban las diputaciones de la Corona de Aragón y del Reino de Valencia y que se desplegaban por otros territorios de España.

En todo caso se trataba del imaginario popular de aquellos héroes que robaban a los ricos para ayudar a los pobres.

Y también en este terreno cada uno tomaba partido. Su madre se mostraba seguidora de Diego Corrientes, aquel bandolero originario de Utrera que repartía una parte de lo obtenido en sus correrías entre los menesterosos. Ordenada su captura por Carlos III y ofreciendo éste cien piezas de oro por su entrega, vivo o muerto, Corrientes huiría a Portugal donde sería apresado, conducido a Sevilla, juzgado y condenado a morir en la horca. Su cadáver sería descuartizado y parte de sus restos serían enviados a cada una de las provincias en las que el bandido había actuado.

Era la pugna entre Diego Corrientes y el Tempranillo –preferido de su padre–, que se acogió al indulto del rey.

José Pelagio Hinojosa, el Tempranillo, había nacido en

Jauja, Córdoba, y era hijo de jornaleros. Con tan solo 15 años empezaría su vida como bandolero a causa de que en septiembre de 1820, en la romería de San Miguel, Hinojosa mataría a un hombre. Y era que José estaba enamorado de Clara, una niña de Jauja. Al final de la romería, un hombre adulto importunaría a la joven, José se enfrentaría al hombre y se batiría en duelo de navajas, saliendo victorioso al matar a su contrincante. Hinojosa debía huir, ya que la pena impuesta para este delito era la de la muerte en la horca. De modo que cogería el primer caballo que se le presentó y se lanzaría a los montes de Sierra Morena para sobrevivir.

En sus primeros años como bandolero se dedicó al contrabando y se incorporó a la partida de los Siete Niños de Écija, que se ganaban la vida robando a todos aquellos que se encontraban por la sierra. Allí fue donde le apodaron el Tempranillo, tal vez por lo pronto que tuvo que huir de la justicia. A pesar de estar durante unos dos años con esta cuadrilla, donde aprendió bastante, Hinojosa, con 18 años, creó la suya propia. Se especializó en asaltos a carruajes y diligencias, sobre todo de la Hacienda del Reino. El rey Fernando VII no sabía cómo parar estas oleadas de bandoleros que se estaban produciendo en el sur de España y mandó grandes batallones especializados de soldados, llamados migueletes.

En 1825, con 20 años, ya lo seguían catorce hombres, todos mayores que él. Cualquiera que pasara por Sierra Morena tenía que vérselas con el Tempranillo y su banda. Sin

embargo, se le conocía como «el bandido bueno», ya que era capaz de repartir más dinero a sus compañeros que a él mismo y si un pueblo estaba en situación precaria, él daba grandes cantidades a cambio de refugio. Siempre luchó contra los caciques y los latifundistas.

Llegaría a contar su banda con cincuenta hombres. Muchos de ellos eran héroes de la guerra de la independencia.

Su golpe más famoso y espectacular fue en Écija, cuando asaltó y robó una diligencia que llevaba gran cantidad de dinero de la Hacienda. Y era que el bandolero contaba con un servicio de espionaje a lo largo de los pueblos donde la gente le informaba sobre los movimientos de los hombres del rey. Controlaba todos los pasos de Sierra Morena y cobraba peaje a cualquier carruaje que quisiera adentrarse por aquellos parajes.

Aparte de sus asaltos y delitos, se demostró que no era perverso ni asesino despiadado, como otros bandoleros conocidos. Trataba muy bien a las damas a las que robaba. Cuando asaltaba un vehículo era el primero en ayudarlas a bajar ofreciendo su brazo, luego se las llevaba a la sombra y les iba quitando las joyas mientras advertía galante: «Una mano tan bella no necesita estas alhajas», y se decía que las damas suspiraban por él.

Se casó con María Jerónima Francés, una joven y bella gaditana; ella quedó embarazada y el 6 de enero de 1832

estaba a punto de dar a luz en un cortijo de Grazalema cuando los migueletes rodearon la vivienda y atacaron la casa donde estaba junto con el bandolero. El Tempranillo respondió al ataque y los soldados del rey no se atrevieron a asaltar la casa por miedo a que hubiera más bandoleros. En medio de tantos disparos y pánico, María falleció en el parto y el niño recién nacido a duras penas sobreviviría. Viendo esta situación, el Tempranillo actuó con rapidez, atándose el cuerpo de su amada muerta a la espalda y a su hijo en la faja, salió al galope del cortijo montado en su caballo en medio de los disparos de los migueletes sin resultar ni siquiera herido. Al día siguiente entregó el cadáver de María a la familia de ésta y el 10 de enero fue a bautizar a su hijo en la iglesia de Grazalema. Cuando llegó allí, la gente estaba asustada por una posible represalia del bandolero, pero el Tempranillo no hizo nada y nadie llamó a las autoridades, respetando así su dolor.

En agosto de 1832, Fernando VII concedió el indulto a todos aquellos que quisieran servir a la ley y ser libres, liquidando a todos los bandoleros que no se unieran a la propuesta. El Tempranillo habló con sus hombres diciéndoles que si le seguían serían libres y no les arrestarían, pero que si no le seguían los buscaría y los llevaría al cadalso. No todos estuvieron de acuerdo con él, de modo que empezaría una lucha entre los componentes de la banda que se llevaría por delante a la organización.

Pero más allá del bandolerismo andaluz estaban las cosas

prácticas. Porque, ¿quién enseñaría a leer a Andrés Cuevas?, ¿quién las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir? Fue la «tía Tomasa» quien lo hizo. Regordeta y bajita, lista como el hambre que en ocasiones les consumía y su madre debería engañar, la «tía Tomasa» constituía el espacio para Andrés de los mimos que en su casa no recibía porque no había ni tiempo ni fuerzas para administrarlos. Una gramática que a veces resultaba parda también, pues recibía a través de esa magnífica mujer las enseñanzas y los consejos que, como todos los niños, guardaría en su frágil memoria Cuevas para después olvidarlos, cometer los errores correspondientes y sólo entonces recordarlos para intentar no incurrir en ellos nuevamente.

No, no era Tomasa una tía auténtica. Regentaba ella una especie de colmado y le hacía pagar una perrilla por semana de clase. Pero luego se las devolvería todas. Y era que Tomasa le había cogido cariño.

Vivían en las escaseces propias de los tiempos. En una familia pobre, el alimento básico era el gazpacho, que siempre era abundante, porque cuando disminuía se le añadía agua fresca. El invierno exigía de más calorías, y la dieta resultaba también algo más variada: la comida principal consistía en migas de harina de maíz, a las que en tiempo de matanza se añadían pringue de cerdo y manteca, en lugar de aceite. Por la noche, gachas, también de harina de maíz. Se cocía la harina hasta formar un engrudo que se mezclaba con un caldo de pescado –si estaba barato– o sólo

de agua hervida, aceite y pimentón. Comían todos del mismo plato en lo que se transformaba de manera invariable en una pelea por el asalto al condumio.

Eran los tiempos del culto al varón, de modo que cuando volvía su padre de la siega, negro como el carbón y las manos tan encallecidas que sus por fortuna escasas caricias raspaban, se comía mejor y su madre les compraba alguna ropa. Y después de la siega venía la recogida de la uva.

Capítulo V

No resultaba fácil la técnica de la pintura a la acuarela con la que Maura trabajaba siempre, una pintura realizada con colores diluidos en agua y que emplea como blanco el color del papel.

Desde finales del siglo XIX, ese procedimiento pictórico gozaría de gran popularidad, una fama que sería precisamente la causa de cierto desprestigio ya que el término pintar «a la acuarela» se asociaba, de forma automática, a ciertos estratos de la sociedad que gozaban de una posición económica desahogada y que convertían su afición por la pintura en un pasatiempo ameno, como un medio de expresión; ejecutando una y otra vez paisajes bucólicos, delicados... usando y abusando de los tonos pastel.

Pintar a la acuarela no era como pintar al óleo, técnica en la que los colores se mezclan en el mismo lienzo; en las acuarelas, lo pintado se queda. Se podría en algún caso tratar de borrar con un trapo los excesos de agua o de pigmentos o pintar por encima... aunque los resultados no siempre fueran satisfactorios. No fueron tampoco satisfactorios algunos de sus más preciados amigos, pasado el tiempo. Dos nombres que evocarían en don Antonio sensaciones encontradas. Los de Sánchez–Guerra y de Romero Robledo.

El recuerdo del cordobés, José Sánchez–Guerra, era el del correligionario, colaborador y antiguo amigo; la memoria de quien abandonaría las huestes liberales sagastinas y se uniría con él en el año 1902 al Partido Conservador presidido por Silvela. Subsecretario de Ultramar –cuando Maura se hacía cargo de ese departamento– y ministro de la Gobernación en el primero de los gobiernos de don Antonio entre 1903 y 1904, a cargo entonces de la reforma de la administración local, que tanto tendría que ver con la que ambos emprendieron antes respecto de la antigua colonia cubana.

Previamente habría defendido Maura a Sánchez–Guerra al discutirse en el Congreso las actas de los comicios de 1891, pronunciando –a decir de sus críticos– uno de sus discursos más apocalípticos, en el que describió las elecciones españolas como unas orgías saturnales que comienzan cuando expiran unas Cortes y no acaban hasta que se ha discutido el último acta de las nuevas.

Un discurso, como todos, más para ser escuchado que leído. Y es que era más que cierto que un discurso después de pronunciado puede y suele ser impreso, y hallarían en él solaz o provecho lectores que no le oyeron; también acontece muy frecuentemente que los designios del orador se dilatan más allá del recinto, y atienden a gentes que no le escuchan; de lo uno y lo otro hay ejemplos insignes perpetuados en las colecciones que atesoran obras maestras de los más famosos oradores; pero no se borra por esto la diversidad substancial entre arengas y escritos. Les será común el interés intrínseco del asunto, pues de ambas maneras puede ser tratado; conservará siempre la viveza de sus destellos el genio creador y soberano; pero si la lectura recae sobre el texto intacto de una oración, no renovará todos sus efectos palpitantes, y en no corta medida, los renunciará o malogrará el orador que intente hablar también para ausentes, si éstos han de conocer el discurso tal como lo pronuncia. La genuina, verdadera, única oratoria se ciñe a los oyentes y se atiende a laborar sobre ellos de viva voz.

Disputaría contra el entonces ministro de la Gobernación, el diputado republicano Rodrigo Soriano, hombre airado que no dudaba dirimir sus conflictos en prohibidos duelos, cuando don Antonio amparaba la gestión de Sánchez-Guerra porque –según dijo– el banco azul no es una escupidera contra la que los diputados pueden lanzar sus esputos.

Defendido e incorporado a su ámbito de la máxima

confianza, Sánchez–Guerra, sin embargo, haría causa común con los que seguirían a Eduardo Dato, esos a los que Maura calificaría de *idóneos* para turnar con los liberales, después del fiasco perpetrado a dos manos entre éstos y don Alfonso, como conclusión de la *Semana Trágica* en el año 1909.

Una amistad traicionada, un dolor provocado en lo más íntimo del alma del político mallorquín.

Y Francisco Romero Robledo, ese hacedor de mayorías parlamentarias –que lo eran, todas, fraudulentas– durante el reinado de Alfonso XII, antecesor de don Antonio en Ultramar y que llegaba siempre –según decían– con el polvo del camino, como si su aspecto exterior delatara sus turbios manejos electoreros.

Era éste genuino representante de la política entonces en uso, en atención permanente a los enfadosos menesteres del proselitismo partidista; activo, sagaz, nada propenso a los empachos de la legalidad y tan ducho en manipular unas elecciones como en prevenir y frustrar las celadas parlamentarias.

Lo más urgente para Maura en Ultramar era poner en marcha la reforma. Comenzaría con la electoral, cosa que haría a través de reales decretos, no mediante proyectos de ley que se debatieran en el Parlamento. La explicación de tal medida se encontraba en la escasa duración de los gobiernos, la cual impediría su necesaria aprobación por el

Senado y habría conducido al bloqueo de la situación en Cuba y Filipinas. Una de las reformas que introdujo en esta legislación fue la reducción del censo a metálico.

La Unión Constitucional cubana, que siempre había luchado en contra de la reforma electoral, sorprendida por el hecho de que las medidas de Maura habían duplicado el censo de votantes, acudió a las elecciones en las peores condiciones nunca vistas, y en una situación de enfrentamiento interno entre sus alas izquierda –la de Herrera– y derecha –comandada por Apezteguía. A pesar de que Maura intentaría reconciliar ambas tendencias en el partido, las dos acudieron desunidas a las elecciones de marzo de 1893.

El resultado de aquellos comicios sería que, sobre los treinta representantes de Cuba en las Cortes españolas, los autonomistas obtuvieron siete, consiguiendo un gran avance respecto de las anteriores en las que obtuvieron sólo dos.

Pero a continuación presentaría Maura su proyecto de ley autonómica. En él se denunciaría, ya desde su preámbulo, el régimen administrativo de las Antillas –y particularmente el de Cuba– como viciado, subrayando el contraste entre la prosperidad de las islas y el desorden de su administración, con el riesgo del avance en ellas de las tesis separatistas.

Conservaría Maura intacta la soberanía de la nación española sobre aquellos territorios, ofreciendo a los pueblos

antillanos el máximo de intervención en la gestión de sus asuntos.

También restauraba la autoridad del Gobernador General y la unidad de acción administrativa, que el anterior ministro, Romero Robledo, había dividido en tres regiones.

Conforme a sus ideas, según las cuales una verdadera vida local sólo se funda a partir de células de bases naturales, Maura presentaba para Cuba y Filipinas un proyecto similar al que luego propondría en su llamado *Gobierno Largo* para reformar la administración local, al que él mismo denominaría de descuaje del caciquismo.

La descentralización prevista por el proyecto era real, porque en contra de lo que quería la Unión Constitucional, los poderes quedaban cedidos a la gestión de los consejos elegidos a nivel local o insular y daba vida también a los organismos naturales de desarrollo local.

Paradójicamente, el proyecto Maura no encontraría una gran acogida en Cuba, a excepción de la favorable del *Diario de la Marina*. A periódicos como *La Unión Constitucional* –órgano del partido del mismo nombre– el proyecto de don Antonio les sorprendía de modo desfavorable. Acostumbrados a que los políticos de Madrid hacían siempre lo que ellos quisieran, a cambio de esa actitud por parte de la metrópoli les bastaba a ellos con apoyar lo que venía de la capital. Y el proyecto del político mallorquín no cuadraba con

este esquema. Carente de argumentos, este medio de la prensa dijo que el proyecto mataba el principio de la asimilación y favorecía a los autonomistas y, por ello, a los separatistas. Lo más grave de la propuesta les parecía la supresión de las provincias.

Pero, como pensaban los autonomistas, esta reacción de la Unión Constitucional significaba que por primera vez se levantaban con soberbia contra el gobierno nacional porque veían roto su poder. En efecto, la supresión de las diputaciones provinciales amenazaba la posición de influencia de los caciques. En realidad, Maura entendía que la Diputación única simplemente afirmaba el carácter específico de la isla, su unidad, como un todo, en el seno de la monarquía española.

Después de dos días de discusión, la Junta Central del partido autonomista decidía, aunque con reservas, acordar su apoyo al proyecto. Sin embargo, con el tiempo, el apoyo iría creciendo. *El País* –su medio de expresión– diría que «la opinión pública no se engaña pues, al estimar que el proyecto, a pesar de todos sus defectos, da a la colonia el derecho a intervenir en la gestión de los intereses locales».

El éxito del proyecto dependía de la rapidez con la cual fuera adoptado. Pero no tendría que pasar demasiado tiempo para que don Antonio comprendiera que las reformas –con todo lo tímidas que fueran– levantarían invariablemente en su contra a los que se sintieran aún en lo

más mínimo afectados. Y Cuba se veía en España como una fuente permanente de beneficios.

La opinión pública española parecía muy reservada respecto de la autonomía. Los periódicos gubernamentales no lo acogieron con demasiado calor (sólo el grupo gamacista, en el que militaba el ministro, lo apoyaba); los republicanos lo reputarían de centralizador y los conservadores serían los más hostiles –su relación con la Unión Constitucional les llevaría a ello.

Decían éstos que la ley era anticonstitucional, porque legislaba a través de una Ley de Bases, que era falsamente descentralizado; pero también afirmarían –de manera contradictoria– que era autonomista. Argumentos que los diputados de la Unión Constitucional repetirían hasta la saciedad en los debates parlamentarios.

Había también sospechas por parte de los empresarios catalanes y vascos, e incluso de comerciantes de vinos y cereales castellanos y andaluces, por el futuro que esperaba al mercado cubano en el caso de que se viera aprobado el proyecto.

Iniciada su tramitación, los diputados de la Unión Constitucional intentarían obtener del ministro concesiones a sus intereses, lo que Maura rechazaría, de modo que los diputados cubanos se opondrían abiertamente al proyecto.

La refriega parlamentaria daría comienzo con una iniciativa del diputado de Gijón Faustino Rodríguez San Pedro. Político y empresario, diputado cunero cubano en Pinar del Río, San Pedro montaría una empresa para el cultivo de la remolacha azucarera, toda vez que la isla obtenía su independencia. Ministro de Instrucción Pública en el *Gobierno Largo* de Maura, sería promotor principal de que el 12 de octubre fuera la jornada de la fiesta nacional en España.

Pero en aquellos días no estaban de acuerdo los dos políticos y, en la respuesta a una interpelación del asturiano, Maura explicaría que la Diputación única carecía de soberanía. Sólo podía proponer leyes, lo que podría hacer el último campesino o mendigo, cualquier ciudadano lo podía hacer, incluso a quien se le retirara el derecho electoral.

Agregaría también el ministro una reflexión sobre el lamentable estado al que había llegado la instrucción pública en Cuba, a consecuencia de su gestión fragmentada en seis diputaciones. Y advertía de la necesidad de una sola Diputación para ocuparse de servicios que, como el mencionado de la instrucción pública, reclamaban una política general para toda la isla. Y que eso tampoco significaría que el Estado fuera a abandonar sus prerrogativas en éste como en otros terrenos.

La hostilidad cubana al proyecto la conjuraría el ministro con la remesa de telegramas que había éste recibido, en los que se le felicitaba por el proyecto. Rechazaría, en cambio,

que la ordenación de la organización de la isla debiera provenir de los diputados que la representaban, diciendo que nadie debía comportarse en el Congreso como un electo de circunscripción a esos efectos, sino como uno más de los 400 diputados que se sentaban en la Cámara. Y eso no quería decir que los representantes cubanos no tuvieran una importancia principal en la tramitación del proyecto, pero la tendrían en la información del mismo, nada más. Claro que, si los diputados de la Unión Constitucional en el Congreso consiguieran convencer al resto o simplemente rechazaran su proyecto, Maura dimitiría.

Pondría fin al debate la intervención del presidente del Consejo, Sagasta, que sería demoledora para Maura. «El viejo pastor» diría que todos los diputados –incluidos los cubanos– con los que había hablado, expresaban que lo único con lo que no estaban de acuerdo en el proyecto era con la Diputación única, y que él no consideraba esencial esa institución. Sagasta había sentenciado el proyecto. Cierto que el presidente quería mantener al líder de esa facción del Partido Liberal, Germán Gamazo, en la mayoría, pero no al precio de que el proyecto de Maura echara a perder a otros sectores de su agrupación.

El final de aquella experiencia de gobierno había sido para Maura penosa. Constituía una enseñanza de las dificultades que suponía el emprender la vía de las reformas; porque, por mucho que don Antonio obtuviera su escaño muy pronto, desde el año 1881, a los 28 años, y lo hubiera retenido desde

entonces, siempre por la circunscripción de Mallorca, él no se consideraba –no lo había sido nunca en realidad–, un político de profesión. Era un voluntario que había tomado las armas, como las toma el hombre civil para defender la independencia de la patria cuando el interés de ésta lo reclama. Él no había solicitado nunca ministerios ni jefaturas. No hacía más que cumplir con lo que creía su deber y, por lo tanto, no había regateado ni regatearía jamás a España el homenaje, el sacrificio y el holocausto de cuanto de él dependiera; pero por eso mismo no podía ser encargado, ni podía tener por oficio el conducir a las gentes a los gobiernos o sacarlos de ellos, magnífica, nobilísima misión para la que no estaba él forjado.

No era sin embargo así la época que asomaría a los ojos, apenas juveniles, del Maura que recogía su primer acta parlamentaria, o de la del Maura que se veía responsabilizado del Ministerio de Ultramar. Gobernar no consistía en despachar expedientes o ver caer las hojas del calendario, desear las cosas buenas y a la menor resistencia abandonarlas, sino tener un concepto perfectamente claro de lo que se persigue y una voluntad firmísima de llegar a lo que se quiere, hasta el punto de hacer la existencia ministerial solidaria a la obra que se va a realizar... La opinión no era cualquier cosa que sonara en la calle, la opinión no era cualquier ruido, la opinión no era cualquier movimiento transitorio que alborotara más o menos, y resultaba sumamente difícil no dejar de prestar a la opinión cuanta

atención merecía, y sin la cual el régimen podía resultar hasta ilegítimo. Sin embargo, no dejarse llevar por los vaivenes tornadizos de las muchedumbres, que no tienen la obligación de prever nada, que no están informadas, y que en España ni siquiera están dirigidas y enseñadas, era la primera obligación de todo hombre político.

Había sido finalmente el presidente del Consejo, Sagasta, quien abandonara a su suerte a Maura y su proyecto de autonomía, enseñando así la vía de salida de la facción gamacista de aquel gobierno.

Don Práxedes, que ése era su nombre de pila, era según Maura la mejor prueba de que entre hombre público e histrión queda corto trecho. Un exacto cumplimiento por el que, para algunas gentes, toda la vida política se cifra y compendia en la perenne porfía por alcanzar la dominación o retenerla, mientras que las ideas y los propósitos pudieran ser apoyados o repudiados según su probable influencia en la obtención del mando. No en vano, andando el verano de 1890, Sagasta renunciaría a sus ideas económicas con tal de atraer al tándem Gamazo–Maura a su partido.

Se trataba, por lo tanto, de un personaje abonado al pragmatismo, desprovisto de ideología y que, vuelto de espaldas a la opinión pública, estuvo mirando a Palacio en la seguridad de que tenía cautiva la prerrogativa regia; seguridad que, por desgracia, se vería largamente confirmada.

Sagasta jamás leía un libro y rehuía el trato social y Cánovas le consideraba un analfabeto. El dirigente liberal era un político puro, un experto en la neutralización y absorción de los grupos disidentes. Mantenía unidas a sus mayorías mediante concesiones de la misma manera que conservaba unido a su gobierno por la habilidad con la que lo presidía.

En realidad, la dirimente intervención de Sagasta se reducía de modo sistemático a optar, en los conflictos de ideas, por la más generalizada; en los de conducta, por la más cómoda; en los de variedad de soluciones inmediatas, por diferirlas todas; y en los de nombramientos, ascensos, traslados y demás cuestiones de personal, por preferir terceros en discordia, escogidos casi siempre en su propia tertulia. Alguna razón después de todo debía tener el político riojano que, según él mismo decía, para satisfacer a todo el mundo, lo que necesitaba no era tener unos cuantos caramelos en el bolsillo, le era precisa una confitería entera.

La tarea que se había adjudicado a Sagasta dentro del sistema de la Restauración no era menor: la absorción del radicalismo, la neutralización del republicanismo y el suministro de un refugio político para los que huían de los aliados derechistas de Cánovas... aspectos que, en opinión de Maura, apenas había resuelto.

Volvería a requerir Sagasta a Maura para ocupar el Ministerio de Gracia y Justicia en 1894. Su labor fue parca y corta –duró cinco meses–. Lo más destacable de su gestión

fue la preparación de la reforma de la justicia municipal y la prohibición del denigrante espectáculo que suponían las ejecuciones públicas de los condenados a muerte.

Una vez quebrado su apoyo a Sagasta, la facción gamacista del Partido Liberal comenzaría a llegar a acuerdos con Silvela en sus últimos años políticos, poco antes de la muerte de Gamazo.

Y es que la agrupación del líder castellano y los silvelistas compartían el mismo programa de reformas administrativas y económicas. Además, Gamazo aspiraba a liderar el partido de este último. De modo que, entre 1899 y 1901, apoyarían al entonces jefe conservador.

Cerrada ya su fase de colaboración con Sagasta, Gamazo y Maura, en el mes de octubre de 1898, participarían de la idea de crear un periódico «exclusivamente nuestro». Se llamaría *El Español* y lo dirigiría Sánchez-Guerra. Y, según Maura, vería la luz en dos o tres días, aunque finalmente tardaría más tiempo en salir a la calle. Don Antonio encargaría la compra del rotativo a Bergé y, hasta que toda la infraestructura estuviera dispuesta, lo editarían en los talleres del republicano *El Liberal*. Se empezaría a publicar en diciembre de ese año.

El periódico mantendría una actitud abiertamente contraria a las tesis de Sagasta (cualesquiera que éstas fueran) –aunque decía que encontraba en el liberalismo su

«casa solariega»–, y se haría eco del regeneracionismo además de conectar con el mundo «de los intereses y de las industrias». En febrero de 1899 *El Español* inauguraría una tertulia cultural por la que pasarían Galdós, Palacio Valdés, Benavente, Clarín o Pardo Bazán. Se promocionó la revista mensual *Nuestro Tiempo*, en la que colaboraban socialistas, gamacistas, republicanos y liberales. Su programa regeneracionista hacía bandera de la moralización administrativa, el saneamiento presupuestario y la reforma electoral.

Tuvo corta vida ese diario. En diciembre de 1902, Maura entraba en el gobierno conservador de Silvela como ministro de Gobernación. Ese mismo día escribía al director de *El Español* para que suspendiera la edición del periódico. Y es que el Partido Conservador ya contaba con un rotativo, *La Época*, que sin embargo nunca fue del agrado de don Antonio. Así acababa Maura con los restos del gamacismo.

En todo caso, llegado al poder, Maura no precisaba de medio de prensa alguno. Y lo dijo así: «El diario de sesiones sería su rotativa».

La disidencia gamacista no era una facción más, al estilo de los años 80: se trataba de una escisión a la que iba a ser difícil encontrarle luego su arrepentimiento. Gamazo quería la jefatura del partido, todos lo entendieron así y él se cuidó de no desmentirlo de manera clara. Pretendía emular a Silvela y suceder a Sagasta, agrupando tras de sí a suficientes

prohombres políticos para merecer la dirección del otro partido del turno. Su objetivo era conseguir la presidencia del Consejo para legislar desde dentro un programa reformista de la ley electoral y del régimen local que establecería la solución al entuerto provocado por el *Desastre*: democratizar sin los riesgos de que una ruptura repentina de las prácticas del turno lo destruyera todo, incluso lo que se quería conservar.

Capítulo VI

Recorría entonces Cuevas los campos santanderinos, a pie y en compañía de un colega sombrío y taciturno que apenas respondía con monosílabos a sus cuestiones. De modo que el almeriense volvía a encontrar refugio en sus recuerdos. En ese padre al que elegía su madre tan sólo por no echarse a perder, por no volverse loca, por no colgarse quizás de una cuerda en cualquier rama fuerte de cualquier árbol cercano; ese hombre pobre, alcoholizado, bruto, inculto... era lo peor de su parentela, a la que Andrés en ocasiones quería olvidar, o más bien solamente recordar, para decirse a sí mismo que él, Andrés Cuevas, había llegado más alto que su padre.

Del lado materno, no. Por otra parte, en ese ámbito de su familia parecía haberse vivido un cierto desahogo económico. Su abuelo vivía del comercio de la ganadería y del pastoreo.

Ese abuelo de Cuevas debió de padecer la influencia

republicana en su vertiente más radical, tuvo enfrentamientos con la Iglesia y a causa de ello hubo de sufrir la cárcel, si bien leve. Su abuela era católica, creía en los santos, pero no en los curas, pues jamás pisó una iglesia, le rezaba a una estampa de San Antonio, pegada a la pared de su cuarto.

Había dos ramas en la familia de su madre, la de Granada, que eran gentes de derechas, y la de Almería, que eran republicanos, simpatizantes de Nicolás Salmerón, que también era almeriense. De modo que no resultaba extraño que cuajara el liberalismo entre las personas más avanzadas de la provincia.

Salmerón, que apenas hacía seis años fallecía en la localidad de la Baja Navarra francesa de Pau, sería presidente de la Primera República por un escaso mes y medio. Pero lo que no conocería seguramente Andrés Cuevas de la vida del ilustre prócer era que coincidía éste con el inmediato objeto de su atentado de aquella mañana, Antonio Maura, en la influencia que ambos habían tenido del krausismo.

Y era que el krausismo impregnaba el sentimiento universitario de la época. Propugnaba esta teoría sintetizar sus aspiraciones ideológicas y políticas, basadas en la libertad con los materiales que defendían un orden socioeconómico basado en la propiedad.

Los aspectos prácticos que se desprendían de aquella filosofía conectaban además con una vía de evolución del pensamiento liberal hacia formas de relación individuo–Estado más democráticas: el intervencionismo estatal en la política social, la descentralización administrativa, el reformismo como alternativa a la vía revolucionaria, la reforma ética de la sociedad; lo que suponía mejorar las costumbres antes de cambiar las leyes, la simpatía hacia las vías de representación orgánicas o corporativas y, sobre todo, un profundo liberalismo parlamentario.

Participaría incluso Maura de ese retrato robot idealizado que definía a los krausistas: una moral estoica, ética, enormemente austera, casi puritana, pero liberal, tolerante y respetuosa del hombre.

Más tarde conocería Cuevas a viejos maestros de escuela que enseñaban según los conceptos que había propagado Giner de los Ríos por medio del Instituto Libre de Enseñanza. Conocería éste a Gumersindo de Azcárate, junto con el cual resultaría detenido y recluido en una cárcel de Cádiz al exigir la libertad de cátedra, una vez producida la Restauración canovista que llevaría al trono a don Alfonso XII.

En aquel presidio gaditano, junto con sus compañeros de ideas, se pergeñaría la Institución Libre de Enseñanza y se desarrollaría en su casa de Cabuérniga, también en Santander, a unos ochenta kilómetros del lugar en que

Cuevas y Maura se encontraban en aquella mañana de agosto... ¡paradojas del destino!

Tampoco resultaría Maura ajeno a la persona de aquel leonés de luengas barbas que fuera Gumersindo de Azcárate, cuya influencia en el partido reformista, del que era miembro, no fue menos importante, sobre todo en lo que se refería a vetar la llegada al poder de opciones de derechas. A mediados de 1913, sus dirigentes enviaron al rey un extenso informe destinado a impedir el intento de Maura de ocupar de nuevo la presidencia del Consejo de Ministros.

No sería sin embargo mala la relación personal entre ambos cuando don Antonio dirigía en enero de 1910 una carta a Azcárate en la que le decía:

«Cuando comparo la distancia que en puridad resulta mediar entre nosotros y los abismos que median entre Vd. y la casi totalidad de los que, en la bulla, aunque sea callejera, pasan por sus afines, vuelvo a medir las jornadas que se habrán de andar para establecer entre los españoles algo de verdadera tolerancia y libre convivencia entre ciudadanos».

Y así tendría lugar una crisis parcial del gobierno, y después de ella, el 11 de marzo de aquel 1913, Azcárate levantaría el veto republicano a los conservadores: «Yo he de decir al señor Canalejas que la primera etapa del mando del señor Maura fue incomparablemente mejor que la suya.

Nosotros sentimos, ¡ya lo creo!, aquellos cuatro meses últimos del gobierno del señor Maura, y no lo podremos olvidar fácilmente; pero, sin la sangre vertida entonces inútilmente, ¿cómo habría de poder compararse siquiera la labor de Su Señoría con la del señor Maura?».

Haría su primera salida de Almería Cuevas con destino a Barcelona como Maura a la península desde su Mallorca natal también en barco, en «El Borreguero», un vapor de la compañía Transmediterránea que transportaba ganado. No tuvo camarote, los viajeros sin recursos lo hacían en cubierta, tirados en el suelo, con una manta.

Vomitó, como muchos otros.

Iba con su padre y con dos grandes pañuelos que envolvían trenzados en un hatillo sus cosas.

Andrés Cuevas no abrigaba grandes anhelos en ese su nuevo destino. Barcelona era para él sólo eso, un lugar diferente en el que vivir. Viajaba en aquel navio infecto, entre el olor nauseabundo de los animales, como si él apenas fuera otra cosa que los escasos objetos que llevaba consigo.

Nadie le había imbuido de ideas concretas de lo que allí le esperaba. Al cabo, el joven Cuevas no era sino un objeto más, un muchacho inútil, un estorbo del que desprenderse.

Pero aún Andrés no era demasiado consciente de ello. No lo sería hasta que pasaran algunos años desde aquel viaje,

cuando pudo descubrir el origen de sus sentimientos. A lo mejor por eso anularía Cuevas sus recuerdos de juventud que sólo regresarían a él más adelante, y entonces le parecía que su propia narración correspondía a otra persona. De manera que, tal vez, llegado el momento, se le ocurrió que ese ser interior que anidaba en Andrés Cuevas estaba pugnando, siquiera ajeno a su propia realidad, por ser feliz en algún momento de su vida.

¿Se encontraría en Barcelona con esa posibilidad?

Nada más llegar los Cuevas a Barcelona alquilarían una casa en la avenida Meridiana. Sus familiares trabajaban en fábricas cercanas y el sonido de las sirenas les indicaba la entrada en el trabajo.

Sus tíos se ocupaban de su manutención. Los domingos le llevaban al bar «Sol y Sombra», frente a la plaza de toros Monumental; o al Sidral, en la plaza de las Glorias Catalanas, donde veían jugar al *football* a aficionados, y donde él mismo jugaba con otros chicos.

Por las tardes se quedaba con su abuela, que tenía un sentido muy estricto del orden y le reñía a cada paso. También acudía con ella, en las mañanas de los días de labor, al mercado de la plaza del Clot, y le compraba una ensaimada con nata que él comía mientras su abuela hacía la compra.

Se cocinaba con carbón y, si hacía viento, con un abanico

para que el carbón prendiera –una operación que le era encomendada habitualmente a él–. Luego se dedicaba a mirar por el balcón, desde el que veía pasar los trenes. Su abuela repetía siempre que había peligro con el ferrocarril y los pasos a nivel.

Algunos fines de semana sus tías jugaban con dinero, ante el disgusto de su tío, que había sido jugador empedernido como su padre.

Esa fue su vida durante unos meses. Después regresaría su padre y volverían a Almería.

Una vez en su tierra natal, todo se convertía en preguntas. Cómo era Barcelona, en qué trabajaba su tío... Y sus respuestas serían siempre lacónicas. «Barcelona es muy grande y tiene muchas cosas...». «Mi tío es repartidor de botellas de Cinzano». «Eso es muy importante –le decían–. Es como trabajar de chófer».

Los domingos les llevaba su madre al centro de la ciudad. Al llegar a una fuente, les hacía lavarse los pies y les calzaba unas alpargatas; al regreso se las quitaba.

En un bar les daban un café y unos tejerings que costaban una perra gorda y que bebían en una lata de hojalata que había contenido leche condensada y a la que habían aplicado un asa.

Recordaría también Cuevas que, en esas excursiones que

su madre hacía para ir de compras al mercado, le dijo ella que los curas eran unos hombres que vestían de negro, como las mujeres, y que siempre estaban con los ricos.

Capítulo VII

Una de las posibilidades que permitía la acuarela –a diferencia de otras técnicas– era la de pintar con transparencia las capas que dejan vislumbrar el papel o la capa inferior con otro color.

Y otra de las características que tenía la técnica de la pintura al agua era la imposibilidad de pintar con pigmentos de color blanco, sólo podía ser blanco el papel sobre el que se pintaba. Por eso resultaba imposible la utilización de papeles negros u oscuros.

Pero se le irían entonces sus recuerdos hacia el Callejón de Apuntadores de su niñez: barrio de mar, con olores de lodo y cáñamo embreado; calle estrecha, pavimentada con anchas e irregulares losas de piedra; calle recoleta, sin casi tráfico rodado, con grandes contrastes de sombras azules y

violetas, y fajas de sol hiriente en las fachadas, viejas y desconchadas; calle de paz y silencios, agonizante en aquel pasado siglo. Calle de anchos y oscuros portales, donde se veía el arranque de la escalera, con su barrote de hierro negro, y su inevitable bola de latón como remate, pulida hasta el brillar del oro; otros mostraban un pequeño patio con sus palmeras en maceta, metálicas y rígidas, y acaso alguna hortensia o geranio, que eran como una afirmación de vida en la callada penumbra. Tiendas antiguas, con aromas de especias; sacos de azúcar moreno, llegados de las Antillas a bordo de esos veleros que todavía entonces balanceaban sus esbeltos cascos en las dormidas aguas del puerto cercano, y trazaban sobre el azul del cielo la telaraña de sus jarcias; sacos de arroz blanco y menudo, de alta harina, de judías y lentejas, y en los anaqueles los tarros reservados a los coloreados y pringosos caramelos, las negras barras de regaliz, los descomunales confites, blancos y rosas, los «suspiros» y «mostachones», las galletas de aceite y las galletitas de Inca, las «paciencias y los «crespells».

Al lado de esas regionales golosinas se pavoneaban, con aire de aristocracia, las galletas en lata, que sólo la ventaja del envase podían ofrecer.

No había en esas tiendas premuras de tiempo, ni colas de parroquianos, ni malhumorados gestos: si el azar reunía a varios compradores, se aprovechaba la ocasión para hacer algo de tertulia y siendo ésta agradable y abundantes los

temas, a mayor retraso en el despacho más larga la charla, a la cual no era, ni podía ser, ajena la tendera porque, gracias a Dios, no era el tiempo lo que faltaba entonces y al alcance de todos estaba este supremo lujo de saborear el día, sin prisas ni glotonería, de igual suerte que un buen catador de vino no bebe de un sorbo la copa sino que hace que cada gota deje su aroma y sabor en el paladar.

El político mallorquín había respirado los aires proteccionistas que defendía el sector rebelde del partido de Sagasta –no otra cosa sería el gamacismo sino una facción desobediente–. Gamazo irrumpía en el tradicional librecambismo liberal, argumentando que así se representaba a la verdadera opinión, a la vez que iniciaba una vía de nacionalismo económico que luego heredaría don Antonio en su práctica política.

Tenía desde el principio Maura claros sus objetivos, pero no su ubicación en el mapa de los partidos. A pesar de sus convicciones católicas, don Antonio pensaba en integrar un partido liberal sin Sagasta. Aceptaría apoyar a un gobierno liberal y reformista, aunque sólo si estuviera presidido por Montero Ríos, incluyera a un indispensable Canalejas y tomara algunos argumentos de los republicanos. Pero Silvela también exhibía un programa reformista, de modo que Maura apostaría por aquél.

De esa manera viviría el mallorquín la experiencia de hacer política en la encrucijada: ni liberales ni conservadores, o las

dos cosas al tiempo. Y era que la facción gamacista estaba a la izquierda de Cánovas y a la derecha de Sagasta.

Los gamacistas mantenían excelentes relaciones con el republicanismo de Castelar, que consideraba a Gamazo como el Gladstone español y a quien Maura admiraba profundamente. Prueba de esas buenas relaciones sería que, después de su muerte, buena parte de los efectivos castelarininos engrosarían las filas de la facción gamacista, porque consideraban a éste «la mejor representación de la democracia española».

Recordaría Maura por mucho tiempo la fecha del 24 de noviembre de 1901, cuando enterraron a su cuñado y principal valedor, Germán Gamazo. Era un día claro y soleado. A las once menos cuarto se colocaron en lo alto de la escalera de piedra del portal los estandartes de las corporaciones, y poco después avanzaba el féretro entre la muchedumbre, hasta colocarse en la carroza de ébano tirada por seis caballos engualdrapados y empenachados de negro. En la presidencia del duelo, él mismo, Antonio Maura, Trifino, Paulino y César de la Mora, seguidos en el cortejo por representantes de la Reina, el Gobierno, las Cámaras, el Colegio de Abogados, círculos políticos, porteros, religiosas, asilados y una sección de guardias que abrían camino al cortejo.

Acompañaban todos el cuerpo extinto de un hombre que –como el propio Maura– se había hecho a sí mismo. Era hijo,

Germán, de Timoteo Gamazo, que fuera educado para maestro y a quien pagaban 1.300 reales anuales, que era una cantidad con la que ni siquiera se conseguía la redención del servicio militar. Abandonaría ese cargo por una escribanía y el puesto de secretario del ayuntamiento. Timoteo se convertiría en notario antes de que se aprobara la ley de Notariado de 1862.

Llegaba Gamazo a Madrid, una ciudad oscura, con olor a caballo y de calles estrechas. La capital de España en esos años tenía unas trescientas mil almas y aún pasaban las burras de leche por las mañanas. Pero con una vida de cafés y teatros muy intensa: en los años sesenta se contabilizaban dieciocho teatros, que ante la gran demanda ofrecían sesiones por horas, con diferentes programas.

Andando el tiempo, Germán Gamazo respondería a ese modelo de padre firme, no muy efusivo en sus manifestaciones, un modelo que quizás acrecentaría en su práctica familiar Antonio Maura.

Muy pronto, Gamazo sentiría correr en sus venas su preocupación por la economía pública. Para él no se economizaba gastando menos, sino administrando mejor, y a su parecer, más que reducir el número de servidores o escatimar en el importe de los servicios del Estado, importaba reorganizarlos todos.

Pero se unía a esa inquietud, la de su proyecto por la

renovación de la doliente España. Acostumbraba a decir que la postración de España, la falsedad del sistema, el divorcio entre la España oficial y la real, el abuso de poder, la política elitista y autocomplaciente, el clientelismo, el olvido de las masas, el descuido de la educación y de las necesidades sociales... todo ello se situaba en el epicentro de los males de la nación.

Y esos problemas que afectaban a España tenían su consecuencia, que no se podía obtener el poder a título de unguento cuando había que ejercerlo con implacable cirugía.

Un grupo, el dirigido por su líder, que se había visto enormemente castigado por la actuación de Sagasta contra esa disidencia. El grupo gamacista, a la muerte de Gamazo, había quedado diezmado. Aun así, seguía siendo importante.

Había insistido Gamazo ante Cánovas del Castillo para que conociese a su joven cuñado Maura. Al parecer la intención del jefe de éste era la de introducirle en los círculos del poder capitalino. El político de Valladolid le decía al líder del Partido Conservador: «Don Antonio, tengo un cuñado que usted ha de conocer». Gamazo se lo reiteró en varias ocasiones, hasta que por fin el mallorquín le fue presentado a Cánovas, con quien departió un buen rato. Concluida la charla Gamazo le comentó a Cánovas, convencido de la buena impresión que el político en ciernes le había causado: «No le decía yo a usted que tenía un cuñado...». El político malagueño, haciendo uso de la mordacidad que le era característica, le

interrumpió y le espetó: «Perdone usted, pero quien tiene un cuñado es Maura».

Don Antonio Cánovas del Castillo, alma de la Restauración un día, encarnación al siguiente del ideal conservador en España, árbitro de la política luego, se resignaba el prócer finalmente a no ser sino el hábil gerente de un gremio de caciques, funcionarios y parlamentarios.

El Partido Liberal–Conservador era él. Su personal prestigio de guía político, escritor, orador y gobernante a un tiempo, por ninguno de sus contemporáneos igualado, le deparaban la confianza de cuantos temían las perturbaciones sociales que provocaban los procesos de cambio político. Quedaban a la derecha de los conservadores algunos, muy pocos, que no obstante acatar la Monarquía restaurada, se negaban a cualquier transacción con el liberalismo; y el Partido Carlista.

Cierto que durante la Regencia que siguió al fallecimiento de Alfonso XII no fue ya Cánovas, sino para los incondicionales adeptos suyos, el hábil estadista que a comienzos de la Restauración parecía encarnar, en solitario, la patria española. Injusticias, ingraticudes, fracasos y desengaños le habían hecho perder la confianza en los demás y quizás en sí mismo, arrebatándole la fe, sin la cual nacían muertas las obras. Cánovas, caduco, no creía, como creyó un tiempo, en el porvenir de su país.

Eran muy diferentes los dos prohombres políticos que

llevaron consigo el turno de partidos restauracionistas. La campechana llaneza de Sagasta contrastó siempre con la natural reserva de Cánovas, distraído de la política por deberes sociales de hombre de mundo, investigaciones de erudito y ocupaciones de escritor y de académico, propenso por añadidura a la altivez y a las causticidades de lenguaje, la popularidad del jefe liberal y la impopularidad del conservador se hicieron proverbiales.

Cánovas y Sagasta serían los fundadores del sistema bipartidista que gobernaría en el futuro los destinos de España. La víspera del fallecimiento de don Alfonso XII, por iniciativa del General Martínez Campos, en el edificio de la calle de Alcalá donde estaba alojada la presidencia del Consejo, celebraron Cánovas y Sagasta lo que decidiría el futuro de España, el llamado «Pacto de el Pardo», que seguramente no sería pacto y que por el lugar de la reunión no se celebró en el Pardo.

Aquel mal llamado Pacto de El Pardo consistió en comprometerse Sagasta a asumir el poder para vigorizar su partido y debilitar al republicano, aceptando los posibles avances democráticos, y en comprometerse Cánovas a secundar, moderar o corregir esa obra política. Por desgracia quedarían ya en lo sucesivo proscritos los gobiernos intermedios, cualquier crisis total implicaría un cambio de partido en el gobierno, con el consiguiente licenciamiento de las Cortes, por breve que hubiera sido su existencia.

Capítulo VIII

Saturnino (apenas si Cuevas conocería algo más que el nombre de su compañero anarquista en su paseo matutino por el pueblo de Solórzano) era remiso a la conversación, así que los recuerdos del revolucionario andaluz forjado en Barcelona volvían a su Almería natal. Su nuevo hogar pareció un palacio a Andrés. Se trataba de un conjunto arquitectónico de tres cuerpos adosados en forma de «U». El espacio vacío medía entre veinte y veinticinco metros, una plaza descubierta en la que los niños jugaban y tomaban sus comidas. Tenían el mar enfrente y, entre ellos y el mar, algunos edificios a los que denominaban cortijos. Los corrales estaban vacíos cuando llegaron, pero su padre compró algunos animales.

Hacían los niños la vida en el exterior, salvo en las horas centrales del día en que se recogían en la casa y seesteaban

hasta la caída del sol. A veces se alimentaban de «arengades», sardinas que se envolvían en papel y se aplastaban en el gozne de una puerta, con lo que reventaban. Se les quitaban las escamas y la raspa. Se las despedazaba y se añadían unas gotas de aceite en un pan untado con tomate. Y la «granuja», que era la uva en mal estado, que se regalaba a los vendimiadores y hacía compañía a las migas.

Recordaría también Andrés Cuevas cómo era el río el lugar en el que las mujeres lavaban su ropa, enjabonándola primero para tenderla al sol, so pretexto de que así se hacía más blanca, y luego se remojaba de nuevo para después tenderla a secar. Debía de tener el río, a decir de aquellas gentes, alguna otra propiedad, pues existía la creencia de que la ictericia se curaba con sólo mirar el discurrir de su corriente.

Más tarde volvería de nuevo a Barcelona. Sus tíos se habían trasladado a una casa colectiva, un enorme rectángulo que contenía cuarenta viviendas, que se cerraba con un gran portón por la noche y que tenía un patio central donde se tendía la ropa y se charlaba al anochecer. Tenían el campo muy cerca y un autobús les dejaba junto a la playa de la Marbella.

Sería una situación extraña la de Andrés Cuevas: padre y madre en Almería, tío y tía en Barcelona. El hecho de tener, en la práctica, dos padres y dos madres (es decir, ninguno en

concreto), produciría en él un cierto desapego por las relaciones familiares, un definido sentido de pasar de un afecto –o desafecto– al otro, una sensación de no pertenecer a nadie... Pero también una cierta idea de libertad.

Su tío era anarquista, por lo que le llevó a la Escuela Moderna. Y el primer libro que tuvo entre sus manos fue *Lecturas Instructivas*, del profesor de aquella escuela, Celso Gomis. La tarde empezaba con el repaso de un texto de composición libre, redactado por los alumnos. En su enseñanza no entraría, desde luego, la religión: se trataba de una escuela racionalista. Y a Cuevas le gustaba acudir. Nunca hizo lo que entonces llamaban «la campana», esto es, novillos.

La Escuela Moderna era el nombre de aquel centro de enseñanza que existió al comenzar el siglo XX en Cataluña. Fue fundada en 1901 en Barcelona por Francisco Ferrer Guardia. Su objetivo era «educar a la clase trabajadora de una manera racionalista, secular y no coercitiva». En la práctica, la escuela formaría a sus alumnos en el descontento con el estado de la situación y el cambio revolucionario. Y tampoco sería un centro proletario, los precios de las cuotas de tutoría restringieron su público a elementos estudiantiles de las clases medias, sobre todo durante los primeros años, por lo que se esperaba por parte de los organizadores –de forma privada– que los alumnos en su debido momento se motivaran a unirse y respaldar la causa del movimiento obrero, más en concreto en su versión

ideológica anarquista. La escuela contaba con una imprenta en la que se realizaba un boletín, un laboratorio, un museo natural, una biblioteca y pretendía que sus instalaciones tuvieran una gran iluminación. Entre otras cosas tuvieron que buscar maestros que entendieran que su papel no era coercitivo sino de apoyo. Este centro educativo era de enseñanza mixta, secular y anticlerical. Al ser la primera escuela mixta y laica de Barcelona, en un país católico, obtuvo una amplia antipatía entre el clero y los devotos.

«Los niños y las niñas tendrán –proclamaría el ideario del centro– una insólita libertad, se realizarán ejercicios, juegos y esparcimientos al aire libre, se insistirá en el equilibrio con el entorno natural y con el medio, en la higiene personal y social, desaparecerán los exámenes, los premios y los castigos. Se dedicará especial atención al tema de la enseñanza de la higiene y al cuidado de la salud. Los alumnos visitarán centros de trabajo (las fábricas textiles de Sabadell, especialmente) y harán excursiones de exploración. Las redacciones y los comentarios de estas vivencias por parte de sus mismos protagonistas se convertirán en uno de los ejes del aprendizaje. Y esto se hará extensivo a las familias de los alumnos, mediante la organización de conferencias y charlas dominicales».

Francisco Ferrer Guardia, el fundador de la Escuela Moderna, había nacido en 1859. Sus padres eran campesinos acomodados. De familia muy católica y monárquica, Ferrer y su hermano Josep reaccionaron como

anticlericales y el que tiempo más tarde sería fundador de la Escuela Moderna ingresó en la logia masónica Verdad de Barcelona. A sus catorce años fue enviado por la familia a trabajar a la ciudad condal, donde entró como aprendiz en un comercio de harinas en el barrio de San Martín de Provençals, cuyo dueño le inscribió en clases nocturnas y le inició en los ideales republicanos. De formación autodidacta, estudió a fondo la doctrina de Francisco Pi y Margall y las tesis internacionalistas.

En 1883 entraba a trabajar como revisor en la línea de ferrocarril Barcelona–Cerbère, lo que aprovecharía para ejercer de enlace con Ruiz Zorrilla (el conocido hacedor de gobiernos y sostenedor de caciques varios), de cuyo Partido Republicano Progresista fuera militante. Apoyó en 1886 el pronunciamiento militar del general Villacampa, no en vano partidario de su jefe Ruiz Zorrilla, cuya finalidad era proclamar la República, pero al fracasar ésta tuvo que exiliarse en París, acompañado de Teresa Sanmartí, con la que tendría cuatro hijos. Subsistió dando clases de español y ejerciendo como secretario sin sueldo del tantas veces presente en tu trayectoria vital, Ruiz Zorrilla. Hasta la década de 1890 continuó siendo republicano, empezando entonces a interesarse por el anarquismo. Participó en 1892 en el Congreso Universal de Libre Pensamiento organizado en Madrid.

En 1893 se separaría de Teresa, quien por despecho y en desacuerdo por la custodia de sus dos hijas mayores, le

disparaba con un revólver en junio de 1894, sin fatales consecuencias.

Francisco Ferrer había sido pues zorrillista, pero se había vuelto anarco-comunista. Aunque parecía que no fuera hombre de armas –no se le conocía antes de su fusilamiento más experiencia de fuego real que ésta de ser víctima de los tiros de su mujer.

Amparado por el modesto pseudónimo de «Cero», escribía creer que la revolución proletaria que preconizaba se haría con mucha sangre. Pero ello no suponía el permanente mantenimiento del rescoldo de querencias republicanas revolucionarias. Si llegaba el momento, una carambola de la monarquía hacia la república podría allanar el camino.

En 1899 se casó con Leopoldine Bonnard, maestra librepensadora con la que recorrería Europa. Este tiempo lo aprovechó para concebir los conceptos educativos anarquistas para luego aplicar en España sus proyectos. Conocería a un grupo de anarquistas y anarcosindicalistas, entre ellos a Jean Jaurés, que influyeron decisivamente en su pensamiento.

La cuantiosa herencia de un millón de francos, procedente de una antigua alumna, Ernestina Meunier, hizo posible que pudiera llevar a cabo su proyecto en Barcelona, donde inauguraría en agosto de 1901 su Escuela Moderna.

No fue Ferrer, sin embargo, sólo un libertario o un anarquista de conciencia. Partidario de la huelga como arma revolucionaria, editó el periódico *La Huelga General* hasta que, en 1906, Mateo Morral, traductor y bibliotecario de su centro educativo, perpetró el atentado frustrado contra Alfonso XIII en el día de su boda, la bomba de la calle Mayor, arrojada la cual se suicidaba su autor, dejaba el triste balance de veintitrés muertos y ciento sesenta y ocho heridos.

Este atentado tuvo como consecuencia para Ferrer el cierre de su centro educativo y varios meses de encarcelamiento acusado de complicidad, al término de los cuales fue liberado. Fuerzas más o menos ocultas lograron entonces que el procedimiento resultara viciado. Lo proclamó Salidas, director de la cárcel Modelo y republicano radical, en el debate posterior de 1911. «Hay que decir las cosas como son. El pensamiento del ministerio fiscal fue desviado. Se atenuó la calificación, y al llegar el momento del juicio, tratándose de un asunto tan importante... en la Audiencia de Madrid se formó una sala mísera...; y yo os digo, porque es verdad, que en aquella ocasión había una corriente de presión, una corriente de miedo, y eso explica una porción de cosas y el desenlace que tuvo el asunto».

Ferrer había puesto tierra de por medio, después del lance de 1906, a fin de evitarse disgustos con la policía. Pero su regreso a Barcelona se produjo precisamente en junio de 1909.

No sería extraña la atribución de los hechos acaecidos a lo largo de la *Semana Trágica* a las enseñanzas de Ferrer, las hazañas de aquellos llamados «jóvenes bárbaros», aleccionados antaño por Lerroux o de aventajados alumnos de la Escuela Moderna, clausurada a raíz del crimen de su «catedrático», Mateo Morral.

Capítulo IX

También dispondría Maura de sus dos consabidos vasos de agua: uno en el que introducir el pincel para pintar, el otro para cambiar de color... teniendo siempre cuidado con los tonos utilizados. Empezando con el amarillo y pasando al rojo, realizaría esa transformación sin recurrir a la limpieza previa del pincel, al objeto de que se notara menos esa transición en la obra final. Era como en todo: una vez que don Antonio había estudiado un asunto de arriba abajo no creía que nadie le pudiera discutir nada.

Los colores... alguna vez le habían preguntado por los tonos que más le gustaban, respondiendo: «El azul, por el mar de Mallorca que me vio nacer, y el amarillo, por el cereal de Castilla al que le debo tantas cosas...».

En Mallorca, de niño, le gustaba ir de tiendas, donde

gozaba del privilegio de perturbar la sagrada beatitud del gato (siempre soñoliento, tumbado sobre el mostrador bajo la caricia de un rayo de sol) y regresar de aquellas expediciones con algún pegajoso caramelo o barrita de regaliz, cuyas huellas en dedos y traje requerían la enérgica intervención materna. Todo en las tiendas era motivo de admiración y encanto: aquel pesar en las balanzas, con sus platillos que de oro semejaban las distintas mercancías; aquel habilidoso envolver de las mismas en tosco y amarillento papel de estraza; aquella variedad en la tentación de caramelos, anises y galletas, de tantos y tan admirables colores y formas; aquellas incomprendidas conversaciones y cotilleos, que con sólo ser autorizado a escucharlos ya «me conferían calidad de persona mayor».

Mallorca era para Maura su infancia y buena parte de su vida pasada, pero Constancia, su querida «señoruca», sería la nueva y presente vida. Constancia, que en ese momento estaría descansando seguramente. Su mujer durante aquellos largos años, hermana de Germán, que llegaría a ser madre de la numerosa prole que dejaría tras de sí aquel matrimonio.

Nació Constancia en Boecillo, como el resto de sus hermanos, y fue la hija menor de doña Estefanía y don Timoteo. A la muerte de éste, su hermano Germán se la llevó a Madrid y la internó en el colegio de Santa Isabel, de las religiosas de la Asunción, donde se sintió atraída por el ambiente monjil del convento. Su hermano Germán le

recomendó que antes de tomar una decisión tan seria, viviera un año fuera del convento y la envió con su madre a Valladolid.

En aquel verano de 1877, el joven de 25 años, Antonio Maura, marchó a Boecillo a despachar con su jefe de bufete, Germán Gamazo, que allí descansaba con su madre y su hermana Constanca.

Y al calor de las conversaciones familiares en torno a esa mesa camilla sempiterna de los hogares españoles, los dos jóvenes comenzaron a soñar una vida juntos. Se casarían siete años después de su licenciatura y Maura abriría despacho propio.

Lo recordaría siempre con enorme gratitud hacia ella, Constanca había puesto dos condiciones a su futuro marido antes de aceptar el noviazgo y la boda. Antonio no había de aficionarse a la caza ni debía meterse en política. Ninguna de las dos advertencias serían cumplidas por él.

Nunca le había sugestionado la adulación ni le afectaría la vanidad. Nada sabía de las antecámaras palatinas, ni de los palcos del Real y aunque nunca quiso ocupar cargos representativos, por la compasión que le producían los invidentes, aceptó ser presidenta del Instituto Oftálmico Nacional.

Constanca y Antonio crearon su hogar en Madrid en la

misma casa de la calle del Barquillo donde residía Germán. Cuando Maura prosperó económicamente se trasladaron al Paseo de Recoletos número 7, y en 1888 al número 24 de la calle Génova, que también fue llamado el palacio de Gamazo debido a que éste era su propietario.

En la quiebra del duque de Santoña el año del *Desastre*, y debido a que era cliente del despacho de Gamazo, su hija Josefa Manzanéelo vendería a Maura el solar número 18 de la calle de la Lealtad en la cifra de doscientas cincuenta mil pesetas. Allí instalaría Maura su domicilio y despacho, siendo la primera vivienda del político en propiedad.

Siempre delicada de salud, iniciaba Constanca el día oyendo la Santa Misa, que se decía en su oratorio privado, junto a su alcoba. Pasaba la jornada organizando la marcha de la casa con los criados y escuchando las lecturas que le dedicaba doña Ruperta, su dama de compañía, que se saltaba los párrafos que la lectora creía podían parecer procaces a su señora.

Al igual que «la señoruca», Maura no salía jamás de noche. Cuando era jefe del gobierno y tenía, por obligaciones de cortesía, que acudir a algún festejo nocturno, lo hacía con verdadero sacrificio.

Cenaban a las nueve y hasta las once hacían tertulia familiar. En ocasiones se distraía jugando al billar o al tresillo; pero era muy frecuente que se le cerraran los ojos, fatigados

por las tareas cotidianas. A las once, lo más tarde, se retiraba a descansar.

Y no lo podía evitar, tenía él siempre un excelente apetito. Sus manjares favoritos eran la carne y la fruta. Era abstemio, absolutamente abstemio. No bebía más que agua, y ésta en cantidades copiosas.

Después del almuerzo, Maura, pertinaz fumador, bajaba a su despacho para aspirar, charlando con sus hijos, parientes, secretarios e íntimos, su cigarro habitual. En ocasiones, cuando la magnificencia del día lo reclamaba, solía don Antonio fumar este cigarro entre las frondas del Retiro. Otro de los sitios donde al político mallorquín le gustaba pasear era por la calle de Velázquez.

Constancia había de vivir con serenidad el primero de los atentados que sufrió Maura a lo largo de su vida.

Era el 12 de abril de 1904 y ocurrió durante el primer viaje de S.M. el rey a Barcelona. Acababa el presidente del Consejo de dejar a don Alfonso en Capitanía y había subido al coche que aún estaba parado. Y en tanto que don Antonio repartía saludos y apretones de mano, se alzó sobre el estribo un hombre que ocultaba bajo un pañuelo blanco un puñal que hundió en el pecho del político mallorquín. Éste se arrancó el hierro de la herida, lo guardó bajo el asiento y dio orden al lacayo de que le condujera a su alojamiento barcelonés.

Bajó del coche sin ayuda y entró en la Diputación por su pie. Al general Linares, ministro de la Guerra, con quien se cruzó en un salón, le dijo simplemente: «Pásese por el despacho». El general no sospechó nada anormal en el encargo del presidente.

Lo primero que hizo Maura, ya en su gabinete, fue comunicar por teléfono con el ministro de la Gobernación –Sánchez–Guerra– y decirle: «Al despedir al rey en la Capitanía hace un instante, me han herido, de una puñalada, en el pecho. Va a reconocerme Alabara, el médico. Prevenga a Constanca para que no se alarme».

Maura recordaría así el atentado. La entrada del cuchillo en la carne correspondió al lleno del corazón, y parecía el arma haber penetrado dos y tres veces más de lo necesario para una muerte instantánea. Pero se desvió de tal modo que los doctores dijeron ser muy difícil causar otra tal herida, alojándola inofensivamente en el músculo, sin lastimar los inmediatos órganos vitales, aunque el ensayo se hiciera tranquilamente por mano de maestro. Maura no había sentido verdadero dolor ni padecido siquiera una hora de insomnio después del atentado, ni experimentó su pulso la menor alteración.

En todo se cumplió el plan de viaje, sin otra alteración que la tristemente sobrevenida por la muerte de S.M. la Reina Isabel II. Los médicos le vedaron exponerse al evidente riesgo de que se abriera la herida en las apretadas

aglomeraciones de gentes que suelen ser inevitables; y eso limitó su asistencia a los actos restantes que de otro modo habría presenciado. Acudió donde no se comprometía la cicatrización.

Poco antes había dicho Maura en el Senado: «¡Si esta política cuesta la vida, que la cueste! El poder público no ha de pedir permiso a los delincuentes».

Recordaría también Maura el segundo de los atentados que sufriría a lo largo de su vida. Y que tendría su antecedente.

En la sesión del Congreso del 9 de julio de 1910, en la que se debatía acerca de las presuntas responsabilidades de la *Semana Trágica*, tomaría la palabra el líder socialista Pablo Iglesias. Lo diría en los siguientes términos: «Los moros tienen razón en cuanto hacen. Eso que Maura ha dicho que bombardeemos a los moros para defender a cuatro obreros asesinados es una ofensa que se nos hace, porque jamás se ha ocupado Maura de defender a los obreros.

Se han violado las leyes de la guerra lanzando una lluvia de granadas sobre poblados en que había niños, mujeres y enfermos. Este proceder es bárbaro e infame. ¿Se extrañará alguien de que cualquier ciudadano, al tener que dejar en su casa mujer e hijos para ir a la guerra, en vez de hacer eso, clavase un puñal en alguno de nuestros representantes políticos? Si hubiera alguien que hiciera lo que he dicho yo le

aplaudiría. Y si vienen los atropellos y hubiese que usar las armas, no se tire abajo, tírese arriba».

Y, no contento con semejante exabrupto, continuaría: «El movimiento de Barcelona fue generoso. Las turbas respetaron las vidas, y si hubo algún caso aislado, esto nada significa con respecto a la conducta general. No procedisteis vosotros así en vuestra venganza –se dirigía entonces a don Antonio–, sedientos de sangre, haciendo víctimas a personas inocentes, ajenas a los sucesos. Es una iniquidad fusilar en el siglo XX a un hombre como Ferrer por profesar una idea. Nosotros execramos la conducta del gobierno del señor Maura y nos asociamos a lo hecho por los socialistas extranjeros, ya que no tuvimos brío a su tiempo para oponernos de modo terminante. Esto es lo que nos ha obligado a la conjunción –con los republicanos–; por ella tuvimos que unirnos, y juntos derribar al señor Maura. Nuestra labor de ahora es impedir la vuelta del señor Maura al poder, y como el régimen protege al señor Maura, procuraremos derribar al régimen... Para impedir que el señor Maura vuelva al poder, ya dije en otra parte que mis amigos estaban dispuestos al atentado personal».

Se promovió, por supuesto, aquella tarde, el escándalo parlamentario correspondiente, pero el gobierno presidido por el liberal Moret asistió a todo el debate con la corrección circunspecta, un sí es no es irónica, propia de unos amos de casa bien educados, en cuyos salones, grupos de invitados, enemistados entre sí, cercenando las más elementales

normas de la cortesía, disputan, se acaloran y están a punto de venir a las manos.

Algún magnate republicano secundó la instigación al crimen diciendo que «Maura no moriría en la cama»; otro proclamó que «Maura era carne de Angiolillo» (el asesino de Cánovas) y finalmente Blasco Ibáñez publicó en su periódico de Valencia un artículo de triste celebridad: se titulaba «El paso del cuervo» y era una vehemente instigación al exterminio de la simbólica ave siniestra cuando pasase por Barcelona.

En efecto, a primera hora de la noche del 20 de julio de 1910, llegaba don Antonio con su familia al Apeadero de Gracia en la urbe barcelonesa. El capitán del barco no había siquiera intentado variar el punto del embarque por considerar Maura deber cívico afrontar el riesgo y corresponder a la autoridad el amparo del ciudadano públicamente amenazado de muerte.

En la estación esperaban al viajero un grupo numeroso de personalidades selectas, algunos parientes y el capitán del barco que había de conducir a Maura a su Mallorca natal. Fue sintomático que, al pararse el tren, se extinguiera en la estación el fulgor de los arcos voltaicos. Quedó el recinto, por unos momentos, en semioscuridad, sin más luces que el reloj y las de algunas oficinas. Ese momento fue aprovechado por un jovenzuelo como de 20 años, modestamente vestido, para incorporarse al grupo de

amigos del viajero y procurar instalarse en primera fila. Providencialmente estorbó el propósito su sobrina Margarita Maura de Domenge que, molesta por la proximidad de un desconocido, tuvo sin embargo la inspiración de estorbar su avance. Cuando se restableció la iluminación, la cabeza blanca de Maura sobre el fondo oscuro de la ventanilla constituía una magnífica diana. El desconocido levantó su diestra armada con una *star*, mas antes de afinar su puntería, el capitán del barco, en primera fila, tapaba con su sombrero en alto la cabeza del ilustre viajero, al que saludaba y pedía instrucciones para el viaje, mientras que Margarita, con un fuerte abanicazo, desvió el arma de Posá, que así se llamaba el agresor. Sonó el disparo y la bala atravesó por la cara interna el brazo derecho de don Antonio, levantado a la altura del rostro para saludar a los amigos, y salió muy cerca del hombro, con apreciable hemorragia. Abierta la portezuela y cuando el herido se disponía a bajar, Posá, ya sujeto y maltratado por el chófer de Maura y otros espectadores, pudo hacer un segundo disparo, cuyo proyectil entró por la parte interna del muslo derecho para salir por la cadera, dejando en tan largo recorrido milagrosamente intactos los huesos y vasos importantes. Aún hizo Posá, a la desesperada, un tercer disparo que acusaron los herrajes del vagón.

Maura pudo salir de la estación por su propio pie hasta el automóvil que le condujo al muelle. Una vez instalado en su camarote fue asistido por el doctor Cardenal que dictaminó:

«La magnífica naturaleza del paciente permite esperar una cicatrización rápida, sin reacción febril de importancia».

Iglesias era hombre de verbo flamígero que con frecuencia llamaba a la amenaza terrorista. Recordaría don Antonio que, en una ocasión, cuando aún no había llegado a ser diputado, se le pidió su opinión sobre el proyecto de ley antiterrorista de Maura. Iglesias consideraría que se les expulsaba de la legalidad. «Seremos terroristas», afirmaría.

Mantendría sin embargo el fundador del PSOE una relación ambigua en relación con don Antonio, y al igual que lo haría el líder radical barcelonés, Alejandro Lerroux (que se refería a Maura como Calígula degenerado), llamaba «Maura» a su perro. Un perro que con frecuencia se escapaba de su dueño y se iba de caza con un hijo de don Antonio.

Una animosidad contra Maura que hacía extensiva Iglesias a la Corona y a la relación que aquél mantenía con ésta. «Al repeler al señor Maura, el régimen ha destruido por su propia mano al más firme baluarte del Trono», diría también Iglesias en el Congreso en 1913. Con la voz gutural y el encorajinado acento peculiares de su oratoria fulminó Iglesias este concepto: «Debo decirlo muy alto. Si la burguesía transige y nos concede las ocho horas, la revolución, que ha de venir de todos modos, será suave y contemporalizadora. De otra suerte revestiría los caracteres más sangrientos y rudos que puede imaginar la fantasía de los hombres».

La cuestión social... fue ingente la labor que desarrollaría aquel llamado *Gobierno Largo* presidido por don Antonio. Pero no sólo en cuanto a las reformas de calado político por éste emprendidas (al cabo, toda reforma de un gobierno cabría reputarla de política), también en lo atinente a lo social.

No era la España de aquel principio de siglo un espacio fácil para los menesterosos. Unas gentes que vivían en ocasiones cercadas por los parásitos, utilizando un trozo de papel en el suelo como retrete y comiendo por toda ración semanal de proteínas unos 70 gramos de pescado los domingos.

Frente a esa situación se imponía eso que en algún momento alguien calificaría de catolicismo social, en el espíritu de la encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, que enlazaba también con la política social al estilo de los conservadores Bismarck o Disraeli. El objetivo sería lograr una sociedad armónica e integrada, acorde con sus ideales organicistas que acercaban al político mallorquín a ciertos institucionistas como Gumersindo de Azcárate, con el que compartía Maura el ideal de una misión ética para el hombre de Estado.

Las citas entre Maura y Azcárate eran frecuentes. Compartían ambos la necesidad de proceder a unas reformas sociales profundas como alternativa a la revolución. *La revolución desde arriba* –proclamada por don Antonio– y el Instituto de Reformas Sociales. En el instituto

había de todo: liberales y conservadores, republicanos y católicos, patronos y obreros. Era una vertebración que nacía en la España invertebrada. Incluso los socialistas lo miraban con interés.

Creado en 1903 bajo un gobierno Silvela, el Instituto se consolidó con el gobierno de don Antonio. Su adscripción al Ministerio de Gobernación prueba que la cuestión social se percibía como algo más que nada de orden público, pero no dejaba de ser el Instituto un elemento de apoyo al reformismo.

Además de su espaldarazo al Instituto, ese gobierno Maura creó un reglamento de inspección industrial para garantizar el cumplimiento de la legislación obrera o la ley de descanso dominical; se sancionó la protección física y moral de los niños menores de diez años. Y quedarían además muchas leyes pendientes.

Centrados en las relaciones laborales estaban los proyectos de contratos de trabajo, aprendizaje y salario mínimo, que no pasaron del Senado. Proponían el arbitraje de los tribunales industriales y del Instituto en última instancia. Y también el combate a la emigración a otros países, planteando soluciones para evitarla y en su ejecución, de modo que fueran transportados como verdaderos seres humanos y encontraran alguna protección en su destino.

En cuanto a la ley del descanso dominical, ésta tuvo muchas trabas. Maura llegaría a decir que la sociedad exigía cambios, pero después se resistía a aceptarlos.

La prensa, por ejemplo, reaccionó de forma singular. Los grandes rotativos protestaron porque –según ellos– al gobierno no le interesaba que se vocearan los periódicos los domingos, aunque se hubieran confeccionado en sábado. Consideraron pues reaccionario el proyecto. Más en concreto, la prensa liberal y republicana la rebautizó como la «ley de la misa». No había toros ni tabernas abiertos los domingos, con lo que la protesta crecía. El mismo Canalejas dijo que el Estado no debería intervenir en asuntos de ámbito privado.

En cambio, el habitual y vituperante contradictor de Maura, Pablo Iglesias, diría: «No porque el descanso para la mayoría de los obreros se haya señalado el domingo agrega a la ley carácter clerical. Es que ese día reúne más condiciones que cualquier otro para el descanso de los obreros de aquellas profesiones que pueden interrumpir su funcionamiento sin perjuicio del interés general».

Por cierto que la ley no incluía a las fiestas de guardar ni introducía –como era lógico– la obligación de asistir a misa, aunque estipulaba que las empresas que por motivos de producción no podían cerrar en domingo, debían conceder una hora de descanso para permitirlo.

Y en cuanto a la reacción de la prensa, diría Iglesias: «Esa libertad que piden los periódicos que se llaman liberales, demócratas y radicales para establecer el descanso, es la libertad que han usado aquí los patronos para conceder muy poco o ningún descanso a los obreros».

Y era que, precisamente, el cierre de las plazas de toros y de las tabernas las habían pedido los propios socialistas, orgullosos de la «verdadera labor de regeneración que suponía librar al obrero de los progresos del alcoholismo y del embrutecedor espectáculo de las corridas de toros».

A partir de la postura favorable a la ley por el PSOE, la crítica fue que la norma sería lo que era... «socialista».

Y la prensa se buscaría su sistema: los trabajadores prepararían el ejemplar del domingo durante el sábado y, mediante un acuerdo entre empresas y trabajadores, publicaban una edición vespertina los domingos que se vendía los lunes.

No fue, por lo demás, gloriosa su aplicación, y muy pronto se abrieron los resquicios: los mercadillos de los pueblos, la venta ambulante, las pastelerías abiertas sólo para comer los pasteles dentro, las tabernas de comidas con unas tortillas resecas en los escaparates y las vendedoras de flores en la calle de Alcalá. Los fotógrafos y las administraciones de lotería, las panaderías y las peluquerías. Las tabernas se abrieron para volverse a cerrar. Y lo mismo con las corridas

de toros. Las multas, por ejemplo, que los patronos nunca hicieron efectivas. Durante el año 1908, las sanciones impuestas en Barcelona ascendieron a veintisiete mil trescientas pesetas, no haciéndose efectivas más de doscientas setenta y cinco.

Capítulo X

Saturnino era de parca palabra y de certero comentario, quizás –como le decía– porque Solórzano era un pueblo «y aquí nos conocemos todos». Figúrate, «no llegamos a mil doscientos habitantes», le decía cuando abandonaban la tasca y emprendían camino hacia su objetivo. Dicho lo cual, Saturnino se abismaba en su silencio, así que Andrés Cuevas volvía a sus recuerdos de Ferrer por aquello de encontrar en ellos una mayor justificación para la empresa que se había propuesto acometer.

Una vez que no le fuera posible volver a abrir la Escuela Moderna, al año siguiente se trasladó Ferrer a Francia y a Bélgica; en este último país fundó la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, cuyo presidente honorario era Anatole France. En 1908 editaría la revista de la Liga *L'Ecole rénovée* en Bruselas, pero posteriormente la

trasladaría a París, donde retomaba la actividad de su editorial y continuaría publicando el boletín de la Escuela Moderna.

Al fin y al cabo, Ferrer era simplemente un anarquista –sus detractores decían que fanático–, en el que el afán de destrucción era connatural. En todo caso, la pedagogía ferrerista quedó explicada por su principal responsable en una carta publicada en *La Gaceta* de Colonia: «El fin de mi propaganda es formar en mis escuelas anarquistas convencidos. Por el momento debemos contentarnos con implantar en el cerebro de la juventud la idea de violentas agitaciones. Debe llevar a saber que contra la autoridad y la Iglesia no existe más que un solo remedio: la bomba y el veneno».

Pero la figura de Ferrer Guardia adquiría sus contornos más precisos y un indudable protagonismo histórico a raíz de la *Semana Trágica*. El rigor de los tribunales militares en la fijación de responsabilidades y en la aplicación de las penas tendría como consecuencia lo que sería denominado desde entonces el «caso Ferrer».

En principio, las sentencias capitales recayeron sobre diecisiete personas, reducidas luego a cinco. Uno de ellos el fundador de la Escuela Moderna, que difícilmente podía ser acusado de delitos concretos perpetrados durante la crisis revolucionaria, pero a quien se le imputaba una «responsabilidad moral» como inductor. Y era que durante

muchos años se había dedicado Ferrer a difundir las doctrinas de cuño anarquista a través de la Escuela Moderna, que llegaría a obtener una gran influencia: casa central en Barcelona, una editorial anexa, catorce sucursales en la ciudad y más de treinta en Cataluña y Valencia. En realidad, su denominación de Escuela Moderna no constituiría sino una máscara, para no asustar a las gentes y no dar pie a su disolución por el Gobierno.

Alguna responsabilidad tendría también en los hechos Lerroux, quien sin embargo se iba alejando progresivamente del anarquismo, y no había pisado Cataluña desde que se expatrió a la Argentina; pero Ferrer tenía residencia en las cercanías de Barcelona. A primeros de junio de aquel año, y desaparecidas las causas familiares que, según él, motivaron su viaje, había prolongado su estancia allí, siendo varios los testigos que aseguraban haberle visto en el curso de la *Semana Trágica*, mezclado con grupos de revoltosos en la capital y en poblaciones próximas, también afectadas por los sucesos. Requerido de comparecencia por el tribunal correspondiente, permaneció oculto en Premiá del Mar hasta el primero de septiembre, y detenido ese día, ingresó aquella misma tarde en Montjuïc como procesado por delito de rebelión militar.

Estaba claro por lo tanto que en los sucesos «concretos» del 26 al 29 de julio de 1909, no intervino «personalmente» el fundador de la Escuela Moderna, aunque en su tiempo no se dudaría de sus responsabilidades en el

desencadenamiento y en la manera de cuanto entonces ocurrió. Unamuno, lo expresaría así: «Se fusiló en perfecta justicia al mamarracho de Ferrer, mezcla de fanático, tonto y criminal y cobarde, a aquel monomaniaco con delirios de grandeza y erotantrismo, y se armó una campaña independiente de mentiras, embustes y calumnias. Todos los anarquistas y anarquizantes se juntaron, se les unieron los *snoobs*, y estuvieron durante meses repitiendo los eternos disparates respecto a la inquisitorial España que es el país más libre del mundo».

En sus conversaciones con los líderes radicales, Ferrer les había exhortado a adoptar una fórmula de acción que coincidiera inicialmente con el devenir de los acontecimientos de Barcelona: incendiar iglesias y conventos como símbolos de la autoridad para crear un ambiente revolucionario y luego, cuando comenzaran las escaramuzas con la policía, proclamar la República. Esto no quiere decir que Ferrer fuera el cerebro privilegiado de la revuelta, sino más bien que esa era la fórmula obvia para una insurrección en la Cataluña de 1909.

Pero a la simple noticia de la detención de Ferrer, las mismas fuerzas que se movilizaron para liberarle en 1906, se apresuraron ahora a desencadenar una fuerte tempestad de opinión en todos los rincones de Europa contra los procedimientos de los tribunales militares españoles y, por supuesto, contra el gobierno Maura que los respaldaba, sancionando sus sentencias.

Esa campaña presentaría al fundador de la Escuela Moderna como un mártir del racionalismo, de la libertad de pensamiento, de la luz de la ciencia ofuscada por el oscurantismo retrógrado, por la más brutal reacción del clericalismo español.

En el rechazo de su condena se incluían tres argumentos: el procedimiento, la calificación del supuesto delito –rebelión militar– y la atribución de su jefatura al fundador de la Escuela Moderna, ya que éste no pasó de inductor, de estímulo al «movimiento anárquico y sin cabeza», según afirmaba además el que fuera gobernador civil de Barcelona, Ossorio y Gallardo.

Las primeras ejecuciones se produjeron en la primera quincena de agosto y estas no causarían especial conmoción interior o exterior. El problema fue pronto la figura del fundador de la Escuela Moderna. Cierva, el ministro de la Gobernación, daría por hecho que era culpable. Ferrer tenía en su contra toda su trayectoria anterior y también los testimonios de testigos y, sobre todo, de los encausados. Maura (no lo sabía Cuevas, obnubilado por un rencor que se diría atávico en contra del político mallorquín), por su parte, nunca dio por supuesta la culpabilidad de Ferrer, al que sólo calificaba de «procesado». Su hijo Gabriel, en Francia, pudo comprobar la magnitud de la protesta en contra de la ejecución de Ferrer y propuso el indulto cuando aún no se había dictado sentencia.

Don Antonio manifestaría a su hijo primogénito: «A España no se la maneja desde fuera. Si Ferrer es condenado a muerte será ejecutado sin dilación, porque el gobierno tiene ya resuelto no proponer el indulto en el caso de que sea sentencia condenatoria; y si es absuelto será puesto en libertad inmediatamente. Ni tengo ni quiero tener la menor noticia de lo que va a resolver el tribunal».

En efecto, a pesar del consejo de su hijo, Maura prefirió el criterio de Cierva de ejecutar la sentencia de Ferrer, preservando así la dignidad nacional.

No hubo tampoco ambiente que pidiera el indulto de Ferrer. Moret dijo que no se moviera un dedo. Años más tarde, Cambó se dolía de la responsabilidad de todos por no pedirlo y Maura dijo a la prensa extranjera en abril de 1911: «Ningún ministro habría osado aplicar el indulto sin oponerse a toda la nación».

Capítulo XI

Ya por completo dado de alta, pudiendo sin peligro subir y bajar escaleras de sus habitaciones al despacho, donde había reemprendido el estudio de un complicadísimo asunto forense, satisfecho también de haber dominado el asunto, de haber visto por fin –según su frase– «la luz del otro agujero del túnel», Maura se proporcionó el descanso de estudiar uno de los huertos más próximos a la Alquería, uno de los huertos mallorquines pródigos, umbrosos, alegrados con vuelo de mariposas y cantos de cigarras en que se adensa rezumando néctares la fecundidad de la tierra mallorquina. Era un rincón virgiliano al que Rusiñol, alguna vez compañero de don Antonio en estas exploraciones artísticas, llamaría «La isla de la calma».

Y recordaba Maura las tiendas de su infancia, sin cromados, ni espejos, ni mármoles, ni básculas automáticas, ni cajas registradoras, ni lámparas fluorescentes. Tiendas con anaqueles de pino sin pintar y mostrador de la misma

madera; todo lo que faltaba de suntuosidad, se hallaba en afecto y confianza. No buscaba la tendera la fortuna en pocos años; la tienda era un modo de vida nada más; por eso el azúcar era azúcar y la harina, harina, y cualquier adulteración se habría considerado como irreparable deshonra por aquellas buenas gentes.

La cuestión social... podría hasta ser considerado el trabajo del líder conservador como una suerte de socialismo similar al propugnado por el *tory* Hyndman, una igualación desde arriba y que partiera también desde arriba: «Una clase esclavizada no puede liberar a los esclavos. La iniciativa, la enseñanza, la organización, deben proceder de los que han nacido en una clase distinta, y han sido educados para emplear sus facultades desde los primeros momentos de su vida», diría el conservador británico.

Sin embargo, don Antonio no ocultaba su temor a la «chusma» revolucionaria, pero criticaba también a las clases altas por su egoísmo. Aquellos quienes presencian impasibles los preparativos para su destrucción... tendrían que ser cuatro amigos quienes les defendieran. De modo que, en ese gobierno, Maura promovería el intervencionismo del Estado frente al abstencionismo liberal. Entre otras pruebas de su acción cabía mencionar la Ley «antiusura», la legislación de pósitos, la de cooperativas agrarias y de colonización y reforma interior, así como –la más eficaz a la larga– la creación del Instituto Nacional de Previsión.

La Ley de Represión de la Usura, en concreto, sancionada en julio de 1908, sería más conocida como Ley Azcárate, que fue su impulsor. En noviembre de 1904, se registraría en el Congreso una proposición de ley firmada por este diputado, que no sería debatida por la disolución de las Cortes. Establecía que sería nulo todo contrato de préstamo en que se estipulara un interés notablemente superior al normal del dinero y manifiestamente desproporcionado con las circunstancias del caso o en condiciones tales que resultara aquél leonino.

La previsión se perfilaba como una de las soluciones a la cuestión social. La creación del Instituto Nacional de Previsión, largamente madurada, remitía a un proyecto pedagógico. Estado, patronos y trabajadores deberían contribuir a la fracción de un subsidio de vejez. También al de accidentes, desempleo, maternidad... Contaba con una aportación estatal, pero era voluntaria la de trabajadores y patronos.

A grandes rasgos, la línea krausista seguía firmemente asentada, aunque el timón hubiera pasado de Azcárate a Maura. El Instituto nacía con una composición políticamente muy variada, que transitaba desde el estricto orden del sistema que encarnaba Raimundo Fernández-Villaverde, a antiguos y actuales republicanos como Echegaray o Azcárate.

El Instituto estaba llamado a ser un instrumento de

impulso y apertura de nuevos caminos para que la previsión social fuese arraigando progresivamente entre la población española.

Su primera tarea tendría carácter pedagógico: difundir e inculcar la previsión popular; la segunda, administrativa y burocrática, administrar la mutualidad de asociados que al efecto y voluntariamente se constituyera bajo este patronato, en las condiciones más benéficas para los mismos; la tercera, ofrecer ayudas a los interesados, las llamadas «bonificaciones».

Por otra parte, trataría Maura de crear un instrumento eficaz de conciliación y de canalización legal del conflicto, en el caso de que éste se produjera. En especial, en previsión de la huelga estaban los Consejos de Conciliación y Arbitraje y los Tribunales industriales. Pero se encontraban con la falta de organización de las fuerzas productivas y, sin éstas, no se podía conciliar. Sin organización, resultaban impracticables las más de las instituciones que suavizaban la contienda entre obreros y patronos.

Dedicó también su atención el gobierno de don Antonio a regular –o prohibir– el trabajo en ciertas industrias peligrosas o el horario nocturno, y a regularizar la escolarización obligatoria. Seguía la tendencia de su primer gobierno –el de 1903– con la ley de protección a la infancia y la creación de un consejo superior con ese propósito. Pero no se cumplían los objetivos, los inspectores eran pocos y los

patronos no hacían caso. El presupuesto era escaso y las juntas locales eran nidos de caciques.

Una de las reformas era la eliminación del *truck system* (el pago efectuado con productos o en las tabernas propiedad de la empresa). En ambos casos, el patrono recuperaba buena parte del dinero entregado a los obreros. También estaba la ley de construcción de casas baratas.

Por su ministro de Fomento, el pontevedrés Augusto González Besada, se presentó la ley de colonización interior, que desde un plano no lesivo de los terratenientes pretendía un reparto de tierras a los campesinos pobres. Era su objeto asentar familias y colonias en tierras roturadas, municipales o estatales; consolidar una capa amplia de pequeños propietarios; fomentar el cooperativismo y frenar la emigración.

En ese su *Gobierno Largo*, planteó también una ley de contratos laborales donde estaba contemplada la existencia del salario mínimo, que no pudo convertirse en realidad al estrellarse el proyecto en el Senado.

Pero también hubo una ley que reconocía la huelga, aprobada en abril de 1909.

Se trató de una ley laboral circunscrita a canalizar los conflictos de tal carácter, proscribiendo las huelgas político-revolucionarias.

Esta ley tenía también por objeto la restricción de alguno de sus efectos más gravosos, especialmente para los trabajadores no huelguistas y para los terceros, así como para la represión de sus expresiones socialmente menos tolerables, particularmente en atención al carácter estratégico del sector afectado, a la finalidad política de la medida de fuerza obrera, a su duración y crudeza o a sus actos de acompañamiento, especialmente los calificados como de boicot o sabotaje.

Pensaba Maura que la ley no tenía la pretensión de que, con la sola virtud de un acto de imperio, pudiera trastocar la realidad social patente en todo el mundo, ni reducir a conformidad por obediencia los intereses de las clases sociales, cuya lucha tejía lo más de la historia.

No obstante, el esfuerzo legislativo en la ordenación del conflicto, la agitación social continuó por la insatisfacción de las demandas respectivas de trabajadores y patronos y se agravó con el paso del tiempo, dando lugar a las secuelas correspondientes para el clima de convivencia social y el orden público. El propio Instituto de Reformas Sociales en 1909 señalaba que la Ley sobre Conciliación y Arbitraje había tenido hasta la fecha una aplicación muy limitada. No obstante, el Instituto daba cuenta de algunos casos significativos de aplicación de la Ley. Canalejas diría que «será bien que veamos nosotros si encontramos resortes eficaces para hacer que se cumpla la ley, porque más que leyes parece que hace falta educación gobernante, como

hace falta, más que leyes nuevas, educación del ciudadano».

Para Maura, la huelga era la facultad elemental, incontestable, del derecho de propiedad del operario sobre su trabajo, en una forma de asociación en que aporta el operario su actividad, como el capitalista su dinero. De todas las formas de propiedad, la más Indiscutible, sin duda, era la del hombre sobre su propio trabajo. Pero no sería un derecho si no fuese social, si no se condicionase y modificase para la coexistencia con el derecho ajeno. Y la huelga, por el solo hecho de concertar el cese del trabajo, traía consigo una modificación, un quebranto, en ocasiones una esterilización, a veces una total ruina de las cosas, bienes y derechos ajenos de aquel capital con que el trabajo colabora en una actuación económica. Y no era menester que fuera general para que tuviera carácter revolucionario. La huelga revolucionaria ya no es asociación para fines lícitos de la vida humana. Ya no se encuentra el poder frente al ejercicio de un derecho, sino frente a gentes dispuestas a la perpetración de un delito, y ante eso, no caben ni la neutralidad, ni la pasividad.

No había sido Maura sino las juventudes que con el apelativo de *mauristas* surgirían a raíz del advenimiento al poder del *idóneo* Dato y la defenestración política de don Antonio, quienes en el mes de mayo de ese mismo año 1914, se habían puesto en contacto con las Juventudes Socialistas para intentar impartir en la Casa del Pueblo unos cursillos de propaganda social en los que «sin apasionamientos ni

sectarismos, sin hipérbole ni exageraciones, mostrásemos al pueblo español cómo piensa Maura y cuál es su obra verdadera, y cómo siente la democracia». Cuestión a la que, como era fácil de suponer, se negaron los socialistas alegando falta de locales. De cualquier manera, se inició casi paralelamente con la guerra la construcción de los primeros centros obreros *mauristas*, como muestra de una sensibilización hacia el ambiente social y un intento de conectar con la realidad, con los sectores sociales más desfavorecidos.

Volviendo una vez más a aquel periodo de 1907 a 1909, concluiría la calificación de aquel *Gobierno Largo* la opinión de su ministro de Gobernación, Ricardo de la Cierva, que en julio de 1910 diría: «Tanto los compañeros de representación de Pablo Iglesias, como los obreros de su partido, estaban altamente satisfechos por el impulso que ha habido a la legislación social, y además, porque siempre les han escuchado tanto en las peticiones obreras, como en los expedientes relacionados con la legislación de trabajo».

Observaría Maura cómo se le presentaba en líder soberbio y prepotente por parte de muchos de sus adversarios políticos. Uno de sus detractores lo compararía con el «superhombre» de Nietzsche.

Estricto, no rígido, diría de sí mismo Maura, que despedía a su confesor al verle reincidir tras haberle cazado en un renuncio.

Recordaba Maura que, con tan sólo cuarenta y un años, creía tener razón entre tantas personas autorizadas y respetables, y que en los círculos parlamentarios producía una molesta sensación a causa de su firmeza.

Pero es que esa firmeza empezaba consigo mismo. Daba comienzo en años tempranos el convencimiento de su superioridad ética. Se iba formando en él el desprecio hacia una buena parte de la clase política, ranas en la charca, comediantes, locos, gentezuela, golfos unos en el arroyo y otros en el Consejo de Ministros, ambiciosos que buscan hozando sus provechos con la miopía de los marranillos que desentierran tubérculos en vez de trufas. El Congreso, especie de puré de vilipendios, asilo penitenciario, burdel encanallado. Y, sin embargo, mantuvo siempre una actitud favorable al Parlamento y a la vida de éste.

Costumbre inveterada de aquellos tiempos políticos había sido la compra de votos. Esa práctica tan habitual en la época –y en otras y no sólo en España, desde luego– que hacía decir a Maura ya en 1881, que él, que no había resistido la tentación de preguntar, al ser discutida una de las actas más graves: «¿Es que se pretende que los dos partidos abran una cuenta corriente de saldos, de suerte que las atrocidades que haya cometido uno de los partidos se hagan carta blanca para que el otro las cometa, y se empiece a contar cuanto excedan las del otro...?».

Ya desde la Regencia de doña María Cristina resultaba que

el caciquismo, en sus múltiples manifestaciones endémicas, dimanantes unas de las cumbres del poder, y otras de la planicie popular, no se produjo en realidad, sino dentro de aquella parte del área reservada a la actividad ciudadana por leyes electorales vigentes mal progresivas de continuo que sus coetáneas inglesas-, y no ocupada por quienes hubieran debido ejercitarla, aquejados muchísimos de ellos, en todas las clases sociales, de deficiente educación política.

Los partidos se organizaron de modo que, virtualmente, solo funcionaban por y para el reducidísimo estado mayor que los dirigía, los electores y afiliados eran, salvo raras excepciones, clientes o amigos de quienes en el Parlamento, en la plana mayor o en la prensa, redactaban o modificaban el programa sin dar cuenta alguna de ello al estado llano sin cuyo auxilio también pugnaban por llevarlo a *La Gaceta*. España se regía por el elenco oligárquico de los hombres políticos a quienes la minoría militante de la Nación puso a la cabeza de sus diversas agrupaciones. Ciertamente que para alcanzar esta investidura de jefe se requerían cualidades no comunes y que la variada procedencia de los ungidos acreditaba de libre y de imparcial la selección en que prevalecieron, pero el estadista no podía ser curador ejemplar de un pueblo incapaz y los claros varones de la Regencia fueron tan víctimas como España, todas, del ilegítimo sistema dominante.

La máquina oficial en las elecciones era entonces irresistible. Una madeja de leyes que no se escribieron para

ser cumplidas y cuya observancia nadie pensó nunca reclamar en tiempos normales, ponía al ciudadano a merced de los más subalternos monterillos, dependientes a su vez de los gobernadores, los cuales respondían con su carrera ante el ministro de la Gobernación del éxito de antemano señalado al reparto electoral, esto es, de su habilidad de ser denuedo para corregir, si fuera preciso, los azares y las resistencias. Caciques o hechuras del cacique eran los alcaldes, regidores, jueces municipales y cuantos oficiales había en los pueblos; en la capital de la provincia, la red de cada zona era manejada por los respectivos diputados provinciales; órganos de comunicación entre el caciquismo local o provincial y el poder público eran los representantes en Cortes, y al arbitrio de ellos solía dejar el Gobierno no sólo el despacho de todo el linaje de asuntos y el de credenciales de menor cuantía, sino el nombramiento de los más conspicuos funcionarios.

El decreto de disolución de Cortes fue, durante toda la Regencia, ensalmo aquietador del aquelarre político. Los parlamentarios cesantes, categoría en la que figuraban también, por lo común, los corifeos de la gran prensa madrileña, convertían transitoriamente su actividad hacia el logro de la renovación de sus respectivos mandatos; y la benevolencia del Gobierno, decisiva para el buen éxito de las más de estas aspiraciones, no era indiferente ni aun para quienes estaban seguros de contar con sólida base electoral. El ministro de la Gobernación, dispensador gracioso de las

actas en muchos casos, y árbitro en todo de las condiciones de la contienda, solía ser durante algunas semanas, cuando no festejado, respetado y temido. Con impunidad casi absoluta, manejaba esos días los resortes del poder, lícitos e ilícitos, porque los fiscales parlamentarios carecían de autoridad y desembarazo para hablar y los periódicos acostumbraban no sin causa a enmudecer; por lo menos, a disculpar o atenuar las fechorías. Quienes contra ella prevalecieran, las olvidarían o perdonarían una vez sentados en las Cortes, donde además cualquier enormidad se compensaría con el recuerdo, siempre posible, de otra igual o mayor, imputable a los adversarios.

Las verdaderas luchas electorales se reñían así en el ministerio de la Puerta del Sol, para figurar como candidato del gobierno en alguna de las casillas del cuadro correspondientes a los distritos, circunscripciones o senadurías vacantes. El ministro de la Gobernación componía el encasillado con nombres de todos los partidos, cuidando de reservar a las oposiciones y atribuir a cada una de ellas el número de puestos que la conveniencia política sugería, de asignar a los recomendados de personajes influyentes los distritos mostrencos, es decir, aquellos en que los caciques no obedecían sino al gobernador, fuera quien fuese, y de asegurar al jefe de gobierno, dentro de la mayoría, el núcleo mayor posible de incondicionales.

Quienes pretendían hacer frente al encasillado debían superar tres trincheras: la de la coacción, antes de las

elecciones; la de la falsedad, durante las mismas; y la de la arbitrariedad, en la comisión de actas del cuerpo colegislador respectivo. De entre estos héroes quedaban por lo común igualmente escarmentados los vencedores y los vencidos.

Era, por entonces, el régimen aplicado a las actas graves, uno de los más desmoralizadores bochornos de la práctica parlamentaria. La comisión de actas, en la que solían tener proporcional presentación mayoría y minorías, calificaba por lo común los expedientes sin otro criterio que el arbitrario de la mutua componenda, favorecedora inicua del fuerte contra el débil y del bien apadrinado contra el paria político. Ultimada laboriosa y accidentalmente esta clasificación, se constituían las Cámaras, dejando extramuros a diputados y senadores con acta motejada de sucia, aunque muchas veces no lo estuviera tanto como otras que se admitieran sin escrúpulo.

Estaban arrasados los organismos tradicionales españoles por la centralización del poder, por el estatismo individualista, la burocratización de la Administración, envilecida además por las taifas turnantes, asentada la soberanía sobre la única base del falseamiento del voto... ¿cómo habían de inspirar su política en una opinión de los dirigidos, en una voluntad popular que, sobre no insistir, carecía hasta de órganos auténticos de expresión?

Capítulo XII

Era Solórzano, un pueblo situado en un valle; y un pueblo con río, el Campiazo, siquiera poco caudaloso; todo pequeño, todo austero, todo modesto, como lo era Santander...

Su herencia sería montones *de ruinas...* les decían. Pero es que ellos siempre habían vivido en la miseria y se acomodaría a ella por algún tiempo. Pero no deberían olvidar, aquellos explotadores, que los obreros eran los únicos productores de riqueza. Eran ellos, los obreros, los que hacían marchar las máquinas en las industrias; los que extraían el carbón y los minerales de las minas; los que construían las ciudades... ¿por qué no habrían ellos de construir, en mejores condiciones, además, lo destruido? Las ruinas no les daban miedo. Sabían que ése sería su usufructo, las ruinas; porque la oligarquía trataría de arruinar el mundo

en la última fase de su historia. Pero ellos llevaban un nuevo mundo en sus corazones.

Un mundo que, sin embargo, no todos comprendían. Reaccionarios conservadores del viejo orden burgués, refractarios a los cambios revolucionarios que los tiempos actuales exigían.

Como el asesino de Ferrer Guardia, el que había acabado con la vida de aquel hombre que dedicaba gran parte de su existencia a la formación de su Escuela Moderna, aquel político conservador, de nombre Antonio Maura, que proclamaba desde su escaño parlamentario el 20 de diciembre de 1906: «Cuando movido por el pensamiento, el hombre ejercita la voluntad y ejecuta actos exteriores de relación con sus semejantes entra enseguida bajo la jurisdicción del derecho. Y esos actos tienen en ocasiones que ver con la condenación de las ideas, la represión de los hechos que son contrarios a la conservación de los Estados.

Un Estado imbécil, que ante la amenaza renunciase a la defensa, no merecería siquiera entrar por asalto en su Alcázar, sino barriéndole y escupiéndole. Y ese deber de prevención y de policía es más sagrado, porque el Estado le veda al ciudadano defenderse a sí mismo; y sería la última de las iniquidades cuando hay alguien que cree que está facultado y con actos pretende acreditar la verdad de su convicción, sin esperar que la ley venga de su lado. ¿Qué

adelanto yo con hacer abstracciones mentales para distinguir el anarquismo práctico del teórico, cuando ellos de las dos cosas hacen una sola?».

Formaría Cuevas parte del movimiento anarquista, que tuvo sus teóricos y pensadores, hombres sinceros y rectos, intelectuales que amaban a la humanidad. Pero también –y eso Andrés tendría que reconocerlo– tuvo sus instrumentos, los desdichados a quienes la desgracia, la desesperación, la cólera, la degradación o la pobreza llevaban hacia el ideal, hasta que éste se posesionaba de ellos y les impulsaba a actuar. Entonces se convertían en ejecutores implacables de la acción redentora.

Entre los dos grupos no había relación alguna.

Y es que había diferentes tipos de anarquistas, aun dentro de los dos grupos que se han señalado: los teóricos y los activistas.

Se dijo que Czolgosz, que fuera el asesino del presidente americano McKinley, evolucionaba a la demencia precoz. La cavilación y la soledad –se decía– siempre dan paso a una obsesión enfermiza según la cual el que vive esas situaciones cree que está llamado a realizar una gran hazaña.

Y siguiendo con tipos de anarquistas, Joaquín Artal –que atentaría contra Maura en 1904– era un muchacho afable, solitario y tímido. Había sido un católico devoto, pero pronto

perdió su fe. Quería ser artista, pero nadie le tomó en serio y concibió un hondo resentimiento.

Provenían por lo general los anarquistas de los grupos más míseros de la sociedad, donde reinaban el hambre y la enfermedad, donde la gente tosía en un aire denso que olía a letrinas, repollo hervido y cerveza rancia; en los que las criaturas gemían y las parejas vociferaban en querellas interminables; donde los techos goteaban y las ventanas dejaban entrar ráfagas heladas durante el invierno; en los que la intimidad era algo desconocido, y maridos, mujeres, hijos y abuelos convivían juntos, comiendo, durmiendo, fornicando, defecando, enfermando y muriendo en una sola habitación; donde la olla de la comida servía de palangana entre yantar y yantar; donde en lugar de sillas usaban cajones y en vez de lechos había montones de paja; donde los niños no podían salir a veces juntos a la calle, porque no había ropas para todos; en los que las familias decentes convivían con borrachos, matones, rateros y prostitutas; donde la vida era una lucha constante contra el desempleo y otras calamidades; donde el obrero ganaba una miseria trabajando doce horas por jornada, los siete días de la semana; y donde la muerte consistía en el único alivio posible para todos los males.

Claro que esa no era la historia que Cuevas se podía contar a sí mismo.

Nunca había sobrado el dinero a su familia, desde luego,

pero su alimento y educación (en especial, la de la Escuela Moderna de Ferrer) poco podían compararse con el desolador cuadro arriba descrito.

Los anarquistas consideraban que la propiedad, causa de todos los males, debía desaparecer, con lo que ya ningún hombre viviría del trabajo de los demás y la naturaleza humana quedaría en libertad de buscar su nivel de justicia natural entre los hombres. El papel del Estado sería reemplazado por la colaboración voluntaria entre los hombres y la ley por el supremo derecho del bienestar general. Para lograr este fin no tenía virtualidad alguna utilizar el voto o la persuasión, ya que la clase gobernante nunca cedería sus propiedades y derechos. De ahí la necesidad de la violencia; sólo la revolución contra el maligno sistema imperante conseguiría ese resultado. Una vez que la antigua estructura quedase reducida a escombros, se asentaría sobre la tierra un nuevo orden social de absoluta equidad y carente de toda autoridad, con abundancia y beneficio para todo el mundo. Tan sugestivo resultaba el razonamiento, que una vez asimilado por las clases oprimidas, éstas no podrían dejar de responder a él. La tarea anarquista consistía en despertar a las masas con la propaganda del ideal hasta que un día se diera la señal para la rebelión general.

Los revolucionarios de entonces no eran puros ilusos. Eran los primeros en sospechar que la hegemonía burguesa de la sociedad y el estancamiento obrero iban para rato. El punto

de origen de su perspectiva estaba en 1848. Hasta esa fecha, se había pensado –y sobre todo sentido– en la izquierda europea, que la división entre izquierdas y derechas, la división por ideas y sentimientos, era lo importante. El invierno termidoriano que siguió a la Revolución Francesa fue larguísimo, pero dejó incólume esa idea: parecía que había una burguesía progresista, naturalmente tal. Mas la saña previamente inconcebible con que la burguesía reprimió, o dejó tranquilamente que vinieran reprimidas las veleidades obreras en las jornadas de junio de 1848, derrumbó el modelo. Los atónitos progresistas obreros tuvieron que convenir consternados en que no había un verdadero progresismo burgués. En su desesperación, los revolucionarios cifrarían sus esperanzas en lo más variado. Pronto se fue formando la idea de que la revolución sería de clase, obrera, por lo tanto, o no sería.

La eterna cantilena del predominio burgués parecía de imposible remoción en un futuro previsible –se decían–. Se derrumbaría, quizás, el orden establecido por una revolución armada. O como eso no parecía muy probable, por no perder la esperanza, se pensaba que a lo mejor una chispa oportuna pegaría fuego al malestar obrero generalizado. La transición no estaba muy clara, ni estudiada, y en el fondo descansaba en la fe en el efecto estabilizador de una posible implosión del Estado y la sociedad. Las masas, en opinión de los anarquistas, habían muerto, dejando en su lugar a los hombres. Y las fábricas serían peor que las cárceles.

Los anarquistas no hay duda de que pretendían amedrentar a la burguesía, pero su principal propósito era la movilización revolucionaria, motivo por el cual denominaban «propaganda por el hecho» a los atentados. Una propaganda que resultaba efectiva porque la prensa, que apenas se interesaba por los actos públicos anarquistas, daba en cambio una gran cobertura a sus atentados.

En ese despertar, en esa cobertura de la prensa, radicaría, por lo tanto, la figura del atentado político, del magnicidio.

La primera gran sacudida se produjo en España entre 1893 y 1897 y tuvo como epicentro a Barcelona. Comenzó con un atentado al general Martínez Campos (un militar que había guardado armas en territorio cubano, entre otros), y alcanzó sus mayores cotas de horror en los atentados contra el público del teatro del Liceo y contra quienes asistían a una procesión en la calle de Cambios Nuevos y concluyó con el asesinato del jefe de gobierno, Antonio Cánovas del Castillo, a quien los anarquistas culpaban por las torturas practicadas en el castillo de Montjuïc para obtener confesiones de los acusados por los referidos atentados de Cambios Nuevos.

La Ley de 11 de junio de 1894 –aprobada por un gobierno presidido por el liberal Sagasta– castigaba los atentados con explosivos con severas penas que serían de cadena perpetua o muerte si resultaba muerta o lesionada alguna persona, o si el atentado se realizaba en un lugar donde el mismo supusiera peligro para las personas. Además de ello, penaba

la conspiración para cometer tales delitos, la instigación a cometerlos y la apología de los mismos y preveía la disolución de las asociaciones que facilitarían su comisión.

El atentado de Cambios Nuevos, que produjo doce muertos y más de sesenta heridos entre ciudadanos comunes, llevó a que esta ley, que seguía en vigor, se viera modificada temporalmente por las disposiciones de otra, que fue aprobada el 2 de septiembre de 1896, esta vez bajo un gobierno del conservador Cánovas. Las principales novedades de la nueva ley fueron la asignación a la jurisdicción militar del conocimiento de tales delitos y la atribución de nuevas competencias al gobierno, que podría suprimir los periódicos y centros anarquistas y cerrar los establecimientos y lugares de recreo en donde los anarquistas se reunieran habitualmente para concertar sus planes o verificar su propaganda, así como hacer salir del Reino a las personas que, de palabra o por escrito, por la imprenta, grabado u otro medio de publicidad, propagaran ideas anarquistas o formaran parte de organizaciones que facilitarían la comisión de atentados con explosivos. Buena parte de su texto se reproducía en la nonata ley antiterrorista de Maura.

Capítulo XIII

Le habían dicho que la primera vez que pintara una acuarela no dibujara nada, que sólo trazara unas pinceladas en el papel con dosis diferentes de agua y pintura con el fin de probar. Pero había hecho caso omiso. Impetuoso como era quería conocer el resultado de su obra con carácter inmediato.

Resultaba preciso proyectar el dibujo de lo que después sería el cuadro desarrollado por el pincel y los colores con la ayuda de un lápiz, una señal que debía ser débil, desde luego: en la pintura subsiguiente se exhibiría toda la fuerza.

La fuerza de su infancia, en torbellino de sensaciones y experiencias. Pero también los inevitables paréntesis de alguna inoportuna dolencia o enfermedad. Y entonces hacía presencia el gran corpachón, rostro hirsuto y barbado que

no lograba encubrir la bonachonería del doctor. Le veía llegar el joven Maura con no disimulada desconfianza, con el temor –basado en la experiencia– de dosis de aceite de ricino administradas, según costumbre de la época, con pródiga liberalidad o del no menos repugnante aceite de hígado de bacalao, cuyas entonces insospechadas vitaminas, venían a reforzar las ya nutridas ingeridas con el alimento ordinario.

Tan lejos de la placidez mallorquina... el Madrid social. Consideraba Maura las fiestas, entre las siempre sospechosamente «bellas» señoritas, «lindamente ataviadas, mozuelas cursis que matraquean entre zalamerías apestosas el piano». Y se reunían en el Nuevo Club, una especie de casino, en el que los «amigos políticos» se relacionaban y hasta fraguaban alguna que otra disidencia. Don Antonio se dio de baja poco tiempo después de ingresar como socio.

Prefería refugiarse en su biblioteca, donde se encontraban los autores literarios barrocos, de los que en alguna medida había aprendido su castellano.

Con cincuenta años, ocuparía Maura por primera vez la presidencia de un Consejo de Ministros. Quería gobernar por la palabra. Quedaba atrás el muchacho que estudiaba el español declamando en las soledades de la Moncloa o del Retiro, fragmentos de clásicos, de Fray Luis de Granada o Leandro Fernández Moratín. Desde noviembre de ese año

era académico de la Academia de la Lengua. Su capacidad oratoria era fundamental en el contexto parlamentario de la época. Su palabra era rica en metáforas y otros recursos estilísticos. Esos silencios teatrales que describía Azorín, esos gestos oportunos (como sacudirse la levita para señalar su oposición con la política de Canalejas, o beber un vaso de agua en medio de una larga lista de buques españoles hundidos o averiados, eran tan efectistas como sus frases geniales: «luz y taquígrafos», «el pensamiento no delinque», «el derecho público ni es católico ni protestante»). Le acompañaba su físico.

Era elegante sin amaneramiento. Y cultivaba su imagen con tanto esmero que no permitió jamás, ni en su entorno doméstico, que se le viera en batín ni en zapatillas, porque ni espiritual ni socialmente aceptaba desaliños morales merecedores de ser arrastrados en la desvergonzada flojedad de unas babuchas. El gobernante de la época tenía que convencer a los que debían obedecer.

Resultaría evidente que el paso de la Regencia al reinado de Alfonso XIII en muy poco cambiaría las cosas. El mismo Maura diría en mayo de 1903, en el Senado, que «el caciquismo, esa jerarquía colateral, opaca, anónima, irresponsable, que llega desde lo de más arriba, de lo más alto –siempre hablando de lo que se puede hablar en este recinto– hasta lo último, lo más bajo en la carrera y categoría de la Administración, es para mi la causa de todos los males, o mejor dicho, el denominador, la fórmula a la que van a

parar todos los males de este país, empezando por la decadencia del propio sistema parlamentario».

Y es que el sistema no era una novedad. «Por encima de Su Majestad el pueblo, por encima de Su Majestad el rey, se ha levantado Su Majestad el cacique», diría algunos años antes Joaquín Costa.

Un sistema que consistía en la discriminación política partidista sistemática y que implicaba que el principio de igualdad ante la ley desaparecía porque, como observaba Romanones, de «haber sido respetado como un dogma, hubiera impuesto la muerte del caciquismo». Y era para Maura un sistema con arreglo al cual «delincuentes honrados cometían delitos inocentes».

Desde los años 40 –antes de la Constitución del 1876, por lo tanto– el gobierno designaba a los gobernadores provinciales y estos escogían a su vez a sus caciques o agentes locales, cosa que según Cierva hacían en su viaje en tren hacia su capital. A cambio de disponer de la influencia gubernamental dentro de sus distritos, conseguían el voto para el candidato del gobierno, que a veces era un político de Madrid, pero comúnmente el «gran cacique» que controlaba la red de influencias del partido en el distrito electoral.

No se trataba de un sistema parlamentario con abusos: el abuso era el sistema mismo.

El poder del «cacique grande» nacía de sus servicios generales y su interés por «su tierra». Su imperio muchas veces residía en personas dignísimas, en personas que socialmente merecían tener en su pueblo o en su comarca una autoridad social, pero que eran caciques por fuerza, porque si no se apoderaban del cacicato otros, mil veces menos dignos, se apoderarían de él, y tenían que hacerse caciques en defensa del que lo sería contra ellos.

Así, resultaría que todo lo que era graciable, que todo lo que era potestativo, más todo lo que era discrecional en la Administración y en el Gobierno, era un sector inmenso de potestad; y luego, todo lo que era de estricto derecho, todo eso estaría subordinado al engranaje de la influencia, de la recomendación y de los conflictos que según los hábitos y los cánones establecidos que no satisfacían aquellas exigencias de la política.

El caciquismo se prolongó e intensificó las condiciones que lo hicieron necesario y posible: la ignorancia política y la apatía del electorado español.

Todos los diagnósticos del caciquismo hallaban las raíces de la enfermedad en el Gobierno local. Un ayuntamiento no colaborador podía ser destituido por una interpretación abusiva de los poderes de supervisión confiados al gobernador (la falta de alumbrado público, por ejemplo).

¿Bastaría el paso del tiempo y el cambio en las costumbres

para resolver el problema? A las leyes quizás no se debía pedir mayor concurso para extirparlo. Gran parte de esta saludable redención correspondía a las costumbres y al lapso del tiempo; pero esto no se podía decir sin completarlo con la advertencia de que el tiempo agravaría el mal y las costumbres empeorarían de día en día, según venía aconteciendo, mientras las leyes no hubieran invertido el declive, enderezando la gravitación hacia la enmienda. Las leyes, pues, podrían mudar la tendencia negativa, abriendo entonces paso a una costumbre rehabilitadora.

En todo caso, el caciquismo retrasaría la organización de partidos, a excepción de las grandes ciudades, al negar toda posibilidad a un proceso gradual de educación política.

El fluir de sus recuerdos llevaría entonces a Maura, una vez más, a su niñez mallorquina.

Miembro de una larga familia recordaba don Antonio la llegada de un nuevo hermano, precedida de una serie de ceremonias y ritos, tales como la aparición de minúsculas prendas de vestir: zapatitos con cordones y borlas de lana, gorritos de encaje, jerséis y toquillas cuidadosamente tejidos por los familiares femeninos con meses de anticipación; un moisés que desde el destierro del desván regresaba a la alcoba, después de reparadas las ataduras y remozadas cintas y adornos; diminutas jofainas, con su esponja y su pastilla de jabón especial, de un rosa que parecía querer rimar con el de la piel a que iba destinado; y, por último, el

traje de bautizar que habría que planchar y preparar para la magna solemnidad del ingreso del esperado vástago en el seno de la Iglesia.

Maura había mantenido siempre una actitud liberal en cuanto a las ideas contrarias a la suya –incluidas las anarquistas– pero intransigente en cuanto a su deriva terrorista. No se podría vivir donde no se castigara eso que algunos llamaban, desdeñosamente, delitos de segundo término. Entre el orador que enardecía a las muchedumbres en el mitin y las lanzaba sobre el burgués, o sobre el clérigo o sobre el colono o sobre quien fuera, y se iba después a la fonda o al tren, y aquella muchedumbre embriagada que no sabía lo que había oído y que se lanzaba contra el Código y contra la Guardia Civil... para él, en el orden moral, en el orden social y ante la conciencia pública, la elección no era dudosa.

La inteligencia no era el acto: el pensamiento nunca delinque –creía–, pero la palabra no era la inteligencia, es el acto con que el hombre influye sobre los demás y determina su voluntad y exterioriza la acción de su vida. Con la palabra puede cometerse una porción de delitos perfectamente definidos.

Pero, acogidos algunos criminales españoles a la enseña anarquista, que en países más afortunados cobijaba sólo a filósofos y sociólogos de la extrema izquierda, a nuestros conspicuos republicanos, en los días de su efímero paso por

el poder, agradó el clamor que pedía para el ladrón pena de muerte, tomaron ahora bajo su protección, si no a los asesinos terroristas, a los inductores de ellos; y los liberales, a su vez, ante el miedo insuperable a pasar por reaccionarios, ni mentaron la palabra anarquismo en la ley especial, ni extendieron las sanciones de ella a delitos que no se produjeran por medio de explosivos, ni sustrajeron al jurado el conocimiento de causas tan poco idóneas para ser sometidas a la magistratura popular.

Ocurrió, efectivamente, que a lo largo de los dos años y medio –primeros del *Gobierno Largo* de Maura– se colocaron en diversos lugares de Barcelona poco más de una treintena de aparatos explosivos que ocasionaron daños materiales, mataron a cinco personas e hirieron a veintisiete.

No era el asunto baladí, porque demostraba fallida en este punto la reorganización de los servicios de policía, que desde su llegada al Ministerio emprendió Cierva con celo y diligencia insuperables.

El gobernador civil de Barcelona, Ángel Ossorio, creyó deber presentar la dimisión de su cargo. Pero no la admitió don Antonio, que tampoco habría podido hallar sustituto con mejor olfato, puesto que tan deplorablemente como los funcionarios policiales españoles, fracasó en el mismo empeño antiterrorista un renombrado detective británico, Mr. Arrow, especie de Sherlock Holmes encarnado, que las fuerzas vivas de las corporaciones catalanas importaron ex

profeso para poner término a aquella plaga, no en verdad aterradorante, pero sí dañina y peligrosa.

Estaba claro, había que reprimir las acciones terroristas. Aunque, era cierto que la represión de los delitos anarquistas engendraba la represalia, de ella nacía el odio, renovaba el delito; de modo que el terrorista pasaba a serlo el ministro de la Gobernación, y el imprudente el Gobierno.

La lógica resistencia del gobierno a recurrir a la tortura, la negativa de los jueces a aceptar y seguir la laxa interpretación que hacía Cierva del derecho procesal y los inconvenientes políticos así como prácticas inherentes a la suspensión de garantías constitucionales forzaron, todos, a Maura, a plantear el problema en términos legislativos.

Y era que mediaba la circunstancia de que para poder descubrir y castigar a los criminales colocadores de bombas (como lo reclamaba la opinión, según el decir clamoroso de la prensa), no disponía el gobierno de ningún medio legal que no fuese, por de pronto, la suspensión de garantías constitucionales, y la del jurado en las provincias de Barcelona y Gerona. Pero, a fin de habilitar, de modo más concreto y eficaz y, sobre todo, menos vejatorio por igual para justos y pecadores, se plantearía la aprobación de un proyecto de ley sobre atentados por medio de explosivos, cuyo artículo primero decía: «En el territorio o territorios que por Real decreto señale, podrá el gobierno suprimir los periódicos y centros anarquistas y cerrar los

establecimientos y lugares de recreo donde los anarquistas se reúnan habitualmente para concertar sus planes o verificar sus propuestas o verificar su propaganda. También podrá hacer salir del Reino a las personas que de palabra o por escrito, por la imprenta, grabado u otro medio de publicidad, propugnen ideas anarquistas o formen parte de las asociaciones. Si el extrañado en esta forma volviera a la Península, será sometido a los tribunales y castigado por haber quebrantado el extrañamiento con la pena de relajación a una colonia lejana por el tiempo que los tribunales fijen en cada caso, pena que nunca podrá ser menor de tres años, quedando allí sujetos a régimen disciplinario, que según la conducta que observen, juzguen indispensable las autoridades. Los acuerdos a que se refieren los párrafos anteriores se adoptarán por Consejo de Ministros y previo informe de la Junta de Autoridades de la capital de la respectiva provincia».

En la idea del gobierno Maura se trataba de un proyecto que estaba exclusivamente pensado para eliminar el terrorismo, no para hacer eso mismo respecto del republicanismo, ni siquiera del anarquismo. «Haga llegar –dijo Cierva al gobernador civil, Ossorio– de manera discreta a los anarquistas, que el gobierno está dispuesto a tratarles con absoluta justicia sin violencias ni atropellos mientras se trate de *ideas*».

No podía faltar desde luego la crítica de la norma por el presunto retroceso a las libertades que una aplicación

excesiva de la misma podía suponer. Sin embargo, la ley estaba pensada para fortalecer la autoridad civil y para evitar el recurso al Ejército.

Lo cierto fue que el proyecto de ley provocó una protesta masiva de la prensa. El 4 de mayo la casi totalidad de los directores de periódicos madrileños se reunieron en la sede de *El Liberal* para formar una suerte de descabellado comité de defensa, dando comienzo a una intensa campaña que empujó al Partido Liberal hacia una oposición intransigente al proyecto, en colaboración con los republicanos. Los socialistas, por su parte, adoptaron una posición especialmente dura. No contaban por entonces con ningún diputado, pero su representatividad social, debida sobre todo a la influencia de la UGT, llevó a que Pablo Iglesias fuera llamado para exponer su opinión ante una comisión del Senado.

El gobierno sirvió a los liberales la oportunidad que esperaban para resucitar. Con ocasión de ese debate, dijo Moret: «Venimos a este sitio como en el antiguo juego de pelota de la revolución francesa, fueron los elegidos del pueblo a jurar por nuestro honor defender las libertades».

Habían sido, sin embargo, los liberales en enero de 1907, a través de Romanones, ministro de la Gobernación, quienes elaboraron el proyecto de ley de Prevención y Represión del Anarquismo.

Se fraguaría, por lo tanto, el *Bloque de las izquierdas*, con el que Maura, si bien como monárquico no estaba muy de acuerdo; pensaría que existía en su origen una oportunidad, y era que nacía un intento serio de integrar un partido en la izquierda y que eso era positivo. Podría llegar a resultar útil para la marcha de la política española.

Muy al contrario, desencadenante inmediato de la formación del *Bloque de Izquierdas* y, en definitiva, de un primer acercamiento de las oposiciones dinástica y antidinástica, éstas se verían unidas no por un programa concreto, sino por un objetivo inmediato: derrocar a Maura, cuya fuerza política se les estaba haciendo excesiva.

Después del despacho de Maura con el rey el 2 de junio, el proyecto de Ley Antiterrorista quedó finalmente aparcado. Sin embargo, don Antonio no había puesto su alma en el empeño. De lo contrario lo habría hecho cuestión de gabinete, como haría en otras muchas ocasiones a lo largo de su vida política. Por otra parte, la norma antiterrorista le impedía la aprobación de su fundamental Ley de Régimen Local.

Además, lo cierto era que su necesidad parecía menos urgente, en la medida en que a partir de entonces se redujo el número de atentados en Barcelona.

En todo caso, las relaciones mantenidas por don Antonio con la prensa nunca habían sido buenas. Ya en el gabinete

en el que Maura fue ministro de Ultramar, él y su subsecretario, Sánchez-Guerra, impusieron orden en la casa, empezando por la suspensión de empleo por ocho días al periodista Retana por pasar el día de su cumpleaños en El Escorial.

Maura confió siempre demasiado en sus propias fuerzas y en su infalible razón; se creyó suficientemente seguro para menospreciar al «cuarto poder». Su enfrentamiento con el *trust* periodístico que encabezaba Miguel Moya provocaría muy desgraciadas consecuencias para él y para su política. Pero la quiebra de sus relaciones con los medios había tenido punto de partida años atrás, durante la etapa en que don Antonio figuraba como ministro de la Gobernación en el Gabinete Silvela de 1902, cuando se negó a subvencionar a la prensa con lo que se denominaban como «fondos de reptiles».

Con origen en Alemania, en 1888, a iniciativa del canciller Bismarck, se promovió un fondo secreto destinado a actividades de propaganda apoyando económicamente a una red de prensa, contraria a sus oponentes. «Utilizaré su dinero para perseguir a estos reptiles malignos hasta sus propias cuevas», anunció. Pero en España, precursora de las malas prácticas políticas, ya en el gobierno Sagasta de 1883, tras aprobar su ley de Policía e Imprenta, se empezaron a utilizar esta clase de partidas presupuestarias.

Una mala relación –la de Maura– que viajaba desde la

prensa hasta los partidos del turno, en mansedumbre perpetua ambos. Como demostraría su alusión a los políticos de aquella época: «No habéis querido renunciar al diario contubernio de los gacetilleros con los gobernantes y no comprendéis que así se disuelven las naciones».

Mantendría la prensa las espadas desenvainadas, dispuesta a la agresión en el momento más propicio. Llegaría éste apenas iniciada la legislatura del primer gobierno Maura, en la que el gabinete se enfrentó a una de las más duras campañas que se habían vivido desde el principio de la Restauración. Una maniobra realizada al unísono por la prensa liberal y republicana, que surgió cuando se nombró para la sede episcopal de Valencia al dominico Nozaleda, sospechoso de antipatriotismo por su permanencia en Filipinas tras la marcha de los españoles.

Maura se enfrentaría a la prensa y al Parlamento en una serie de las respuestas más valientes que se recuerdan, aunque algunos las reputarían de intransigentes. Sus argumentos no fueron, sin embargo, clericales. Sostuvo don Antonio la presunción de inocencia del prelado, lo mismo que había hecho en su momento con el masón Morayta, a quien se le pretendía desposeer de su condición de diputado. Contarían las crónicas que se levantó Maura, que en aquella época todavía figuraba en el Partido Liberal, y con el calor y la vehemencia en él habituales, se opuso terminantemente a ese propósito, sosteniendo que el Congreso carecía de potestad y de derecho para despojar a

ningún diputado de su investidura, que ésta le había sido conferida directamente por la nación, y que de sentarse tal precedente sobrevendrían enormes conflictos y males, puesto que cualquier gobierno que contara con mayoría y a quien estorbase un diputado podría sacudirse la molestia haciéndole expulsar del parlamento.

Trataba don Antonio en el caso Nozaleda de reafirmar la autoridad del gobierno frente a una prensa que se le enfrentaba desde antiguo por haber eliminado los abonos a los periodistas. Maura no cedió a lo que despectivamente llamaba «espuma de cerveza» o «fuego de virutas».

Creía don Antonio que en su defensa de Nozaleda no había movimiento ninguno de opinión contra el nombramiento, y sí sólo una campaña rudísima del cacicato de publicidad que en España hacía la prensa. Porque la opinión no era cualquier cosa que suena en la calle, no era cualquier movimiento transitorio que alborota más o menos. Esos son los vaivenes tormentosos de las muchedumbres, que no tienen la obligación de prever nada, que no están informadas y que, en España, ni siquiera están dirigidas y enseñadas. La opinión a la que él atendía era la de las gentes que estaban en sus casas, en su taller, que hablaban en los caminos, en las tertulias, en los salones y en las tabernas, descontando siempre toda aquella parte de sugestión que nacía de ciertas campañas. Para él era muchísimo más grave que la religión y sus enemigos e infinitamente más grave que cualquier rebelión la defección del poder público, porque consideraba

don Antonio que el poder público no podía vacilar nunca, que debía estar siempre al lado de los dictámenes que de él emanaban, y por tanto, en algunas ocasiones contra la opinión, y tenía que ser así, porque cuando alguien era perseguido por vociferaciones de dicterios injustos o acometido por gentes apasionadas, sectarias o no, ciegas o no, de buena o de mala fe, y acudía a las puertas del poder público, debía encontrarlas abiertas y dispuesto a ampararle.

Extinguido por fin eso que Maura llamó «ruido de sonajero» y comprobada la falsedad de las imputaciones que se habían acumulado sobre el virtuoso y abnegado dominico, quedó en realidad robustecida la situación de su gobierno.

En todo caso recordaría Maura que el famoso lance le enfrentó para siempre con sectores de opinión que en principio no se le habían mostrado precisamente hostiles.

Capítulo XIV

Saturnino fumaba incesantemente y siempre con tabaco de picadura, lo que retrasaba de manera poco conveniente la llegada a su objetivo. Su silencio, además, alentaba el recurso a las reflexiones que Cuevas se hacía de su ideología y sus convicciones vitales.

En 1901, en Barcelona, las masas trabajadoras estaban en una situación desesperada. Los precios crecerían a ritmo mucho más rápido que los salarios. Había además gran cantidad de paro y desempleo, y eso afectaba a una población en la que el cincuenta por ciento de los obreros eran analfabetos. Las estadísticas oficiales revelarían el pésimo estado de las condiciones de vida: había una elevada incidencia de tuberculosis, tifus y viruela. Las masas desheredadas tenían escasa relación con la cultura de las clases medias, la Iglesia mostraba nulo interés por sus aflicciones y era relativamente poco lo que recibían en calidad de servicios sociales o siquiera de la caridad.

Las Cortes prorrogaron por un año más aquella ley. La amenaza terrorista parecía casi desaparecida, pues apenas hubo atentados en los años 1898 a 1902. Pero a partir de 1903, Barcelona volvió a ser la ciudad de las bombas. Se produjeron tres incidentes terroristas en 1903, ocho en 1904 –que fue el año del primer gobierno Maura–, cuatro en 1905, doce en 1906 y dieciséis en 1907 –precisamente el año en que aquel gobernante inició su *Gobierno Largo*.

Barcelona era el lugar donde se daban las condiciones ideales para que surgiera el conflicto. En la ciudad más rica y sin duda más cara de España, el distanciamiento entre la oficialidad y la clase media era mayor, y aún más por la lengua catalana, que ahora hablaban con mayor frecuencia los sectores pequeños–burgueses. Allí el ambiente era frío, cuando no hostil. En ciertos aspectos considerados muy importantes tanto por los oficiales como por las capas medias locales, los sistemas respectivos de valores divergían de forma palmaria. Y los nacionalistas, además de profesar ideas que no parecían tranquilizadoras, se burlaban de España y del ejército, en tanto que la justicia, ya blanco y pretexto de rivalidades políticas, y en la picota por la cuestión del terrorismo, se mostraba incapaz de reprimir o exonerar.

La ciudad condal contaba entonces con medio millón de habitantes, una extensión tres veces mayor que la de Madrid, con un centro urbano viejo, oscuro y abandonado; unas doscientas calles de menos de diez pies de ancho y

otras tantas con una anchura de entre diez y veinte. Entre 1904 y 1906, la fuerza policial de esta ciudad constaba de 160 policías y 9 inspectores. Dado que trabajaban en turnos, no había en ningún momento más de 80 policías y 4 inspectores de servicio. Gracias a los constantes ruegos del gobernador civil, Ossorio y Gallardo, se incrementó hasta 400 el número de policías en 1908, a 540 en 1908 y 800 en abril de 1909, una cantidad aún muy lejos de los miles pedidos por el político *maurista*.

La barriada de Gracia disponía de una gran tradición anarquista, que ahondaba sus raíces a mediados del siglo XIX, cuando no era más que un barrio a las afueras de Barcelona. Pero en las dos últimas décadas de ese siglo fue cuando más se desarrollaría ese espíritu. Fue esencial en ese sentido la fuerte polémica entre anarco-comunistas y anarco-colectivistas. El periódico *Tierra y Libertad* pertenecía al primero de estos grupos, *El Productor*, al segundo. Los dos medios se publicaban en ese barrio. Los editores de ambos periódicos eran zapateros de profesión.

Esta era la situación de Barcelona. Y era en su principio la teoría de la Escuela Moderna la que les advertía de la nueva etapa revolucionaria que los anarquistas impulsarían, debilitando a las oligarquías con sus atentados.

Y esa nueva etapa llegaría. Barcelona vivía en un fenómeno de permanente tumulto en aquel verano de 1909, pero no se producía aquel desorden de una manera casual. El

anarquismo hacía fermento en las tierras catalanas en general, y en Barcelona en particular, desde bastante antes que ese acto clave en el que Ferrer sería ajusticiado por un pelotón de fusilamiento.

Barcelona... en aquel verano de 1909. Volvería entonces Andrés Cuevas a recuperar el control de su relato personal. En aquella noche de julio de 1909, llegaría al local de reunión. Era un movimiento continuo de ir y venir de gentes con prisa, por quehaceres seguramente relacionados con los puntos de vigilancia en las barricadas que durante el día se habían levantado cerca de aquel local. Deambularía frente a los grupos que comentaban los sucesos de la jornada y la rápida victoria que habían obtenido frente a los agentes de la Guardia Civil en menos de doce horas de enfrentamientos callejeros. Uno de ellos relataba cómo en un abrir y cerrar de ojos se había desadoquinado la calle y levantado un colosal parapeto y desde allí a pie firme habían esperado a los guardias. Se les haría frente con armas de fortuna y con bombas de mano de fabricación casera. La Guardia Civil se impacientaría, de manera que atacaba a pecho descubierto a los defensores de la barricada, que vivieron momentos de angustia al percatarse de lo menguada que estaba su munición. El testigo proseguía su relato, pero Cuevas se apartaría del grupo con la intención de descansar un momento, porque presentía que el día que estaba ya por llegar sería duro. Terminó por tumbarse sobre una manta y allí se dispuso a dormir. Pero era imposible. Se encontraba

rendido, pero con los nervios de punta, muy excitado. Cerraba los ojos y en vez de acudir el sueño, se agolpaban en su mente las escenas que había vivido durante el día.

Finalmente, acabaría Cuevas en quedar vencido por el sueño. Hasta que los zarandeos de un compañero de fatigas le despertaron. Y Liberato –que así se hacía llamar– comenzaría a referirle su historia. Lo haría de forma prolija, como en él resultaba acostumbrado, introduciendo detalles que no añadían nada al relato. Le había estado buscando por todo el barrio y, creyendo que se encontraría en el centro de la ciudad, hasta allí se había acercado, topándose en su camino con toda suerte de parapetos.

Las horas que pasarían en aquella barricada resultarían muy aleccionadoras para ellos. Porque desde allí pudieron percibir la profundidad del fenómeno revolucionario que se estaba desarrollando ante sus propios ojos.

Porque la revolución se les parecía bastante a un desorden organizado. En esas horas, la gente, pero también los puntos de referencia topográficos, habían cambiado completamente. La revolución lo transformaba todo, el ritmo de la vida se había hecho solidario y por lo tanto colectivo. Los nombres–guía para la evolución de la vida ciudadana que la revolución había hecho salir de sus entrañas habían arrancado las antiguas convicciones y en su lugar sólo quedaban las barricadas. A primera vista el conjunto de la ciudad daba una sensación de caos, pero todo

funcionaba. El desorden retiraba a la rutina y ponía de relieve la madurez de la gente en las nuevas relaciones sociales que se iban imponiendo.

No había más autoridad que la autoridad de todos. La revuelta era algo vivo, latente y expresivo en la calle. Más tarde, Cuevas pensaría que aquella desorganización no era sino el orden lógico de la revolución que brotaba desde abajo, que enraizaba profundamente en la tierra y que en ella encontraba su fuerza para crecer.

Y la suprema verdad lo eran las barricadas. Barcelona se había convertido en un laberinto de parapetos. Muchos resultaban, desde el punto de vista estratégico, nulos; pero la lógica de su existencia residía en el hecho de haber sido levantados por el impulso colectivo, que había depositado en cada adoquín apilado todo su propósito de cambio social y político. Las barricadas constituían, a la vez, la realidad de la defensa y el ataque contra los facciosos y un símbolo de la anarquía y la lucha. Durante el día, en aquellas jornadas de julio de 1909, el calor asfixiaba y, aun estando en pleno verano, momento en que el azul del espacio sideral es más fuerte, ese día apenas se percibía, porque una capa gris cubría el cielo por efecto del humo producido por los incendios de iglesias y conventos. Y el aire que se respiraba era pastoso, al pasar de la garganta a los pulmones, a causa de la pólvora gastada en la resistencia a los sublevados y que había quedado condensada en la atmósfera.

Todos vivían un momento maravilloso y todos estaban empeñados en hacerlo aún más maravilloso, inventando actividades que trascendieran a la calle para que no quedaran ahogadas entre cuatro paredes.

La inmensa mayoría dormía en el mismo local que servía de almacén de armas, municiones y víveres, sin importarles mucho el cómo. A la familia la veían de vez en cuando: Cuevas recordaba que cada vez que iba a ver a su abuela, ésta se apuraba en darle consejos. Él la tranquilizaba siempre con unos besos y se iba de nuevo a cumplir con sus múltiples tareas.

Y en algún momento de aquella maravillosa semana, fuente de tantas novedosas experiencias para Andrés Cuevas, se daría el caso de que alguien apostado en el campanario de una iglesia situada frente a su casa, haría fuego contra el grupo de gentes que se congregaba en la avenida Meridiana y entre los que se encontraba Cuevas. Se trataba de un viejo armado de una escopeta de caza, que enfilaría su arma y dispararía varias veces contra el campanario. Desde éste no hubo respuesta, sin embargo.

Se preguntarían acerca del autor de los disparos, pero era un enigma, porque un momento después ellos mismos entrarían en la iglesia en tropel y no hallarían rastro del agresor. Hubo quien observaría que esa iglesia se comunicaba con otra a través de un túnel subterráneo y que seguramente el cura –al que daban como responsable del

primer tiroteo– habría desaparecido por él. De modo que se pusieron a buscar, de forma obsesiva el dichoso subterráneo, pero no darían con el anciano. Al final dedujeron que el tal cura, vestido de civil, se había mezclado entre la masa que hacía su entrada en la iglesia y abandonaba el recinto en el momento más conveniente para la protección de su integridad personal.

Salvaría de esa manera su vida, presuntamente, el religioso, pero no así el recinto sagrado que fuera en un santiamén pasto de las llamas.

Congregados los asaltantes en el exterior del edificio, cuando el humo se elevaba sobre las torres de la iglesia, pudieron observar la figura de un hombre asomado a la ventana de una casa contigua. Entonces se oiría un grito: «¡Es el cura, es el cura!». Pero el individuo en cuestión apareció en muy pocos momentos ante la mirada acusatoria de la aglomeración, para mostrarles un pañuelo que estaba repleto de céntimos: había aprovechado el jaleo aquel para robar el cepillo del templo.

Una mujer lanzaría entonces aquellas monedas al interior del edificio en llamas: «Es dinero maldito», aseguraría.

Capítulo XV

Esbozaba el carro que tenía ante sus ojos un vehículo destartado ahora pero que un día sirvió para transportar personas y mercancías, y recordaba Maura cómo en 1907, y por iniciativa del subsecretario de la Presidencia, el a la sazón ingeniero don Emilio Ortuño, se adquiría para el presidente del Consejo un automóvil Renault de color oro al que don Antonio hizo que pintaran en sus portezuelas delanteras el escudo nacional.

Su chófer, el madrileño Santiago Cambefort, había referido a propios y extraños una anécdota que Maura querría no se divulgara. Cuando el presidente del Consejo descendía de su coche para auxiliar a unos turistas «en panne», vestido de sombrero de fieltro gris, amplio guardapolvo de seda cruda y traje de calle, ambos obra del veterano sastre Cimarra: «¡Qué maneras, qué distinción y qué dignidad!», escribió Mr.

Penfield, uno de los viajeros. «Con una perla en el alfiler de la corbata, ¡y qué perla!».

En cuanto a las damas, no descubrieron la incógnita hasta que, al llegar al Real Sitio de La Granja, la guardia rindió honores militares al presidente, tanto al franquear la verja como al llegar a Palacio.

Como recuerdo del incidente, Penfield regalaría a Maura un San Cristóbal de oro que éste fijaría en el interior del automóvil.

No recordaba don Antonio quién de ellos era su recién nacido hermano; pero sí tenía memoria de que que, guardadas las velas y reliquias, ya más repuesta su madre, se iniciaba el desfile de parientes y amigas. La alcoba iba teniendo más luz para que se pudiera contemplar mejor al recién llegado y pudiesen iniciarse comentarios y comparaciones: se discutía su belleza, su robustez, si la nariz era de la abuela materna o paterna (aquella nariz que no era casi ni un pellizquito en una masa de carne fofa e informe), de si la expresión del ceño era o no la del padre, etc. Tras de esos obligados temas, surgían los consejos para la perfecta crianza, dados por las más sesudas y venerables concurrentes, y por rara coincidencia, solían ser las viejas y acartonadas solteronas las más prodigas en ofrecer los frutos de la ajena experiencia, ya que por desgracia o voluntad divina los propios no habían llegado a producirse.

Había adquirido Maura una fama extraordinaria, de hombre tan metódico como eficaz y ésta había llegado tan lejos que se utilizaría su apellido para dentífricos y jabones en los que se destacaba su limpieza, equivalente a honestidad, como político. También se usó su nombre para anunciar una acreditada marca de bombillas eléctricas, aludiendo a la claridad que Maura deseaba para los asuntos públicos.

«Algunas veces –contaba su correligionario Ossorio– me he permitido indicar a usted que las gentes quieren programa y siempre he hallado en usted la misma resistencia por lo peligroso de gobernar con pagarés y por lo pueril de pedir palabras sobre lo que toda la vida ha acreditado usted con actos».

Recordaba Maura cómo, en una ocasión, al recibir en su despacho las explicaciones de un conculión conservador que se había sumado, como otros de su partido, a una intriga contra él, le contestó: «No se canse usted. Sentí que se abrían las puertas del despacho donde trabajaba, vi al agresor entrar y encañonarme con la pistola, oí el estrépito de los disparos, los impactos de las balas han dejado huellas en la pared... Lo único que falta es el cadáver».

Se había dicho de él que era un tipo asumido de español: cortés con todos, cumplidor de su palabra, responsable en lo que le correspondía, absolutamente indiferente a los recursos que podían tener los demás, individuo de una pieza.

Pero Maura pensaba de muy otra manera. Siendo tan ajeno al mérito propio haber recibido más de la cuenta, y agrandada en esta proporción la deuda para con Dios, debemos sacar del reconocimiento de sus mercedes en aptitudes, prosperidad, riquezas, venturas domésticas, prestigio social... un sentimiento de austera humildad en vez de vanagloria, como quien hace arqueo de sus vencimientos y los halla enormes, aunque tenga repleta el arca.

Don Antonio era diferente de Cánovas y de Silvela. Lo era por su conceptualización democrática de la función del Parlamento, de los partidos y la opinión. También por sus rotundos modos políticos, por su arraigado idealismo y por su concepto de Nación.

Adolecía Maura de una marcada percepción idealista de la política y de sí mismo (cultivada desde su infancia por un obsesivo afán de perfeccionismo y su exigencia ética). Era consciente además de la importancia de mantener esa imagen suya que abonaba con sus maneras altivas que tanto enervaban, condicionando quizás la percepción de sus políticas, cuya naturaleza era hondamente liberal.

Porque don Antonio era conservador en el sentido de mantenimiento del sistema, pero liberal en cuanto al contenido de sus reformas.

Y era tan severo Maura en su entorno familiar como rígido en las cosas políticas. Sus hijos recordaban el ceño

severamente fruncido de su padre. Temían, seguramente, más su juicio que el de los tribunales cuando había que examinarse. Don Antonio era tan exigente consigo mismo como con las personas que le rodeaban, y en el tribunal íntimo de su conciencia procuraba siempre ser abogado de su prójimo y fiscal de sí mismo. Se castigaba, dejando de fumar, si consideraba que había realizado alguna falta.

Recordaría Maura la siguiente anécdota. En cierta ocasión se hallaban almorzando al aire libre el rey y otros personajes en el transcurso de una cacería. A lo lejos, por entre la maleza, los comensales vieron rebrillar los tricornios de la Guardia Civil. «Si esa pareja llega hasta aquí –insinuó malicioso don Alfonso– y pide que se exhiban las licencias de caza, ¿quiénes podrían presentarlas?». Maura, con la mayor naturalidad, sacó la suya.

Sería Moret quien sustituiría a Maura al frente del gobierno, toda vez concluidos los debates que producía la *Semana Trágica*.

El gaditano de luengas barbas blancas que era Segismundo Morel, compañero de partido y luego rival político de don Antonio, fue discípulo de los economistas ingleses, brillante hacendista, habituado a disertar de lo que conocía y de lo que ignoraba. Se trataba de un óptimo artista escénico del tablado político, que aún en sus más breves intervenciones parlamentarias, cuidaba la línea tanto como el ademán y la expresión del rostro, no menos que el tono de la voz. Don

Segismundo, en aquel verano de 1909, había mantenido una conversación con el conservador Dato en la que el político liberal le relataba las ansias de su partido por ocupar el poder.

Según refería Dato de Moret, las declaraciones de Cambó relativas a que debían ser o serían los liberales los que aplicaran la Ley de Administración Local, se hicieron, sin duda, de acuerdo con Maura o, por lo menos, por impresiones que de este habría recibido Cambó.

Una obsesión que venía de antiguo. Con ocasión de la campaña contra el proyecto de ley contra el terrorismo, se había inaugurado la práctica insólita, auspiciada por el *bloque de las izquierdas* de perorar juntos en los mítines oradores republicanos y monárquicos, liberales o demócratas. Ese contacto vivificador con las masas populares, interrumpido para él desde tanto tiempo atrás, sugirió a Moret el ingenioso plan de impetrar en la plaza pública aquello mismo que dos años antes se le había negado en la Cámara regia. De lo contrario correría el mismo Partido Liberal el riesgo funesto de su desaparición. En este mismo sentido se había manifestado Moret: «Sobrevino una situación conservadora. A cuyo frente venía un hombre salido de nuestras filas (se refería, por supuesto, a Maura), que había militado desde su juventud con nosotros, que conocía, por tanto, nuestros procedimientos, que sabía perfectamente lo que significan las formas externas de la libertad y, por consiguiente, manejándolas con el talento o

defendiéndolas con la palabra, una de las primeras que se han oído en el Parlamento español, ha sabido idear una serie de leyes y un conjunto de disposiciones moldeadas en la forma de la libertad, siempre gratas a nuestras convicciones, pero dentro de las cuales, como figuras que se pintan en el lienzo ya ajustado a su marco, aparecían tal serie de amenazas, tal serie de dificultades, tal serie de obstáculos para nosotros, que cabía y cabe preguntar si no es llegado el momento de proclamar una política que nos impida desaparecer como partido en la vida del Estado».

El *bloque de las izquierdas* así procreado por este discurso tuvo, pues, la significación inequívoca de ser antítesis extrema del espíritu que informara, en tiempos de Sagasta y Cánovas, las relaciones entre los dos partidos gubernamentales.

Recuerdos de infancia y juventud, tantas veces asociados a los alimentos ingeridos en las ocasiones especiales, como en la fiesta que seguía al bautismo de su hermano. Y era que gran parte de la solemnidad de la ceremonia se había perdido para él, esfumada ante el ansia de encontrarse de nuevo en el comedor ante aquella prodigiosa merienda, entrevista antes de salir para la iglesia: aquellos ingeniosos montones de ensaimadas, «cojines», «cuartos» (con o sin baño de azúcar), cocas en todas sus variedades, bizcochos, «crespells», «concos de Inca», mostachones y aquellas fuentes de yemas de casa de Frasquet, envueltas en papel de colorines; las frutas confitadas, de análoga procedencia, las

peladillas, piñonates y caramelos (unos caramelos gordos, envueltos en papel de barba del cual no era fácil desnudarlos) habían llevado su mente por senderos muy poco místicos, senderos que por fin, y ya en la realidad, convergían ante una enorme jícara de chocolate casero, chocolate espeso y delicioso que conjugaba maravillosamente con aquella deliciosa repostería que no parecía aderezada por manos humanas. No lo recordaba exactamente, pero tenía la casi certeza de que pocas horas después le aplicaban uno de los remedios preconizados por el doctor.

Pero Maura volvería a pensar en la realidad de un sistema que comenzaba ya a hacerse pedazos. Y si el perno del mecanismo lo eran los partidos dinásticos, se necesitaba primero, al menos uno, para tirar del proceso. Un partido con programa identificable que dotara a la Corona de opciones discernibles, con un líder que asegurara continuidad y dirección. Al programa correspondía una acción gubernamental coherente y el gobierno que lo gestionara sería, por supuesto, el mayoritario en las Cortes. La Corona garantizaría que se diera la oportunidad de gobernar al que –por supuesto que con masa crítica– intentara un proyecto serio. Las elecciones, aunque no fueran tan transparentes como sería de desear, constituían el *sine qua non* de la legitimidad. Así, para empezar, en vez de la lotería política del momento, que exponía a la Corona obligada a parecer –aunque no lo fuera– arbitraria en la designación de

gobernantes y políticas, se pasaría a un régimen parlamentario. Y esto último era la clave, porque así la Corona ya no estaría expuesta, pasaría a tener siempre razón; y más dado que cabía esperar, en tal caso, que el parlamentarismo acompañado de instituciones electorales utilizables se transformaría rápidamente, por creciente y natural capilaridad, en democracia plena y verdadera. Ese era el objetivo.

Eran necesarios entonces políticos con los que poder compartir propuestas e ilusiones... Maura recordaría entonces a Francisco Silvela, el presidente que fuera antes que él jefe del Partido Conservador.

La salida de Romero Robledo le dejó como segundo de a bordo de Cánovas. El madrileño Francisco Silvela (hermano de Manuel, en cuyo despacho trabajaría como pasante Maura), también abogado, distinguido e inteligente, fue nombrado ministro de la Gobernación en el gobierno de Cánovas de 1890. Pero don Francisco se inclinaba hacia un rechazo general de todo el sistema de partidos basado en la manipulación electoral y con el liderato de «El Monstruo» –Cánovas– como parte de ella. La disidencia, consiguientemente, era algo más que una incompatibilidad personal.

Pero mientras que para el primero –Cánovas– la decadencia de España era consecuencia del fracaso de sus estadistas para actuar dentro del límite de sus recursos, para

Silvela el fracaso sería más bien obra de la falta de moralidad personal en sus dirigentes. Esos métodos –los electoreros– eran abominables por sí mismos.

El nuevo conservadurismo de Silvela estaba basado en dos propuestas: la primera, que las técnicas electorales de los dirigentes del partido aislaban al gobierno e impedían la participación en él de una sólida opinión neutral; la segunda, que la función del partido había de conseguir aplicar a la opinión pública, por el conducto del gobierno, a la solución de los problemas de la nación. Mientras que Cánovas veía en el simple mecanismo de rotación de los partidos el secreto de la estabilidad del parlamentarismo, de la misma forma que ocurría en Inglaterra, Silvela veía su fuerza en su cercanía a la opinión pública una vez que ésta estuviera organizada, y su debilidad en el alejamiento de ella.

Entre 1894 y 1898, Silvela desarrolló este nuevo programa. Su base era una reforma total del gobierno municipal; que sobre la plataforma de la moralidad municipal confiaba unir a la opinión honesta, disgustada por la utilización brutal de la influencia municipal, característica del sistema canovista. Representaba la regeneración desde arriba, obra de las «clases superiores».

Silvela y Maura habían de intentar la asimilación y el encarrilamiento de las fuerzas que nacían a la política, como consecuencia del interés general por la cosa pública, derivado de la crisis de 1898. Lo dictaba, no sólo la

conveniencia para la monarquía de evitar que se creara un núcleo poderoso de opinión al margen del apoyo a la misma, sino también la necesidad de encontrar en esa movilización el coadyuvante necesario para llevar a término una política en la que el solo apoyo de los partidos dinásticos de estructura caciquil ni estaba garantizado ni era seguro que bastara: la obra a realizar era inmensa y debía contar con el apoyo de la opinión.

El 16 de agosto de 1898, *El Tiempo* publicó un artículo anónimo atribuido a Silvela con el título «Sin pulso», en el que decía el político conservador: «Si pronto no se cambia radicalmente de rumbo, el riesgo es el total quebranto de los vínculos nacionales y la condenación por nosotros mismos de nuestro destino como pueblo europeo, y tras de la propia condenación, claro es que no se hará esperar quien en su provecho y en nuestro daño la ejecute».

Afirmó Silvela en 1899, «la necesidad de una revolución hecha desde arriba. De empeños que representan profundas modificaciones de nuestra manera de ser política, administrativa y moral».

El 15 de julio de 1901 corroboraba Maura ese mismo criterio: «España entera necesita una revolución en el gobierno. Y si no se hace desde el gobierno, un trastorno formidable lo hará», diría el político mallorquín.

Eran por lo tanto similares las intenciones de ambos

políticos. Un espíritu selecto, el de Silvela, clarividente y leal, le faltaba resolución y brío para semejante tarea constructiva. Complementarios, de alguna forma, Silvela era un intelectual exquisito, escéptico, pesimista, elitista y despectivo. Quizás esa distancia le llevaría a no poner la correspondiente energía en el trabajo que resultaba preciso acometer. Al contrario que don Francisco, era Maura un creyente apasionado en el pueblo español.

En resumen, que a Silvela le faltaba la energía que a Maura le sobraba, y a éste le faltaba el concurso de un partido en el poder que Silvela le podía proporcionar.

Pero la simpatía moral les había aproximado, en todo caso, años antes, todavía en vida de Gamazo; cuando recién formado el gobierno de Silvela –de febrero de 1899– renunciaron él y Fernández Villaverde a la cesantía que les debería corresponder como ministros. Maura (que se sumó a la iniciativa, así como Canalejas y el propio Gamazo) escribió al presidente del Consejo aplaudiendo aquel gesto, en el que veía un ejemplo precursor de muchas determinaciones austeras. Porque era natural carga de las dignidades la predicación con obras y Maura no creía que debía ser privativo del Gobierno y de sus adeptos este comienzo que él aplaudía.

El pacto entre Silvela y Maura tuvo lugar en Valladolid, en el teatro Lope de Vega, el 18 de enero de 1902.

Así pues, se producía la definitiva entrada del político mallorquín en el partido fundado por Cánovas, y en ese momento presidido por Silvela. «Hoy la libertad se ha hecho conservadora», anunciaría entonces Maura.

Silvela había tomado partido por Maura y Sánchez–Guerra, quienes habían hecho bandera del nacionalismo económico y del presupuesto desequilibrado para financiar los grandes proyectos que convenían a la nación. Como consecuencia de ello, Fernández Villaverde abandonaría el gobierno, se produjo la crisis y después Villaverde sería llamado al poder.

Con la reapertura de las Cortes a finales de octubre, Silvela anunciaba su retirada. Maura hizo un elocuente discurso. Defendió la disciplina de la mayoría, apoyó a Villaverde e hizo una apología de la labor de Silvela y la unidad del partido. Fue un discurso funerario. Tres semanas después caería el gobierno Villaverde. Maura sería entonces nombrado presidente del Consejo para su primer mandato ejecutivo.

Era inveterada la fama oratoria que tenía el político mallorquín. El diputado Rodrigo Soriano, republicano aficionado a los duelos, decía de él: «Era el brazo que se alzaba con decisión como para tremolar la espada o la bandera en un singular combate a que daba pasión la voz caliente, el rugido a veces leonino; era el índice que dibujaba en el aire enigmáticos designios, señalaba caminos de ideal, como el de los profetas la tierra prometida; era el chispear

de los negros ojos que azabacheaban como negros diamantes sobre el blanco puro del cabello, la rojiza piel, calenturienta y recia como el encendido bronce; era la proporción del cuerpo con el gesto, del vestir grave con la grave y castiza figura. Conjunto bello que tan sólo un gran artista imaginara, en el que la armonía, la euritmia, la música, la línea, los pliegues, todo, se reunía para producir una estatua viviente, una obra artística».

La retirada de Silvela no serviría, por lo tanto, ni mucho menos, para robustecer la posición de Fernández Villaverde.

«No puedo creer –dijo Maura en el debate que le encumbraría como líder del partido– que el ensayo se haya concluido, y no tengo motivos para desesperar de los éxitos... Esta mayoría, al renunciar su jefe, sigue incólume, señal clara de que no estaba formada por los vínculos personales ni por los zurcidos del interés, ni por los galeotes de las ambiciones, sino por las ideas, viniendo a acontecer lo que acontece en las familias bien formadas, que quedan incólumes cuando la muerte troncha el eje de la autoridad paterna o desbarata el nido santo del procomún».

La ovación que acogió a estas palabras podía muy bien interpretarse como un voto de censura a Villaverde; los aplausos acompañaron al orador hasta el pasillo, fuera del hemiciclo. Prácticamente el marqués de Pozoblanco –Fernández Villaverde– se había quedado solo en la discusión de los presupuestos. Y fue el propio Silvela quien

puso corolario adecuado a la situación: cuando aún no se había apagado el eco de los aplausos, tomó a Maura por el brazo y adelantándolo hacia la mayoría, exclamó: «¡Tomadlo! ¡Este es vuestro jefe!».

Virtualmente, Villaverde podía considerarse derrotado. Pese al compromiso contraído por la mayoría en general –y ratificado por el propio Maura– de prestarle su apoyo para que los presupuestos pudieran ser votados dentro del plazo que la Constitución marcaba, ni aún esto le fue posible al ilustre hacendista. La obstrucción cerrada de republicanos y liberales (que seguían empeñados en mirarle como instrumento palatino para salvar unas elecciones peligrosas) acabó abocándole a la crisis de gobierno. La solución dada a esta por el rey resultaba, de nuevo, tan lógica como ortodoxa: Maura era encargado de formar el nuevo gabinete conservador.

La llegada de Maura a la presidencia fue ampliamente saludada por la prensa. Así *El Universo* decía: «Hemos salido de detrás del mostrador –Villaverde– y entramos en las regiones del arte de gobernar». Fue el primero de los gobiernos de Maura corto, en el que buena parte de sus proyectos –heredados de Silvela y aún de Germán Gamazo– no llegarían a ver la luz de la Gaceta. Pero sí existió un elemento que iluminaría aquellos breves meses: el primer viaje de S.M. el rey a Barcelona. Empeño que enfrentaría a Maura a no pocas gentes y que concluiría en un rotundo éxito.

Y ese viaje le fortaleció en la jefatura del partido, Villaverde, que aún aspiraba a serlo, sabría desde entonces que cualquier tentativa en contra del político mallorquín estaba llamada al fracaso.

Si había de prosperar el plan de Maura de establecer primero un parlamentarismo transformable en democracia, era imprescindible acabar con el arbitraje gubernativo: si los gobiernos liberales, o los eventuales de conservadores rivales de don Antonio, se convertían frente a los parámetros de la legalidad en, a modo de paraísos de inejecución de la ley, islotes de represión edulcorada... seguiría faltando hasta el marco indispensable. Eso, además de que a la larga tales partidos culminarían su obstrucción con el impedimento total de su obra transformadora, lo que acontecería después en la crisis de octubre de 1909 y aledaños, que fue en gran parte producto de la referida causa.

Porque la política en España apenas daba tiempo a que sus mejores hombres desarrollaran adecuadamente sus programas. Y si los objetivos del primer gobierno de Maura se veían impedidos por la firme actitud de su titular de impedir al rey un nombramiento militar que no era apoyado por el Consejo, el segundo de sus gobiernos –el *Gobierno Largo*– caería víctima de la *Semana Trágica*.

La preocupación de Maura en el verano de 1909 no era Marruecos sino quizás el orden público en Barcelona y nada hacía pensar que fuera grave; lo cual explica su ausencia de

Madrid por esas fechas. Sus ideas acerca de la presencia española en Marruecos eran coincidentes con las de la mayoría de la clase dirigente española en la que los interesados en la penetración en el Rif eran pocos. Si España estaba en Marruecos era porque se sentía obligada a ello para tener una mínima presencia en el escenario internacional. La ausencia de España mutilaría nuestra personalidad, incapacitándola para toda la vida externa y dejándonos calificados como indefenso botín. Había suicidios que no sólo aniquilaban al desdichado, sino que desbarataban la familia y a esto se asemejaría el anonadamiento de España. Maura había escrito que la explotación de las minas (de la Compañía Española de Minas del Rif, eran accionistas el Conde de Romanones y el mismo rey Alfonso XIII) se había producido por fuera de todo plan y toda iniciativa de los gobiernos españoles. Aunque, una vez establecidas estas explotaciones, don Antonio consideraba obligado protegerlas.

Transcurridos desde el *Desastre* tan sólo diez años, no era España capaz de reñir guerra ninguna.

Las negociaciones diplomáticas de 1904, referentes a Marruecos, habían sido comunicadas en momento oportuno a la oposición de Su Majestad y las de las restantes minorías, incluida la republicana. Todo ello se tramitó tan patrióticamente como el inicio de la reconstrucción naval. La prensa, sindicada contra Maura, halló censurable que la zona de influencia concedida a España por el Tratado

hispano-francés de aquella fecha fuese menos rica y extensa que la proyectada en el nonato Convenio de 1902. Ello, no obstante, cuando se hizo presente cuán costoso resultaba dar efectividad a nuestra acción tutelar en una parte mínima de esa menguada zona, casi nadie paró mientes en lo que habría significado conquistar y ocupar medio Marruecos, Fez inclusive. El parecer del común de los españoles coincidió, esta vez al menos, con el de la prensa: fue inexorable e insaciable en reclamar allí derechos nacionales, desgano y remolón en cumplir aquí deberes patrióticos.

Tampoco nuestro ejército estaba por entonces adiestrado para luchar en regiones montañosas con las tropas rifeñas. Faltaban a generales y jefes aún el rudimentario conocimiento de las modalidades de esa guerra particularísima. Ellos y sus oficiales adolecieron de exceso de arrojo, que faltó en absoluto a los soldados bisoños, y todavía más a los eventuales reservistas.

Menudearon durante aquella breve campaña inicial las sorpresas y emboscadas que preparó el enemigo, los avances inconsiderados por iniciativa individual y la todavía más costosa retirada de nuestras tropas. A la inapetencia de la retaguardia se sumaron luego la indignación frecuente en familias de reservistas y el dolor rencoroso de muchos deudos de los caídos. El plácido ambiente nacional se enrareció y entenebreció de súbito.

Por fortuna, los capitostes de la subversión social no

estaban tampoco preparados para la explotación política de una guerra impopular. No tomaron por asalto posición estratégica ninguna ni camparon a sus anchas sino allí donde se eclipsó total o parcialmente la autoridad pública, ni tampoco por más tiempo del que tardó ésta en reaparecer e imponerse. Teatro casi único de sus fechorías fueron el casco urbano y los suburbios de Barcelona, de donde se ausentó enojado el gobernador civil y no actuó enérgicamente el capitán general sino al cabo de varios días de pasividad inconcebible.

Capítulo XVI

Era asturiano, Saturnino, o eso le pareció a Cuevas por la escasa información que le daba de su vida. De Llanes. Y vinculado al dirigente anarquista Pedro Sierra Álvarez, conocido por su segundo apellido. De la organización asturiana poco conocía Cuevas.

Ayuno de conversación, se acordaría entonces de aquella reunión durante la Semana Trágica que se disolvió silenciosamente y todos se confundieron en la oscuridad de la noche. En la calle no había luz y de las casas tampoco trascendía ninguna claridad. El temor o la simple prevención ante la irrupción de las fuerzas del orden las mantenían cegadas.

A pie, seguían caminando, taladrando con los ojos la oscuridad de la noche para no dejarse sorprender por alguna

patrulla de guardias que comenzaban ya a manifestarse por la calle y en las más de las ocasiones no con buenas intenciones.

Pasaron la noche prácticamente sin dormir. Cenaron un potaje de verduras y patatas que ellos mismos se cocinaron en el local. Alguien comentó que ese potaje era viudo, es decir, que no tenía carne; pero nadie podía quejarse de la falta de aceite, un buen aceite que les llegaba de la solidaridad general.

El local ofrecía el aspecto de un campamento. Se habían instalado colchones en varias habitaciones y sobre ellos dormían los jóvenes que regularmente pernoctaban allí. Esa presencia permanente animaba las tertulias hasta bien entrada la noche y en ellas se trataban todos los temas.

Pero esa noche ninguno de ellos sintió ganas de separarse y, después de la cena, continuaron juntos analizando el enfoque que iban a dar a sus futuras acciones.

Y así les llegaría la mañana. Una mañana gris que apuntaba tormenta. Salieron en grupo hacia algún objetivo que la oportunidad les ofreciera. En ese momento comenzaría a llover, con una fuerza extraordinaria. Pero aguantaron a pie firme.

Caminaron hasta la casa de Montserrat, su amiga. Al producirse la revuelta, el padre de su compañero de fatigas

se encontraba aquejado de una fuerte crisis reumática y por tanto imposibilitado de moverse. Los primeros días los pasó en la cama, y ese fue el motivo de que fuera visitado por varios compañeros, los cuales quedaron sorprendidos por las condiciones en que vivía. En la casa no había luz eléctrica, ni gas, el único grifo estaba instalado sobre el fregadero que servía de lavabo a la familia. Los muebles eran los indispensables. Y él dormía sobre un jergón en el suelo.

Aquella caminata les devolvió a una especie de mundo real, al mundo en el que entonces estaban viviendo. Eran en verdad dos realidades, la suya y la otra que, superpuestas, daban la imagen exacta de la realidad general.

Su realidad estaba circunscrita a los efectos que aún sufrían por el impacto que les habían producido aquellas jornadas de julio. Todo estaba bastante oscuro y la oscuridad provenía de la acción represiva.

Los acontecimientos que Andrés Cuevas recordaba en esos momentos no los sentía entonces de la misma manera. Pensaba, en aquellos días de julio, y con él infinidad de compañeros, que lo importante era mantener limpias las ideas, aunque eso implicara la catástrofe final, es decir, la derrota, porque ésta sería el resultado definitivo de un combate sin futuro. Mejor era pues morir dignamente que no vivir en la equivocación.

La revolución de signo libertario que protagonizaron había

sido asfixiada por las tropas de Maura y la Guardia Civil, en aquella gloriosa semana y en las fuerzas de los distintos gobiernos que le siguieron. No eran al cabo muy diferentes los unos de los otros.

Algunos años más tarde comprendería Cuevas que lo que se podía entender por revolución era todo cuanto, de una manera espontánea, los obreros, anarquistas o no, habían realizado en los primeros momentos, pero que tan pronto se quisieron canalizar y dar forma a sus creaciones, el poder político las corrompió. Sin embargo, añadía, todo aquello había sido maravilloso y, aunque hubiera durado poco, podían darse por privilegiados por haberlo vivido.

En cuanto al porvenir que les esperaba, a ellos y al mundo, era Cuevas pesimista. El abandono en el que vivían presagiaba que su revuelta era el primer capítulo de una guerra general y, si ésta se producía, el mundo entraría en una fase de autodestrucción en la que el Estado estatalizaría la sociedad, algo así como el fin de una civilización.

Mención aparte debía hacer del comportamiento de los catalanistas durante aquellos días de julio. Por su importancia ponía de relieve el papel contrarrevolucionario que representaba cualquier clase de nacionalismo. El nacionalismo estaba reñido con el socialismo y era y sería siempre punto de apoyo de la ideología burguesa.

Vistos en aquel momento cómo vivieron los hechos ocurridos en Barcelona en esos días, Andrés Cuevas no podía por menos de considerarse lo que realmente era: un entusiasta ingenuo en el acontecer revolucionario, así como en el político. Sin embargo, recordando aquellos tiempos, debía colegir que no eran sólo los más jóvenes los que caían en la ingenuidad sino que de ella hacían gala los más curtidos. Quería pensar que todo ello tenía como causa explicativa su desinformación dentro del intrincado mundo en el que tantos intereses se entrecruzaban. Y sin tener en cuenta el juego de todos esos intereses entrechocantes no se podía entender razonablemente lo sucedido. Los hechos no se podían reducir a su constatación sin conocer también el clima en el que sucedían. Generalmente los historiadores, o los que pasaban por tales, a la hora de narrar acontecimientos como aquéllos, si no se auxiliaban de otras disciplinas, tales como la psicología y la sociología, arriesgaban con perder el pulso de la historia y, al fin y al cabo, consciente o inconscientemente, a falsearla. En ese caso, en el barcelonés, había infinitas pruebas que evidenciaban esas falsificaciones. Pero Andrés Cuevas no estaba en ese momento a eso, sino a confesar cómo vivieron sobre aquel polvorín que se estaba acumulando bajo sus pies sin presentir el calibre de su explosión.

Jornadas al cabo felices, en las que entonarían canciones que Andrés Cuevas aprendía en horas de francachela y de tiempos que no se llevaría su memoria. Como la que decía:

«Si veis al Señor Maura
paseando por Madrid,
preguntadle si se acuerda
de los presos de Montjuïc.
En la oscuridad de la noche,
los políticos son iguales
sean blancos o sean negros».

Y lo cantaban en catalán.

Capítulo XVII

La técnica de la acuarela consistía fundamentalmente en aplicar capas casi transparentes que se superponían, unas sobre otras, para crear colores cada vez más oscuros... hasta obtener la tonalidad apetecida, consiguiendo plasmar la realidad en la gradación definitiva que se imponía de manera progresiva sobre el papel.

En la pintura al agua –como en la vida– estaban los colores primarios y los secundarios. Los primeros eran el rojo, el azul y el amarillo, que no se podían obtener con la mezcla de otros; y luego todos los demás, el naranja, el violeta y el verde. Entender que de la mezcla jamás se llegaría a la tonalidad primaria era fundamental, lo mismo que lo era comprender que no cabía establecer conjunciones entre los elementos accesorios si se quería sumar hasta lo principal, porque sólo el fundamento sirve para construir.

Pero volvían sus recuerdos a su juventud en un barrio mariner. Calles estrechas, como la de Apuntadores, pavimentadas de piedras entre cuyas juntas crecía alguna esmirriada hierba o algún tímido musgo, como un modesto intento de la naturaleza de ir recobrando aquel terreno arrebatado por el hombre, intento que cobraba más importancia y vigor en alhelíes y jaramagos, aferrados a las tejas de algún viejo caserón o al lomo de algunas de aquellas tapias interminables y enigmáticas, detrás de las cuales se adivinaba el huerto-jardín de algún convento, con zumbido de rezos y de abejas, con algún risueño grupo de novicias o la grave presencia de la superiora y las viejas hermanas. Otras debían corresponder al jardín medio inculto, casi abandonado de alguna de aquellas mansiones señoriales donde la decadencia de fachadas y puertas, el abandono del patio de entrada, algún cristal roto y no repuesto, marcaban el paralelo entre la ruina del linaje y la del hogar, si acaso todavía era suyo. Calles de azules sombras y violentos cadmios donde el sol ponía su luz casi brutal, calles de casas modestas, de pescadores y menestrales (que entonces la palabra obrero casi no tenía sentido, donde la industria estaba en embrión tan sólo, y era el taller pequeño y casi familiar el que acogía a los trabajadores) con la ropa tendida en balcones y ventanas, sobre la calle misma, con un solemne y pintoresco desprecio de la higiene y el ornato públicos; calles con enjambres de chiquillos sucios, medio desnudos, descarados y vocingleros, pero sin trazas de anemia ni de hambre que para todos había, si no en la misma

calidad, en cantidad proporcionada al hambre de cada uno; no faltaban en el arroyo de la calle abundantes y a veces malolientes muestras del familiar yantar; cabezas, espinas y tripas de pescado, negras de moscas y hormigas, tronchos de col, hojas de berza, peladillas de frutas, y a veces, en rincón más apartado del humano bullir, otros restos de aquellas mismas comidas, ya transformadas por el proceso digestivo, que por entonces estimaban nuestros semejantes que tenían el derecho a gozar de ese privilegio que hoy se reserva, aún en las más grandes y limpias ciudades, exclusivamente a los Animales domésticos, con la libre disposición de las aceras para depositar los sobrantes del organismo.

Y la pintura suponía una labor metódica, muy propia de Maura, que uniría a sus recuerdos, como los que conservaba en una carpeta de fuelles, con su correspondiente cerradura, en donde guardaba recuerdos y papeles de gran valor afectivo: un retrato de su madre, casi adolescente, con traje mallorquín de payesa, correspondiente a los primeros ensayos de fotografía en la isla; una libreta del Monte de Piedad de Madrid con los primeros ahorros que logró en su vida profesional; reflexiones críticas de libros extranjeros sobre los fundamentos de la moral laica; la situación de la isla de Cuba, de sus tiempos de ministro de Ultramar, en 1892; autógrafos de don Alfonso XIII; máximas sobre la educación de los hijos... Entre éstas y por un tiempo guardaba don Antonio una carta del Padre Coloma, fechada

en mayo de 1905, en la que le hablaba de su madre, respecto de la cual la sensación de sentirse querido desde lejos le había dejado un enorme vacío. No había podido Maura –ministro entonces de la Gobernación– asistir al funeral de doña Margarita y, como quiera que el fallecimiento de su padre acaecía siendo él un niño y no fue consciente del dramatismo de su pérdida, lloraría en la de su madre por las dos.

Metódica era también la estafeta de correo de Maura, que se dividía en Interesante, Corriente, Chiflados, Arbitristas –pelmazos– y Anónimos.

Ya desde finales de 1908 había una cierta agitación indígena en la zona próxima a Melilla, y no se podía entrar en las minas. En junio de 1909 se aprobó una «operación de policía» que, por los medios a emplear, se podía calificar de modesta. En las cuatro ocasiones en que Maura escribió ese verano al rey, de ninguna manera Marruecos fue el tema crucial en esa comunicación epistolar.

La cuestión central se retrotraía al incidente entre el monarca y el político en 1904, porque se trataba de una visita de don Alfonso a Gran Bretaña y de la posibilidad de que participara en una recepción oficial con el rey de Inglaterra y el Zar ruso. Como siempre, resaltaba en ellos el deseo de evitar un conflicto: el rey dedicó la única comunicación que escribió en aquellas semanas a preguntar a Maura su opinión sobre ese punto. Don Antonio, dejando

claro que consideraba esta cuestión de competencia parcial del gobierno, comunicaría que previamente no se había enterado, quizás por torpeza suya, había creído originariamente que se trataba de una fiesta «esportiva» y por ello no había presentado reparo alguno.

Sobre Marruecos, Maura había conversado con Moret y le halló enteramente, y aun calurosamente conforme, con los juicios y propósitos del gobierno. Se trataba de evitar verdaderos enfrentamientos militares limitando la acción propia a la necesidad estricta de reprimir desmanes anárquicos, no dando España paso que pudiera ser tachado de agresión o ambición conquistadora.

Pero más tarde hubo que plantearse una nueva campaña militar. Maura, preocupado por la gestión de la Ley de Régimen Local, no previó tal vez las consecuencias. La campaña de la gente radical y revolucionaria que procuraba el desafecto popular y esparcía la patraña de que el gobierno enviaba las tropas para servir Intereses particulares y no para satisfacer necesidades nacionales, era para mirarla con cuidado, pues las muchedumbres no estaban acostumbradas a conocer la grosera perfidia de semejantes predicaciones. El político mallorquín continuaría, por lo tanto, vinculando la operación a una tarea de policía.

Por esos días a Maura le preocupaba más que la prohibición de las bárbaras capeas en Haro, lo que pudiera producir incidentes en aquella villa riojana.

La explotación minera, origen del conflicto, era una sociedad francesa y por esa razón Francia, ante las dificultades creadas por los lugareños para su gestión y la construcción del ferrocarril, no dudó en acercar un contingente argelino a la zona en un claro mensaje a España, instándola a actuar, pudiendo hacerlo Francia en su defecto.

Y también estaba la lucha interna de las cabilas (tribus marroquíes, base de su organización político-administrativa), antes pacificadas por el Roghi. Una vez desaparecido éste, las cabilas más amistosas con España se verían amenazadas por las más hostiles, por lo que pedirían ayuda a España, quien dilató la misma hasta que se hizo improrrogable.

A comienzos de julio se iniciaron en Madrid negociaciones con una delegación del Sultán de Marruecos acerca de los incidentes ocurridos en torno a Melilla. Por entonces, todavía Maura juzgaba inverosímil un alzamiento súbito y general. Pero a continuación se produjeron sucesos graves con asesinatos de cuatro obreros del ferrocarril y posteriores enfrentamientos entre tropas españolas y cabileños. Fue en ese instante cuando se pidieron, desde Marruecos, refuerzos importantes, en lugar de los modestos previstos con anterioridad, pero sólo el 23 de julio Maura decidió adelantar la vuelta de sus vacaciones. Lo hizo con un tanto de fastidio y sin prisa.

El 6 de agosto, Maura comunicó al general Marina que el

propósito del gobierno era el de limitar los puntos de ocupación a los meramente imprescindibles, para desde ellos irradiar eficazmente la influencia de España y que todos estuvieran situados sobre el mar, de manera que en todo momento pudieran ser abastecidos y reforzados rápidamente, sin necesidad de sostener combates para verificarlo.

Y era que, pese a la situación, Maura mantenía su posición civilista y pacifista: la de conservar, ensanchar y fortalecer las amistades y comunidades de intereses con las poblaciones marroquíes.

Si se apercebieran elementos militares no sería en modo alguno con el designio de agredir a los locales sino para hallarse España en actitud de hacer efectiva la protección de los que entre ellos buscaran o aceptaran nuestra amistad o nuestro comercio. Desde el gobierno se deseaba que en todo momento y en todo Marruecos bastara la autoridad del Sultán para el mantenimiento de la normalidad. Pero, cuando ésta no fuera suficiente, allí acabaría nuestra obligación. España cuidaría de mantener esta normalidad y de reprimir lo que la alterase.

Se les había agotado ya la posibilidad de seguir difiriendo y eludiendo el esfuerzo, y debían optar entre abandonar o consentir desde entonces el abandono de nuestra necesaria respuesta en la costa de enfrente al desaparecer la soberanía del Sultán de Marruecos, o proceder como habían

procedido. Lo primero, dentro de las convicciones de Maura, y por nadie contradichas en algunos años de estar planteado el problema, habría sido traicionar a la patria.

Barcelona estaba prácticamente desguarnecida. Santiago –el capitán general– hubo de limitarse por lo pronto a reforzar la guardia de los edificios oficiales y a esperar la llegada de tropas para tomar la iniciativa. Entre tanto y por espacio de tres días (cortadas las comunicaciones, salvo un cable submarino), la ciudad quedó a merced de una onda revolucionaria confusa por su aparente acefalia y por los concretos objetivos en que descargó su violencia. Concentró su embestida, con desconcertantes discriminaciones, contra las casas religiosas y contra los templos de la ciudad, convertidos en símbolo de una situación socio–política que se pretendía también reducir a cenizas.

Pese a que, en opinión del fiel seguidor de Maura, el abogado madrileño y gobernador civil de Barcelona, Ángel Ossorio, la huelga del 26 de julio no era revolucionaria sino que surgió espontáneamente, Maura informaría al rey que el paro general fue preparado sigilosamente y se declaró con gran rapidez. Parecía extensa, en su opinión, la confabulación con carácter revolucionario.

Desde el Ministerio de la Gobernación, Cierva ordenó a Ossorio que reuniese a la Junta de Autoridades para proceder al traspaso de poderes y la declaración de estado de sitio, a lo que el gobernador era muy reacio. El más

decidido a la declaración de estado de guerra en la provincia de Barcelona fue el presidente de la Audiencia, toda vez que la huelga general no era puramente de carácter social, sino que envolvía un evidente fin político y antipatriótico, aparte de las mayores medidas que la autoridad militar tenía para contenerla.

Gran contrariedad produjo a Ossorio la orden enviada desde Gobernación para que entregase el mando al capitán general apenas se iniciaron los alborotos con motivo del embarque de tropas expedicionarias. Circunscrito el problema de orden público a la capital de Cataluña y sus alrededores, tenía razón el gobernador. La Guardia Civil, disciplinada, obediente y aguerrida, como cuando más lo fue, se habría bastado y aún sobrado para mantener a raya a la chusma vil, protagonista de los crímenes de aquella semana.

Pero también De la Cierva, desde el observatorio panorámico de la Puerta del Sol, estaba en lo cierto y en lo justo. Se hacía indispensable suspender sin demora las garantías constitucionales en toda España y declarar en los puntos neurálgicos del país el estado de guerra, para que fuera posible extinguir en el acto los focos de la rebelión que aquí y allá estaban apareciendo.

La entrega del mando a la autoridad militar era condición previa para franquear el funcionamiento de tribunales castrenses y la actuación penal en juicio sumarísimo

representaba la única amenaza suficiente por si sola para frenar los ímpetus revolucionarios de los más lenguaraces cabecillas.

No faltaría quien considerara el arma de que dispuso el capitán general de Cataluña (nada menos que el ejército, lanzado desde los cuarteles a la calle) como desmesurada.

Dimitió Ossorio, por discrepancias con el ministro de la Gobernación. Aunque no se le aceptó la renuncia, en cuanto se produjeron incidentes la autoridad militar adquirió todas las competencias. Pronto se hizo palpable también la oposición popular a la guerra marroquí. Así se vio en efecto la situación por la mayor parte de los barceloneses de todas las clases, cuya protesta fue unánime y espontánea, a partir del 26 de julio, pues los convocados a combatir a Marruecos eran reservistas catalanes, muchos de ellos casados.

El gobierno parecía estar respaldado por una corriente de opinión muy extendida, se encontraba decidido también a atenerse a criterios rigurosos de justicia. Sin embargo, ni la actuación de Cierva ni la del auditor general se distinguieron por su acierto en los procedimientos ni en la aplicación de la ley. El gobernador enviado a Barcelona en sustitución de Ossorio carecía de tacto y, sobre todo, de un mínimo conocimiento de los problemas y de la auténtica situación de fondo en la compleja sociedad de Barcelona. Cuando Cambó le visitó se quedó alarmado. Aparte del total desconocimiento de los problemas barceloneses que percibió

en él de inmediato, suscitaron su inquietud las instrucciones y las órdenes que, según el propio gobernador le comunicó, traía Cierva. Eran para Cambó, según la frase de Tayllerand, «no un crimen sino una torpeza porque, a destiempo, pretendían tratar a la revolución vencida con el ánimo que faltó durante su curso».

En ese sentido escribiría a Maura. Y de esas equivocaciones hizo Cambó extensa relación a La Cierva: «Si no se hermana la prudencia con la energía, dentro de algunas semanas la opinión se habrá olvidado de los sucesos de julio para recordar tan solo las equivocaciones de la autoridad».

Hubo en la *Semana Trágica* ciento dos muertos y trescientos doce heridos. En Barcelona y en los pueblos cercanos que padecieron el contagio de la fiebre demoledora, los incendios destruyeron veintidós iglesias, treinta y cuatro conventos, veintidós establecimientos benéficos a cargo de religiosos y diecinueve edificios más, particulares y oficiales. Treinta y cinco cadáveres fueron desenterrados y abandonados en las calles, después de profanados y escarnecidos. Se cortaron las comunicaciones, se voló un puente y se destruyeron bibliotecas y gabinetes de enseñanza. Tal fue el fruto de las jornadas ferreristas, preparadas por la pedagogía de la Escuela Moderna.

Pero Maura no podía dejar de hacer cuentas íntegras de aquellas fatídicas jornadas, pues si resultaba preciso mencionar las víctimas producidas en la población civil, no

podrían dejar de considerarse a los diez agentes de seguridad asimismo muertos y el centenar de heridos (por mitad entre Guardia Civil y oficiales o soldados del ejército).

Pese a ello, a la altura de comienzos de agosto, la *Semana Trágica* barcelonesa no produjo ninguna conmoción política. En agosto, los representantes diplomáticos extranjeros calificaban de exageradas las noticias aparecidas en la prensa francesa. El rey en absoluto parecía predispuesto en contra del gobierno por lo sucedido, sino por el contrario procedió a apoyarle. Doña María Cristina dijo a Dato, a la sazón presidente del Congreso, que «estaba muy satisfecha de los esfuerzos de Maura, de su serenidad y de la rapidez con que había acudido a todas partes». A mediados de agosto, sin embargo, empezaron los rumores políticos, se hablaba de la posibilidad de gobiernos tan dispares como los de Dato o Weyler. Aunque, a principios de septiembre, Moret volvió de vacaciones con un espíritu algo más batallador del que había demostrado durante la pasada temporada vacacional.

Pero los recuerdos de Maura regresaban a un momento anterior. Una vez controlada la situación de orden público en Barcelona, el político mallorquín reputaba de indecible amargura y preocupación los días últimos, pues como si fuesen pocos los cuidados de la campaña contra las cabilas enemigas del Rif, había llegado a envenenar la tensión del ánimo este conjunto de perversidades y vilezas, compendio y saldo final de años de propagandas corrosivas y

escandalosas deserciones de los elementos llamados a dar buen ejemplo de ciudadanía.

Les ocurría ciertamente a todos los revolucionarios. Habían creído llegada la ocasión, por entender que las tropas enviadas a Melilla dejaban indefenso al Estado y que hallarían expedito el campo por tanta predicación antimilitar, por los amargos recuerdos de 1898, por el enigmático y vil objetivo de la campaña que en aquellos momentos se emprendía. La violencia y la sistemática audacia de la sedición había tenido en Barcelona manifestaciones horrorosas, inolvidables. Los focos dispersos de repercusión no habían sido pocos ni benignos. Mientras brotaba esa lepra, íntimamente ligada a la campaña de África, que nunca podría triunfar sin una cumplida victoria con el amasijo de fermentos que contribuían y caracterizaban el bochornoso estrago interior, toda la suerte de esta nación dependía de la firmeza y serenidad necesarias para sojuzgar y dominar la acometida revolucionaria.

Creía Maura ya enteramente asegurado el fracaso de la revuelta. Ni un instante se podía racionalmente dudar de que serían con rapidez sojuzgados cuantos focos insurreccionales pudieran presentarse.

El gobierno había evitado también que la desazón del Ejército ante las provocaciones subversivas sugiriese alguna irregular y desastrosa protesta de ese lado.

Maura estaba completamente seguro de sí mismo, de sus deberes, de su éxito. La liquidación de lo que él había llamado «brote de lepra» se le antojaba como la eliminación definitiva de los posos de un pasado contra el que se encaminaría toda su obra de gobierno. Y pensaría también que el escarmiento suscitaría la reflexión regeneradora en los eternos focos de inquietud.

Cinco años después de acaecidos aquellos hechos, desde la placidez de su ejercicio pictórico, se podía formular Maura la pregunta de si estaba en lo cierto.

El transcurso del verano al otoño iba a presenciar un cambio decisivo en reacciones y actitudes, en torno al espinoso problema de la aplicación del Código de Justicia Militar. A principios de agosto, cuando se divulgaron las atrocidades y sacrilegios de la triste semana barcelonesa, se había alzado un clamor de protesta unánime: lo difícil entonces era sobreponerse a la generalizada petición de escarmiento, de represión dura. Por endiablada combinación de muchas cosas, bien ajenas todas a los deseos y a la acción de los ministros, al divulgarse los crímenes que perpetraron, había quedado en toda España desconsolada y alarmada la conciencia pública, que no sólo anhelaba y había imaginado castigos proporcionados, sino que ansiaba represiones para cuya medida ninguna ley hubiera dado posibilidad al capitán general. Este estado de opinión entrañaba varios peligros graves, y en él tenían puesta toda su diligencia. No abundaban los medios, pero estaban

dispuestos a agotarlos para acreditar con obras que el gobierno ni vacilaba, ni estaba menos ansioso de la ejemplaridad de la justicia.

Algunos se refirieron a la contundencia del gobierno Maura en sojuzgar la rebelión. Con la *Semana Trágica* vino una represión que algunos consideraron algo brutal para la época. Esta represión, que se produjo desde agosto hasta mediados de octubre de 1909, asustó a bastantes militantes, fundamentalmente entre los anarquistas. Sin embargo, la situación recuperaría muy pronto la normalidad: las escuelas cerradas reabrirían enseguida; mucho encarcelamiento preventivo fue cosa de días; más del ochenta por ciento de los encartados, que acaso lo fueran con excesivo celo, salieron al poco libres; gran parte de los que se fueron, volvieron a las pocas semanas.

Dato había alertado a Maura, muy a tiempo, sobre los propósitos de Moret con vistas a la inmediata legislatura. El 2 de septiembre, en carta fechada en San Sebastián, relataba al presidente del gobierno su conversación con don Segismundo durante un almuerzo en casa del duque de Tovar. Moret deseaba un amplio debate en las Cortes sobre lo ocurrido en Cataluña, «aunque teme que se haga una campaña parlamentaria muy viva contra el rey y la monarquía». En esa ocasión, él se vería obligado a revisar sus concesiones anteriores respecto al proyecto de Administración Local; porque, no ya la parte del mismo relativa a mancomunidades, sino la que garantizaba la

autonomía municipal, le parecían ahora inviables. «La primera enseñanza de los sucesos de Barcelona es que en España no se puede pensar en llevar a la práctica hondas reformas de descentralización con municipios que hacen y harán perpetuamente política, y que aprovecharán las mayores facilidades y prestigios de una amplitud de medios administrativos para fines exclusivamente políticos, que en momentos difíciles podrían conducir a actitudes peligrosísimas». Por lo tanto, Moret se mostraba persuadido de que Maura no intentaría llevar adelante su proyecto de régimen local, «evitando así que las oposiciones se unieran para hacer imposible su aprobación». Pero la vida ministerial de don Antonio estaba vinculada a aquella ley, y esta insinuación de don Segismundo era como una incitación a la crisis; y la amenaza de unión de las oposiciones sólo podía interpretarse, aún en esbozo, como una apelación al *Bloque*.

Maura no desechaba, en absoluto, un posible cambio en el poder; aunque esperaba que la nueva oposición reforzada no fuera lo suficientemente fuerte como para hacerle a él abandonar la obra emprendida y hasta cierto punto ya realizada.

Lo que había dicho Moret a Dato de sus propósitos y actitudes, aunque difería mucho de lo que don Antonio reputaría conveniente al bien público, no podía maravillarle. El ambiente político que se respiraba era más para empeorar las tendencias personales del jefe de la oposición en lo de África que para persuadirle de sus posiciones hostiles. Una

de dos, o acertaban las oposiciones, o que no estorbaran la obra que ellos habían emprendido. Muchas dificultades pueden suscitar y grandes daños causar las oposiciones; no sería novedad que hostilizaran al gobierno. En el caso de que prevaleciesen sin tener razón, sería porque el gobierno no fuera suficientemente apoyado por el rey.

Maura no flaquearía en cumplir sus obligaciones. No desertaría de su propia conciencia, y por eso, la mayor o menor inminencia de dejar el poder no podría desvelarle.

Capítulo XVIII

Pedro Sierra, a quien su compañero de aventuras y recorrido por el pueblo santanderino de Solórzano, Saturnino, literalmente parecía venerar, tendría a la sazón unos 26 años y había pasado por la cárcel –como lo haría también Cuevas– a consecuencia de los sucesos acaecidos durante la *Semana Trágica*, esa que se producía en el verano de 1909, año al que Andrés volvía en su personal relato.

Llegarían las Navidades de aquel año, que tendrían muy poca importancia para Cuevas, Sin embargo, le aportaría una gran alegría la llegada a Barcelona de su familia desde Almería.

Lo hicieron –como él unos años antes– en un barco carguero. Su madre, que mantenía relación asidua con una familia gitana, se las había arreglado con su patriarca para que sus componentes ocuparan su casa, evitando así que lo hicieran otros.

Sería por lo tanto a primeros de enero de 1910 cuando sus padres y sus cuatro hermanos desembarcaron en el puerto de Barcelona. Su llegada le creó grandes responsabilidades, tales como buscarles alojamiento, porque era imposible que pudieran encontrar cobijo en la casa en la que vivía su abuela. La solución no era fácil, pero cuando comentó el asunto con sus compañeros anarquistas, surgiría una. Cerca del mercado del Clot había una vivienda vacía que no era una maravilla, puesto que no tenía tan siquiera luz eléctrica, pero bastaba como refugio. En esa casa se instalaría su familia y con muebles de fortuna se compuso el ajuar. Lo necesario: cama, mesas, sillas...

Su padre entró a trabajar en la cervecería Damm. Su familia se acomodó a la vida general que se hacía en Barcelona. Todos sus hermanos eran menores de edad, de modo que Cuevas se las tendría que componer para que entraran en la escuela y pudieran formarse. A su madre no le hacía mucha gracia ver desperdigados a sus hijos, pero no había otra solución y tuvo que aceptarlo a regañadientes.

Durante ese tiempo, su vida de militante anarquista se combinaba con su actividad en un taller de mecánica.

Una tarde de aquel mismo mes de enero, en una reunión política, recibirían la visita de una comisión obrera. Cuando se vio ante la misma tuvo la sorpresa de que entre ellos estaba Dolors, que era una vieja conocida de Andrés. Al término de la reunión, los componentes de la comisión

abandonaron el local, salvo Dolors, que se quedó allí con ganas de conversar con él, pues no se veían desde hacía dos años.

Hablando, hablando, el tiempo fue pasando y cuando se dieron cuenta ya era bien pasada la noche. En aquel local no tenían nada que comer y Cuevas le propuso que se fueran a cenar a una pequeña fonda que había no muy lejos de allí. Tomarían lo que quedaba a aquellas horas: un plato de sopa y unas judías estofadas.

Salieron después a la calle bajo la luz mortecina que proyectaban las farolas. Cuevas se ofreció a acompañarla. Caminaron en silencio hasta que Andrés, como tomado por un impulso irrefrenable, daría rienda suelta a sus recuerdos.

–Esta plaza –dijo a Dolors– era nuestro lugar de juego mientras esperábamos la hora para entrar a la escuela. Jugábamos al fútbol con una pelota de trapo. ¡Cuántos problemas tuvimos con los guardias! Corrían como demonios desesperados detrás de nosotros cuando con un pelotazo rompíamos algún cristal de las farolas. Seguían las quejas al maestro. ¡Cuánto nos divertíamos! –y se echaría a reír–.

En verano –continuaría–, cuando acudían los empleados del municipio con su manguera para regar y limpiar la calle y la plaza, todos gritábamos a una: «*¡la jeringa curta, la jeringa curta que no arriba que no arriba!*!». ¡Pero vaya si llegaba!

Más de un remojón recibiría Andrés de la manguera cuando los empleados la orientaban contra ellos para convencerles de que sí llegaba.

Hablando, hablando, les dieron la una de la madrugada. De pronto se encontrarían con un conocido que saludaría a Cuevas con las siguientes palabras:

–Con este frío lo mejor es la cama –y guiñó el ojo mirando a Dolors.

–A ella vamos –le respondió Cuevas a modo de despedida.

Cuando llegaron a su casa, y como ya era bastante tarde, Dolors propuso a Andrés que se quedara a dormir allí.

Dormirían a pierna suelta hasta la hora en que sonó el despertador, a las siete de la mañana. Tomarían rápidamente un café y se despidieron. Quedarían luego a comer.

Ese día de enero no sabía Andrés Cuevas –o sí que lo sabía– por qué se encontraba tan contento. La cosa era simple. La visita de Dolors le había revuelto los recuerdos.

Ahora, cuando la había visto de nuevo, todo había cambiado. Entre Dolors y él había siempre la misma diferencia de edad –tres años más ella que él–, pero sus ideas les habían aproximado poniéndolos casi al mismo nivel. Sin embargo, había una realidad, la de Cuevas: jamás había hecho lo que

propiamente se dice el amor. Sentía excitación, pero hacia dentro de sí mismo, y hacia fuera, se extendía en lo que se llamaba amor platónico. Le podía bastar con un roce de manos para sentirse feliz. Su atrevimiento no iba más allá.

Incluso, creía Cuevas, recordando alguna anécdota de su vida de entonces, que él debía tener una concepción de la sexualidad muy idealista y un poco curil. Un día entraría en un local anarquista y se encontraría con la sorpresa de que una pareja de compañeros se estaba besando. A la vista de eso reaccionó como lo haría un fraile: consideró pecaminoso que mezclaran lo sexual con las ideas. Se enfadó mucho. Les echó una bronca. Los amantes le dijeron que no había para tanto, y que era natural que se quisieran y que se besaran. Entonces Cuevas se sintió confuso. Cuando salió del local se encontró con un compañero a quien refirió lo sucedido.

–Oye, oye –le dijo éste–, si destruimos iglesias y queremos desterrar la religión católica de la mente de las gentes, no queremos hacer de nuestros locales de reunión nuevas iglesias y una religión de la anarquía. El anarquismo es la poesía de la vida y el amor su expresión más elevada. ¡Qué cosa más natural que éstos –se refería a la pareja– se amen, se besen y hagan el amor!... ¿Tú no amas?

No supo qué responder, y quizás no lo supo porque el gusanillo del amor no le roía. Pero lo que le dijo no cayó en saco roto. La prueba era que estaba deseando que aquella mañana terminara para encontrarse con Dolors. Sí, creo, se

dijo, he madurado. Y con esa mezcla de sentimientos y deseos abandonó el taller para encontrarse con ella.

Cuando Andrés Cuevas llegó a la casa de comidas, aún Dolors no había llegado, de modo que se entretendría conversando con algunos amigos, correligionarios suyos. Proseguiría la conversación entre ellos a su llegada, pero Cuevas se levantó para sentarse en otra mesa con ella.

Comieron sin prisa. Mientras comían, Dolors le habló de las dificultades por las que atravesaba en su vida cotidiana. La vida era difícil siempre para los pobres. Pero Dolors era optimista y a Cuevas le agradaba ese optimismo.

De todas esas cuestiones hablaron hasta que oscureció y, como quien dice, la noche estaba como una boca de lobo. No había estrellas en el cielo y las turbias farolas les sumían en la semioscuridad.

–Va a ser difícil –dijo Cuevas– que encontremos algún bar abierto en que nos sirvan algo de comer.

–Me acompañas a casa y cocinamos algo –contestaría ella.

Como hacía frío y lloviznaba apresuraron el paso y en poco tiempo llegaron a su casa. El interior de la vivienda estaba frío, pero Dolors encendió una pequeña estufa de carbón y pronto la temperatura se hizo soportable.

Tardaron poco tiempo en cocinar una tortilla y mientras

Andrés batía los huevos ella le contó que hacía unos días había llegado del pueblo una pariente y que le había traído patatas y huevos. Y gracias a eso podía ofrecerle una comida.

Se acomodaron y pronto dieron fin a la tortilla y a la pequeña rebanada de pan blanco que su pariente también le había traído del pueblo. A ese consumo se unió una taza de malta.

Charlaron un rato, pero como había que madrugar para ir al trabajo hablaron de ir a dormir. Cuevas miró hacia el lugar que había ocupado la noche anterior, pero ella alegó que hacía frío y que sería preferible que durmieran juntos. Su ofrecimiento le dejaría alelado. Hasta ese momento, con todo y haber deseado hacer el amor, jamás había tenido ocasión de ello. Se portó torpemente e incluso tomó en serio lo del frío, porque era verdad que dos cuerpos abrazados lo resisten mejor. Pero todo empezó a cambiar cuando Dolors empezó a acariciarle y besarle. Fue ella quien le condujo en la carrera que emprendió aquella noche.

Una vez en el trabajo, en el momento del descanso, subió las escaleras y se tumbó sobre un colchón con un embrollo en la cabeza de ideas y preguntas a las que no encontraba respuesta. Pensó que reposando y durmiendo un poco encontraría sosiego y equilibrio. Y así fue. Mientras dormía tuvo algo así como una revelación que quedó arrinconada en su inconsciente sin que por ello tomara conciencia hasta pasado el tiempo, cuando el conocimiento de los hechos

reales viniera a dar respuesta a las preguntas que se estaban formulando aquellos días de julio de 1909.

El sueño revelador era al cabo una pregunta: ¿quiénes eran los responsables y provocadores de los hechos que entonces habían vivido?

Capítulo XIX

Podían representar las pinturas al agua que hacía Maura monumentos famosos, templos inspiradores de devociones entrañables, rinconadas de pueblos olvidados, casonas señoriales, viviendas campesinas, árboles de vetustez solemne, campiñas de impresionante belleza panorámica... o ese triste rincón del municipio santanderino de Solórzano, evocador por sí solo de la triste situación en la que se encontraba España.

Pero no eran tan tristes sus recuerdos de infancia en su añorada Mallorca. Como la Iglesia de San Juan, con olor a cera e incienso, con sus santos un poco ingenuos que le impresionaban con sus chillones mantos y sus doradas coronas, donde nunca faltaba alguna beata, arrugada como una nuez, que masculaba sus devociones en la penumbra y que se le antojaba arrepentida bruja (ya había iniciado su

contacto, oral, claro estaba, con los cuentos de hadas) que con rezos y penitencias pretendía borrar sus pasadas maldades; curas mal afeitados y bonachones, cuyas manos besaban con avidez la bulliciosa chiquillería, y que eran parados al pasar por beatas y devotas de toda casta y edad, deseosas de averiguar horas y detalles de triduos y novenarios, principales esparcimientos de aquellas buenas almas.

¿Era don Antonio impetuoso, inadaptado? Su amigo, Juan Alcover Maspons, le escribiría cuando el político mallorquín renunciaba a la jefatura del Partido Conservador y dimitía de su escaño en 1913: «Alguien, republicano por cierto, ha dicho estos días, en letras de molde que, no obstante las altísimas virtudes del hombre y del político, éste resultaba un inadaptado. ¡Claro! En la inadaptación está tu gloria, por eso se imponía no mutilar y reblandecer tu carácter para acomodarlo a las impurezas de la realidad ambiente y vivir al día o recogerte dignamente con tu fuerza moral intacta para que mañana la aproveche la nación si se da cuenta la nación de que cunde en sus entrañas la podredumbre».

Abrir las Cortes, resuelta la campaña de África, daría al gobierno fuerza suficiente para enfrentarse a las críticas posibles contra otros aspectos de su actuación, ya que toda la crisis catalana había tenido sus raíces en la guerra de Melilla. Un nuevo revés militar podría doblar, en cambio, la capacidad de sus adversarios políticos.

De ahí que, apenas sofocada la crisis revolucionaria en

Cataluña, toda la atención del gobierno se centrarse en el problema del Rif que, rebasando ampliar los papeles de una simple operación de «policía colonial», había tomado ya los caracteres de una guerra, aunque difícil, por la peculiar orografía de la zona y la montaraz belicosidad de las cabilas en armas. Las operaciones desarrolladas en la segunda quincena de septiembre restablecieron el control de toda la zona en torno a Melilla; el 29 la bandera española coronaba de nuevo la cima del Gurugú donde fue izada por el coronel Miguel Primo de Rivera. El gobierno creyó que este último éxito, casi un símbolo, cerraba definitivamente la guerra comenzada en julio. Por desdicha, todavía hubo, poco después, un nuevo tropiezo, el combate de Zoco el Jemís de Beni Bulfrur que, si de hecho no significaba otra cosa que un simple aplazamiento en la pacificación definitiva, se bastó por sí solo para sumir en el desencanto los entusiasmos de la víspera y para renovar las críticas contra la dirección de las operaciones y, en general, contra la política del gobierno en África. La opinión de Maura era muy otra. Virtualmente estaba concluida hacía días la campaña de Melilla, pues sólo debía faltar la labor complementaria de los avances definitivos, consumados con afortunada presteza. Habría que confiar que esos remates no estropearan el feliz éxito. Por desgracia para él, esos avances definitivos se vieron retrasados fatalmente más de lo que habría convenido en el plano político; y a esa demora contribuyó, en fechas decisivas -18 a 23 de octubre un inoportuno temporal de lluvia, de modo que sólo en noviembre pudo darse por

concluida la famosa guerra de Melilla. Pero ya para entonces se había consumado el derrumbamiento de su gobierno.

Y era que la situación política empezó a desarrollarse en sentido desfavorable a partir de mediados de septiembre. Las primeras ejecuciones se produjeron en la primera quincena de agosto y ni parecían haber causado especial conmoción interior o exterior. El problema fue pronto la figura de Francisco Ferrer.

Pero a Maura le irritaba la duración de la campaña marroquí y pronto quiso presentarse ante las Cortes.

Maura se había adherido al principio de no intervenir en lo que la ley le vedaba. De todas las acusaciones infundadas que contra él se formularon tras de la *Semana Trágica*, de ninguna se quejaría él más que de la de que personalmente pesó sobre el capitán general de Cataluña para que condenase a Ferrer en el sumarísimo en el que fue sentenciado a muerte.

Avisaría también –y lo practicaría– por la parte que le tocaba, que perdían el tiempo los que pretendían arrancar el recurso de gracia chantajeando, como si la gracia fuese la reparación obligada de una justicia inicua.

A pesar de todo, Maura consultó con Moret sobre la posibilidad de conceder el indulto y éste le dijo que tal cosa sería una renuncia a los principios de la virilidad. No en vano,

semanas atrás le había dicho Dato a don Antonio de don Segismundo: «en todo lo de África se muestra de completo acuerdo con la conducta del gobierno y con sus propósitos, que califica de altamente patrióticos».

No tuvo en cuenta entonces el consejo de su hijo Gabriel, Maura prefirió el criterio de Cierva de ejecutar la sentencia de Ferrer, preservando así la dignidad nacional.

En todo caso, don Antonio consideró flaqueza del poder público, por lo tanto, lo que para otros era sólo clemencia, como lo aconsejaban en el seno mismo de su partido Dato y Sánchez-Guerra. De hecho, en 1909 había prevalecido el espíritu que engendró la Ley de Jurisdicciones, aunque no fuese en puridad esta ley la que se aplicó durante el famoso proceso: al calificar simplemente la crisis revolucionaria como rebelión militar, Ferrer fue sometido al Código de Justicia Militar. Y en el rechazo de su condena se incluían tres razonamientos: el procedimiento, la calificación del supuesto delito –rebelión militar– y la atribución de su jefatura al fundador de la Escuela Moderna, ya que éste no habría pasado de inductor –de estímulo– al movimiento anárquico.

Melquíades Álvarez, con voz estentórea, visajes de epiléptico y ademán amenazador, diría en 1910: «Me preocupa su inocencia, porque la inocencia es un hecho que no se desvanece ni con el silencio ni con los años».

Pero en Maura la coherencia era tal que para muchos parecía simplemente rigidez.

En la sentencia llamaría la atención que parecía juzgarse toda la vida de Ferrer, dedicada al triunfo de la revolución y que se le atribuía utilizar «el antifaz de la educación científica y racional». Las pruebas eran escasas y deficientes, en especial para considerarlo jefe de los anarquistas españoles. No previó, don Antonio, lo que iba a suceder, ni en el exterior ni en el interior.

En todo caso, se indignarían entonces tantos que no pensaron intervenir en favor de Ferrer.

La conmoción en los medios de comunicación y en la opinión pública de todo el mundo fue inmensa, en parte porque la propia lejanía daba de Ferrer una imagen que no se correspondía con la realidad y por un estereotipo de la leyenda negra que se venía difundiendo desde el final del siglo XIX. La correspondencia contraria a la ejecución fue abrumadora y el principal receptor de la misma fue el Palacio Real. Tras la ejecución cayó sobre la secretaría del rey una auténtica barahúnda de cartas de protesta e informaciones diplomáticas acerca de las manifestaciones en las principales capitales europeas y también en alguna americana.

Entonces pudieron empezar a cambiar las percepciones del rey.

La oportunidad para el desquite de los que no lo quisieron en su día llegó en todo caso dos días después de la ejecución de Ferrer. Dijeron otros que fue imprudente que Maura abriera las sesiones de las Cortes.

Al comenzar el debate, Moret estuvo hasta moderado, pero presionado por Romanones, su discurso se radicalizó.

Álvaro de Figueroa –primer Conde de Romanones–, madrileño, (cojo, a consecuencia de caer de un caballo a los 9 años), de familia de fortuna, era hijo de los marqueses de Villamejor, que contaban con extensas propiedades en la provincia de Guadalajara y de las Minas de la Unión en Murcia. Político caciquil donde los hubiera, siempre dedicado a cultivar las incesantes peticiones de esa provincia, estaba en origen detrás también de los intereses españoles que el gobierno de Maura protegía en Marruecos. Y sin embargo trabajaría por arrojar a éste del poder.

Don Antonio ofreció a Moret que midieran sus fuerzas en las elecciones provinciales. «Nadie más que SS y con mayor elocuencia ha pintado los vicios del sufragio... y como eso no ha cambiado todavía, decirnos ahora que hacemos tabla rasa de la opinión, porque no podemos fiarnos de las elecciones, es decirnos algo que... parece un sarcasmo», contestó Moret.

No desagradó en un primer momento a los liberales la perspectiva de mantener durante algún tiempo en el banco

azul a un gobierno mortalmente herido, contra quien podían formular, por fin, cargos de difícil disculpa, de quien no temían ya que consiguiese aprobar leyes que les fueren antipáticas, y sí, en cambio, otras que les allanarían después su gestión ministerial, tales como la de Presupuestos. No vieron así las cosas sus adláteres de inferior jerarquía y muchas menos responsabilidades. Al cabo casi de tres años de peregrinar por el desierto de la oposición, contemplaban ya próxima la tierra prometida y se disponían a disfrutar desde el poder de unas elecciones provinciales convocadas para noviembre y otras municipales en diciembre, antes de las generales subsiguientes.

Serían en efecto dos los discursos de Moret en lo relativo a lo ocurrido en Barcelona. En el primero diría: «No creemos que el Partido Liberal pueda otorgaros su confianza en esa parte de la misión gobernante que en el Parlamento toca a las oposiciones. SS, señor Maura, después de lo ocurrido no tiene medios para deshacer el mal, de desandar el camino. SS ha perdido el contacto con el país; ¿cómo lo va a recobrar?». En esa intervención parlamentaria, el 15 de octubre, añadiría Moret: «Sin embargo, el señor Maura y alguno de sus compañeros de gabinete tienen derecho a un elogio que les haré con la mejor voluntad. En los momentos terribles Su Señoría ha tenido lo que no abunda en nuestro país, un gran valor cívico; cualesquiera que hayan sido sus equivocaciones, ha dado frente al peligro, y se ha mantenido en su puesto».

Esta primera actitud de Moret, en quien se tenían puestas grandes esperanzas políticas, pareció a las oposiciones extremas, a la prensa enrabiada e incluso a la mayor parte de sus correligionarios, blandengue y acomodaticia. Ciertamente que Maura, cuya pretendida soberbia quedaría en todo caso para mejor ocasión, se abstenía de reincidir en sus pretéritas arrogancias; pero muchos pensaban que se estaba aferrando al poder.

Distinguió don Antonio en su réplica a Moret entre los extranjeros que se asocian a las protestas, a veces atroces injurias a la nación española, que algunos dicen son contra el gobierno español, acertando a separar en esto al gobierno de la nación y los hombres políticos de nuestro país, testigos presenciales de los sucesos.

Puso a aquéllos esta sola tacha, la de la ligereza, la de la inadvertencia, la de la desconsideración de no depurar lo que hacen, lo que dicen, lo que suscriben, y no creía el político mallorquín ser severo con aquellos que de esa manera les ofendían.

Pero, de fronteras para acá la cosa para él variaba. Porque le parecía que, respetando el concepto de los demás, y no queriendo agraviar a nadie, que, dondequiera que él estuviese colocado, delante de un movimiento de oposición como éste y de tal ultraje para España, aunque no fuese más que para el más modesto de sus conciudadanos, él se consideraría requerido a una de estas dos cosas: o a

revolverse afirmando con ello la iniquidad de quien tal crimen cometió desde el gobierno, o atestiguar al lado del gobierno que era injusta la imputación.

Y lo había formulado con la seguridad en él característica, porque el orador asume la dirección del auditorio, se erige en caudillo, y endereza la arenga a un éxito inequívoco y fijo: de raíz destruye su propia obra cuando titubea.

Repitió a continuación don Antonio en la cámara regia lo mismo que había dicho ante el Congreso: la responsabilidad de dimitir a destiempo no le parecía menos grave que la de continuar sin autoridad en el gobierno. Se mostró bien advertido de que el desgaste ineludible del mando, sus equivocaciones, sus deficiencias, sus infortunios... aconsejaban en plazo breve un cambio de gabinete. Pero en modo alguno aconsejaba a la Corona que la ya inexcusable e inminente crisis total pudiera parecer dentro de España, ni menos todavía fuera, prevalecimiento sobre el poder público, de las fuerzas subversivas que asolaron poco antes Barcelona y vociferaban ahora en varias capitales europeas, injuriando y calumniando, no sólo al gobierno, sino a la monarquía, a la patria, como entidad histórica, y aún a todos los españoles contemporáneos.

Pero en su segundo discurso, el del 19, Moret diría lo siguiente: «Yo, en estas condiciones, y con una guerra en Marruecos y una situación como la de Barcelona y sin legalizar la situación económica (pendiente la aprobación de

los presupuestos), y sin estar franca la prerrogativa real, yo vengo a deciros que el gobierno no puede continuar un momento más en ese sitio, llega hasta tal punto mi convicción que considero que si no lo dijera de esta manera, y después de decirlo no hiciera por los medios parlamentarios a mi disposición todo lo que es necesario para que no continuase, si no os lo dijera en los términos que lo creyerais, porque estamos dispuestos a cumplirlo, no dormiría tranquilo, porque habría ocultado lo que llevo en el fondo de mi conciencia y lo que considero conveniente para mi patria».

Cierva elevaría la temperatura cuando acusó a Romanones por unas declaraciones en las que éste reprochaba al gobierno por no haber pedido el indulto de Ferrer. «Esto hay que esclarecerlo. Si la monarquía busca como únicos defensores a Cierva y a Maura, mañana pronunciaré mi último discurso en esta Cámara», dijo el conde. Republicanos, liberales y demócratas rompían sus relaciones con el gobierno si Maura no se desprendía de Cierva. Pero don Antonio no aceptó.

En la sesión de aquella tarde contendieron Cierva y Moret, sin que fuese posible evitar que los nervios excitados de los dos convirtieran lo que había sido hasta entonces torneo de esgrima oratorio en boxeo polémico.

La réplica de Moret a Cierva fue ésta: «Yo no acepto convertir el Parlamento en plaza de la Cebada. Y lo que ruego

a todos es que no haga éste causa del señor ministro de la Gobernación, y no toméis en cuenta sus palabras para provocar aquí escenas de las que no puede resultar nada bueno, ni para la paz pública, ni para las relaciones de los partidos. ¿Es que SS no sabe el valor de las palabras? ¡Ah, señor Cierva! No tiene SS altura para levantar la mano hasta mí».

Dijo entonces un diputado liberal que era, además, teniente general: «Yo no tengo de monárquico ni el canto de un duro, y a poco que me aprieten, tiro también el duro».

El escándalo tendió al paroxismo cuando Maura estrechó la mano al ministro de la Gobernación.

El discurso de Maura concluiría diciendo que el suceso había demostrado que en España se hacía un ensayo o una aplicación de un movimiento internacional que tenía el mismo sentido, que contaba con caracteres análogos, aunque se acomodara a las circunstancias de cada nación o de cada tiempo. El gobierno estaba enfrente de eso, seguía luchando y manteniendo frente a eso el principio de la autoridad y del orden; y luchaba con todas las dificultades de las cuales no era más que un episodio aquello del rumor exterior. Y ese era el momento en que Moret pedía que el gobierno cesara. Eso quedaría registrado para el porvenir.

Presenció la candente efervescencia el jefe de la Casa Militar de Su Majestad, el general Echagüe, Conde del

Serrallo, que por orden expresa del rey había asistido a la sesión desde la tribuna de la Presidencia.

El acostumbrado Consejo en Palacio del siguiente día 21, aguantado a pie firme en la plaza de Oriente, como todos los jueves, por los periodistas, no se llegó a celebrar. Tenían éstos noticia de la reunión del gabinete desde hora muy temprana en la calle de la lealtad sin que bastase el indicio para augurar cierta la crisis, porque acostumbraba Maura tener los Consejos no presididos por el rey en el despacho de su domicilio particular y no en el vetusto caserón de los Heros, emplazado en plena calle de Alcalá, sede oficial de la Presidencia.

El cambio de impresiones entre los ministros patentizó gran divergencia de pareceres acerca de la presumible actitud del rey y la ulterior de los liberales, inclinándose los más a creer respecto de estos últimos que, una vez perdido su pleito en Palacio, se apaciguarían más fácilmente aún que en 1907 (cuando acordaron el retraimiento, para volver a las Cortes apenas transcurridas unas pocas semanas), sobre todo si se percataban que de esa manera facilitarían y apresurarían el cambio normal de partido turnante. También en lo relativo a la importancia y eficacia de la agitación revolucionaria discrepaban bastante las opiniones, pero en los acuerdos estuvieron todos conformes.

Como conclusión, habían convenido en Consejo de Ministros, unánimemente, los siguientes cuatro puntos:

primero, que si la confianza de la Corona obtenida en el día anterior perduraba, esta ratificación debería hacerse pública antes de reunirse el Consejo en Palacio, como de costumbre, bajo la presidencia del rey, para que nadie pudiese decir, ni aún pensar, que tenían secuestrada la regia prerrogativa. Segundo, que sería lo más adecuado trasladarse Maura solo a Palacio, para plantear de nuevo la cuestión en nombre de todos y obtener respuesta definitiva de S.M. Tercero, que, en previsión de que ella fuere denegatoria, procedía llevar redactada –para no dejar en descubierto a la Corona– la dimisión colectiva del gobierno, fundándola en la violenta actitud de la oposición parlamentaria. Cuarto, que si ratificaba el rey lo que había comunicado a don Antonio en su anterior despacho, proseguirían gobernando indefinidamente, hasta que mandaran las circunstancias.

La llegada de don Antonio a Palacio sin que le acompañaran sus colegas pareció sintomática, pero la creciente ansiedad de reporteros curiosos se disipó muy pronto puesto que, a los pocos minutos, salió Maura y les comunicó no menos sonriente: «Ya hay vacante señores. Nueve ministros, nueve vacantes. He puesto la dimisión de todo el gobierno en manos del rey, razonándola con esta nota que entrego a ustedes».

«Señor. En la sesión que el Congreso de los Diputados celebró anteayer, las minorías monárquicas, liberal y democrática, hicieron por órgano del jefe de la primera, don Segismundo Moret, la terminante declaración de que

reputan necesaria la inmediata dimisión del ministerio, anunciando que acudirían a todos los medios para hacerle comprender la tal necesidad. Terminada la sesión de ayer notificó el señor Moret al gobierno que quedaban rotas todas las relaciones parlamentarias con éste, y abstenidos de intervenir en cualesquiera comisiones los diputados de las dichas minorías. Ni aún el proyecto de ley, presentado con carácter urgente, para la habilitación del crédito destinado a los gastos militares en el Rif, está excepcionado de la dificultad que aquella determinación suscita para la función legislativa».

Recordaría Maura que cuando entró en el despacho del rey, se adelantó él a recibirle y abrazándole con especial afecto, le dijo, sin darle tiempo a desplegar los labios: «¿Viene usted solo? Ya sabía yo que iba usted a prestar un gran servicio más a la Patria y a la Monarquía. ¿Qué le parece a usted Moret como sucesor?».

Entonces se apresuró a entregar la nota, sin glosarla poco ni mucho...

Refiriendo este encuentro en su casa de la calle Lealtad a su hijo Gabriel, ahogaron su voz las lágrimas. No prorrumpió en sollozos de ira entrecortados por gritos de pasión, sino en llanto irreprimible, pero silencioso, de huérfano que acaba de perder lo que más quería en el mundo.

Había sacrificado la tranquilidad de un hogar feliz y los

rendimientos de una profesión honradamente ejercida para servir a su país desde el Gobierno. No había escatimado nunca ni horas de trabajo en el despacho, ni intervenciones personales en el Parlamento. Había gobernado a la vista de todos, con luz y taquígrafos, poniendo cuanto estaba de su parte para acertar.

Pero bastó que unos adversarios políticos le acusaran, sin creerlo ellos mismos, de prevaricador, para que millares de convecinos se echasen a la calle protestando contra su inmoralidad. En el momento en que unos extranjeros, desconocedores de lo que había ocurrido en España, le infamaban llamándole asesino, centenares de colegas suyos parlamentarios pedían su dimisión, negándole el agua y el fuego. Y el rey, el rey, que era su encarnación viviente de la patria, le abandonaba y le entregaba.

Capítulo XX

Pasaría Sierra por un anarquista moderado, ¿pero quién podría ser eso, moderado, en una ideología como la anarquista? También él, también Cuevas, había sido una persona prudente... pero, al contacto con las barricadas, en la prefiguración de una nueva sociedad, todas las armas de que pudieran disponer no bastarían para sojuzgar con ellas a los plutócratas, a los burgueses, al clero...

Una y otra vez volvía el recuerdo de Andrés a aquella gloriosa Semana que los facciosos habían bautizado como Trágica. En Barcelona no les dejaban cantar La Marsellesa, por lo que los anarquistas cantaban la Marcha Real, pero con la siguiente letra:

«Abandonemos, obreros, fábricas, minas,
campos y talleres, y la navegación.

Dejemos el trabajo que enriquece a los vagos y hagamos los esclavos la revolución. Emperadores, reyes, duques y marqueses condes y burgueses que quieren humillación derrúmbense sus coronas y rasguen sus blasones que fundan sus millones la revolución».

Pero la que no se le iba de la cabeza a Cuevas era Ada Martí –otra gran amiga– y su encuentro con ella en la sala de reuniones.

Se aproximaría Andrés al grupo que en aquel momento componían ella, siempre vestida de blanco, un compañero de mediana estatura ya entrado en años, vestido con un traje de pana negra, y otra joven compañera.

Apenas si pudieron hablar, pero cuando él se iba a separar, alguien le tocó por la espalda. Al volverse se encontró con el pálido rostro de Ada. Le alegró reencontrarla. Cuevas le dijo que la suponía reposando en la montaña. Ella le invitó a dar un paseo.

Se adentraron en lo que en aquella época era un vericuelo de callejas. Cuando se sentaron, pues durante el camino apenas habían empleado monosílabos, empezaron a hablar.

A él le interesaba más escuchar a Ada que intervenir. Además, a ella le gustaba hablar como si con ello se rebuscara a sí misma, diciendo en voz alta lo que su instinto

intelectualmente amasaba. Por ello se sentía bien escuchándola; porque, a decir verdad, a sus pocos años tenía Cuevas más impulso que ideas maduras.

A pesar de que Ada no era, o no se expresaba casi nunca en términos optimistas, esa noche la encontró animada. Entonces la interrumpió por primera vez en su conversación.

–Sí, pero todo eso está desapareciendo, lo están borrando... Aquello ya casi parece un sueño.

–Te equivocas. Eso que dices que parece un sueño, no lo podrá borrar nadie, y será lo único que permanezca en la historia de todo cuanto habrá ocurrido en España. Nuestra revuelta... como tú dices. No, nuestra revolución, amigo, es el origen de todas las revoluciones obreras de esta época. Por ésta se explican todos los conflictos políticos que en el futuro vivirá nuestro país. Mira –continuaría Ada–, todo lo maravilloso que hemos vivido en Barcelona ha sido gracias a un accidente histórico con el que nadie, ni el propio Antonio Maura, contaba. Eran ya las dos de la madrugada y había que levantar el culo, como decían algunos compañeros de Cuevas.

La Rambla estaba desierta. Oscura. Ada vivía aún a cierta distancia del local en el que se habían encontrado. Andrés la acompañó hasta su casa y ella le invitó a dormir allí, pero no aceptó, quizás por una cierta vergüenza de lo que podría ocurrir entre ellos.

Pero la vida le salía al encuentro con una fuerza inusitada. Pocos días después, Cuevas abandonaría Barcelona en lo que constituiría toda una odisea vital; y ya nada sería igual, ni siquiera comparable, a lo que había sucedido hasta entonces. La advertencia de un compañero libertario, según el cual la policía le andaba buscando como consecuencia de su eventual implicación en el fallecimiento de una monja durante la *Semana Trágica*, le condujo a tomar esa decisión. Nada tenía que ver, sin embargo, Andrés en aquellos hechos. Su anarquismo era más bien una ideología radical, moderada al cabo, que una acción violenta. Al menos por aquel entonces.

Quiso despedirse de Ada Martí. Para eso se dirigió hacia el local en el que ella se encontraba. Allí estaba, en el primer piso, instalada en una habitación convertida en cuarto de trabajo. Había libros amontonados, periódicos y sobre su mesa de trabajo muchos papeles. Se alegró de verle y le ametralló preguntándole diversas cosas a la vez. Soslayó Andrés las respuestas y le dijo que iba a despedirse de ella.

Se separaron como siempre, con la sensación de ser la última vez que se verían. Le habían recomendado que, para despistar la acción de la justicia, le convenía tomar distancia geográfica de Barcelona. Así que se dirigiría, junto con otros compañeros, a Reus, donde se requería de personal para labores del campo y donde apenas sí se tenía constancia de las gentes empleadas en aquellas tareas.

Llegaría Cuevas a Reus al atardecer de un día de la primera decena del mes de octubre de 1910. La fonda que les acogió tenía muy poco de notable salvo que sus habitaciones carecían de agua corriente y había que asearse en una jofaina con agua que se vertía de una jarra. El retrete al fondo de un corredor era para uso comunitario, todo lo cual era habitual en las pensiones de la época. Sin embargo, lo notable era su dueño. Un hombre como de cuarenta años, pero que aparentaba más. Cara redonda y cabeza siempre cubierta con una boina. Era bajo, algo tripudo, miraba a la gente con desconfianza y siempre estaba frotándose las manos como suelen hacer los usureros de baja estofa. Daba la impresión de ser una mezcla de prestamista y párroco de pueblo. Y a lo mejor era esto último disfrazado de fondista. De todas maneras, fuese lo que fuese, les importaba un comino. Cuando preguntaron por la hora de la cena les dijo que se comía a las nueve de la noche. Como era temprano, se dijeron que bueno sería dar una vuelta por el interior del pueblo.

Como era obligado, se acercaron a la plaza Mayor, cuadrilátero cubierto con sus soportales. Bajo ese pórtico, la gente de Reus paseaba a aquella hora, comentando, quizás, las noticias locales.

En medio de la plaza estaba la estatua de Prim, quien cuando salió de soldado de su casa prometió a su madre volver de general o en un ataúd (*caixa ofaixá*). Tuvo suerte –pensaba Cuevas–. Llegó a general conspirador. Destronó a

Isabel II y raptó a un príncipe italiano para meterle de rey en España. Pero no tuvo fortuna, en realidad, el tal rey le salió rana y, sobre todo, puso pies en polvorosa tan pronto como un ignorado personaje envió al general al otro mundo con un pistoletazo disparado desde un soportal de la calle del Turco. No, Prim no fue un general suertudo

Pasearon por las calles circundantes a la plaza y volvieron a la ronda. Los pocos clientes estaban ya sentados en el pequeño comedor cuando entraron. Al poco de sentarse les presentaron una sopera con caldo que tenía sabor a legumbres. Tras la sopa les dieron una tortilla de patatas y de postre un puñado de almendras. La cena era ligera, y ligeramente durmieron aquella noche. A las ocho de la mañana, con una taza de café malta en el estómago, salieron de la fonda.

El camino se les hizo largo porque estaban impacientes por conocer la tarea que les esperaba. Además de largo, les resultó monótono. La visión que tenían era la de un terreno pedregoso, seco, en el que prevalecían los almendros ya sin hojas, pero con ramas cargadas de fruto marchito. Aquella vista les llenó de tristeza. Tristeza aumentada por la niebla y el frío que empezaba a diferenciar el clima que dejaban en Barcelona.

Hacia las 9 de la mañana (Cuevas supuso que sería esa hora, pero uno de ellos, que miró el camino del sol, sabía que era la hora exacta, pues el mejor reloj del campesino son el

sol y las estrellas) hubo un alto en el trabajo que unos aprovecharon para fumarse un cigarrillo, otros para comerse un bocadillo y todos para calentarse en torno a la hoguera. El descanso duró poco y recomenzaron de nuevo el trabajo, esta vez llenando sacos que se fueron cargando en el carro. Hecha esta tarea extendieron las borrasas y, subidos en los olivos, estuvieron hasta el mediodía a la hora de comer.

La comida consistió en una gran ensalada compuesta por una hierba salvaje llamada *llitsons* que crecía por doquier en forma de paraguas abierto y pegada al suelo. Junto con esa hierba, de un gusto algo amargo, se pusieron aceitunas que se habían recogido del suelo, ya casi resacas pero de un sabor delicioso, y cebolla, regando su conjunto con aceite.

Acompañaron la comida con pan y pedazos de tocino veteado de magra y embutidos, todo productos naturales proporcionados por el campo o los animales de la localidad.

De mano en mano corrió la bota de vino y garganta abajo fue cayendo su líquido, pero cuando la bota llegó a sus manos la pasó al de al lado sin beber. Los campesinos se quedaron algo extrañados y más aún a la hora de encender el cigarrillo.

Los jóvenes libertarios no bebían alcohol ni fumaban. No frecuentaban tabernas ni bares y menos aún prostíbulos. Tampoco entraban en salas de baile, lo que no quería decir que no les gustara bailar, puesto que lo practicaban en sus

excursiones campestres. Como explicación ante la extrañeza general, medio en broma medio en serio, destacaban ellos los perjuicios que ocasionan al cuerpo el alcohol y el tabaco, creando dependencia. Además, que con los impuestos indirectos se sufragaba la burocracia del Estado.

Capítulo XXI

Con amar tanto su arte de pintar al agua, con haberlo practicado con la frecuencia que acostumbraba, fue inflexible Maura en considerar sus estudios del natural, simples conatos de ambición artística malograda. Apenas desmontados del caballete, los condenaba al ostracismo de cartapacios infranqueables salvo raras excepciones, incluso a personas de su entorno más cercano. No los firmó nunca, no los fechó ni consignó el sitio en el que durante algunas horas fue feliz, olvidado de las preocupaciones del mando y de las responsabilidades del gobierno.

Y recordaba también el paisaje de Mallorca, encuadrada por unas palmeras, no demasiado boyantes, pero que ponían una nota bíblica y oriental en aquel trozo de la población enfrentada con el mar y el azul horizonte, palmeras que afirmaban la huella árabe, frente al edificio

medieval, y que hoy siguen señalando grácilmente el contraste entre las dos civilizaciones: la elegancia flexible, fecunda y viviente de la palmera vegetal ante los troncos de piedra, rígidos y estériles pero llenos también de gracia y de una espiritualidad más honda y perdurable.

A lo largo de su vida había conocido Maura a muy diversas personas, de modo que cuando, delante de él, se denostaba a alguien, motejándole ser el mayor de los imbéciles, de los frescos o de los canallas, solía él moderar esos calificativos, aconsejando previsor: «Deje usted un hueco... por si acaso».

La conjunción de la fuerte presión internacional y la oposición interna al gobierno de don Antonio repercutieron sin duda en el interior del Partido Conservador, muchos de cuyos miembros se cuestionarían la efectividad y los costes que la gestión que estaba llevando el político mallorquín tendrían sobre la supervivencia del propio partido.

La posición de Moret era escasamente presentable, porque había coincidido en lo esencial con el gobierno en el pasado. Ya durante el primer lustro del reinado había dado Moret muestras de incorrección constitucional, mezclada con adulación, en el trato con la Corona.

No sería sin embargo doña Cristina, en aquel trance difícil, la única convencida de que Maura no debió retirarse para evitar así un desbordamiento del *Bloque*. Como decía don Antonio, cuando se enquistaran los problemas y subiera la

marea no habría diques ni canalizaciones bastantes que contuvieran el acoso a la misma Corona.

El jefe de la Lliga se entrevistó con don Antonio en la misma mañana del día 21, cuando acababa de volver del Palacio Real. Maura entendía que el ministerio Moret, tras una vida enfermiza, moriría como había nacido, esto es, con vilipendio. Y que su muerte señalaría el fin de una política: la opinión española despertada en tres años de buen gobierno se pondría resueltamente a su lado; y todo acabaría en un periodo de regeneración salvadora, en la instauración definitiva de los gobiernos regeneradores. Cambó disentería de esa opinión: la ciudadanía española, en cuya resurrección creía don Antonio, la veía él todavía rudimentaria, incipiente.

Había una necesidad por encima de todo: llevar a buen término la campaña africana, que nunca podía terminar sin una cumplida victoria. Y era que estaba en juego la restauración o no del prestigio exterior de España tras la crisis de 1898.

Y ligada con esta necesidad, la consigna ineludible del gobierno era la firmeza y serenidad para dominar la acometida revolucionaria con las ejemplaridades necesarias.

Unas ejemplaridades que reclamaría en primer término el ejército, cuya desazón ante las provocaciones subversivas podía hacer recelar alguna irregular y desastrosa protesta por ese lado.

Cercado así por esos problemas, el gobierno no había tenido en cuenta tres circunstancias que agravarían la crisis, cuando tomó la decisión de movilizar las tropas de apoyo: la primera consistió en no echar mano de la «División Reforzada», creada por Primo de Rivera, ni de la Brigada del Campo de Gibraltar, ambas operativas de inmediato, que ofrecían una disponibilidad de casi 16.000 hombres preparados y equipados para entrar en acción; la segunda, llamar a filas a los soldados de la «reserva activa», en su mayoría ya casados y desentendidos de cualquier relación con el ámbito militar; y en tercer lugar, recurrir a las tropas de Cataluña, donde se vivía un estado de agitación social y una clara actitud antibelicista, además de dejar la zona desprotegida militarmente.

¿Por qué envió el presidente del Consejo reservistas, cuando había otras opciones? El propio Maura había escrito en telegrama: «Como incorporación de reservistas por falta de experiencia fuere de desear visto lo ocurrido en Melilla considero conveniente movilizar la de Madrid en previsión de acontecimientos».

¿Por qué Maura dio un giro tan radical a su enfoque de la cuestión marroquí, pasando de abanderar un acercamiento pacífico, basado en relaciones civiles, culturales o comerciales, con respeto de las personas y de las instituciones locales, todo bajo la cobertura de la autoridad del Sultán, a alentar una movilización y despliegue de 50.000 soldados en una corta pero intensa campaña militar, con un

coste de casi 30.000 vidas y unos resultados mediocres que apenas supusieron la consolidación y fortificación de los alrededores de Melilla?

En el cambio de actitud de Maura en la cuestión marroquí pesaría ciertamente la posición por la que el ejército pudiese haber jugado un papel de importancia, consciente como era don Antonio, tanto de la amenaza que el estamento militar representaba para la convivencia constitucional en la vida política española, como del atractivo que Marruecos ofrecía a un ejército a la búsqueda de revanchas redentoras de su imagen y de recompensas y ascensos rápidos.

Lo que era un problema militar en principio (técnicamente mal planteado por el Ministerio de la Guerra, regido por el general Linares), derivó de inmediato en un grave problema social, y luego en un gravísimo problema político. En cuanto al problema social se refería, el súbito estallido del anticolonialismo sembrado tras el *Desastre* ultramarino en una opinión generalizada, especialmente entre masas populares aún no liberadas del detestable sistema de reclutamiento –las antidemocráticas quintas con derecho de redención en metálico–. Un gravísimo problema político, represión del conflicto revolucionario desarrollado en Cataluña, y ofensiva cerrada del *Bloque de Izquierdas* contra los procedimientos seguidos por el ministro de la Gobernación y de los tribunales militares, y en último y principal término contra la figura y actuación de Maura hasta desplazarlo del poder.

La atribución de los sucesos de Cataluña a una conspiración oportunista de las izquierdas marginales al Régimen: republicanos, socialistas, con plena intervención y dirección declarada de Pablo Iglesias, anarquistas... en contra de un Estado que aquellas creían indefenso militarmente, y moralmente hundido por el enigmático y vil objetivo de la campaña actual, sin duda, la desaforada propaganda contra la «guerra de los banqueros».

El estado de ánimo de Maura sufriría de notables oscilaciones: pasaría de optimista en julio a preocupado en agosto y dolido en octubre por el comportamiento general de los hombres políticos.

Y era que se había puesto –en expresión de Maura– «la turbina en la cloaca».

El siguiente ministro de la Guerra en el Gobierno Moret, el general Luque, dijo respecto de la ejecución de Ferrer: «En caso semejante y en nuestra época, la represión debe ser inmediata y no a larga fecha ni a fuego lento, porque aun siendo menos sangrienta, cuando se retrasa da idea de represalias políticas más que de restablecimiento del orden. Si el gobierno conservador violó las reglas jurídicas fue por querer probar demasiado. Concediéndole a Ferrer medios de defensa ilícitos, y haciendo dilatarse el proceso en lugar de aplicar el sumarísimo impuesto en tales circunstancias en las que el juicio y la ejecución deben seguir inmediatamente a la detención».

Integraría aquella situación de la *Semana Trágica* una circunstancia que España apenas sí había conocido y que no era otra que el miedo de raíz política. Si existe miedo, éste obnubila, humilla, hace tomar malas decisiones, induce a acciones irracionales, anula –en quien lo siente– cualquier pensamiento de carácter racional.

Y en la España de Maura hasta la *Semana Trágica*, no se pasaba el miedo político. La tortura era rechazada como absolutamente indigna y no se practicaba. La ley de fugas, ni se mencionaba como posibilidad.

Hasta la *Semana Trágica* no fue peligroso ser profesor, intelectual, librepensador, editor, militante sindical en la España de Maura; ni tenía por qué parecérselo a quien lo fuera.

Circularía por aquel entonces en las cancillerías europeas que la principal fuerza de aquel gobierno residía... en la debilidad de sus adversarios. Esas minorías en el régimen parlamentario que constituían el motor del progreso, porque todas las minorías integraban la vida nacional. Y porque en la dinámica del Parlamento no había nada más que sirviera tanto para sostener a las mayorías como el ataque de las minorías... pero hasta cierto punto, claro, porque el *Bloque de las Izquierdas* no era la oposición a su gobierno, sino a todo un sistema político, a una manera de gestionar los asuntos entre el poder ejecutivo y sus contradictores, a un régimen constitucional, en su conjunto.

El caso sería que aquel episodio truncaría la carrera política de don Antonio, su impulso regeneracionista, su «revolución desde arriba».

Había tenido en efecto su influencia el propio ejército en alguna de las decisiones desacertadas tomadas en aquel verano de 1909.

Desde la Universidad al sepulcro, repugnó a Maura intrínsecamente la dictadura, tachándola, por hombre adscrito a las posiciones civilistas, de incivil; por hombre de Derecho, de antijurídica; y por hombre de Estado, de mal educadora. Vivió persuadido de que los pueblos que recurren a ella se confiesan ineptos para resolver por sí las dificultades de la existencia –como le ocurre a cualquier incapacitado–, y expían su falta de civismo o de sensatez, habiendo de padecerlas acrecentadas y con decrecida aptitud para afrontarlas, cuando por cansancio, por fracaso o por muerte, desaparece el dictador, como indefectiblemente ocurre más o menos pronto, y peor todavía si es mucho después.

Civilista por acción y convicción, mostró siempre Maura una antipatía natural hacia cualquier injerencia y conspiración de tipo pretoriana. La injerencia militar constituía la más monstruosa de las contradicciones y el escándalo más dañoso a la educación cívica.

En agosto de 1883, como consecuencia del intento de

golpe de Estado republicano que protagonizó Zorrilla, Maura había manifestado su profunda tristeza. En primer lugar, pensaba que aquello no era cosa de dos docenas de militares, sino que afectaba a la médula misma del ejército y a su papel en la política. Había que hacer una reforma radical en el ejército, echar en la turquesa al ejército entero, como se hace en los vasos contrahechos para sacar purificada la masa y moldearla de nuevo. Las gentes miraban con curiosidad frívola e indiferencia canallesca esa situación, como habrían podido asistir a una procesión histórica o a la entrada del emperador de Siam con elefantes y exótico acompañamiento.

Desde su carruaje, atrancado en el barro, camino de Carabanchel, el joven Maura asistió a todo ese espectáculo y sacó sus conclusiones: el pueblo no tenía conciencia política, y sin eso, bien poco podía hacer un sistema con base democrática como el que se pretendía implantar con la concesión del sufragio universal.

Nada le parecía tan corruptor y disolvente como ver a esos próceres de la vida política que se arrastraban por las cantinas de los cuarteles y las tabernas de los suburbios, donde se negociaba la deslealtad y el perjurio, la púrpura raída, pero todavía púrpura, de sus antiguos ropajes consulares. Las fuerzas armadas parecían pensadas para luchar contra las facciones, contra los disturbios, a veces contra sus propias turbulencias, para todo menos para la defensa exterior.

Algo más tarde, en 1898 y en plena campaña de la guerra de Cuba escribía Maura a Trifino Gamazo respecto de su hermano Germán: «Ya son muchos los días que lleva Germán de porfiar por el inmediato armisticio y la paz que se pueda. Anoche aguardé la última hora para volver a estimularle a que ponga término a las dilatorias de sus colegas y del desventurado que se tasca la barba en la picota. Parece Germán resuelto a que no pase del día de hoy sin salirse o que se entable la paz. Amén». Y concluía de la siguiente manera: «Sin el Ejército no puede hacerse la paz, pero si él no la apoya, debe ser él quien gobierne».

La entrada de los militares, en noviembre de 1905, primero en el medio *Cu Cut* y luego en *La Veu de Catalunya* –medios próximos al catalanismo de la Lliga– provocaría la caída del gobierno Montero Ríos, incapaz de hacer cumplir la ley, y su sustitución por el de Moret, que llevó al Parlamento el Proyecto de Ley de Jurisdicciones según el cual cualquier delito de agresión al ejército o a la patria debería ventilarse en una jurisdicción militar.

Dispondrían así los militares de su propio fuero separado, pese a los remilgos de no pocos liberales y no menos conservadores, incluido Maura. El político mallorquín había arremetido contra el proyecto como así lo confirmaba el informe de la comisión del Senado, resaltando lo elevado de las penas, las atribuciones para la suspensión de periódicos... No obstante, los diputados, entre ellos don Antonio, optaron por seguir el principio de la «fuerza superior» en la

aprobación de la ley, ante la imposibilidad de resolver el conflicto regionalista y los gestos de exagerado sentido del honor manifestados en el seno del ejército.

Aun así, Maura intervendría en el debate diciendo que no le importaría que el gobierno retirara el proyecto. Él había vivido muchos años, desde su primera infancia, en el amor a las leyes y a la jurisdicción civil, y creía que sería muchísimo mejor que no necesitase extender su actuación a la jurisdicción militar. Su idea consistía en llevar todo a la jurisdicción ordinaria. La inacción ante las acusaciones de la prensa se debía al servilismo de los políticos para con aquélla, no a la jurisdicción que se empleara.

Abordaría Maura la cuestión relativa al estamento militar con su estilo de siempre: reformas organizativas del ejército, no siempre al gusto de los defensores de los derechos adquiridos. A la reconstrucción de la escuadra, como respuesta al *Desastre*, habría que añadirle el proyecto de servicio militar obligatorio, sin redención a metálico que, sin embargo, no llegaría a prosperar. Y no había que olvidar que la crisis de su primer gobierno comenzó con la reafirmación del poder civil sobre el militar.

En cuanto al servicio militar obligatorio, una ley que fue presentada en abril de 1906 y que no daría tiempo a su discusión, en opinión de Maura, por delante de todo creía urgente la reforma e insostenible el *statu quo*. Tales eran las propagandas y las fermentaciones de ideas subversivas en

las entrañas populares, que no consentía la prudencia, aunque otros altos miramientos lo consintieran, dejar las armas en las manos exclusivas de quienes viven expuestos al contagio. Creía don Antonio, cuanto antes mejor, que debían participar las clases sociales todas sin excepción en el servicio militar. Eso era lo democrático, una razonable encarnación de la justicia en la vida de los pueblos.

Mucho antes de eso, en su Mallorca juvenil, lugar de singular deleite era aquella explanada para toda la mugrienta chiquillería; se vertía ésta, por las calles y callejas que allí desembocaban, con aguda y desentonada gritería, que no tenía más justificación ni otra causa reconocida que ese extraño y universal afán en los niños de señalar su presencia por los medios sonoros más desagradables, convirtiéndolos en elemento esencial de todo regocijo. Se extendía luego la masa infantil y se dividía y subdividía en grupos y grupitos para iniciar sus juegos, más o menos inofensivos. Los más reposados y con una incipiente vocación para lo que llamamos técnica, hacían volar sus cometas o lanzaban unos pequeños paracaídas de papel de seda, con un corcho o un muñeco colgado y que los remolinos de viento contra la fachada de la lonja hacían subir a veces a alturas que se les antojaban portentosas.

Una educación de la época según la cual, ejemplo y escándalo –diría Maura en el Congreso en 1913– son dos radiaciones paralelas. Cuando los pueblos ven que el afán de dominación lo allana todo, lo transforma todo, lo trastorna

todo; cuando ven que, a título de espíritu de partido, se sacrifica la justicia, cuando ven que la autoridad claudica y que tal vez atropella su propio respeto, y caen honores donde falta honorabilidad, y asoman la rapacidad y la incuria, y la ligereza en prometer porfía en la desvergüenza en no cumplir, la mentira está explotada, como una heredad cualquiera, sistemáticamente, entonces se consume el mayor daño de la causa pública, porque se truecan en desvíos y egoísmos generales los amores y las abnegaciones, sin las cuales no puede la patria sustentarse.

La oratoria de don Antonio, el ejemplo de una vida recta. La clásica definición del orador, confirmada por el asenso de veinte siglos, hubo de comenzar con el *vir bonus* porque la personalidad es inseparable de una obra que cabalmente consiste en el contacto íntimo y la compenetración espiritual del que perora y los que escuchan. De dos maneras dice verdad la tal definición, pues alude juntamente a la sinceridad de los conceptos vertidos en cada arenga, y a la autoridad personal del orador.

La política internacional no resultaría tampoco ajena a su concepción del deber, como ninguna otra de las áreas de la política. Una política que tenía en el Gobierno su principal referencia, puesto que el curso de la vida nos trae, venturosa y en todo caso inevitablemente, a las relaciones exteriores, a preocuparnos de la vida exterior, nos permite aprender a salir de la vil rutina, de la lucha diaria de los partidos y de los bandos y considerar que en estos asuntos el Gobierno no es

un adversario, ni siquiera una tercera persona, porque el Gobierno aspira a ser el que merezca la confianza de cada uno de nosotros, el depositario de la representación colectiva, de la nacionalidad española entera, único modo de poder servirla.

Pero la política exterior no era sino la traducción internacional de la política interna, de la ambición de la propia nación española. Y España era una nación enferma: a España había que preguntarle qué ideales inmediatos, qué ideales políticos eran realizables, porque si no eran realizables serían quimeras desproporcionadas con las fuerzas y las circunstancias.

¿Qué les había ocurrido a nuestros padres, a nuestros abuelos? En efecto, se dispensaron de mirar cómo se gestionaban las cosas del imperio colonial español, y dejaron a los profesionales de la política despacharse a su gusto, enviar allí a aquellos desechos de la sociedad podrida. Hasta que llegó un día en que todo se liquidó y se liquidó a costa de cientos de miles de vidas y de miles de millones de pesetas y del honor y de la grandeza de España. Era lo mismo lo que entonces se estaba repitiendo, se estaba sufriendo, y alegremente, que se manejara la Hacienda con quinientos millones de déficit en un año y que prosiguiera ese escándalo de la conversión del protectorado de Marruecos en una conquista y una ocupación militar, y todo esto, y la corrosiva divergencia catalana se dejaban correr, como se dejó incubar el desastre colonial. No hay más remedio: llegará el día de la

liquidación, como les llega a todos aquellos señores que no quieren perder un día de esparcimiento y de molicie para ocuparse de los enojosos asuntos de su contaduría; y luego, una vez solos, tienen que bajar; pero es para salir por la puerta falsa y dejar a los usureros en posesión del palacio de sus padres.

Capítulo XXII

Era amigo Saturnino, a través de Pedro Sierra, de Eleuterio Quintanilla, otro de los militantes anarquistas más significados de Asturias. Quintanilla había estudiado en una escuela gratuita y empezaba a trabajar a los 13 años de aprendiz chocolatero, y durante este tiempo siguió formándose en el ateneo obrero y en casa de un anarquista que daba clases de gramática. En una conferencia conoció a un tercer referente del anarquismo asturiano, Ricardo Mella... Todo eso le contaba Remigio, cuya lengua se empezaba a soltar a la vez que liaba sus eternos cigarrillos de tabaco de picadura. Y Cuevas volvía con sus recuerdos a Reus, a aquella jornada de trabajo en el campo en la que, entre dichos, risas y alguna canción popular –uno de ellos cantaba jotas con verdadero arte– transcurrió el tiempo de asueto para volver a los garfios y a las borrasas.

Horas después se decidió que acababa la jornada y como nadie llevaba reloj preguntaría Cuevas de qué manera sabían que había llegado la hora: «Los campesinos somos así. Intuitivos. Mira (le contestaron, mostrando a continuación, alargando el brazo y torciendo los dedos en ángulo recto). Cada dedo equivale a un cuarto de hora solar. Fijas el dedo meñique sobre el horizonte y desde ese punto al sol, los dedos te indican el tiempo de luz solar que tienes ante ti. Por ejemplo –extendió el brazo–, nos quedan tres cuartos de hora solar equivalente a los tres dedos que cubren la distancia desde el horizonte al resplandor del sol».

Cenarían sopa de calabaza y carne de conejo estofada con patatas y *bolets*.

Consideraba Andrés Cuevas que mucha gente piensa (sobre todo aquellas personas ancladas en la panacea marxista, que confía en el triunfo del socialismo gracias a la automatización de los medios de producción, es decir, a la tecnología) que la liberación del hombre, y por supuesto de la mujer, residía en alcanzar la llamada civilización del ocio, de la que se espera que las patatas, las coles, el trigo... surjan de la tierra a la voz de mando del robot de turno. En este sentido esperan que incluso una máquina mastique los alimentos y los escupa en la boca y el receptor de ellos no tenga más trabajo que tragarlos. Dicho en otros términos: sentarse bajo la higuera y quedarse con la boca abierta en espera de que la breva madure y caiga rectamente. A su juicio, ese era el peor de los socialismos, el que más podía embrutecer y

anquilosar el pensamiento humano; sería un socialismo del no hacer socializado, la angustia hecha bienestar social.

En lugar de eso creía Cuevas que la liberación del hombre debía residir en su total dominio de sí mismo, lo que implicaría su responsabilidad constante y comprometida en todos los asuntos de la sociedad. O, por decirlo así, no delegar nunca el poder de decisión, ni aceptar una sociedad que descansa sobre la división del trabajo, trampa por la que se cuela el poder de los especialistas de cualquier cosa. El principio de que todo es de todos comporta la responsabilidad de que todos valemos para todo. La especialización en nombre de la eficacia siempre será la muerte de la iniciativa individual y por ende de la libertad humana. El verdadero secreto del bienestar y de la felicidad residía en la sencillez de la vida, cuanto más sencillamente se viva más próximo uno se encontrará de su libertad interior y exterior.

Concluido su trabajo en Reus y pensando que el largo brazo de la justicia se había olvidado de él, regresaría Andrés Cuevas a Barcelona. Había llegado ya el invierno de 1910. Enamoradizo como era, tuvo la ocurrencia de caer rendido ante una jovencita de su edad, venida de Aragón, libertaria como él. Aquel enamoramiento para Cuevas era una cosa nueva, única. Hasta entonces cuanto había vivido relacionado con el sexo opuesto no había sido otra cosa que la llamada de la carne, pero lo que vivía ahora era más profundo, brotaba del alma. Amaba de verdad, pero ¿era

tiempo de amar? ¿Llegaría algún día ese tiempo para ellos, jóvenes que bebían los versos de Gustavo Adolfo Bécquer con pasión primeriza?

Sin embargo, se enamoró locamente de aquella muchacha.

Pero duraría muy poco su alegría. Pese a haber puesto tierra de por medio, la mano irrefrenable de la ley burguesa se cernía, inmediata, sobre él. Le advertían de que debía salir de inmediato. Poco menos que con lo puesto.

No había otra solución que abandonar España.

Era por el mes de febrero de 1911. Viajaría sobre una plataforma de un camión. La lluvia caía sobre él y el frío le helaba hasta los huesos.

Llegaría a un pueblo francés. Tiempo después conocería que se llamaba Montesquieu.

Una voz le comunicaba que hasta allí había llegado el viaje. Así que desde ese punto se fue deslizándose hasta llegar a la salida de aquella aldea con la intención de despistarse por alguna callejuela por donde pudiera ganar el campo abierto.

Al amanecer del día divisaría un río con bastante agua. A lo lejos había un puente. Por allí había un cañaveral y si se ocultaba entre sus cañas al menos estaría protegido de la simple vista.

Sería el hambre y el cansancio lo que le condujo hasta una pequeña construcción aislada del pueblo. La dueña de la casa era una viuda de mediana edad que vivía allí con dos hijos menores. Habló con ella Cuevas en catalán y le preguntó si tenía comida que venderle. Ella le contó que su marido había sido socialista. Total que le había dado comida y se había negado a cobrarla.

Aquella campesina era una excelente mujer, generosa en exceso y alegre. Alguien había dicho que la alegría es el tesoro del pobre y no se había equivocado. También pensaba Cuevas que había que rectificar el lenguaje y sus calificativos. En general, se identificaba falsamente al pueblo con el Estado. Cuando algo no va o nos desagrada en un país se produce ese «¡oh, los franceses!», «¡oh, los españoles!», etc. En ese caso no había que identificar al pueblo francés con sus gobernantes. Allí estaba aquella mujer para demostrar con su actitud que no hacían mella en ella las acciones de su gobierno. Ella le dio cobijo y su hijo le acompañó al lugar por donde podía vadear el río sin peligro. Siempre recordaría Cuevas, y aún en aquella mañana cántabra, con mucho amor a la viuda campesina de Montesquieu.

Llegaría a Marsella. Una ciudad a la que había oído nombrar como el centro del hampa, de la droga y de la trata de blancas. Encontrarse en Marsella había sido un capricho de sus compañeros libertarios. Lo más natural habría sido dirigirse hacia Toulouse o Burdeos, lugares que le habrían resultado más familiares por los españoles que habitaban en

ellos, e incluso encontrar algún trabajo. La explicación no podía ser otra que en Marsella, puerto de mar importante, era mucho más fácil embarcar y huir de Francia. La idea, si ése era el motivo, no estaba desprovista de razón.

Se propuso meterse en un restaurante y después de cenar buscar un alojamiento para pasar la noche, dormir y al día siguiente, con luz, intentar organizar su presente, porque organizar el futuro era demasiado pedir.

No había que andar mucho. Cerca de allí, esquina Canebière–Cours de Belzunce, había un restaurante con el precio que le convenía.

Cenaría bien, sintiéndose desde entonces contento, alegre, dispuesto a conquistar Marsella.

Frente a él, al otro lado de la Canebière, había un hotel. Y hacia él se fue.

El dueño del establecimiento resultó ser español. Era de tipo pícnico, bajito, rechoncho, amplio de espaldas y cuello corto con una gran cabeza calva. Le acogió con simpatía al saber que era español. No discutieron el precio y le ofreció una gran habitación con cuarto de baño.

Tomó su baño. La habitación estaba bien caldeada y se metió en la cama desnudo, pues aprovechó aquella ocasión para lavar las camisas y los calzoncillos que dejaría junto a los radiadores para que se secaran y dispusiera de todo ello

por la mañana. Durmió como un ángel, ¡qué milagro produce la limpieza! Jesucristo con la historia de sus panes se quedaba atrás, seguramente porque él y su comando tenían problemas con el agua y el jabón, e ignoraban el placer de la limpieza del cuerpo preocupados como andaban por la limpieza del alma. A lo mejor Cuevas blasfemaba, pero ¿qué era la blasfemia? La vida vista al revés era una blasfemia en minúsculas: el capitalismo y la Iglesia habían dado la vuelta poniéndola del revés al vivir del sudor ajeno. ¿Blasfemia? Se quedó dormido, dormido como un angelito que se lo hubiera pasado mejor con una angelita al lado.

El desayuno era algo que por primera vez se ofrecía a su paladar: café, leche, mantequilla, croissants y confitura. Con un desayuno como aquél –pensó– se le quitaban a uno las ganas de hacer la revolución. El capitalismo, amenizado con mantequilla, aplazaba el espíritu revolucionario del proletariado. Aquel desayuno le dio la razón de por qué el proletariado internacional les estaba abandonando: su estómago les había aburguesado.

Le Provençal, el establecimiento en el que sus compañeros libertarios le habían indicado que podría tomar contacto con otros, era un café de vieja historia, por haber pasado por su pequeña sala muchos perseguidos por la monarquía de Alfonso XIII e incluso antes, puesto que se decía que en los años ochenta también lo había frecuentado Anselmo Lorenzo (el fundador de la CNT en 1910) a su paso por Marsella. Leyenda o realidad, nunca se sabía dónde

empezaba ésta o acaba aquélla. Quizás una y otra, confundidas, eran la esencia de la historia de la vida.

El dueño del bar era un cincuentón canoso, delgado, con un francés que sonaba a mallorquín y que llevaba a guisa de estandarte un mandil doblado en pico, sostenido por su cinturón de cuero. Se acercó a él y le indicó una escalerilla que, descendiendo en forma de caracol, conducía a un sótano.

Bajó la escalerilla y se encontró en una amplia sala con mesas de mármol ocupadas por una serie de personas. Entre ellos se encontraba Sánchez Alegre, que años más tarde hizo célebre su nombre cuando intentó apuñalar a Alfonso XIII, «el hombre de la buena suerte», el 13 de abril de 1913 en Madrid.

Capítulo XXIII

Contribuía al descanso pictórico de Maura el amor puro, la belleza del paisaje, las evocaciones del lugar histórico en el que fijaba su silla de campo... Comenzaba en las postrimerías del siglo XIX a pintar al aire libre en Santander. No tuvo maestros. Pero conocía muy bien a los acuarelistas ingleses y las obras críticas relacionadas con aquel procedimiento.

De la misma forma que eran bellas las sombras del atardecer en Mallorca, con su llegada se iba recogiendo la bulliciosa turba; iban desfilando poco a poco, y casi sorprendía el silencio que insensiblemente se iba produciendo. Se encendían algunos faroles (de petróleo, los más); las sombras iban desdibujando siluetas, apagando colores, borrando lacras y ruinas; encendía el faro del puerto su movediza pupila sobre el azul intenso del nocturno mar;

las faldas de Bellver se cuajaban de amarillas estrellas, irregularmente repartidas, sin esa urbana simetría de las farolas de la calle. Unas graves y lentas campanadas cruzaban con un rumor como de alas por encima de la plazuela y marcaban la hora del regreso a casa. Otra vez calles y callejas, sin más color que el amarillo de las puertas y ventanas que en el suelo y fachadas trazaban como doradas alfombras, y era luego el portal de su casa, con su mechero de gas. Tiraba del latón dorado y sonaba muy dentro de la casa el tintinear de la campanilla y, abierta la puerta, por ella entraba otra vez de lleno en la disciplina doméstica.

Una vida familiar basada en la austeridad. La que le había convertido en ese hombre sobrio, casi abstemio, gran bebedor de agua fría, casi vegetariano por lo poco carnívoro. Nada goloso, indiferente a los primores culinarios, atento a dedicar al ejercicio físico el mayor número de horas semanales y sin otro refinamiento sibarítico que fumar, cada día, dos o tres cigarrillos puros.

Don Antonio pensaba que, en política, se podían corregir los desaciertos y enmendar los errores, lo que no se recobran nunca son las oportunidades.

¿Y cómo estaban las oportunidades de España? En el ámbito internacional, vistas las cosas en aquel año de 1914, y en cada uno de los instantes que habían transcurrido desde 1909... Esas fechas funestas para nuestro país, cuando todo o casi todo acabara, cuando se asociaba la turbamulta

popular con la conjunción de todas las oposiciones –incluidas las contrarias a la misma Constitución–. Desde aquel momento hasta éste, la abstención de España en las hostilidades europeas había sido algo más que axiomática, algo más que indiscutible. La mentira que había sido propalada, contra quienes habían antes gobernado, y que decía que España tenía compromisos contraídos que la llevaban a la guerra europea, ¡bien se había visto que aquello era una falsedad! No, no existían compromisos; no debían existir; porque estos no existen, tampoco existía la más mínima razón para que España interviniese en esa guerra; no la había entonces, ni la habrá, ni podría haberla. Si necesitáramos repeler agresiones, sería éste otro asunto; era la evidencia misma; la nación española lo tenía resuelto, de tal modo que no había poder humano que pudiera intentar quebrantar su voluntad, porque antes de obedecerlo sería destituido mil veces con el aplauso de la nación entera.

Porque España, que durante tres siglos casi había permanecido ausente de la política internacional, aislada, indiferente (al menos por sus actos) al curso de la vida internacional de las demás naciones, al estallar la guerra perdió la posibilidad de prorrogar ese estado de aislamiento. ¿Habría alguien que no lo lamentara?, ¿acertaban quienes lo deploraban? Seguramente que en la hora presente habría todavía muchos para quienes sería gran dolor que España no pudiera concentrar todos sus esfuerzos y actividades en la

reconstitución y en la reorganización de su Estado, de su economía, de su vida toda. Lo contrario sería absolutamente irrealizable.

Y cabía observar a naciones mucho menos considerables por su población y su riqueza, situadas además en los repliegues más escondidos del continente europeo, que no lograban substraerse al torbellino: ¿cómo se quería que España, colocada en el occidente Mediterráneo y sobre el Atlántico, con nexos históricos que la ligan a otros continentes, madre de tantas naciones americanas... cómo se podía pretender que España pudiera substraerse al movimiento universal, a la conmoción tremenda de esos días sangrientos? Es decir, a las consecuencias, a las derivaciones que ha de tener la guerra después de que concluyan las hostilidades. España ocupa tal situación en el mundo, en la confluencia de las corrientes comerciales, en su posición única de singular ventaja estratégica de la conjunción de tantos intereses mundiales, que no puede sostenerse aislada. Habían visto pasar pronto los espléndidos aislamientos de los poderosos. Una de dos, o estaba España dispuesta a protagonizar su ámbito de vida universal, ocupando de verdad su puesto, habitando su solar y siendo efectivamente soberana, o alguien la desalojaría; sojuzgaría y aniquilaría. No podría España vivir ignorada, ni siquiera tolerada. O éramos nosotros capaces de llenar nuestro puesto, o necesaria y legítimamente seríamos sustituidos si desertáramos.

Dentro de estas conexiones, positivas y notorias, no cabía sino una de estas dos contrapuestas políticas: o Inglaterra y Francia reconocían que España, en su territorio, en lo que posee, en cuanto integra su economía, su patrimonio, con sus posiciones estratégicas y mercantiles, con sus aptitudes de producción y de tráfico, es una hermana, una colaboradora amiga cuyo vigor les importa y les aprovecha a ellas, o bien Francia e Inglaterra tratan a España como a un obstáculo, como estorbo, y procuran enervarla, destruirla, socavarla... Son dos términos que hay que examinar con frialdad. No hay más que esas dos políticas. Es una realidad, es un hecho que no podemos estar sino de una de estas dos maneras, y también lo es que, durante dos siglos y medio, Inglaterra y Francia han practicado exclusivamente la segunda de las dos políticas: la política de procurar y fomentar la decadencia, la enervación y el apocamiento de España.

Por lo tanto, no por ser nosotros débiles, no por carecer de fuerza material, no por estar expuestos a vejámenes y a despojos, podemos olvidar nuestro interés definitivo. Los que hace un siglo se sacrificaron por nosotros nos mostraron la obligación de mantenerlo a todo trance. Es el interés de los españoles actuales y de los venideros, y también de la memoria de los que se fueron. Porque España se integra con todo ello, con nuestros abuelos, con nosotros y con nuestros hijos. Si España tuviera que sufrir vejaciones, si España tuviera que sufrir agravios, debiera soportarlos y arrostrarlos

sin capitular ni doblegarse, porque las naciones no mueren por débiles, sino por viles. España, hace siglos, no murió porque las bayonetas napoleónicas arrollaron a sus hijos, donde la mataron fue en Bayona y en Valencey, y donde resucitó fue en el Madrid del 2 de mayo, en Zaragoza y en Gerona. No importa que un enemigo entre, asole, arrase, extermine y llegue a Cádiz. Mientras el corazón español aliente firme y lealmente, la patria vive y la patria resurgirá.

Recordaría Maura esas reflexiones porque eran la antorcha que debía iluminarnos en el camino al examinar la situación de España. No faltan en nuestro país quienes piensan que habiendo vivido siglos enteros aislados e indefensos, bien podríamos excusar la preocupación de cambiar de derrotero. Pero esa sería una grave equivocación, porque es verdad que han durado siglos el aislamiento y la indefensión de España; pero son los siglos de nuestro desmoronamiento, los siglos de nuestra decadencia, los siglos en que hemos ido desprendiéndonos del manto y de la carne de nuestros mayores, los siglos que nos condujeron, como última siniestra consumación, a 1898, y por dentro las discordias civiles, ayer sangrientas, hoy emponzoñando una corriente tan sana, tan vivificadora como la de la política regionalista, con amarguras e insensateces de desintegración nacional.

En el futuro habría que mirar al desarrollo de la vida española, habría que proveer y para esto tampoco valdría dejarse llevar de la simpatía o de la admiración hacia lo emprendido por otras naciones; porque puede ser muy

comprensible a lo extraño, merecer todos los encomios y no tener nada de común con el genio nacional, con el derrotero nacional, con los intereses nacionales que han de ser nuestra única norma.

¿No era una ironía que, después de haber abolido las órdenes mendicantes, empezara la serie de las naciones mendicantes?

«Es el gobernar –diría Maura– la acción de la fuerza; la quietud es la debilidad y la decadencia, cuantas más dificultades se acometen, teniendo razón, más fuerza».

Consideraba perniciosa la concepción de la política que consistía en tronar contra el Gobierno y de hecho facilitar el paso de los acuerdos. Él, sin embargo, seguía en la política un procedimiento algo raro al dejar decir lo que se quiera y procurar hacer lo que debía.

Y su deber, contra el parecer de todos los partidarios de la parsimonia, de la morigeración en la reforma, era que él tenía la impenitencia de la temeridad. Creía que la reforma había de venir de la fuerza que vencía la resistencia y sólo buscando resueltamente la reforma, el aplauso y el apoyo de la opinión en la reforma, se tendría autoridad para arrollar los obstáculos.

Tiempo atrás, Maura había protagonizado quizás el único intento de producir unas elecciones transparentes que se

viviera a lo largo de la Restauración. Lo haría en el gabinete presidido por Silvela en el año 1902, toda vez que «la libertad se había hecho conservadora», esto es que el político mallorquín había pasado a las huestes del Partido Conservador que más tarde llegaría a presidir.

Previamente a las elecciones, Maura emprendió un proceso de selección, reacomodación e instrucción de los gobernadores civiles que, apenas iniciado, despertó vivos celos. Destinó a los gobernadores a provincias en las que no hubieran estado anteriormente y, por lo tanto, no tuvieran experiencia política. Había prometido elecciones limpias y consideraba que este era el primer requisito.

Don Antonio no haría encasillado, que era el procedimiento gubernamental consistente en adjudicar los diferentes distritos electorales a los candidatos contendientes. De ese modo las elecciones se fabricaban en la mayor parte de España, tal vez con la excepción de los núcleos industriales y de las grandes ciudades en los que el voto era más abierto.

En la más significativa de las circulares que envió –y remitiría muchas– decía: «Hemos querido evitar hasta la apariencia de confusión o sumisión de los gobernadores respecto de las fuerzas políticas que actúan en las provincias; hemos afirmado que el criterio del gobierno no es desfavorable para nadie». Definía su papel como el mantenedor de la autoridad suprema, amparo de todo

derecho, servidor de la justicia y juez de campo en las contiendas de partidos y bandos. «El favor –decía– acaba donde empieza la ilegalidad, ningún amigo tiene derecho a ella, ni obra como adicto al gobierno quien lo pretenda».

Los gobernadores no sólo tenían que perseguir al funcionario prevaricador o corrupto, tanto como los vicios y el escándalo público, sino representar en su propio comportamiento una nueva moralidad, la del gobierno mismo que atrajera a la vida pública a las personas retraídas habitualmente de participar «escarmentadas o desengañadas» y que engrosaban las bases del caciquismo. Maura ofreció la protección del Gobierno a cualquier gobernador que sufriera coacción. Y les prometía que nadie podría moverles de su cargo si cumplían con su deber, y que no ampararía a los que no cumplieran con él.

Así pues, en las elecciones, el ministro de la Gobernación estaba dispuesto a limitar la intervención del ejecutivo en el proceso. Dio instrucciones a los gobernadores de no suspender ayuntamientos y de no proteger las acciones ilegales de los caciques conservadores. Pero éstos no iban a permanecer quietos. Utilizaron otras armas, también relacionadas con los poderes públicos: los delegados gubernativos autorizados en última instancia por don Antonio para garantizar el trabajo de los notarios, y también estos últimos, causaron muchas quejas; y la presión partidista se trasladó al poder judicial. Ya que no se suspendía a alcaldes y concejales, habría al menos que

procesarlos, para lo cual se contaba con los jueces municipales y de partido, controlados por las Audiencias. El sistema *maurista* podría parecer pues «de los que disgustan a sus amigos y no satisfacen a sus adversarios», según proclamaría algún escéptico.

Controlaría Maura desde el Ministerio de la Gobernación a los gobernadores, pero al precio de dejar libres a los caciques, que negociarían los acuerdos a que hubiera lugar. Evitaría así la injerencia gubernamental y observaría neutralidad entre las facciones, pero sin comprender que eso produciría efectos insospechados: los caciques, conservadores y gamacistas, sin dirección de arriba, no se entendieron. La tensión creció porque la agrupación en un mismo partido de facciones que habían pertenecido a partidos diferentes suponía repartirse simultáneamente lo que antes se dividía alternativamente; y en muchos lugares no había botín para el disfrute de dos candidatos al tiempo. Fue una política que trajo también la destrucción del gamacismo, porque Maura no haría política de facción, pero desde luego que sí la hicieron otros jefes conservadores en contra de los gamacistas.

Don Antonio actuaría como si creyera en la interpretación izquierdista del fenómeno caciquil según el cual, el mal vendría exclusivamente desde arriba, del Gobierno. En consecuencia, procuraría suprimir las coacciones gubernamentales: dispuso que los alcaldes de la oposición fuesen respetados; prohibió delegados gubernativos y

fuerza pública en el acto de votación, vinieran de donde fuera, salvo caso extraordinario que acompañaran a notarios encargados de denunciar coacciones; se negó a decretar la acostumbrada lluvia de cesantías entre enemigos y nombramiento entre amigos, del personal administrativo local; suspendió obras públicas en momentos y lugares inoportunos para la suerte electoral de los adictos...

Era un espectáculo insólito. Produjo un resultado menos desacostumbrado, pero no menos significativo, y el mejor testimonio, sin embargo, de que el caciquismo no era creación artificial de unos gobernantes. Porque (y de ello sería consciente Maura pasados los años) las trincheras que abandonó el gobierno las ocuparon los caciques, no la opinión. Las organizaciones de partido cometieron las coacciones explícitas necesarias, tantas como en otras elecciones.

Don Antonio dependía de los gobernadores para oír y hacerse escuchar. Pero, en realidad, los gobernadores eran funcionarios del Estado solo en teoría; cuando de elecciones se trataba pertenecían a una facción del partido. Y, en demasiadas provincias, obraron como siempre, sirviendo al cacique. Así se explicarían parte de las coacciones cometidas o toleradas por los gobernadores y los lamentos de Maura al respecto.

El problema era incómodo, porque deshacerse de servidores infieles en plena campaña electoral resultaba una

cuestión espinosa, estando, como estaba el ministro, comprometido en una política de neutralidad gubernamental.

Y hubo quejas. Unas quejas que procedían –según Maura– de fuerzas que defendían a sus organizaciones, la máquina electoral que ellos montaron en el periodo de su anterior reciente mando. Estos eran los liberales. Pero también las hubo de los conservadores, que desconfiaban, no solo del sentido político del ministro, sino de su propia actitud. Pero no las hubo entre las fuerzas extremas. Hecho incontrovertible –en opinión de Maura–, que de una parte probaba que la sinceridad electoral de aquel gobierno era verdadera y no fingida.

Y ocurrió que, por una vez, se escuchó el raro espectáculo de políticos de oposición hablando en favor de la actuación electoral del gobierno, mientras otros adictos desesperaban con la línea neutral de «abnegación y sacrificio» que les dejaba huérfanos de apoyo. Don Antonio no se conmovió: poco nombre de lucha tendría la elección, previo el vuelco de corporaciones y autoridades, pensaría entonces. Llegó la votación y, donde lo necesitaron, los caciques cometieron coacciones: hubo compra de votos y partida de la porra, con rotura de urnas, muertos y heridos en proporciones en todo caso similares a las anteriores elecciones. Como el sistema no se basaba en coacciones explícitas, sino en la desmovilización del electorado, siguió intacto tras la experiencia.

Las elecciones generales de abril fueron todo lo más limpio que Maura pudo conseguir. Según Azcárate, «si el político mallorquín no hizo más fue porque no pudo». Hubo relojes señalando horas distintas, actas de escrutinio dobles, mesas mal constituidas y hasta enfrentamientos como el de Infiesto, donde la intervención de la Guardia Civil produjo diez muertos y numerosos heridos.

La relajación de las presiones oficiales y el surgimiento de la Unión Republicana (agrupación de las familias revolucionarias y antigubernamentales de la izquierda) tendría como consecuencia el avance de los republicanos, que fue espectacular en las capitales. En Madrid la candidatura antimonárquica venció en toda línea y los partidarios del orden constitucional hubieron de conformarse con dos de los ocho escaños. Romanones advirtió a Maura de los preparativos que las autoridades municipales realizaban, habilitando las consabidas ruedas de electores con jornaleros, sobreestantes y capataces del Ayuntamiento. El ministro le respondió que no hacía distinción entre quienes acudieran a semejantes procedimientos, tomados de un bochornoso repertorio.

Y como consecuencia de la abstención gubernativa, el contubernio de republicanos y liberales y la pasividad suicida de las clases conservadoras del país, se produjo también la derrota de las candidaturas ministeriales en Barcelona y Valencia.

No había duda acerca de los resultados provocados por dicha abstención gubernativa. Pero también la dimisión previa del hacendista Fernández-Villaverde llevó a las gentes de negocios a abstenerse. Los jugadores perseguidos por el gobernador, los taberneros y cafeteros perseguidos por la policía, los cuerpos mismos de seguridad amenazados de reorganización completa y radical... todos los que habían sentido el freno de una acción de severidad moralizadora por parte del gobierno estaban dispuestos a secundar a los republicanos. Las fuerzas dinásticas, enfrentadas por querellas familiares, y las masas neutras, que debían despertarse ante la sola presencia de un gobierno honesto, permanecían dormidas. Los republicanos doblaron el número de sus actas y Lerroux llegaría a decir que, para Nochebuena, España sería republicana.

La elección de más de treinta diputados republicanos terminó desencadenando la caída del gobierno Silvela y de Maura. Al parecer, los círculos palatinos, alarmados por el avance de sus enemigos, deseaban un gabinete que, como hizo el de Villaverde, impidiera la repetición de la derrota en las municipales del otoño.

La crisis no se resolvió hasta que Silvela publicó su retirada y Maura asumió la jefatura del Partido Conservador en diciembre.

Don Antonio quería unas elecciones limpias, entendiendo por ellas unas elecciones en que no interviniera el ministerio.

¿Fueron éstas un fracaso como el cosechado en las ocasiones precedentes en que se habían ensayado piruetas neutralistas semejantes? Lo que quedaba claro era que «la revolución desde arriba» no produjo la reforma de abajo. Sólo la nueva ley local podría corregir los males del sistema. Pero ésta debía esperar a otra oportunidad.

Maura no era un político de profesión, no lo había sido nunca. Era un voluntario que había tomado las armas, como las toma el hombre civil, para defender la independencia de la Patria cuando el interés de la Patria lo reclamaba. No había solicitado nunca ministerios ni jefaturas. No hacía más que cumplir con lo que creía era su deber, y no había regateado ni regatearía jamás a su Patria el homenaje, el sacrificio y el holocausto de cuanto de él dependía; pero por eso mismo no podía ser encargado, ni podía tener por oficio el conducir a las gentes a los gobiernos o sacarlos de ellos. Magnífica, nobilísima misión para la que no estaba forjado. Gobernar no era ocupar el poder.

Lo había dicho en noviembre de 1907: «Si alguna vez oyese la voz de mi deber en contra de lo que hubiere dicho con más calor toda mi vida, en mi conciencia me tendría por prevaricador si no pisoteaba mis palabras anteriores y ajustaba mis actos a mis deberes».

Capítulo XXIV

Ricardo Mella era otro de los anarquistas (éste de otra parte del norte, más concretamente de Galicia, de Vigo) que habría pasado para entonces el medio siglo de vida. De gran influencia por sus escritos. El intelectual que decía: «¿Quieres cultura, libertad, igualdad, justicia? Pues ve y conquístatas, no quieras que otros vengan a dártelas». Eso, al menos, le recordaría Remigio.

¿Conquistarlas? En eso estaba, pero la vida de Andrés Cuevas había girado como una noria cuyos cangilones se habían ido vaciando y rellenando a ritmo rutinario sin saber exactamente dónde se vertían y con qué se rellenaban.

Se hacía muchas veces referencia al individualismo ibérico dándose con ello una falsa idea de él. El verdadero sentido de ese individualismo residía en la idea enraizada en el ser

peninsular de que nadie decidía por él, estando a la vez siempre maduro para compartir con los demás penas o glorias. Era el apoyo mutuo, sociable, y buscaba la organización con los demás. Pero la idea esencial, lo que persistía, era el afán de afirmación personal, ni superior ni inferior, el trato igualitario. Este rasgo esencial del ser ibérico era el que podía explicar su historia social, identificada con el anarquismo y reacia a todo encuadramiento en partidos políticos por su estructura jerárquica.

Su organización estaba formada por gente joven e idealista que se había identificado con Rubén Darío en aquello de que la juventud era un tesoro, no divino sino humano, y que por lo tanto era propio de esa edad el momento de las más ardientes pasiones. Todos sabían que la ofensiva de los bárbaros de la espada y el báculo les había puesto fuera de combate, pero no les había vencido. Estaban en pie y en pie continuarían hasta el momento final de su existencia. Su lucha, por lo que combatían, no era un arreglo de ocasión con otras fuerzas políticas (los republicanos, los catalanistas...) sino que tomaba como punto de mira y programa de aspiración mínima la destrucción del Estado y sus puntos de apoyo. Eran, pues, la izquierda de la izquierda ultrarrevolucionaria navegando con la vista fija en la utopía. Así eran.

Sin embargo, lo más duro era la abstinencia sexual. Cierto que en su caso, como en el de otros muchos, tenía apego a lo espiritual más que a lo físico, pero la naturaleza sabe jugar

con el cuerpo y excitar sus canales conductores de deseos con sueños eróticos, y cuando eso ocurría, particularmente en la noche, le era terriblemente difícil sustraerse a la masturbación. Por lo que pudo apreciar Cuevas después, cuando estuvo encarcelado en España, en la prisión se podía resolver también, aunque los retretes estaban en pésimas condiciones, de manera que ese maravilloso acto quedaba descalificado cuando se encontraba envuelto en un miserable entorno.

Junto con otros compañeros debía abandonar Marsella. Allí no encontraban trabajo y les habían informado de la posibilidad de obtenerlo en un determinado lugar de Francia.

De modo que hacia allá se iría, cualquiera que fuera el lugar.

Era ya llegado el mes de abril de 1911.

Viajaría sentado en un rincón del camión, recordando las historias que había dejado atrás. El día anterior a su salida había recibido la primera carta de Magda, su nuevo amor, que al fin había podido localizarle. Decía en ella que se encontraba bien.

Tardaría todo un día en llegar a las cercanías de St. Emilion, que era una localidad medieval situada a unos 30 kilómetros de Burdeos.

De acuerdo con la indicación recibida de un compañero desde Marsella, una empresa le contrataría como obrero *terrassier* –pico y pala– con un salario de cuatro francos a la hora y el horario de trabajo eran cuarenta horas en cinco días de tarea. Le suponían 160 francos a la semana, pero recordaba Cuevas que el franco tenía un valor adquisitivo elevado y para darse cuenta de ello se contaba por céntimos, es decir, un café: treinta céntimos, y por 1,50 francos se podía comer excelentemente. Las condiciones que les ofrecían no eran malas, aunque no eran iguales a las que regían para los obreros franceses.

El pueblo, contiguo a la carretera que estaban construyendo, no era gran cosa. Tenía la plaza mayor y un entrecruzado de callejuelas que iban a desembocar al campo. Algunos cafés y comercios y una sala de baile. Y pare usted de contar.

A su llegada se dirigió a un café. No le entusiasmaba su entrada en aquel establecimiento. Seguía siendo uno de los puritanos de las Juventudes Libertarias que pensaba que las tabernas eran un signo de alcoholismo y que había que huir de ellas como de la peste. Pero un café –pensaría– no le iría mal porque le apetecía.

En la fonda recabó información a consecuencia de la cual llegaría a instalarse en la casa de unos viejos españoles que le recibieron con alegría. Él, de nombre Manuel, tendría unos sesenta años, pero se le veía muy cascado, chupado de carne

y con fácil tos. Ella, Luisa, estaba muy arrugadita, pero tenía una mirada serena, dulce, de abuela, aunque no lo fuera.

Todo quedó arreglado en un santiamén (otra de las palabras con las que la ideología católica tenía infectado el diccionario de la lengua), dormiría en el desván y comería con ellos.

Los *terrassiers* tenían buena fama en las luchas obreras, pues era corriente que acudieran a las manifestaciones armados con el mango del pico, por si había bronca. Los gendarmes los temían. Pero él no formaba parte de esa historia y no era otra cosa que un pobrecito sacado del forzoso exilio para cubrir, al costado de la carretera nacional, la apertura y cierre de una determinada parte de ella.

La jornada empezaba a las ocho de la mañana y terminaba a las seis de la tarde con la interrupción de dos horas para comer y descansar. La tarea consistía en la apertura de una zanja de diez metros de largo por un metro veinte centímetros de profundidad y ochenta centímetros de ancho. Como eran cien obreros se había calculado realizar un kilómetro diario. Pero la teoría era una cosa y la práctica otra.

Llevaban ya tres días comiendo y cenando en la cantina un eterno puré de patatas. Andrés Cuevas debía confesar que hasta aquel día no había reparado en lo que comía por el hambre atrasada que tenía. Pero ese día alguien observó:

–Pero este puré no tiene ni chispa de grasa.

Era verdad: eran patatas cocidas en agua y nada más.

Uno del grupo llamó a la moza que les servía y le preguntó si en Francia no se conocía el aceite o la mantequilla. La muchacha se dirigió al dueño y éste se acercó a ellos, con una sonrisa bobalicona, que él no sabía que a los españoles les gustaba el «óleo». Se marchó y volvió unos minutos más tarde con un enorme cántaro de hojalata y comenzó a verter chorretones de aceite sobre los platos dejando el puré completamente borracho.

–Ni tanto ni tan poco –dijo Cuevas–. Sería más fácil la cosa si nos trajeran la aceitera.

Como complemento de la comida les dieron una manzana y un café muy aguado. Una mísera comida que no valía más allá de un franco.

Los sábados trabajaban jornada intensiva, de ocho a tres. Media hora antes de que sonara el pito del capataz, llegaba el contable con sobrecitos con nombres que contenían el sueldo de la semana: cuarenta y ocho horas por cuatro, igual a ciento noventa y dos, menos ciento cuarenta de comida, el sobrante era cincuenta y dos francos. Las cuentas del Gran Capitán, una verdadera estafa.

Camino de regreso del tajo al pueblo, ninguno de ellos se sentía satisfecho con las cuentas semanales y cada uno de

por sí iba ya rumiando la manera de hacerse la comida o buscar un cantinero más económico. Trabajar para aquél no satisfacía a nadie.

Pero a partir del lunes siguiente su vida iba a cambiar pues le daba el adiós a la cantina y comía con los viejos, engrosando su peculio con su dinero.

Pocos días después, uno de sus amigos le dijo, con afán solidario, como el de todos los que se encontraría allí:

–Si tienes apuro puedes utilizar mi habitación que tengo en la rue Saint–Jean.

Y le contó cómo la había obtenido. Casualmente había encontrado a un compañero polaco que se entendía con la patrona de una casa de putas que había en la citada calle. En ese lupanar había siempre habitaciones libres debido a que muchas de las pupilas pasaban la noche fuera del burdel con el cliente de turno. Y esas habitaciones eran las que el anarquista polaco había logrado que su amante cediera a sus compañeros.

Finalmente, Magda decidía unirse a su fortuna –o desgracia–, viajando hacia aquel pueblecito francés. Ocuparían ambos una habitación en la casa que les servía de acogida.

Era la alegría por el reencuentro, pero la alegría era cosa que duraba poco en la casa del pobre. Cuevas se había

afeitado con una cuchilla «guillette» usada y amaneció con el carrillo izquierdo de su cara descomunamente hinchado. Magda, al verle así, no sabía qué hacer con él, pues era impensable ir al médico –su situación en Francia siempre había sido irregular–, así que recurrió al sistema de cataplasmas porque dijo que aquello era un mal grano. La cataplasma surtió efecto, reventó el grano y expulsó pus en cantidades alarmantes. Estuvo Cuevas veinticuatro horas así, pero estaba claro que había que poner remedio porque la hinchazón iba subiendo hasta el punto de que le privaba de vista en el ojo izquierdo. Finalmente recurrieron a un médico, que cuando vio su cara se quedó asustado. Dijo que el tal grano era un ántrax y que de retrasarse un poco más habría corrido riesgo de dañarle algún nervio óptico. Inmediatamente le operó casi a lo vivo porque de tan afectados como estaban los tejidos, la anestesia local no podía surtir efecto. La curación duró una media hora. El dolor que hasta entonces había venido sintiendo había desaparecido y también la hinchazón. De la existencia del ántrax quedaba el vendaje y la cicatriz con que quedaría marcado para toda la vida el lado izquierdo de su labio superior. Con el primitivo vendaje estuvo dos días, pero luego quedó reducido a un parche y poco más.

Algunos de sus amigos se habían hecho clientes de la rue Lakanal, que era el barrio donde se concentraba la prostitución, y allí habían encontrado su forma de vida. El barrio Lakanal no tenía nada de elegante. Las habitaciones

en que se ejercía la prostitución estaban separadas de la calle por una simple cortina y, si ésta se encontraba abierta, era fácil ver desde la vía pública el pataleo sobre la cama.

Capítulo XXV

Consideraba Maura, de acuerdo con Ruskin, del que sería atento lector, que «el arte es una flor de la vida, el lado más risueño e inocente de ella». Y, en el arte, unos motivos le llevaban a otros. Esos nubarrones desgarrados en flecos vaporosos que, entre rompimientos de luz, se deshacen en lluvia menudísima, ese horizonte de colinas frondosas a cuyo encuentro avanza el mar; ese castillo medieval, con torres y cubos intactos pero invadido de antigua vegetación parásita que suaviza el ceño feudal de la fortaleza con el penacho de unos árboles sensibles a la vecindad del agua, era un paisaje de la Bretaña del Norte en la llamada «Costa Esmeralda», por el bello color del mar en sus avances tierra adentro. Era, precisando más, un castillo de Bertrán de Duglesclin en el promontorio de *La Vicompté*, frente a Saint-Malo y al islote

del Grand Bé en el que tenía su tumba romántica, frente a la inmensidad de los mares, el Vizconde de Chateaubriand.

El mar, siempre el mar. Saliendo de Palma, servía éste de telón de fondo a la derecha del camino que había seguido. Le separaba de la carretera una franja de rocas carcomidas y musgosas, con oquedades donde la inmóvil agua reflejaba el cielo como pupilas de un inofensivo dragón lleno de asombros. Casi a la salida de la población un canalizo entre las rocas daba salida a las cloacas de la ciudad; le había valido esa condición, tan poco apetecible, al tal lugar un nombre tan expresivo que sería de mala educación siquiera recordarlo, pero como al aliciente irresistible de lo que las alcantarillas aportaban acudían los peces en interminables bandadas, era aquel paraje lugar predilecto de los pescadores que, con estoico desprecio de su olfato, allí se pasaban las horas tendiendo sobre el agua sus largas cañas y acariciando la ilusión (tantas veces fallida) de sacar de su natural elemento alguna «llisa» descomunal, como alguna de la que durante años se rumoreaba, y que, por extraña condición, común a toda pesca, con el paso del tiempo, muerta y devorada, iba aumentando insensiblemente de tamaño hasta sepultarse en ese mar que es el olvido.

Forjado en la reciedumbre del carácter, pensaba don Antonio que la peor de las prodigalidades era el despilfarro, y era, además, el descrédito, porque eso era el no hacer siquiera el ademán de volverse a levantar, ni pensar en el porvenir... una época de partidos y líderes que no eran sino

partidas y dirigentes irresolutos. Con cada uno de ellos aparecía un criterio, una preferencia, una preocupación, una influencia, un viento alisio, aturbonado, tormentoso, soñoliento, según, pero siempre una cosa nueva, y esa falta de continuidad en una obra de tal índole era esencial e indefectiblemente deletérea y mortal.

En tanto que ellos, él mismo, –se lo decía a Canalejas– no eran legisladores, sino por accidente; no eran fiscalizadores, sino circunstancialmente. Ellos eran, ante todo, porque esa era la esencia del régimen, educadores de la conciencia nacional. El hombre público era un pedagogo. Y para él el Parlamento era, ante todo, una cátedra.

No, ellos no podían estar en el Gobierno una hora sin emprender la labor, ellos eran incompatibles con las digestiones sosegadas.

Pero los gobiernos de la época no eran sino una reunión de hombres sin misión política, y no servían para el contacto entre Palacio y la opinión. Todos sabían que la máquina funcionaba, que todas las ruedas marchaban perfectamente, puesto que andaba la máquina; pero como los dirigentes políticos no llevaban nada de eso a Palacio, no deberían engañarse: para el pueblo eran unos cortesanos temporeros, porque no existían más que por la voluntad de la Corona, porque no representaban política alguna. Gobernar era algo más. Quien se preciara de gobernante había de ver si las circunstancias le permitían gobernar conforme a las ideas.

Consideraba Maura que gobernar no era una francachela para la familia y los amigos, sino que era entrar en un terrible juramento, en un océano de responsabilidades ante los ciudadanos.

Y esa era la opinión del político mallorquín, toda vez que los sucesivos gabinetes liberales y conservadores se sucedían en el Gobierno sin solución de continuidad; después de su intento de regeneración política de los años 1907 a 1909, su trabajo en esos años, su principal empeño, sería la descentralización.

Ese concepto era en Maura fundamental. Pensaba que la férrea centralización impuesta por el modelo de Estado liberal no sólo no era beneficiosa para estimular la participación política de la población, sino que propiciaba por sus propios defectos de implantación: burocracia débil e ineficiente, corrupción... e inadecuación al marco tradicional preexistente en que se insertaba, un rechazo al Estado mismo, hacia la clase política e, incluso, un obstáculo para el desarrollo de una conciencia ciudadana y, a la postre, de una conciencia nacional.

El ciudadano en el Estado no era más que un aspecto del hombre en el pueblo. Pensaba don Antonio que los organismos locales eran la fuerza viva de la nación. «La ropa que toca la piel, el suelo que pisan nuestros pies: eso es la Administración Local», diría.

¿Cómo podía convertirse la administración local en instrumento de regeneración política? En primer lugar, la reforma debía debilitar la relación entre el gobierno central y las autoridades locales. Maura deseaba separar las funciones municipales del alcalde de sus funciones como delegado del Estado. Creía que ello acabaría con el caciquismo al destruir la relación entre el Ministerio de la Gobernación y la vida municipal. En segundo lugar, la reforma debía devolver la vida a la unidad natural del municipio, liberando las energías locales paralizadas desde el centro. Y era que en aquellos tiempos cualquier asunto menor municipal debía ser remitido a Madrid.

No se trataba simplemente de que la estructura local existente fuera el caldo de cultivo del caciquismo, sino que era a este nivel donde podía introducirse a las masas neutras, a las clases medias, en el sistema político; a través de un procedimiento de gobierno local reformado, los españoles honrados y no corrompidos podían aportar sus energías a la vida política.

En juego estaba algo verdaderamente esencial; esto es, el modo de transitar desde un sistema concebido para asegurar la alternancia pacífica y la estabilidad, en detrimento de la competencia, hacia otro donde primaría esta última a la hora de convocar a la ciudadanía a las urnas y decidir la formación de los gobiernos. Las interrogantes e incertidumbres que se abrían en el caso de un hipotético aumento de la competencia no eran plato de buen gusto

para una clase política acostumbrada a competir, pero sólo en términos clientelares, para conseguir el control del Parlamento.

Tras los comicios de 1907, los parlamentarios de la oposición monárquica no acudieron a las cámaras, lo que no impidió que Maura pusiera en marcha sus planes legislativos. El jefe conservador había perfilado desde sus tiempos de gamacista un programa de reformas encaminado a consolidar el régimen de la Restauración, un ideario coincidente en lo substancial con el de su antecesor Francisco Silvela. El origen del mal se encontraba, en su opinión, en lo que llamaba Maura la ausencia de ciudadanía. Diagnosticado el mal, el remedio vendría cuando se arrebatase a la oligarquía caciquil el mando a través de la «revolución desde arriba», es decir, cuando se rompiera el entramado desde el mismo centro del poder. ¿Cómo? Arrebatando a los caciques los instrumentos que las leyes sometían a su arbitrio y creando instituciones abiertas a la intervención general, verdaderas escuelas de civismo. La movilización social llenaría de contenido a los partidos, hasta entonces basados en las clientelas, y enraizaría en la nación a la Monarquía constitucional, alejándola de una posible revolución desde abajo.

Orador ardiente y hombre de convicciones, noble y soberbio –a decir de alguno de sus contradictores–, trabajador y metódico, quizás habría utilizado mejor su tiempo consagrándose Maura a una reforma práctica de las

costumbres administrativas en vez de embarcarse en una ley de tramitación tan complicada como la de Administración Local. Pero ese jurista que era don Antonio confiaba, quizás demasiado, en las leyes.

La reforma de la Administración Local constituía la base de un programa de largo alcance que Maura denominó desde sus primeras responsabilidades políticas como de «descuaje del caciquismo» y que se inscribía dentro de su reflexión regeneracionista. Ninguna ley fue tan ampliamente discutida en las Cortes y, a pesar de ello, no llegaría a aprobarse. Una Ley de Administración Local que no podía ser ley, porque no hay leyes sino regímenes, donde el pueblo actúa en política. Pues bien, esta ley no sólo no contó con la aprobación de la oposición, sino que tampoco fue vista con simpatía dentro del mismo Partido Conservador.

Sin embargo, el político mallorquín se concentró sobre éste, su proyecto más querido. Después de todo, los asuntos que más interesaban a la mayoría de los españoles quedaban bajo el ámbito de actuación de ayuntamientos y diputaciones. La reforma acogía viejos deseos y caminaba hacia la descentralización: limitaba el nombramiento gubernativo de alcaldes a las mayores ciudades, establecía más garantías judiciales para la suspensión de concejales y separaba las cuentas municipales de las estatales. Ayuntamientos y Diputaciones podían formar mancomunidades para mejorar sus servicios. Con todo ello se pretendía otorgar medios de vida a las instituciones locales y fomentar

la participación atrayendo a los organismos sociales existentes.

Después de la reforma acontecerían dos cosas trascendentales: la una, que el Ayuntamiento no podría ser lo que era entonces para la lucha política de los partidos, y éstos tendrían que buscar su fuerza en la voluntad popular; y la otra, que los dominadores y azotes de los pueblos quedarían entregados a la venganza patente y eficaz de sus convecinos, mientras que en el sistema anterior era absolutamente imposible que un vecindario se sublevase contra un cacique, porque detrás del cacique estaban todos, aun los que los detestaban.

Y era que la descentralización había adquirido en Maura la naturaleza de un dogma. Estaba tan convencido del carácter casi taumatúrgico de sus efectos que la convirtió en el núcleo de su proyecto político. Era el corazón que daría vida a esa ciudadanía indolente, a esos partidos sin partidarios, a ese régimen monárquico que se tambaleaba por falta de arraigo o por la indiferencia de sus súbditos. Era también el instrumento que forjaría un concepto arraigado de la nación nutrido de la diversidad. Don Antonio había elaborado largamente su proyecto de reforma administrativa, del que dependería su propia vida política. Esa ley tardaría diez o doce años antes de instalarse definitivamente. Ella le arrastraría, él perecería políticamente, pero eso le importaba poco. Era un bien, y a veces una necesidad, que un hombre fuera sacrificado a una política.

El proyecto otorgaba a los ayuntamientos tanto personalidad política como personalidad jurídica independiente. Les cedía competencias en seguridad, obras públicas, sanidad, beneficencia, educación... Reabría el «concejo abierto» y regulaba el recurso –aunque excepcional– al referéndum.

La propuesta de Maura sería leída en el Congreso el 7 de junio de 1907. Las modificaciones introducidas por la Comisión del Congreso quedaron concretadas en el dictamen de 3 de julio. Entre estas modificaciones, la última encerraba indudable importancia, por cuanto que suponía el impacto del programa solidario y un puente tendido al entendimiento con la minoría catalanista; de hecho, la inflexión y el desarrollo del concepto de mancomunidades, su cambio de sentido respecto del proyecto originario, obedecían a ese impacto. La ofensiva preparada por la Solidaridad contra el proyecto, durante el verano de 1907 –en cuyos puntos básicos habían coincidido con completo acuerdo Sunyol y Cambó–, se hallaba desvirtuada por las rectificaciones operadas en el texto por la Comisión pertinente.

Lo más importante del proyecto de Maura residía, sin duda, en la concepción orgánica, sujetadora de la dualidad «ley municipal» de 1877 y la «ley provincial» de 1882, dualidad sobre la que aparecía montada la ordenación anterior. La estrecha articulación, propuesta por el político mallorquín entre ambas organizaciones, incluso el

ensanchamiento de la provincia en el amplio plano regional a través de las mancomunidades.

Serían las provincias las que decidirían, según su voluntad, las que ampliarían su ámbito local en el supraprovincial.

Pretendía Maura, ante todo, que fueran los legítimos representantes del vecindario los que rigieran y administraran el interés comunal: no «usurpadores de abajo ni impuestos desde arriba». Ese empeño era clara expresión de la fe democrática de don Antonio. Para asegurar la libre representación era preciso liberarlos del Gobierno Civil y del Ministerio de la Gobernación, sacarlos de la adscripción al fisco, sustraerlos del feudalismo caciquil de las comisiones provinciales. El proyecto acotaba para la administración municipal –puesta en manos de concejales elegidos en absoluta libertad democrática– un campo propio, sin interferencias de entidades políticas superiores. Cesarían los consabidos recursos de apelación; los concejales responderían de sus actos ante el municipio y ante los tribunales de justicia. Se moverían sobre una base económica propia, disponiendo de una hacienda privativa. Lógicamente, esa liberación, ese propósito de impedir intromisiones de la superioridad bajo el pretexto de extralimitaciones de los municipios, obligaba a marcar de forma inequívoca la línea divisoria entre lo local y lo general, enumerando en amplia lista los asuntos que habían de considerarse de exclusiva competencia de los ayuntamientos. Asuntos en los que los acuerdos de éstos serían

ejecutivos. La autoridad gubernativa nunca podría suspender, ni menos aún destituir de sus cargos, a los concejales ni al alcalde. Este último cubría una doble función, política y administrativa; en el desempeño de la primera, en cuanto Delegado del Gobierno –al que correspondían la cobranza de contribuciones por ingresos del Tesoro y servicios de la Administración central.

El minucioso cuidado en cubrir todos los flancos para garantizar la emancipación del municipio se percibía (aparte la prolija, y a veces excesiva, enumeración de funciones privativas de los entes locales) en la aparición de los concejales suplentes y de los concejales delegados o corporativos.

Los primeros, elegidos por sufragio universal del mismo modo y al mismo tiempo que los titulares, tenían por misión cubrir automáticamente cualquier vacante (evitando así la designación de concejales interinos, a espaldas del vecindario). Podían, en tanto no tuviesen que cubrir esa vacante, asistir a las sesiones plenarios, sin voz ni voto.

Otra cuestión era la de los concejales delegados o corporativos. Constituían una importante novedad –aunque con un directo antecedente en un proyecto de Dato–. Tenían derecho a esa representación delegada o corporativa las asociaciones o entidades colectivas locales. La representación corporativa –muy acorde con los puntos de vista de la Lliga, puesto que estaba prevista en las célebres

Bases de Manresa—, pese a sus apariencias, encerraba —como todas las similares— una profunda raíz conservadora: en efecto, salvo determinados enclaves en que el obrerismo industrial aparecía organizado en moldes asociativos o sindicales, favorecía mucho más a los sectores sociales de la alta y media burguesía que a las masas del «cuarto estado»; y aún contribuía más a subrayar este efecto el hecho de que los «concejales delegados» hubieran de repartirse, preceptivamente, en tres tercios: el primero, los representantes de los intereses de la propiedad urbana, la producción agrícola, la industria y el comercio; las sociedades obreras, el segundo, y las entidades culturales, el último.

Este flanco sería uno de los más atacados por la oposición liberal. Sin embargo, las «reservas democráticas» a tal tipo de representación quedaban amortiguadas por el hecho de que, en cualquier caso, los concejales «delegados» sólo sumaban la mitad de los elegidos mediante el sufragio universal directo.

La organización del municipio *maurista* quedaba coronada con el procedimiento de elección de alcaldes, que se confiaba a las corporaciones respectivas en las poblaciones de menos de 20.000 habitantes, y se atribuía al Gobierno en las poblaciones que superasen esta cifra. Maura, que no hizo por lo demás cuestión decisiva de este punto, lo defendía en previsión de que hubiese determinada localidad donde al Gobierno le fuese más necesario asegurar su confianza

desde el primer día. En relación con este asunto estaba la idea de que los municipios limítrofes menores de 2.000 habitantes pudieran ser agrupados en «mancomunidades locales» para los servicios delegados, recayendo la jefatura de la agrupación en el alcalde del municipio más populoso.

El régimen de administración y gobierno de los municipios se concebía con la flexibilidad precisa para que pudiera adaptarse a las peculiares circunstancias de cada localidad (diversidad de costumbres, cultura, tradiciones...). Pero en cuanto a sus funciones, se entendían éstas a dos niveles: legislativas –que incumbían al Ayuntamiento en pleno– y ejecutivas –reservadas a una comisión con carácter permanente, integrada por los alcaldes y tenientes de alcalde.

Por lo demás, la Comisión Permanente podía, en cualquier momento, requerir la cooperación de los vecinos para formar juntas que colaborasen con ella en orden a la realización de fines de utilidad local –en una cooperación tan gratuita como obligatoria.

La liberación del municipio requería una base de autonomía económica. El proyecto de Maura se ocupaba, ante todo, de evitar la disipación de los bienes comunales: el municipio no podría vender ni gravar ninguno de esos bienes sin previa consulta por referéndum, y sólo en caso de que ella arrojase dos tercios de los votos del vecindario a favor de la propuesta. Pero, en segundo término, el proyecto

atendía al saneamiento y formación de las haciendas locales. En este sentido, el plan de Maura se desplegaba en dos tiempos: primero, liquidación de los débitos del municipio a favor del Estado; segundo, la separación de la Hacienda municipal de la nacional y la provincial; tercero, la dotación de las locales de forma que asegurase su normal desenvolvimiento. Respecto a la forma de tributación, Maura se inclinaría también por una cierta flexibilidad (cada pueblo optaría por aquel tipo de imposiciones que creyera más acorde con sus propias modalidades económicas). «Tengo mucha más fe –decía– en la diversidad de imposiciones que cada pueblo adopte, aquí sobre el pescado, allí sobre el aprovechamiento de productos forestales, en otro lado el comercio, en cada sitio según lo que propondrá en la sede local; tengo más fe en eso que en las donaciones que pueda hacer el Estado».

En cuanto a las haciendas provinciales, tendrían como base los recargos sobre los impuestos del Estado. De modo que la Diputación provincial no necesitaría organismo recaudador ni Administración de Hacienda, ni pesar sobre los pueblos con el contingente, ni tendría necesidad de recibir el importe de los recargos recaudados por medio de la Delegación de Hacienda, simplificando su administración y quitándole al contribuyente el gravamen, porque cuantas más entidades tuviera la Hacienda propia, tantas más veces habría contacto del fisco con el contribuyente.

Por último, la dotación de haciendas provinciales y locales y la autonomía administrativa propugnada por Maura

planteaban la posibilidad de que el municipio no respondiese a la confianza en él depositada. Para obviar los problemas de una mala administración abandonada a sí misma, surgía en el proyecto un atrevido concepto (que también, abordado superficialmente, ofrecería blanco para los ataques de la oposición): el del municipio sometido a tutela. La situación se producía cuando quedase demostrado que el municipio en cuestión no sabía o no podía administrarse *per se*, tal era el caso del municipio insolvente; el que no pagase sus deudas, o que saldase tres presupuestos anuales consecutivos con déficit, o aquel cuyos atrasos llegasen a un tercio de sus ingresos anuales.

Capítulo XXVI

Saturnino volvería a su silencio y Cuevas a sus pensamientos.

Regresaría a Barcelona Magda en septiembre de aquel 1911. Era una buena chica que, sin embargo, se veía incapaz de soportar la difícil situación que se vivía en Francia (unida a la también complicada relación que llegaría a tener con un muchacho temperamental y enamorado como era Cuevas) y, como si su ausencia fuera una premonición, tiempo después conocería Andrés a otra mujer, una muchacha que se llamaba Eva. Era catalana, más exactamente de Sabadell, hija de unos fabricantes del textil.

Quedó enamorado de ella al instante. Era de estatura media, esbelta, de tez blanco-rosada, de ojos color verde y una nariz algo respingona que daba carácter original a su

rostro. Tampoco él debía de serle indiferente, puesto que se entregó al juego de la amistad sin recato. Seguramente, lo que más posibilitó su entendimiento fue su común amistad con Ada Martí.

Recordaba que, en la ocasión en la que se conocieron, el local estaba próximo al lugar que acababa de abandonar, en el bar Hispano. Cuando llegó al establecimiento, ella iba impecablemente vestida. Llevaba un traje-sastre y una camisa blanca. Parecía una de tantas francesitas que a aquella hora paseaban por las calles de la ciudad.

Charlaron de varias cosas, particularmente de literatura, tema en el que Eva estaba más versada que él. Se notaba enseguida su influencia por el nihilismo literario que alimentaba con literatura unamunesca. Oyéndola no parecía una muchacha de veinte años sino alguien que se encontraba ya de vuelta de la vida. Ada era mayor que ella y, en cierta manera, de ella había recibido esas ideas escépticas sobre la existencia. En sus conversaciones él intentaba inyectarle gusto a la vida, al amor, al optimismo, y ella no era insensible a esas llamadas, cosa natural, pues pese a toda clase de influencias literarias, cuando se tienen veinte años, éstos acaban por barrer toda clase de influencia que no brote de lo vivido. A los veinte años se es necesariamente poeta, salvo que ya se nazca muerto.

Eva trabajaba de enfermera y después de una larga hora de conversación tuvieron que despedirse hasta la tarde

siguiente. La acompañó hasta su autobús y el calabobos, tan frecuente en otoño, le mojó hasta los huesos, porque vestía una chaquetilla de tejido muy fino, cosa poco adecuada para ese tiempo.

En el desván de la frutería, que entonces le habían cedido para pernoctar, pasaba horas enteras despierto soñando con Eva. Era un amor puro, como se suele vivir cuando se es tan joven y uno rezuma romanticismo por todos sus poros. Le bastaba con tenerla a su lado, mirarse en sus ojos, acariciar su cara, tener sus manos entre las suyas y, aunque no se pueda creer, no la deseaba sexualmente hablando. Vivía el amor, pero no lo hacía en el sentido ritual del término.

Día tras día se veían en el bar y paseaban por la calle, pero nunca habían estado los dos solos en una habitación. Era impensable que pudiera entrar en el hospital donde ella trabajaba y aprovechar el desván en que él vivía, entonces era una cosa complicada; pero, al fin, un día que ella hacía fiesta pudo subir al altillo que tenía Cuevas por vivienda y allí pasaron la noche juntos. Todas aquellas horas las vivieron con una intensidad que Cuevas nunca había vuelto a sentir de esa manera. Cuando recordaba aquello en esos momentos, si cerraba los ojos y se olvidaba del tiempo, aún olía el perfume de su cuerpo y sentía el fuego de sus labios en los suyos. Eva le marcó para toda su vida.

Pero aquel maravilloso romance de amor no podía durar mucho.

Pocos días después pidió a un amigo noticias de Eva. Le dijo que apenas la veía, porque le había salido un trabajo –creía– de intérprete. Eso le contrarió mucho. Estaban al comienzo de una aventura que prometía ser estupenda, pero la repentina separación podía malograrlo todo. Como era lógico, entonces era impaciente. Bullía en él mucha sangre joven e insaciable de deseos de compartir amistad y amor. Eva, el encuentro con ella, le había entreabierto las puertas de un mundo nuevo. Un portazo brutal sin tan siquiera haber puesto pie en ese mundo encantador, cuyas paredes son siempre de color rosa, como ha escrito mil veces el poeta, era desolador en el angustioso mundo que le rodeaba. Durmió mal, muy mal, aquella noche en un rincón de la habitación que generosamente le habían ofrecido. Antes de quedarse dormido, lloró silenciosamente para él solo, ahogando sus hipidos para no incomodar a nadie.

Y volvía Cuevas a sus elucubraciones. Cuando se vive en colectividad existe una especie de coacción moral que, por un lado, frena las tendencias a los desvíos y, por otro, aporta aliento solidario del conjunto: ambas cosas cooperan a mantener viva una ética social en el comportamiento humano. Pero esto no debe entenderse en el sentido de grey con pastor, sino como algo tan simple como el equilibrio armonioso de la Tierra en el sistema planetario. La Tierra mantiene su equilibrio gracias a dos movimientos compenetrados que hacen posible su existencia. Esos movimientos se definen como de rotación en torno a ella misma y de

traslación en torno al sol. Si aplicamos esa ley de armonía sideral a lo social, encontramos, por un lado, al individuo escultor de sí mismo y, a la vez, en un toma y daca, con el ambiente que le rodea. De ahí el carácter social del ser humano negando a Hobbes, que le asigna el papel de «lobo del hombre». El apoyo mutuo, la solidaridad, junto con la innata rebeldía humana resulta la constante, como ley, en la historia de la Humanidad. Cuando en la colectividad se produce el desequilibrio entre rotación y traslación se cae en el mismo caos en que caería nuestro planeta. Claro está que la mecánica celeste no es comparable con la materia anímica del ser humano, y por ende el caos o crisis de civilización en éste puede ser superado mientras que en aquélla sería un caos de marcha irreversible a su destrucción absoluta. La fe en el ser humano es el eslabón principal y básico de la concatenación de hechos que explican la revolución permanente de la Humanidad en su camino a la utopía.

La fe es la base principal que explica los fundamentos de cualquier religión que sitúa en el más allá el goce divino. Pero la fe aplicada a un ideal, a un proyecto humano y realizable en la Tierra, es decir, en el más acá, ejerce la misma función sobre el individuo. La fe, en el caso de Andrés Cuevas, en su ideal, era el único sostén que tenía para no caer en la indignidad. Vivían en un naufragio colectivo y había que agarrarse bien a uno mismo para evitar que se hundieran en él.

Esa acuciante llamada que efectuaba sobre él el destino le

conminaba a cambiar nuevamente de lugar de residencia y de trabajo... o como se quisieran denominar éstos. Ya no tenía de qué vivir y tampoco dónde hacerlo. El invierno iniciado en 1911 se despedía en aquellos días de febrero de 1912 y lo hacía con inusitada fiereza de agua, viento y nieve. Iría al lugar en el que le acogieran, y este lugar estaba más al sur de Francia y más pegado aún a la frontera española. Cuando subió al autobús de línea que debía conducirlo a su nuevo destino, vio Andrés cómo el coche alimentaba su calefacción con gasógeno y así estaba caliente. A Cuevas le apretaban los zapatos, zapatos que le había prestado para el viaje un compañero del equipo, pues los suyos habían quedado inservibles por el uso y abuso de tanto tiempo. Se los quitó para hacer el trayecto con más comodidad. Ojalá no lo hubiese hecho porque, al llegar al pueblo e intentar metérselos, le fue imposible. No le quedó más remedio que bajar del autobús con los zapatos en la mano. En el suelo había una capa de nieve y Cuevas chapoteó en ella enfriándoseles rápidamente los pies. Seguramente que en la casa hacia la que se dirigía encontraría calzado –pensó–. Pero para llegar a ese domicilio había que andar unos tres kilómetros porque vivía en las afueras, en una especie de barracas de alquiler moderado, y para entonces sus pies no serían pies sino témpanos de hielo. No tenía más remedio que comprarse calzado, alpargatas, lo que fuese, y con esa intención entró en una zapatería. Pero no quisieron venderle nada. No se fiaban de él. Quizás fuera el desaliñado aspecto que arrastraba lo que haría que desconfiaran.

Continuó andando hasta dar con otra tienda en la que entró riendo de la mala leche que llevaba. La tendera, una mujer grandota, ya entrada en años, al verle con los zapatos en la mano y sus pies descalzos lo comprendió todo y se puso a reír como él aunque por otro motivo; si él se reía de pura mala leche a ella le hacía gracia la comicidad de la escena, y levantando los brazos exclamó: «*C'est la vie!*».

Le contó su odisea y, mujer imaginativa, le propuso que se comprase unos zuecos de madera. Hasta aquel momento no había caído en esa posibilidad. Los compró rápidamente y se sintió, nunca mejor dicho, como un niño con zapatos nuevos.

Se alojaría después Cuevas en la casa de un relojero del pueblo, St. Jean Piéd du Port, así llamado porque se encontraba al pie de los Pirineos navarros. Cuando éste volvía ya casi de noche les contaba sus aventuras galantes. Tenía el relojero una fértil imaginación. Todos sabían que lo que les contaba era mentira, pero como lo deseaba fervorosamente, la mentira terminaba por ser verdad para él mismo. Vivía intensamente sus historias inventadas y era feliz con ellas, y así terminaba viviendo como realidades sus aventuras amorosas. En cierta ocasión confesaría a Cuevas: «Si quieres tener un sueño maravilloso acuéstate boca arriba, pon las manos sobre tu pecho, rozando las tetillas, concéntrate en el recuerdo de uno de tus amores. El resto ya me lo contarás más tarde». Lo probó y creía recordar que tuvo sueños eróticos. En eso había terminado su miserable vida sexual y sentimental.

Capítulo XXVII

Había gran fe en las virtudes terapéuticas de un hondo aire burbujeante entre los brezos de un páramo al borde de la carretera de Reinosa a Espinosa de los Monteros. Eran aguas finas, transparentes, casi heladas, con ligero vaho sulfuroso que no impedía su agradable ingestión.

Encontraría Maura pronto el asunto de la acuarela. Representaría ésta la entrada del pueblo. A la izquierda, una gran casona, tejados amplios indicadores de graneros y establos capaces; solana rústica de azulado, barandas abiertas a la luz del mediodía, que alegra la vivienda familiar; huerto murado por cuyas bardas asoman los pámpanos de un parral. Enfrente, el alero saledizo de un tejado a dos aguas, correspondiente a vivienda... Todo ello al borde de un carrejo que se retuerce buscando la iglesia, de precioso ábside románico con cabecillos de imaginaria algo borrosa.

Durante unos momentos apareció en la solana la figura de un campesino que no pudo disimular su sorpresa al ver a tan gran señor, como parecía ser el artista, absorto en la labor de mirar y remirar la casa, mezclar colores y esgrimir el pincel sobre la blanca cartulina.

Al cabo de poco tiempo apareció el curioso en el carrejo: llevaba sobre el traje de pana negro el gran blusón azul de los traficantes de ganado, calzaba zapatones ferrados y se apoyaba al andar con una fuerte aguijada de fresno. Parecía hombre cincuentón, rasurado a medias, de expresión astuta, con abundantes greñas cenicientas bajo la boina encasquetada hasta las cejas.

–¡Qué maja! –diría al observar la pintura y antes de alejarse para hablar con uno de los acompañantes de don Antonio, pesaroso éste de no haber podido dar a las sombras del carrejo el limpio tono que tenían, dando por terminado el estudio.

–Ha tenido usted un éxito –le informaron entonces–. El dueño de la casa me ha manifestado su deseo de adquirir la acuarela. Es hombre adinerado y según me dijo estaba dispuesto a darle veinticinco pesetas, siempre y cuando le retratase en la solana. Me ha costado bastante disuadirle.

–¡Hombre, por Dios! –replicó jovial Maura–. No me espante usted los clientes... Tal y como está la política, la acuarela puede ser un porvenir...

Pero se le iban los recuerdos hacia los melones y sandías (cuanto más diminutos, más apetecibles) que luego se transformaban en linternas o balanzas, ciruelas y manzanas, azafaias y unas naranjas tan pequeñas que parecían de juguete, estaban a su disposición para jugar y morder en su ácida pulpa, de cuyos zumos era buen muestrario al final de la jornada el delantal de dril que, previsoramente protegía su traje. De entre esa fruta ninguna igualaba en sabor y dulzura a los higos, la que las plateadas y retorcidas higueras prodigaban. Higos verdes o morados, con una gota azucarada, como la miel, en su redonda presentación.

Se proponía Maura dedicar a la discusión de la Ley de Régimen Local el mayor número posible de horas hábiles en las sesiones que celebraran las Cortes con anterioridad a las vacaciones veraniegas, puesto que, llegado el otoño, adquiriría inexcusable prioridad la aprobación de la ley presupuestaria. Era otro firme propósito conservador acabar con el abusivo precedente de los presupuestos bienales.

Maura quiso que fuera una ley auténticamente nacional, que participaran todos en su confección.

Los debates en torno al proyecto de Ley de Bases se iniciaron en el Congreso el 14 de octubre de 1907. Una interpelación de Moret permitió clarificar la posición del presidente del Consejo respecto del método a seguir en ellos. Maura estaba decidido a desplegar al máximo el debate. Se partiría de esta discusión de la totalidad, con el

número de turnos que fuere preciso, para abordar luego las enmiendas parciales.

De modo que el primer turno en contra del proyecto corrió por cuenta del jefe de la oposición dinástica, Moret. Autor él mismo de un Proyecto de Ley de Administración Local que no rebasaba la esfera municipal, don Segismundo entendía que en el de Maura se discutía con preferencia la región; y la municipalidad, que en su opinión debería ser punto de partida de toda reforma, pasaría a segundo término. Manifestó su hostilidad a las mancomunidades; en lo cual, según subrayó en su respuesta Sánchez-Guerra, se contradecía a sí mismo, puesto que en su propio proyecto también estaban previstas las comunidades de municipios.

En las intervenciones de otras prominentes figuras de la oposición democrática se puso de manifiesto una evidente divergencia de criterios, dentro de las respectivas minorías, a propósito de los conceptos económicos y regionalistas. Lógicamente, los encuadrados en la plataforma solidaria pusieron el acento en las insuficiencias del proyecto *maurista* (aunque, como en el caso de Emilio Junoy, su argumentación resultase inconsecuente con sus antecedentes radicales); y en el mismo sentido –la aspiración a afirmaciones regionalistas más concretas– se expresaron los tradicionalistas como Bertrán y Musitú, y por supuesto, como representante de la concepción federal, Pi y Arsuaga.

Gumersindo de Azcárate –voz de prestigio excepcional en

todos los lados de la Cámara– dejó ver nítidamente la disparidad de criterios en los miembros de la minoría republicana. Más que nada, su discurso se decantaría por su deseo de establecer una componenda mediante la enunciación de una serie de aspectos en los que la totalidad de las oposiciones estaban de acuerdo, según los cuales la integridad del proyecto era insostenible. Dichos puntos eran la representación corporativa, de la que Azcárate era partidario, aunque creía que la mayoría del país rechazaba el papel excesivo de la Comisión Permanente, los nombramientos de alcaldes por Real Orden, la tutela y los alcaldes corregidores, la existencia de una Hacienda municipal insuficiente, la creación de los diputados provinciales y la elección de los mismos en segundo grado. Con respecto al problema regionalista, Azcárate se mostró decidido partidario de dar satisfacción plena a las peticiones de los catalanistas.

La intervención de Azcarate había tenido lugar después de las que desarrollaron Suñol y Cambó –la izquierda y la derecha de la minoría solidaria–. Aunque, en principio, partidarios de una posición común respecto a la ineficacia o insuficiencia del proyecto *maurista*, distanciaban sustancialmente a uno y a otro el tono y el estilo. Moret comentó, a raíz del discurso de Suñol: «Si hubiera sido pronunciado el año cincuenta habría producido una verdadera revolución». Las afirmaciones se correspondieron, en su radicalismo, con el estilo: «Esta ley,

en vez del orden, traerá la anarquía más espantosa». La actitud era, en consecuencia, maximalista; la ley, aunque lo mejorase, no resolvería el problema; más valdría –tesis del discurso– no hacer nada, dejarlo como estaba.

Sin embargo, la intervención de Cambó causó impacto. En primer término, por su modernidad; por lo riguroso del concepto, por la claridad expositiva. Pero sobre todo por el sentido constructivo, dialogante, abierto al proyecto de Maura. Sustituía la agria hostilidad de Suñol por un deliberado oportunismo, capaz de canalizar las aspiraciones solidarias mediante la modificación o la rectificación de la ley de «descuaje del caciquismo»; sin desechar a ésta como base de discusión: «No veáis en todo lo que yo os he dicho hostilidad contra ningún hombre ni contra ningún partido; no nos ha mandado Cataluña aquí para que lucháramos contra hombres y contra partidos; nos ha mandado Cataluña para que defendiéramos ideales y le lleváramos la libertad y la autonomía que le hacen falta. Por eso mi gran deseo sería que coincidiéramos todos. Por eso desearía coincidir con todos vosotros, con el señor Maura, con el señor Moret, con el señor Canalejas, con todos los que sois o habéis sido o podéis ser poder; porque vosotros podéis, ya lo he dicho, no resolver nuestros problemas, pero sí hacer que se resuelvan normalmente, amigablemente, amorosamente».

Se comprende la impresión que aquella insólita oración parlamentaria produjo en todos los círculos políticos de Madrid. «Habló por primera vez Cambó, el Maura de los

solidarios», señalaba *ABC* en su comentario. La alusión acertaba de lleno, porque al jefe conservador no se le escaparían las posibilidades que deparaba aquella postura, inédita hasta entonces en la minoría solidaria; la cordialísima carta con la que transmitió el presidente del Consejo su enhorabuena al líder de la Lliga no podía ir más lejos en el entusiasmo: «Siento no poder convertirme en un espectador indiferente para que los calurosos parabienes que mi corazón dicta y la justicia decreta por la intervención de usted en las discusiones de ayer tarde no pareciesen influidos por intereses políticos que merman la imparcialidad, aun siendo muy nobles». La fe de don Antonio en la bondad de su proyecto, su sincero deseo de abrir una franca vía transaccionista a los que abordasen la discusión con un mínimo de buena fe, no le permitía dudar en la posibilidad de un feliz entendimiento con el regionalismo de Cambó: «Conste, pues es importante –dijo al contestar a aquél desde la cabecera del banco azul– que de lo que SS ha dicho a lo que yo digo hay más bien una diferencia de sonido que una diferencia de concepto».

Pero si el horizonte parlamentario –y la suerte del proyecto de Administración Local– comenzaba a despejarse gracias a la posición negociadora demostrada por Maura y por Cambó, no era menos cierto que casi al mismo tiempo comenzaron a brotar, con más o menos fuerza, los recelos entre la izquierda y la derecha de la Solidaridad. La susceptibilidad de Suñol no resistió, por lo pronto, al

espectáculo de la elevación, en solitario, de la estrella política de Cambó, que le dejaba completamente eclipsado. Y en Barcelona, a su vez, la izquierda más intransigente había bosquejado ya la imagen de un Cambó «vendido a Maura».

A pesar de esos parabienes, el proyecto de ley de Administración Local no había podido avanzar un solo paso. Luego de reanudadas las sesiones parlamentarias el 10 de octubre, se dedicó por entero el primer mes a debatir dicha reforma, y hasta el 11 de noviembre no se intensificó la discusión de la Ley de Presupuestos, aprobada por ambas cámaras el 31 de diciembre.

Antes de suspender –al término del año 1908– las sesiones de Cortes, regía ya una nueva ley presupuestaria, pero el proyecto de ley local seguía tan embarrancado en la Alta Cámara como en la popular, y cuando, no más tarde que el 11 de enero de 1909, reanudó el Parlamento sus actividades, las de la oposición de Su Majestad se redujeron allí a obstruir con pertinacia el prevalecimiento de ese postulado fundamental del programa del presidente del Consejo.

De momento, sin embargo, Maura tenía razones para creerse en el verdadero camino. Su liberal empeño de que el Proyecto de Ley de Administración Local fuese base para un diálogo constructivo entre todos (para que entre todos quedase articulada la definitiva ley en la que él cifraba la regeneración del país) se puso de relieve de mil modos en un agotador esfuerzo dialéctico, pero especialmente en su

decisión de llevar las discusiones, para descargarlas de arrequives efectistas y de pasión política, a un gabinete del Congreso –la sala de Presupuestos– donde, reunidos cuantos diputados tenían interés en aportar rectificaciones o transformaciones al proyecto, pudiera éste discutirse con entera libertad y eficacia, analizándolo «de silla a silla, sin las fórmulas del debate, sin pompas oratorias, haciéndolo trizas, mirando por el derecho, por el revés y al trasluz todo el proyecto», facilitando así su posterior andadura en el salón de sesiones. De hecho, aquellas reuniones de trabajo (a las que la jerga periodística de la época denominaría como «el cine») tuvieron como principales intérpretes a Maura y a Cambó, aunque no dejaron de intervenir en ellas, con menor regularidad, los principales jefes de las minorías.

Ya entrado el mes de julio, la obstrucción de las izquierdas (acosadas por la decisión del presidente del Consejo de suprimir «las imperiosas vacaciones») se deshizo tras una fórmula de compromiso: se aprobarían –antes de la dispersión veraniega– discutiendo cuanto se creyera oportuno, los artículos del proyecto referentes al régimen municipal, que pasarían al Senado para ser allí tramitados durante el otoño, mientras el Congreso simultaneaba el examen de la reforma provincial con el de los presupuestos.

El día 18, Maura, eufórico, creía percibir ya en el horizonte el final de su intenso esfuerzo: «Hízose auto de fe de cuanto en largos meses decían y gritaban las oposiciones y los cómitres de los jefes de ellas, con excepción de uno

–Cambó–. Ahora es la ley santa y bienhechora. Y yo me ruborizaba».

En cuanto el proyecto, aprobado por la Alta Cámara, llegó a pasar al Congreso, fue tal la vocinglera promovida por todas las izquierdas, así republicanas como demócratas, liberales y hasta solidarias, que Maura se vio obligado a ceder en otro de sus proyectos. Quedó pues extramuros el proyecto de terrorismo y prosiguió debatiéndose el de Administración Local, que a principios de julio estaba ya a la altura del artículo 173, relativo, como los inmediatos siguientes, a la Hacienda de los municipios.

Sin duda fue más conveniente la solución que se adoptó: una victoria obtenida por imperio de la mayoría y fatiga o enervamiento de los adversarios. El proyecto íntegro quedó virtualmente adoptado por todos los lados de la Cámara.

No había sido sólo la amenaza de un verano sin tregua en el trabajo lo que deshizo la conjura obstruccionista. En el esperanzador resultado de la fórmula conseguida a mediados de julio fue decisiva una habilísima maniobra de Cambó, que relataría Maura –ya en su refugio estival del Sardinero– a su entonces incondicional Dato el 30 de julio, más o menos en los siguientes términos: «Celebro que aprecie V, de igual modo que yo, las ventajas del desenlace político parlamentario. Es graciosísimo lo que ha acontecido con una gitanada de Cambó, que es pájaro de cuenta y pronto ha cursado el doctorado de psicología política

comparada. Una tarde se le ocurrió verter sobre la minoría liberal la idea de que ellos plantearían la parte de la ley relativa a conciertos de futuras mancomunidades y Administración Central. Entre los liberales se observó algo parecido a la disolución de las manchas grasientas bajo la acción de un chorro de bencina: se aflojó todo con la complacencia de carne cocineril requerida a pellizcos por el cabo del regimiento, poco a poco se les trocó en profecía la buenaventura que les había dicho el solidario, y es uno de los lances más chistosos que he presenciado en la casa de Tócame Roque donde estamos alojados».

De hecho, el anzuelo –que al cabo resultaría exacta profecía– lo tragaron íntegro los liberales: de ello sería prueba manifiesta una carta de Dato a Maura el 4 de agosto. Según ella, «Moret, que se entrevistó en Ginebra con don Eduardo, confió a éste su convicción de que las declaraciones de Cambó relativas a que debían ser o serían los liberales los que aplicaran la Ley de Administración Local, se hicieron de acuerdo con usted –Maura–, o cuando menos, por impresiones que de usted habría recibido Cambó. Yo –añadía Dato– puse cara de isidro y me quedé en la duda de si era aquello una tomadura de pelo o si realmente estaba convencido de lo que decía. Pero, en efecto, Moret aparecía tan convencido que le preocupaba tener resueltos posibles acuerdos con Canalejas antes de que Maura dejase el poder. Vaya usted arreglando los papeles para cuando esté aprobada la Ley de Administración Local, pues esa es la fecha

que él –Moret– señala para que se cumpla la profecía de Cambó».

Don Antonio diría al embajador francés que había realizado esta obra inverosímil de hacerles trabajar por la destrucción de esos abusos que les beneficiaban: «Les incito así a debilitar su situación por sus propias manos».

La puntilla final al proyecto se la daría la *Semana Trágica* de Barcelona, que acaecía en el verano de 1909. Caído, como consecuencia de aquellos desórdenes, el gobierno Maura, con él se llevaría la reforma de la Administración Local.

Capítulo XXVIII

Ricardo Mella, el pensador libertario, para quien no servía la educación laica, pues que no era ésta sino la oposición a la religiosa (católica, en España), donde una ponía a Dios por guía la otra ponía al Estado. Tampoco la neutral ni la racionalista, ya que todas ellas sólo pretendían educar, esto es, adoctrinar. No tenemos derecho –decía Mella– de imprimir en los vírgenes cerebros infantiles nuestras particulares ideas; si ellas son verdaderas, será el niño quien habrá de deducirlas de los conocimientos generales que hayamos puesto a su alcance.

¿Educación religiosa? No creyó nunca Andrés Cuevas en Dios. Y no sólo por la malquerencia que sentía respecto de los curas y demás miembros de la clerecía. Pensaba que él había brotado de la nada, y que por lo tanto iba a disolverse en la nada.

Y era que Cuevas se había diluido entre la niebla. Pasó a la

clandestinidad de la inexistencia. Y se carcajeaba para sus adentros... nadie sabía lo bien que se vivía en la inexistencia. Cuando uno existe sin existir no hay manera de que le pongan la mano sobre la espalda. Era poco menos que inmaterial. No existía y, sin embargo, existía. Su lucha no había sido el combate del espíritu contra la materia...

En la casa del relojero había Cuevas recibido la visita de un compañero libertario, Salvador Freixas. Un tipo enjuto, desgarrado, moreno y alto. De Barcelona, como él mismo. Juntos emprenderían la aventura del regreso a España. Los tiempos de la huida permanente se desvanecían y aunque el regreso comportaba indudables peligros resultaba mejor la cercanía a los suyos y a su espacio vital que ese exilio interminable. No sería del todo compatible con su vieja proclama, *sin patria y sin ley*. En todo caso, había llegado el momento.

Era un día de junio de 1912, la primavera se alejaba y aún el verano no había florecido. Caía la tarde cuando salieron del pueblo navarro de la Francia fronteriza, cruzando un viñedo tras el cual se alzaba la primera loma de montaña que, una vez traspasada, les abriría el camino de entrada a los primeros vericuetos pirenaicos.

Siguiendo sendas –o abriéndolas– les cayó la noche con una luna que por su claridad podía serles fatal a la vista de alguna patrulla de vigilancia fronteriza.

En aquella soledad y silencio oyeron el murmullo que producía un chorro de agua que se despeñaba entre riscos, de una montaña más alta que la que estaban cruzando. Era agua casi helada, a pesar del momento del año en que vivían, porque era el primero de junio. Bebieron de ella y poco después, casi como inmediata consecuencia, les entró un hambre atroz. Freixas le propuso que, puesto que tenían agua, sería bueno que comieran algún bocado.

Lo que comieron, el trago de agua y el tiempo que dieron de descanso a sus cuerpos, todo eso les reconfortó para seguir el camino con más ánimos.

Continuaron con oído atento y ojo avizor, para estar prevenidos ante cualquier sorpresa (estaba en su mente la posibilidad de que se toparan con cualquier patrulla de vigilancia), avanzando por las retorcidas sendas que envolvían las montañas. Así fueron caminando varias horas.

Pero de pronto sonó en sus oídos el ruido, casi perdido en la inmensidad, de unos cencerros. Avanzaron cautelosamente en la dirección de donde provenían pensando, y no se equivocaron, que habría allí vacas pastando; pero querían asegurarse de si también habría algún pastor con ellas que pudiera delatarlos. Sobre los hierbajos, yendo de un lado para el otro y reluciendo bajo los rayos de la luna sus blanquinegros colores, había una manada de vacas mansa y libremente pastando.

Prosiguieron su camino volviendo otra vez a la senda de montaña. Iban cabizbajos, pensando, quizás, en lo mismo, que en aquel lugar se podía llegar a encontrar la paz espiritual que es la expresión más profunda de la felicidad. Felicidad en estado puro, sin los artificios con que generalmente se la viste para engaño propio y ajeno. ¡Qué extraño pensar así! Ellos, que se estaban jugando la vida y se la jugarían a cada paso que dieran, se ofrecían inermes a la brutalidad que no entendía de poesía y edificaba su reino a zarpazos. ¿Con qué armas pensaban combatir la tiranía?

Caminaron toda la noche y al amanecer avistaron un pueblo recostado en la sierra pirenaica desde un alto de la última montaña que iban descendiendo cada vez con mayor precaución. Antes de entrar en su plaza, descansaron junto a una fuentecilla natural, que dejaba escapar su agua entre los riscos. Se descalzaron para dar descanso a sus pies y comieron otro pedazo de pan, esta vez untado de leche condensada. Allí permanecieron un buen rato esperando que se alzara el sol para proseguir su camino hacia Valcarlos, que ése era el nombre del lugar de su destino inmediato.

Trataron de esquivar la carretera general y eligieron caminos vecinales próximos a los campos. En uno de aquéllos se toparon con un campesino ya entrado en años que les acogió con simpatía. Como excusándose le dijeron que habían tomado aquellas veredas mejor que la carretera porque estaban veraneando en el pueblo y les agradaba mucho el campo. El hombre les miró socarronamente

porque lo que decían iba desmentido por su propio atuendo y por las carteras de cuero que llevaban en la mano. Miró hacia las montañas y luego les dijo que no era muy aconsejable pasearse por los campos con carteras de viajante en la mano. Creyó Cuevas que se entendían bien. Sacaron de las carteras lo que llevaban en ellas y lo metieron en los bolsillos de la chaqueta. El lugareño observaba su operación como queriendo decir que eso estaba mejor. Le dieron las carteras por si veía alguna utilidad en ellas. Se despidieron con sonrisas de complicidad y, debía decir Cuevas, que en ningún momento dudaron de aquel buen hombre. Así que continuaron su camino con el convencimiento de que aquel encuentro no podía tener para ellos consecuencias que lamentar.

Mucho más lejos se encontraron con una pastora que guardaba unas vacas. Aún recordaba Cuevas a la muchacha, tenía los cabellos rubios y los ojos azules y quizás no llegara a los dieciocho años. Llevaba una falda negra y una camisa azul. No pudieron esquivarla y le dieron la misma explicación que al campesino. Ella era parlanchina y les confesó que era estudiante, pero que aquel verano estaba en una casa de campo cercana. No hicieron preguntas imprudentes. Se despidieron sin tener la Impresión de malicia en ella.

Como ya era tarde avanzada buscaron una senda que les condujera a la carretera y, cuando entraron en ella, se encontraron con un tropel de chicas y chicos, más o menos de su edad, que debían proceder del vecino pueblo de

Burguete y, de acuerdo con la costumbre de las tardes domingueras de los pueblos, habían salido a pasear juntos.

Caminaron a la deriva y en una plaza vieron que a la puerta de un bar había mesas y sillas. Apenas se sentaron acudió un camarero y le pidieron que les trajera un refresco. Pagaron con un billete de 25 pesetas.

Poco a poco las mesas comenzaron a quedarse vacías y de las calles a desaparecer la gente. El primer autobús para Pamplona partía por la mañana. ¿Qué iban a hacer hasta entonces?

Salieron a la aventura y caminaron hacia las afueras del pueblo. Llegaron a un descampado y vieron allí apilados bastantes troncos de árbol. Entre ellos pensaron que podrían dormir, o por lo menos descansar. Encontraron entre los troncos un lugar protegido. Se descalzaron. Se prometieron hacer turnos; mientras uno dormía, el otro vigilaba, y en esos ratos estaban cuando oyeron atronadores gritos anunciando que tras los troncos se ocultaban los ladrones. Alguien les había tomado por ladrones. El tipo en cuestión gritaba cada vez más. Se calzaron de prisa y, con el propósito de impedirle que continuara gritando, saltaron de entre los troncos y se abalanzaron hacia él. Pero el tipo salió gritando aún más fuerte: «¡Asesinos! ¡Ladrones!». Pronto comenzaron a oírse unos silbatos. Empezarían la fuga, recordando que en su camino habían visto una casa en ruinas. Tuvieron suerte. Llegaron allí sin ser vistos y pudieron

ocultarse entre sus cascotes, en tanto que, a lo lejos, seguían oyéndose los pitidos. Al cabo de un rato todo aquel jaleo terminó, al menos para ellos, porque no oyeron ruidos a su alrededor.

Aquella noche no pegaron ojo. Estaban nerviosos, hasta con miedo. Caer en manos de la Guardia Civil por esa imbecilidad era lo más desastroso que podría ocurrirles: ser derrotados, sin siquiera haber entrado en combate, les parecía ridículo. Los dos pensaban igual y eso les ponía de mala leche. Las horas se les antojaron interminables. Eran las siete. El autobús salía a las ocho, y la parada no quedaba lejos, estaba en la parte más cercana a su salida hacia Francia. Se sacudieron el polvo de su ropa, salieron con precaución de la casa y se dirigieron hacia Burguete.

Junto al punto de salida del autobús había alguna gente que llevaba cestas y sacos. En el grupo pudieron divisar también una pareja de la Guardia Civil con el tricornio calado.

El autobús era un pequeño vehículo cuya capacidad de carga de viajeros no superaría las diez personas; en cuanto a las mercancías, éstas se alojaban en la baca superior del transporte.

Observó Cuevas que los guardias se ocupaban (eso sí, con indiferencia) de los escasos viajeros. Y quizás por causa de su laxitud, accedieron al transporte sin dificultad. Por lo visto,

los guardias no molestaban más que a los que iban cargados con bultos, y ése no era su caso.

Cuando se vieron en el autobús comenzaron a respirar. Durante el viaje no hubo tampoco contratiempo.

Llegados a Pamplona, cuando se encontraron en la calle no sintieron ninguna clase de alegría. Eso sí, estaban contentos de lo fácil que les había ido todo, pero no había en ellos sensación alguna de contento.

Lo primero que hicieron en la capital navarra fue tomar contacto con la persona designada por la organización para su acogida, una mujer llamada Lola que les ofrecería cobijo.

Dos noches después de su llegada, Lola había invitado a cenar con ellos a unas vecinas. La menor de las hermanas se llamaba Ana, tendría unos veintidós años, y la mayor Andrea, unos veintiséis. Las dos eran dos estupendas mujeres, físicamente hablando. Su curiosidad era ver lo que se ocultaba en ellas...

Como cena tenían lentejas con unas patatas que Lola había preparado y una ensalada de tomates y cebolla que aportaban las dos hermanas. Pero ni las lentejas tenían grasa ni la ensalada aceite. Desde luego, con una dieta de ese tipo no había miedo a engordar.

Durante la sobremesa, ante la tacita de malta sin azúcar estaban los cinco mirándose unos a otros como

cacheándose. Ellas, las mujeres, se cruzaban miradas de entendimiento que ellos no llegaban a comprender con exactitud. Propusieron jugar al juego de péñoras y que consistía en entregar o depositar un objeto personal sobre la mesa. Por turno de jugadores se tomaba ese objeto y se preguntaba a su dueño qué era lo que estaba dispuesto a hacer para recuperarlo. Entonces, otro jugador proponía lo que se le antojara, y el comprometido debía satisfacer la demanda para entrar en posesión del mismo.

Pronto se convencieron de que el propósito del juego no era otro que un tanteo de entrada en el mundo de la sexualidad, pues las ocurrencias giraban alrededor de frases como «tienes que besar a ésta o aquélla». Todos se besaron entre todos, primero con la luz encendida y luego con la luz apagada. Cuevas se confesaría a sí mismo que para ellos dos el juego era excitante, y se imaginaba que para ellas también. Llegó un momento en que el juego, o en el juego, la mariposa empezaba a quemarse las alas y una de ellas propuso darle fin, so pretexto de que a la mañana siguiente había que madrugar para acudir al trabajo. Andrés creía recordar que fue Andrea –la única que trabajaba fuera de su casa– la que propuso dar fin al experimento lúdico–erótico. Andrea era de estatura alta para ser mujer; muy delgada, de rasgos finos, rubia y de ojos azules. Su hermana Ana era lo opuesto. Más bien llenita, pero de muy buena planta. Más alta que Andrea y también con un busto mucho más desarrollado que ella. Era muy atractiva, con una mirada que

tenía un no sé qué de sugestivo. Más tarde, Cuevas se daría cuenta de que era algo miope, y eso era lo que daba a sus ojos aquello que él no sabía qué. Era morena, con un cabello negro que caía sobre su espalda. De las tres mujeres que había allí, cada una de ellas era distinta de las otras, poseyendo un atractivo personal único. Pero la más excitante de todas era Lola. Tenía unos labios carnosos y una mirada muy sugestiva, pícara, que decía con ella cuanto quería. Andrea aparentaba ser una ingenua. Ana era el intermedio entre Andrea y Lola.

Capítulo XXIX

Recordaría también Maura la acuarela por él pintada del Castillo del Real de Manzanares, propiedad del Marqués de Santillana, Duque del Infantado. Frecuentaba don Antonio este sitio porque, aparte de su amistad con el duque, se encontraba a pocos kilómetros de Madrid, con la soledad que buscaba para sus reflexiones, uno de los paisajes más solemnes que pueda ofrecer la Castilla predominantemente granítica. En aquel paisaje se conjuntaba la magia de la policromía (tan grata a los pinceles de Velázquez y de Goya), el prestigio histórico del castillo, la arrogancia de las cumbres en las que se desenvuelve al alejarse la ondulación de la sierra y, en la posesión ducal, las densas arboledas entre cuyas frondas finge la brisa el cuchicheo de viejas historias.

Para Maura era preciso operar democráticamente, es decir que se debía recoger el aliento nacional y ponderar los

diversos intereses, hasta ponerlos a razón, los divergentes desvelos, de manera que el sentido de lo resultante marcaría el derrotero. Ninguna institución, oligarquía o parcialidad tenía derecho, aunque la fuerza le bastara, para moldear la obra a su exclusivo criterio, mucho menos a su peculiar conveniencia.

Sin embargo, pese a sus convicciones y acción políticas, sería otra su ocupación fundamental: el ejercicio de la abogacía.

Ingresaría Maura en 1874 en el Colegio de Abogados, defendiendo entonces su primera causa de oficio. Se acusaba a su defendido de un delito de lesiones, por haber herido a su suegra de un badilazo, y el joven jurisconsulto, con humorismo no exento de alta comprensión humana, sostuvo que en ese caso el parentesco era circunstancia atenuante.

Sobre todo, lo que un buen abogado conseguía era «relacionarse». Su permanente admiración por el Derecho Romano alimentó su condición de civilista y su concepto de la justicia.

En sus primeros años como pasante de Gamazo –hasta 1891– el abogado de origen mallorquín maduró profesionalmente y comenzó a adquirir reputación como letrado, especialmente cuando Gamazo –activamente implicado en política– descargó sobre su pasante los asuntos

más importantes. Por entonces frecuentaba Maura también la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la que sería académico desde 1871. Era ésta una excelente escuela de debate y oratoria.

Sería la biblioteca de la Academia de Jurisprudencia donde se formara como un brillante abogado (sobre todo en laudos, dictámenes y arbitrajes, así como en el derecho de familia en el que llegó a ser un verdadero experto). Sus comienzos, en el bufete de Manuel Silvela –hermano de don Francisco– y en el de Germán Gamazo, le sumergieron en las corrientes codificadoras, llegando a ser, años más tarde, presidente de la sección de derechos forales de la Comisión de Codificación. Pero, sobre todo, le permitieron entrar en contacto con la liberal–conservadora familia Silvela a la que se uniría su ya iniciada relación con la familia Gamazo.

Cuatro años después, en 1883, sería nombrado Gamazo ministro de Fomento, dejando íntegro su despacho a Maura.

Con el tiempo adquiriría la conciencia de que los bufetes de nota soportaron en su tiempo la plaga de las pasantías. Licenciados y doctores en agraz buscaban allí no sólo la escuela experimental, inexistente en la universidad, sino el zoco jurídico, donde concurrían profesionales y clientes con quienes importaba trabar contacto y relaciones.

Cuando el gran abogado era, como acontecía casi siempre, un exministro, se aspiraba a obtener, las más de las veces,

un patronazgo político, con el propósito de solicitar su magisterio.

Consciente de la necesidad de separar las responsabilidades privadas con las públicas, en las ocasiones en que se viera llamado al poder abandonaría su despacho.

Temido por su fogosidad, que nunca dejaba de ser cáustica y equilibrada, Maura fue un abogado contundente, cortante, seco y tremendamente eficaz. Su actitud oratoria carecía de concesión alguna a lo fácil, a lo trillado, a lo previsto. Su oratoria jurídica, como la parlamentaria, carecía de lirismos, de abusos poéticos, de disquisiciones. Poseía, sin embargo, el don de la convicción, del resumen apretado, de la erosión sintética.

Nunca formaría parte don Benito Pérez Galdós de sus admiradores políticos, pero sí que fue uno de sus clientes que, al librarle Maura de la tutela de un amigo que, constituido en editor de las obras del gran novelista por un contrato leonino, se adjudicaba la mitad de las ganancias, preguntaría don Antonio al juez que ventilaría su causa: «¿Es válido el contrato de esclavitud? ¿No? Pues bien, comprometerse a permanecer toda la vida bajo la tutela literaria de otro hombre es, como la esclavitud, absurdo».

En otra ocasión informaba Maura en el Tribunal Supremo como recurrido. El abogado de la parte contraria pronunció un discurso que duró cerca de tres horas. Fatigado el

presidente, quiso suspender la vista, evitando así la intervención de don Antonio, que a juzgar por el del otro letrado, duraría una eternidad.

Pero Maura, dirigiéndose al presidente, afirmó:

–Solo necesito cinco minutos.

–Si no son más que cinco minutos, puede hablar el letrado
–contestó el presidente.

Entonces Maura sacó su reloj, lo puso encima de su pupitre y habló durante tres minutos exactos, haciendo el único argumento posible, y que era convincente, anonadador. Al terminar, y tras una sonrisa, dijo:

–Y ahora me sobran dos minutos, de los que hago a la sala donación, pura, perfecta, irrevocable.

El tribunal entero no pudo contener la risa. Al salir Maura de las Salesas fue alcanzado por uno de los magistrados que formaban el tribunal, quien le dijo:

–Será inútil decirle que ha ganado usted el pleito.

Por otra parte, las intervenciones jurídicas de Maura fueron abundantes y diversas: testamentarias –como la referida a la Reina Gobernadora–, dictámenes, convenios... Tendrían resonancia en la época, entre otras, los arbitrajes a él encomendados para dirimir los límites territoriales entre

las repúblicas de Perú y Ecuador o como entre Nicaragua y Honduras.

Y los recuerdos de su infancia en Mallorca interrumpían el fluir de sus más cercanas evocaciones, siquiera en cuanto al momento en el que se producían. Recuerdos de su casa familiar en la calle de la Calatrava. Barrio de las tenerías, de estrechas callejuelas, empedradas con grandes losas de piedra, y en el centro de la calzada un minúsculo arroyo, rojizo y maloliente, aprovechando para su curso las grietas de las piedras, las rendijas entre losa y losa. Portales teñidos de rojo, de donde a veces surgía un hilillo, como de sangre corrompida que iba a engrosar el de la calzada, si no se remansaba antes y formaba un charquito que colaboraba eficazmente a mantener el mal olor que en todo el barrio prevalecía. A través de las puertas se veían unos hombres casi desnudos teñidos de tanino, que con largas pértigas removían en tinas el líquido corriente o trasegaban de unas a otras artesas las pieles en sus diversos estados de elaboración. Por si el tormento olfativo no fuere suficiente, nubes de moscas atraídas por el succulento festín que las pieles ofrecían, invadían la calle y los talleres y buscando sin dudas una variación en el menú, acometían al transeúnte, se posaban en la cara y manos, estableciendo así un contacto directo y poco agradecido entre la humana piel y las de las desolladas pieles.

Antonio Maura, como Alfonso XIII, era huérfano. Con esa semejanza acababan todos los paralelismos. Maura procedía

de la clase media de provincias y se había hecho a sí mismo. Desde muy joven había mostrado un altísimo sentido de la responsabilidad y de la moralidad. Era también, desde joven, profundamente civilista y, además, consideraba que el ejército debía someterse a una profunda reforma. Y, desde luego, lo más separado posible de las funciones de gobierno. En 1903, cuando comenzó a tratar con Alfonso XIII, tenía cincuenta años y diez hijos, cinco de ellos mayores que el rey. Y una amplísima experiencia como ministro liberal; y detestaba también ampliamente la vida cortesana. Además llevaba muchos años elaborando un proyecto político cuidadísimo en el que cada pieza en el rompecabezas debía encajar exquisitamente para construir un todo armónico: aquí una dosis de descentralización que liberara tensión regionalista y contribuyera a un mayor apego español al tiempo que educaba ciudadanos; allí una reforma electoral que moralizara; acá una reforma funcional que dignificara la administración; y allá una serie de reformas económicas y sociales que fueran justas pero no revolucionarias, y que calmaran las reivindicaciones de abajo sin desmochar de cuajo a las clases más favorecidas, y que hicieran nación y consecuentemente clases medias, las mismas clases que votarían conservador, porque en realidad la mayoría del país lo era; y la Iglesia en su sitio... Y también en su sitio el rey, indudablemente la pieza clave del jeroglífico. Pero sólo una pieza más del mismo. El rey de una Monarquía de *ciudadanos*. En definitiva, para don Antonio el rey era otro problema político que había que resolver.

Por el contrario, don Alfonso no tenía, ni mucho menos, los prejuicios moralistas de su ministro, ni ese sentido sacrificial de la vida ni, lógicamente –por otra parte–, esa visión teórica de largo alcance. Y, por supuesto, se veía a sí mismo como un monarca de súbditos. A Maura le consideraba *su* ministro. Aunque fuera un hueso duro de roer.

Porque Maura, aunque leal, no era palaciego; su austeridad, el convencimiento de su propia indispensabilidad, no eran para conciliarle con un monarca que se sacudía las críticas ofreciendo un cigarrillo. La campechanería era una de las armas políticas de don Alfonso, pero con el político mallorquín no rezaba.

Campechanía que combinaba don Alfonso con una asombrosa capacidad para la fisonomía.

En 1908, durante su viaje a Valencia con ocasión de la inauguración de la Exposición Universal, el tren que conducía al rey se detuvo inopinadamente en cierta estación del trayecto, para reparar una ligera avería de la máquina. Estaba el andén casi desierto: tres o cuatro aldeanas, dos o tres ferroviarios y dos soldados que ostentaban las insignias y el número del regimiento de infantería acuartelado en la población.

Don Alfonso aprovechó la oportunidad para estirar las piernas, sin tener que soportar gritos, músicas, cohetes y tracas estrepitosísimas, como donde se le aguardaba.

Le reconocieron los soldados y se inmovilizaron en actitud de saludo militar. Alzó la vista el rey para contestarles, reparó en uno de ellos, hizo seña de que se aproximase y le preguntó:

–¿No servías tú, hace poco, en el Inmemorial?

–Sí, Señor –contestó el interpelado sin turbarse–. Estaba en Madrid hace quince días. Pero he conseguido que me trasladen aquí, donde tengo a la familia.

En cualquier caso, la calidad de realeza que exigía Antonio Maura sobrepasaba lo que un rey, en ocasiones frívolo, podía satisfacer.

El choque entre ambos sería inevitable. Sobre todo, porque don Antonio adoptó con él una actitud parecida a la que mantenía Gladstone con la Reina Victoria: desde el principio no le trató como una persona, ni siquiera como el rey Alfonso: le trató como una institución, la Corona. «Me habla como si yo fuera un *meeting* público –parece que se quejaba la monarca británica–. Está siempre encima de mí; y no conversa, arenga, y cuanto más dice menos entiendo. No sé cómo explicarlo, pero tengo la misma sensación que cuando estoy con altos cargos eclesiásticos», continuaría la Reina Victoria en referencia a su primer ministro. Esta actitud de exigencia y distanciamiento personal gladstoniana, que también cultivaba don Antonio, cuadraba perfectamente con su proyecto de monarquía. En realidad,

se atenía perfectamente a su cosmovisión política y su interés por las ideas por encima de las personas. Quizás fuera una estrategia psicológicamente defectuosa, dada la juventud y el carácter del rey. En todo caso, la importancia del espejo de la monarquía y el sistema británico como ejemplo y referencia para el español –y no solo pero también para don Antonio– era indudable.

Una cosa era –pensaba Maura– intermediar entre jueces y clientes y otro bien diferente tratar con Su Majestad, en especial con la vocación de este de ejercer su condición de militar, de rey–soldado, como había decidido Cánovas como contención de eventuales sublevaciones militares. Evocaría entonces don Antonio un suceso que sugería cierta conflictividad en torno a las cuestiones del ejército. Se produciría el hecho en enero de 1909. El rey firmó un decreto que se le había presentado, pero llamó la atención a Maura acerca de la forma en que estaba redactado; al hacerlo dijo «desfogarse», pero evitó un posible conflicto con el ministro de la Guerra, a la sazón, Fernando Primo de Rivera, que fuera por cierto el único miembro del *Gobierno Largo* de Maura que tuvo problemas con don Alfonso.

Y era que, característica de esta segunda etapa de gobierno, a diferencia de la anterior, habían sido las facilidades de gestión dispuestas por la Corona. Y que el único de los ministros del periodo con quien estuvo frecuentemente disconforme el rey fue el Marqués de Estella –Fernando Primo de Rivera– porque la congénita

entereza de carácter del general se estaba matizando con sus años de irritabilidad senil y despachaderas poco protocolarias. Pero, para resolver las diferencias, acudía siempre don Alfonso al presidente del Consejo.

Otro asunto que no dejaría de afectar a Maura en su relación con el rey tendría que ver con la vecina Portugal. Preocupado don Alfonso acerca de la posibilidad de la instauración de una república en el país vecino, quería mantener una fuerza en la frontera presta a intervenir en cualquier momento; don Antonio, en contra de este proceder, lograría imponer su criterio.

Por cierto, que el rey recomendaría a su homólogo, Manuel de Portugal: «Veo además un síntoma muy favorable en el buen espíritu que parece reinar en el ejército. Si tú cuidas de mantenerlo y fomentarlo, mostrándole tu cariño, interesándote por cuanto pueda serle beneficioso, procurando en una palabra darle prueba de tu confianza, y que cada día esté más unido contigo, puedes tener la seguridad de que cualquier perturbación que los revolucionarios intenten, tendría que fracasar, porque sin el ejército nada pueden».

Y en otra carta a don Manuel le haría ver su singular concepto de los pueblos portugués y español: «Desgraciadamente en nuestros reinos no se reina por la tradición sino por la simpatía y actos personales del soberano».

Maura mantuvo una estrecha comunicación con el rey en cuantos aspectos de gobierno le fueron presentados, pero también dejó muy claro que no estaba dispuesto a tolerar que se inmiscuyera en cuestiones políticas. A cambio de la estabilidad gubernamental que don Antonio le garantizaba, el rey renunció en efecto a su papel político y se limitó a las funciones simbólicas de un monarca itinerante.

Pero la modificación del criterio de don Alfonso a raíz de la *Semana Trágica* produciría una honda impresión en Maura. El mismo invierno de 1909, paseando don Antonio con su primogénito y con Cierva, se encontró con Dato y Sánchez-Guerra en el Retiro. El político mallorquín no pronunciaría palabra alguna, hasta que Dato le preguntó qué le pasaba, contestando aquél:

–¡Qué me ha de pasar! Que se me ha roto el fuelle real.

La relación entre el rey y Maura se recompuso con el tiempo. Pero siempre estuvo presidida por una cierta distancia y frialdad que tenía también la contrapartida del respeto mutuo. Don Antonio durante toda su vida mantuvo una opinión acerca del monarca sabedora de sus inconsistencias e indiscreciones.

Ya en noviembre de 1911, en plena situación liberal, Maura redactaría un mensaje duro, que hizo público, en el que atacaba directamente al rey: «Positivamente –escribiría don Antonio–, faltó acción moderadora que templase los

necesarios avances de las leyes en sentido democrático y las preservase de degenerar en siniestras hipocresías. Los males nos vienen de la atrofia de la ciudadanía y la Corona ni siquiera retardó la lírica legislativa enderezada hacia la extrema izquierda».

«El Partido Conservador –continuaba la nota– traicionaría la causa que representa si aceptase el cargo de gobernar para reincidir en los miramientos que hasta octubre de 1909 le maniataron. Ni consiguió con ellos retener a los liberales y demócratas en la solidaridad constitucional, ni el suceso consiente fingir que esta solidaridad se halla restablecida. Cuando se restableciere en lo futuro, serían comunes los partidos gobernantes, continuas de suyo las necesidades primordiales para defender el régimen y la paz pública contra los facciosos. De antemano no cabe medir las dificultades; al Partido Conservador le bastan su deber y amor a la patria y a la Monarquía para resignarse a arrostrarlas; pero ha de ser con firme determinación de perseverar en no volver a las rodadas que nos trajeron al presente estado de cosas y conducen a ruina cercana y total».

«Si se cree que cabe evitar las contingencias del conflicto, y que habría salvación en el sistema de condescendencia para con las diversas especies de revolucionarios, inspirando como hasta aquí se inspiró, toda la conducta, en el temor de irritarlas o de desagradarlas, y sacrificando a esta contemporización cuanto ha venido hasta hoy consumándose, que es indecible, no se debe llamar al

Partido Conservador, quien no podría practicar esa política, reputándola suicida. Para proseguirla, habríanse de formar ministerios adecuados (idóneos), bien que, desde el primer día, se renunciaba a que vuelva jamás a gobernar el Partido Conservador».

«O se vuelve al régimen tradicional de la Restauración y la Regencia, o se mantiene vigente este otro, que inauguraron los liberales durante la última etapa conservadora. La opción irrevocable corresponde a la Corona».

Íntimamente convencido Maura de que su posición no sería seguida por el rey, y conocedor de que una parte de los conservadores deseaba heredar cuanto antes el poder y sin obligadas rectificaciones de las políticas mantenidas por los liberales en connivencia con la Corona, abría el paso a esa nueva facción de su partido, los *idóneos*, dispuestos a pactar y turnar aunque ya el sistema de 1876 iniciaba una lenta y definitiva desintegración. Y también Maura apelaba a la Corona a que restableciera el orden canovista perdido, a la vez que pedía la reforma del partido liberal en un partido efectivamente turnante. Pero también, *sensu contrario*, en esta nota daba por concluido el sistema canovista, salvo rectificación por parte del rey.

La disyuntiva en que había puesto Maura a don Alfonso era o continuar con la política que se venía aplicando desde octubre de 1909, o volver a la relación entre conservadores y liberales anterior a esa fecha.

Poco después de esta nota, el 22 de enero de 1912, acudió Maura a una audiencia regia. Como quiera que esta durara una hora y cuarenta y cinco minutos, se desató el rumor de que había crisis. Preguntado don Antonio a la salida si la crisis era cierta, respondió: «Ellos –los miembros del gobierno– son los que deben tener interés en que no se vuelque la sopera».

Y Maura consideraba que, en alguna medida se aceptaba por el rey al hombre, aunque no a su política. Se pensaba que don Antonio rectificaría en la práctica el contenido de su nota. Sin embargo, en la asamblea de cargos públicos que le había pedido que continuase, nada se había hablado de la susodicha nota. Don Antonio pretendía que el rey rectificara, cuando este observaba más a las izquierdas, para no molestarlas, las cuales le presionaban constantemente. Los liberales no cambiarían.

El documento no pretendió, como había afirmado alguno, poner en el brete a Alfonso XIII de optar por un régimen de partido único o por el caos. Habría intentado Maura, sencillamente, decir que se estaba abandonando el bipartidismo histórico. De hecho, fue inmediata la aparición de críticas en sus propias huestes, que apuntaban hacia la posibilidad de que el Partido Conservador sin Maura continuara siendo ese partido *idóneo* al que apelaba su presidente.

El rey no parecía tampoco dispuesto a construir con los

reformistas de Melquíades Álvarez un nuevo turno. Quizás ocurriera que jugar con los reformistas suponía un cambio excesivamente duro y que convenía –como diría Maura– «continuar sesteando, aunque cambiando de postura».

Estaba ya instalado en lo que el mismo Maura consideraba como la fase histórica y personal de su propio desengaño con el sistema, roto en 1909 y escribía el político mallorquín la referida nota en la que este anunciaba su renuncia a la dirección del Partido Conservador y de su acta de diputado. Fue ese texto el que irritó a liberales y reformistas y, seguramente, a la Corona. El tradicionalista Vázquez de Mella interpretó que lo sucedido era algo así como la ruptura de un carro de dos ruedas al que le quedara ahora tan sólo una. En realidad, aún era peor porque a don Antonio le daba la sensación de considerar que el conductor de ese carro –el rey– había poco menos que perdido el juicio.

Esa misma tarde del 1 de enero de 1913, el rey envió a uno de sus colaboradores, el Conde de Aybar, a hablar con el dirigente conservador para tratar de descubrir en qué agravios fundaba su actitud. Para la gestión de la crisis con Maura habló sobre todo con Romanones, quien sin duda a partir de ese momento vio crecer su intimidad con el monarca. Don Álvaro de Figueroa, en efecto, le informó, por ejemplo, de que había hablado con Dato, quien quedó convencido de cuál era su deber y lo cumpliría por encima de cualquier otro estímulo. Azcárraga se produjo en igual sentido. El rey recibió a Dato el 2 de enero, dos días antes de

que Maura acudiera a Palacio. De cualquier manera, desde el primer momento en que se planteó la crisis quedó claro que los seguidores del jefe conservador no pasaban de ser una minoría en el seno del partido. Don Antonio retiró su dimisión, pero la cuestión quedó pendiente: siguió diciendo que la voluntad de la Corona estaba secuestrada.

Capítulo XXX

Estaba claro que Ricardo Mella, aquel pensador libertario que había residido en Asturias como consecuencia de su profesión de topógrafo y entrado en contacto con los anarquistas de esa región, no era partidario de las tesis del icono que para Andrés Cuevas había sido Ferrer Guardia; Mella estaba a favor de un anarquismo puro, sin adjetivos.

Pero volvería Cuevas a sus recuerdos de Pamplona. Él y su compañero se citaron en un establecimiento, una taberna que tenía más carácter de casa de comidas que de vinatería. Estaba sucia. Olía a miseria. Lola estaba sentada a una mesa, y se aproximaron a ella. Tomaron asiento. Y apenas se habían saludado se acercó un tipo que se sentó en la misma mesa con ellos. Les dijo que era el dueño del lugar. Era un tipo bajito, delgado, semicalvo. Les saludó con afecto y les dijo que el «enviado» aún no había llegado y que tardaría

unos días en llegar de fuera. «Está de viaje», les informó, y agregó que podían ir a comer y cenar todos los días allí y que no se preocuparan por el dinero. Esa misma noche cenaron allí.

El tener solucionada la comida era algo importante, sobre todo porque liberaban a Lola de su carga. El único inconveniente que tenía aquello era que debían acudir al mediodía y por la noche allí, a aquel barrio que apestaba. La bronca en la calle o en los bares estaba a la orden del día. «Sería triste –llegaron a pensar– que en uno de estos altercados terminásemos en una comisaría».

Un día, por fin, llegó el célebre «enviado». Era la hora de la cena y cuando iban a sentarse, el dueño les hizo una seña. Se acercaron a él y les condujo a una trastienda, una especie de reservado.

Allí sentado, en la única mesa que había, estaba su hombre. Era un muchacho de unos veinticinco años, robusto, con el pelo rizado y muy negro, bien afeitado e impecablemente vestido, aunque no acorde con el tiempo. Su traje era negro y su camisa pulcramente blanca. Llevaba una corbata negra. Parecía vestido para asistir ir a un funeral. ¿Serían ellos los difuntos?

El dueño de la taberna les sirvió la cena y pensaron que se trataba de algo extraordinario, porque eran unas habas aderezadas con pedacitos de jamón.

Había algo que les chocaba en el personaje en cuestión. Ellos, entonces, tenían un lenguaje propio, casi un código. Y este «enviado», que terminó diciéndoles que le llamaran «Pepe», en nada conectaba con su lenguaje. Incluso cuando pronunciaba el término «compañero», éste sonaba a algo postizo. A pesar de sus aprensiones, quisieron creer que sus colegas habían tenido que echar mano de muchachos que, aunque no muy bregados en sus medios, mostraban voluntad de implicarse y que podían pasarse por alto ciertas deficiencias. Si había voluntad, ¿qué más se podía pedir? Se trabaja con el material que se tiene –terminarían por decirse para convencerse a ellos mismos de que no había razones para sospechar de Pepe.

Tras reflexionar unos momentos, les dijo que sería bueno que intervinieran ellos también en el «golpe» que se había planteado y que se llevaría a cabo al día siguiente, domingo. Si estaban de acuerdo les daría cita para la tarde antes de la acción, allí en el bar. Aceptaron y se despidieron. Pepe continuó en la trastienda acompañado de dos muchachas que habían ocupado los asientos que ellos dejaron.

Acudieron a la cita. Allí estaba Pepe, acompañado de las dos mujeres de la noche anterior, bebiendo unas copas de vino. Comieron con ellos y observaron que su amigo trasegaba demasiado. Ellos eran entonces abstemios, pero además de eso pensaban que cuando se iba a entrar en acción no se debía beber, porque el alcohol en vez de dar estímulo lo que hace es disminuir los reflejos.

Para prepararse a cuando llegara el momento necesitaban de algún arma. Y en su derrotero nocturno se encontrarían con un sereno que realizaba su ronda a unos cien metros de donde ellos estaban. Fueron hacia él. Cuevas se le acercó, le dio las buenas noches, y amablemente le dijo que no querían hacerle ningún daño, pero que necesitaban su revólver. Al oírle hablar así el hombre les miró, no asustado, sino más bien preocupado.

Obtenida de esa forma el arma, quiso Andrés quitarle el pito, pero el hombre alegó que lo necesitaba por si tenía que socorrer a alguien en peligro. Comprendieron su preocupación, pero le dijeron que no lo tocara hasta darles tiempo a desaparecer. Cumplió su palabra y pitó después.

Armados de aquel revólver se creyeron casi dioses o, mejor aún, diablos. El día en casa de Lola lo pasaron dándole vueltas a la idea de proseguir su tarea para armarse los dos. Pero habían renunciado al proyecto de hacerse con el arma de algún otro sereno para dar un paso más peligroso: desarmar a un guardia civil, lo que al fin y al cabo se ajustaba más a su proyecto revolucionario.

Iban a la deriva cuando, de pronto, de una escalera salió un agente de ese cuerpo que echó a andar ante ellos. Le siguieron con el propósito ya mencionado y aguardando el mejor momento para entrar en acción. El guardia se engolfó por aquel lugar y justo en el momento que pensaban actuar se oyeron varias detonaciones de pistola, luego unas ráfagas.

El agente se encontró tan sorprendido como ellos y sacó inmediatamente la pistola lanzándose como una furia –sin reparar en ellos– hacia el lugar de donde procedía el barullo. La cosa empezó a complicarse seriamente con explosiones de bombas de mano, uniéndose a todo ello un ruido infernal de gritos y pitos de sirena. Tenían la sensación de encontrarse en el epicentro del teatro de operaciones. ¿Qué iban a hacer? Lo más lúcido habría sido deshacerse de la pistola, ocultándola en alguno de aquellos derribos de construcción. Pero por nada del mundo querían despojarse de aquel arma por la que tanto habían apostado.

Un día se llegaron hasta la puerta de una sucursal bancaria con la esperanza de echar mano a un buen paquete de billetes. Pero la única persona que acertó a salir del banco con un buen fajo de ellos, envuelto en un periódico, fue un chiquillo de unos quince años.

El muchacho salió con su paquete bajo el brazo y confiado. Bastaba solamente darle un empujón y salir corriendo. Pero no tuvieron valor de atacar a un zagal de aquella edad. Eran unos sentimentales.

Otro día, hacia las ocho de la noche, entraron en una joyería. Presentaron como excusa el arreglo de un reloj. El joyero les recibió muy bien. Les dijo que la compostura del reloj valía más que el objeto en cuestión, aconsejándoles que no gastaran el dinero en eso. Iba pobremente vestido y su negocio no parecía muy boyante. ¿Cómo podían robarle a

aquel hombre? Estaba visto que ellos no valían para eso. Le dieron las buenas noches y salieron riéndose de su incapacidad para esa tarea.

No pudieron realizar nada, así que decidieron seguir su camino cada uno por su cuenta. Separado de su compañero, Cuevas quería dar mayor sentido a su vida, tanto en el aspecto laboral como en el sentimental, y se unió amorosamente con Ana, su vecina.

Ella le propuso que se trasladara a su casa para vivir juntos. Pero la situación de Ana, económicamente hablando, era aún peor que la de Lola, y resultaba imposible pensar que un total de cinco personas pudiera vivir del jornal de Andrea y de las escasas entradas de Ana con su costura. Estaba claro que de ir a vivir con ellas debía tomarse en serio la cuestión del trabajo.

Capítulo XXXI

Acudía Maura a Carranza en junio de 1910, fecha en la que pronunciaría su llamado discurso de la tolerancia. Y apenas entonado con su baño mañanero, decidió don Antonio salir «a despuntar el vicio», como él llamaba a su recreo acuarelístico, pues le quedaba tiempo por la tarde para disponer el guión de su discurso. Su amigo Ramón Bergé le pilotó hacia la zona de la Concha y pronto allí terminó el dibujo del asunto... Rasgadas las nubes aún perduraban flotantes hilachas de ellas dando vaguedad al contorno de las cumbres mientras el sol –rareza luminosa de la climatología vizcaína– alegraba la vivienda, con la rústica solana de barandas medio destrozadas y la parra que adorna el ventanuco de la cocina. Terminado el dibujo, y cuando apenas había dado color a la pared luminosa, se eclipsó el sol con nubarrones imponentes. Variada la luz, variaba el asunto. Se imponía dejarlo para mejor ocasión, que se

presentó al día siguiente de su discurso, el 27 de junio, día en el que una concentración de republicanos de Santander en Bilbao dio origen a unos sangrientos sucesos en la Villa.

El número 40 de la calle de la Calatrava señalaba la puerta de la casa; en poco se distinguía ésta de sus vecinas: fachada lisa, encalada, con sus persianas verdes, sin la menor pretensión de grandeza. Una puerta pequeña de madera barnizada, encuadrada en un marco de piedra lisa daba acceso al portal, pequeño también, embaldosado en blanco y negro como un gran tablero de ajedrez. A la derecha del mismo arrancaba una escalera independiente que llevaba al piso de sus padres. Le daba entrada una puerta, también de pino pulcramente barnizado, al lado de la cual colgaba un llamador formado de barrigas de latón colgando y rematadas en una anilla tan escrupulosamente limpia que de oro parecía. Al tirón respondía el tintinear de una campanilla, respetando la tradición y desdeñando los eléctricos sustitutos. Abierta la puerta, ésta da acceso a un gran *hall*, con viejos y pulidos muebles, antiguos cuadros y el techo sostenido por grandes y ennegrecidas vigas. Al fondo se abría la entrada a la salita, donde se congregaba la familia, como estancia más acogedora, con más luz y amueblada a la manera de entonces.

«Una de dos –señalaría Maura–, o vamos para dentro de pocos meses a una dictadura militar, a la ruina de la Constitución, al retroceso de España a la mitad del siglo pasado... o ha de ser el Parlamento quien, representando

genuina y verdaderamente a la nación, resuelva las deficiencias, las flaquezas, la crisis providencial e inevitable de la realeza».

Por otra parte, la actitud del rey de recibir a diferentes líderes republicanos –promovida por Canalejas– fue para Maura símbolo de la «desmajestización» de la Corona. Y en un discurso que pronunció en el Congreso en 1913, dijo que suponía «el entronizamiento del poder personal del monarca con la ruina evidente de la Constitución».

No obstante, Maura no consideraría anticonstitucional la iniciativa del monarca en 1909, forzando su dimisión y llamando al líder liberal, sino en que –según su opinión– el rey se había inclinado por un partido llegado al poder con el apoyo de los facciosos y, por lo tanto, anticonstitucional por inducción, al haberse aliado con elementos antidinásticos y revolucionarios. De este modo, la actitud de implacable hostilidad que declaraba don Antonio al gobierno Moret salpicaba inevitablemente al rey.

Maura se fue y Moret llegó al gobierno gracias a la intervención de don Alfonso, pero también cayó a los pocos meses, cuando Alfonso XIII le manifestó su voluntad de llamar a consultas a los liberales disidentes.

Don Alejandro Pidal diría poco después a Maura: «Oigo ahora a Moret, que sabe que el rey está sumamente preocupado». Lo más chusco es que añade que toda la

perturbación política vino de la crisis en que usted dimitió, sin causa justificada alguna, con una mayoría ideal –como no ha visto otra– y sin más que unos *fuegos de hojarasca* parlamentarios, que ya se sabe por todos que ni son ni significan nada, fuera del momento, en este país».

La primera etapa del reinado de don Alfonso coincidiría con el proyecto Maura, que conformaría el intento de construcción parlamentaria de la monarquía y se correspondió fundamentalmente con el proceso crítico de formación política del rey entre 1903 y 1909, es decir, entre sus 17 y sus 23 años. Don Antonio era muy consciente de que, si bien estos años fueron precisamente los de su mayor popularidad, ésta podía entenderse fácilmente también como producto derivado del propio «encanto» del monarca.

Entre diciembre de 1903 y octubre de 1909 la relación entre el político mallorquín y el rey fue muy intensa. Por una parte, Maura se calzó el traje de luces... y taquígrafos –según ironizaban las caricaturas de prensa– y comenzó a lidiar la situación política, desarrollando su proyecto y haciéndolo además con la determinación en él característica.

Después el monarca retiró literalmente su confianza a Maura y llamó al liberal Moret para meses más tarde, y en una operación confusa, darle el poder a Canalejas en 1910. La seguridad de la monarquía y el papel del rey en la democratización del régimen se convirtieron en base de argumentos de todo tipo en los debates sobre la crisis que

se prolongaron hasta 1913. De manera muy sucinta: entre liberales y republicanos pareció triunfar la tesis de que era positiva la intervención política de la Corona si ésta era progresista o democrática (sin atenerse a tantos remilgos constitucionalistas o pseudoparlamentaristas). Y entre los conservadores se dibujaron dos líneas: una constitucionalista y parlamentarista, la de don Antonio; y otra, pragmática y pactista, la de los conservadores datistas y exvillaverdistas. Desde el mismo momento en que se produjo la crisis de octubre de 1909 comenzó un proceso de reacomodación interna del Partido Conservador en el que afloraron las disidencias y las pugnas faccionalistas contenidas y no resueltas desde la muerte de Silvela. La peculiaridad era que estas disidencias no se dirimieron en debates internos, sino en los pasillos del Palacio Real.

Según parecía, Alfonso XIII hablaba «pestes» de don Antonio y buscaba potenciar una jefatura de partido y de gobierno alternativa. En cuanto al líder conservador catalanista, Cambó, se rumoreaba que el rey le mintió, haciéndole ver que era el político mallorquín el que le había abandonado en un momento crítico. «¿¡Cómo puede imaginar usted que me haya dejado solo en estos momentos, cuando yo estaba dispuesto a dar la batalla contra la canalla que deshonra a España!?».

Y el enfrentamiento entre Maura y la Corona se agudizó a lo largo del año 1913. En abril, el rey dijo a Dato que si don Antonio le presentaba una lista con Cierva y su hijo Gabriel,

no se la aceptaría. En realidad, y en general, se consideraba a Cierva como un punto negro de Maura, que debería rectificar para llegar al poder, y esa rectificación se llamaba abandonar a Cierva. Lerroux llegaría a decir que aceptaría un gobierno de don Antonio, pero sin su otrora ministro de la Gobernación.

Los sucesos de la *Semana Trágica* y la ejecución de Ferrer produjeron la imagen en algunos sectores de un Maura asesino. Pero éste indultó a Nakens, que había sido condenado por el regicidio en la boda del rey. Diría el propio Nakens mucho tiempo después: «No todos hubieran hecho lo que él. De haber continuado gobernando o en disponibilidad de gobernar nunca se lo hubiera dicho. Hoy añadido a eso: las deudas de agradecimiento quedan renovadas al pagarlas. Continúo siendo deudor suyo».

La memoria es, evidentemente, una de las prófugas de la política, repetía Maura muchas veces. Y en cuanto a la idea monárquica abonaba su tesis su propia experiencia.

Maura había sido –y lo sería siempre– firme partidario y aun bastión de la causa monárquica.

Lo afirmaría, por ejemplo, en una sesión del Congreso, el 9 de noviembre de 1906: «Yo digo que jamás, jamás el Partido Conservador ha dado lugar –yo nunca daré lugar mientras conserve sana la razón– a que se asocie la responsabilidad personal del rey, la persona del rey, a las obras que yo crea

útiles bajo mi responsabilidad, con mi falibilidad, con mi transitoria permanencia en el gobierno. Porque otra cosa no es régimen constitucional ni relaciones entre ministros y rey. Yo he jurado la monarquía constitucional. El día en que la política en vez de hacerse en la calle, contrastando unas fuerzas sociales con otras, consistiera en el asedio de la voluntad del monarca y se elaborara entre las idas y venidas de los profesionales de la intriga por las antecámaras del palacio, ese día yo declinaría la confianza de mi partido, porque no tendría aptitud para dirigir, ni siquiera vocación para seguir, yo estimaría derogada la Constitución y suicidada la monarquía».

Don Antonio tenía muy clara la visión simbólica, la encarnación de la patria que había detrás del rey: «Las ideas abstractas no se acomodan con facilidad en cerebros poco cultivados, y de la propia manera que es imposible que la mujer humilde y sencilla conciba la idea de Dios sin poner su imaginación en la imagen de los altares que le ayudan a elevar su pensamiento a las alturas, así la inmensa mayoría del pueblo español no sabe concebir la nacionalidad, no entiende la nacionalidad, no se explica el vínculo que hace común al andaluz y al gallego, al aragonés y al castellano sin la persona del monarca, porque él es viviente la patria misma».

Era su permanente idea de la monarquía. Y así lo expresaba Maura: «Y es que constituía un obstáculo gravísimo para la íntima compenetración de que ha menester la oratoria el

cotejo silencioso, al cual provoca todo desacuerdo entre lo que se oye y lo que del orador se sabe y recuerda. Si en su vida hay antecedente disconforme con lo que dice o hace ahora, si cayó en culpas, contra las virtudes que ensalza, si en la materia que trata padeció errores, aunque ya fueren adjurados, líbrese de confiar en que, callando, ello pasará inadvertido; apresure las bastantes explicaciones y adelante la medicina contra el tósigo. Los oyentes tendrán benignidad con las flaquezas confesadas, aplauso para la enmienda, gratitud por la ingenua satisfacción que se les dé; pero serán implacables contra la disonancia entre las voces y los hechos».

Pero la institución monárquica se encarnaba en las personas. Y en cuanto a la Augusta madre de S.M. ha afirmado el político mallorquín que la historia diría que durante la Restauración y la Regencia ni los partidos, ni las Cortes, ni la prensa, ni los comicios electorales supieron cumplir sus respectivos deberes, mientras que la Corona cumplió los suyos. Pero no siempre alabaría Maura aquella labor de doña María Cristina. Don Antonio escribiría a Bergé sobre la reina como «esa mujerzuela que ahora mangonea las cosas de la nación». La carta traía su causa en que se encontraban de por medio las *elecciones limpias* organizadas por don Antonio a cargo del ministerio de la Gobernación en el gobierno presidido por Silvela. El descontento llegaría al Palacio de Oriente, que consideró que habían puesto en peligro el prestigio mismo de la monarquía.

Y no se engañaba apenas Maura acerca de la impresión que proyectaba él en la familia real en general y en la Reina Regente por aquel entonces. Que, para ellos, la actitud de don Antonio era bastante clara y terminante. Que estaba convencido de lo que decía y lo exponía con entera claridad. Que su palabra acre y amarga respondía al estado de su espíritu. Que anatomizaba todo lo que existía, dudaba del porvenir de España y temía fundamentalmente que, si pudiera hacer lo que se proponía, fracasaría probablemente. Que, a diferencia de los demás políticos, hablaba poco de las personas y se preocupaba sólo de las ideas y de las soluciones. Que éstas eran absolutamente radicales. Que quería cambiarlo todo, volverlo todo de arriba abajo. Ejército y Marina, régimen municipal y recaudatorio, la administración civil en las provincias y, sobre todo, el procedimiento electoral. En una palabra, creía Maura que había que jugárselo todo a una carta como medio único de ganar la partida. Y, si no se podía, retirarse para siempre de la vida pública. Monárquico convencido porque creía al país identificado con la monarquía, pero que no sentía por ella entusiasmo y la juzgaba con dureza rayana en la injusticia.

A su vez, tenía don Antonio su propia consideración sobre el estado de la monarquía en aquellos momentos. Porque, nombrados los diputados en su inmensa mayoría por tolerancia, o por voluntad de los gobiernos, apartada la opinión pública y desentendida la inmensa mayoría de la nación de los negocios públicos, se levantaba sobre el yermo

el poder real: el poder real asediado por todos, bloqueado por todos, con intentos de sugestión por todos lados, y teniendo que sufrir las deficiencias, o la atrofia de otros órganos constitucionales; el poder real personificado entonces en una regencia que tenía contados sus días y mañana en un adolescente en torno de quien era verdad que se arremolinaban las esperanzas, pero también los sobresaltos del patriotismo.

Estaba doña Cristina rodeada por los prestigios del dolor, pero no por los de la popularidad, y aun cuando poseía ya la augusta viuda, con el dominio del idioma castellano, alguna clave del conocimiento del alma nacional, le había faltado, sin duda, para tan complejo estudio, tiempo, vagar y quizás también guía experto, siquiera supliese en parte esta deficiencia, la sólida educación que en Austria recibían, según se estilaba entre princesas de su ilustre linaje, tantas veces llamadas en el curso de la historia a compartir tronos y aún a regir monarquías.

Un precepto expreso de la Constitución de 1876 invalidaba de antemano cualesquiera resoluciones regias que no estuvieran refrendadas por algún ministerio responsable, y como cuantos lo eran de la Corona habían de contar además con la confianza de las Cortes, cada vez que el monarca discrepó de todos sus consejeros (y por consiguiente también de las mayorías parlamentarias) se le planteó invariablemente este dilema: o despedir al Gobierno y

disolver las Cortes, todo al mismo tiempo, o transigir y someterse al dictamen ajeno.

Pero no se opinó del mismo modo en Palacio. Parecía juzgar la Reina Cristina insólito y reprobable el estoicismo de Maura ante el fracaso electoral como lo fue en las postrimerías de su regencia el de Silvela ante lo que se llamaría «el conflicto diario», por lo común de los desencuentros entre su gabinete y el palacio real. Don Alfonso compartió esta vez el parecer materno. Habían de celebrarse elecciones municipales, y si las presidía el mismo ministro, sin rectificar sus extravagantes métodos de gobierno, el resultado final no sería ya únicamente lamentable, sino funesto, cuando no catastrófico.

Durante un tiempo, la institución monárquica se resintió del desprestigio que había querido evitar sacrificando a «un Catón» –por Maura–. Éste aprendería la lección y variaría su estrategia. Antes de proceder de nuevo a unas elecciones limpias y poner en brete a la monarquía, había que unificar al Partido Conservador, modificar la administración, realizar una amplia labor legislativa y educar a la ciudadanía. Dignificar las instituciones y arraigar la monarquía.

El joven rey, Alfonso XIII, a decir de todos, era un estudiante inteligente, pero hacía gala de un escepticismo profundo respecto de las ideas de carácter liberal, considerando las restricciones constitucionales sobre sus prerrogativas como un compromiso desagradable, por muy

necesario que fuese. Al parecer, don Alfonso le preguntó en una ocasión a Santamaría –su profesor–: «¿Y qué he de hacer cuando, en conciencia, la observación de la Constitución se oponga a mis deberes para con España?».

No resultaría extraño por consiguiente que sus relaciones con el que llegaría a ser presidente del Consejo de Ministros fueran difíciles.

No le faltaría a Maura cierta prevención para con aquel augusto joven. No había que esperar –pensaba–, no deberíamos mentirnos a nosotros mismos, porque no lo creería nadie, que un niño de 16 años no sólo iba a poder ejercer las prerrogativas propias de la Corona según la Constitución, sino que iba a poder suplir y reemplazar la esencia o la cooperación de las Cortes, de la opinión, de la prensa y de los partidos.

Ocurrió a Maura que, desde que juró el cargo de presidente del Consejo, entendería que la edad del rey, por lo mismo que la Constitución le había llamado al pleno ejercicio de su potestad, complicaba sus obligaciones de Primer Ministro con cuidados y advertencias de índole tutelar sobre la persona del monarca. En el comienzo del reinado, cualquier mala práctica se le representaba a don Antonio agravadísima en el orden de sus responsabilidades morales. Sin desconocer el riesgo de que la severidad causase desvío, una intrínseca contraposición de oficio tan inamovible como lo era por voluntad del rey el ministerial.

Procuró el político mallorquín constantemente sortear las dificultades, aunque no estimó lícito captar el afecto personal por medio de condescendencias que, apartándose del deber, oscurecieran a los ojos de Su Majestad el altísimo concepto de su misión soberana.

De manera inevitable, por lo tanto, Maura, seguramente ya desde esas fechas, se convertía para el rey en un «don Antonio» cascarrabias, distante, respetado... pero no querido: era el único político al que no llamaba de tú, circunstancia ésta que en absoluto disgustaba al político.

Con la consolidación entre los años 1903 y 1904 de una jefatura fuerte en el Partido Conservador, la de Antonio Maura, y las firmes convicciones de éste sobre hasta dónde debía llegar la comunicación y las sugerencias de la Corona, y desde dónde le correspondía actuar de manera autónoma y responsable al gobierno, las cosas parecieron cambiar y Alfonso XIII alejarse del primer papel de la escena política.

Comenzaría la más estrecha relación entre ambos en noviembre de 1903, cuando se llamó a Maura a Palacio, de donde podía concluirse que se pensaba en él para otros lugares en nuevas combinaciones. A principios del mes siguiente llegó, en efecto, al poder. Dicho acontecimiento probaría que no existía ninguna prevención en la Real Casa con respecto al político mallorquín. Pero además don Antonio había conquistado la dirección del conservadurismo estableciendo el vínculo con Silvela, triunfando desde el

punto de vista oratorio. Algunos representantes extranjeros comentaban que a los españoles nada les divertía tanto como las crisis de gobierno, y que el desorden que reinaba en el Partido Conservador explicaba que la monarquía, en un país tan indisciplinado y desorientado como era España, era la única institución que representaba algo sólido. Los republicanos, en cambio, dijeron que Maura llegaba al poder gracias a una nueva crisis «oriental» y con toques «femeninos», por haber mantenido «ciertas conferencias» con doña María Cristina.

Capítulo XXXII

Mella –aquel teórico anarquista– había adoptado, según le contaba Remigio cuando salía de su pertinaz silencio, las tesis colectivistas de Bakunin, por las cuales se pretendía la posesión común de la riqueza natural y social, así como de todos los medios de producción, pero la posesión privada de los bienes de consumo elaborados individual o colectivamente. Quizás esas tesis le llevarían a colaborar con republicanos o socialistas, perseguido por su afán –como el de Ferrer Guardia– por apoyarse en el impulso ofrecido por el cambio de forma de Gobierno para asaltar la misma estructura del Estado.

Pero Pamplona seguía marcando el derrotero de sus recuerdos. Y recorriendo la ciudad advirtió Cuevas un solar en el que trabajaban varios obreros abriendo una zanja para los cimientos de un edificio que se estaba proyectando.

Preguntó a uno de ellos si sabía que faltaba algún peón en la obra. Éste le aconsejó que se dirigiera al almacén de materiales de construcción que había allí enfrente y que pertenecía al dueño de la obra.

Cuando llegó al almacén, el responsable estaba vendiendo unos sacos de cemento. Era un individuo alto, robusto y con algo de desdén en la mirada, por lo que pudo apreciar en el trato que daba al comprador de cemento.

Cuando terminó la venta, Andrés se acercó a él y le preguntó si había trabajo en la obra. Le miró de arriba abajo, calibrándole. Hizo un gesto de duda, pero le respondió que el único trabajo que podía ofrecerle era el de peón para la zanja que se estaba abriendo. Cuevas respondió que el trabajo le iba bien. Él insistió que la tarea era dura y que las condiciones de trabajo eran de siete pesetas por ocho horas de faena. Como también aceptó el militante libertario esas condiciones, entonces le dijo que se fuera a la obra y que se pusiera a cavar en la zanja como los otros.

Eran las nueve de la mañana. Trabajó hasta las doce. Llegada esa hora sus compañeros de trabajo le dijeron que había una hora para comer, abandonando la zanja. Pero ninguno de ellos salió de la obra. Cada cual comenzó a comerse un bocadillo que tenía envuelto en la hoja de un periódico, sentados sobre la tierra. Andrés no llevaba bocadillo alguno ni dinero para comprar una barra de pan. De todas maneras, tampoco tenía hambre. Tenía las manos

llenas de ampollas y temblaba ante la idea de que empezaran a reventarse, cosa que tenía que suceder por el roce de la mano con el mango del pico o de la pala. Se tumbó sobre unos meseros para aprovechar la hora de la comida en descanso. Los compañeros de trabajo le preguntaron que por qué no comía. Les respondió que estaba rendido, pero uno de ellos observó que no tenía ninguna clase de envoltorio y pensó que no debía tener comida. Cortó un pedazo de su bocadillo y se lo ofreció. Andrés apreció aquel gesto. Quien le daba el pan, por su acento, era maño, y le respondió que apreciaba mucho su acto, pero que realmente no tenía hambre. El muchacho hizo un gesto indefinible y le respondió que se lo ofrecía de corazón.

Cuando recomenzaron la tarea empezaron los sufrimientos de sus manos. Las ampollas comenzaron a reventarse y el roce de la mano con el mango del pico le hacía ver las estrellas. El muchacho que le había ofrecido el pedazo de bocadillo le dijo que se mease en las manos y que el orín le aliviaría el dolor y cicatrizaría la llaga. Le hizo caso. La molestia se mitigó, pero persistía. Con el pañuelo que llevaba, rompiéndolo, se hizo vendajes para las manos. Y continuó la tarea.

Hacia las tres de la tarde vino el dueño de la obra y habló un momento con quien debía ser su hombre de confianza. Después echó un vistazo sobre el trabajo realizado y detuvo su mirada en él, seguramente porque le llamó la atención el vendaje de sus manos. Dio la vuelta, pero se volvió de nuevo

y le miró. Reflexionó un momento y luego le dijo que le siguiera. Intuyó Cuevas que su tarea de peón no le interesaba y que le iba a liquidar las horas trabajadas, despidiéndole.

Cuando llegaron al almacén le dijo que él nunca había trabajado de peón de la construcción. Andrés le dijo que efectivamente era cierto, pero que necesitaba trabajar en lo que se le permitiera. Le preguntó si sabía escribir. Y al darle una respuesta afirmativa le dijo que se quedase en el almacén atendiendo a los clientes. Le mostró la lista de precios y el libro en el que debía tomar nota de las ventas.

Un día, el dueño de la obra le dio un cheque para que fuera al banco y retirase una cantidad. La cifra era importante para los tiempos que corrían. Se trataba de 20.000 pesetas. Fue al banco, cobró la cantidad sin darse cuenta de lo que significaba aquella operación, hasta que se vio con el fajo de billetes en la mano. Saliendo del banco se pintaría en su mente el rostro simpático del joyero que intentaron atracar... Todo pasó como una ráfaga por su imaginación. Se encontraba fuera de sí. Entró en un bar, pidió un café y se quedó allí sentado durante cierto tiempo, dándole vueltas a la cuestión de conciencia que el dueño de la obra le había planteado. En bandeja le ofrecía la tan deseada oportunidad. ¿Qué haría? Por un lado, estaba la posibilidad de llevar adelante su proyecto, pero por otro se le presentaban problemas morales. ¿Cómo podía abusar de la confianza que el dueño de la obra había depositado en él? Huir con ese

dinero que no había sido conquistado a punta de pistola, ni producto de un robo. Simplemente era traicionar una confianza que se había depositado en él, y aunque fuese un burgués (que no lo era, a lo sumo un contratista de obras) aquello no era más que un robo. Simplemente eso, un abuso de confianza. Apartó de su mente toda clase de tentaciones y volvió al almacén casi avergonzado. Subió la escalerilla hasta el rellano en que el dueño de la obra tenía montada su oficina. Él estaba allí, discutiendo con su joven esposa los asuntos del negocio, puesto que era ella quien llevaba la contabilidad. Puso el fajo de billetes sobre la mesa, pero debió el dueño adivinar algo extraño en él, porque cuando inició la salida del despacho, le preguntó qué le pasaba. Cuevas se sentó ante el matrimonio y le dijo que jamás, jamás le enviara a buscar dinero a un banco. Le explicó su crisis de conciencia. Él le escuchó en silencio y le dijo que tenía mejor fondo moral que él, porque en idénticas condiciones él se habría marchado con el dinero. Apreciaba su acto, máxime que, bien considerado, todo estaba a favor de Cuevas: no sabía realmente cómo se llamaba ni dónde vivía. Su acto habría quedado impune.

A partir de ese momento, sus relaciones con el dueño de la obra cambiaron radicalmente: fueron más transparentes, más humanas, más de personas, y pudieron hablar de muchas cosas relacionadas con la situación política que vivían y de las que quizás no habrían hablado nunca. En realidad, se hicieron amigos.

Supo Cuevas de su madre. Vendía la ropa usada con lo que se ganaba la vida y sacaba adelante a su familia. Por la puerta del hambre en su casa familiar había entrado el mal de moda: la tuberculosis. Su hermano José, y Matilde, la única mujer después de su madre en la casa, también había sido rociada por el fatídico bacilo. Su otro hermano, Antonio, se encontraba internado, porque había sido sorprendido robando comida en una tienda. En ese infierno, la única que se mantenía firme era su madre, porque pertenecía a una raza de luchadoras que ya entonces se encontraba en declive.

Pero la relativa normalidad de su situación no podía durar mucho tiempo. Atrás quedaban muchas cuentas pendientes por resolver. De modo que, llegado a casa una de aquellas noches, sería Cuevas detenido y conducido al recinto policial. Compareció el sereno y el comisario le preguntó si reconocía a Andrés como a uno de los que le habían desarmado. Le miró desde varias distancias y terminó por decir que no se trataba de él, que era la primera vez que le veía. Dijo, además, que quienes le habían desarmado eran mayores que Cuevas y más corpulentos. El comisario insistió, casi forzándole, pero el sereno mantuvo su primera declaración.

La negativa del sereno era un tanto a favor de Andrés, que se dispuso a aprovechar, negando la autoría del asunto de la pistola. Un elemento positivo al que se agregaba otro: no se le responsabilizaba de delito alguno cometido a lo largo de la gloriosa *Semana Trágica*.

También habían detenido a su compañero de fatigas, a Salvador... por lo que Cuevas deduciría que algún conocido o amigo común les habría denunciado. Les condujeron a la cárcel, en espera del juicio. El policía les entregó en la primera cancela. Los guardianes de prisiones se hicieron cargo de ellos y les llevaron a la oficina de registro. Una vez fichados, continuaron por aquel largo pasillo que conducía al Centro –los presos lo llamaban Kiosko– y de allí, tras pasar otra cancela–puerta de barrotes de hierro, se les condujo al segundo piso de la galería, que daba al lado de la calle.

Apenas sin tiempo de hacerse con su nueva situación, al rato, se abrió la puerta de la celda y un preso–ordenanza les dio dos petates muy sucios y dos mantas, también sucias. La puerta se cerró de nuevo. Cuevas arreglaría los petates en forma de sofá.

Así pasó unas horas. Poco después sonó una trompeta con el toque de fajina. Era la hora de la comida. En la galería se oyeron en seguida ruidos metálicos de objetos arrastrándose y el sonido de cerrojos con sus correspondientes portazos. Pensó que debían estar repartiendo la comida. El rumor de los cerrojos fue acercándose hasta su celda. Se abrió la puerta, pero no tenía plato ni otro recipiente para recoger su condumio. Un ordenanza se ofreció a prestarle un plato y una cuchara. Recibió un cazo del alimento que había en la caldera y también el pan del día.

Se sentó en su petate para comer, pero el rancho era

aborrecible. Estaba compuesto por un guisado de bacalao con boniatos, de gusto indefinible. Se levantó, y con el agua del grifo, lavó los pedazos de boniato y los de bacalao. Ambas cosas, por separado, aún resultaban comestibles. Tras consumir el plato, la emprendió con el chusco a pedacitos hasta finalizar con él.

Un día, por la mañana, a eso de las diez, se abrió la puerta y el guardia dijo a Cuevas que le siguiera, que iba a «jueces». Es decir, al locutorio de abogados y jueces para declarar de nuevo.

De modo que volvió a deshacer el camino que hizo a su entrada, pero antes de llegar a la cancela de salida le hicieron torcer por un pasillo a la izquierda, que era donde se encontraba el locutorio.

El recinto era un entrecruzado de hierros de arriba abajo, separados por tabiques que formaban casillas aisladas. Le situaron ante una de ellas y el funcionario se quedó allí con él, vigilándole.

Tras la reja se encontró con un comandante de Infantería. Tenía la gorra puesta. De su cara se destacaba una nariz afilada, unas gafas y su boca, de finos labios, que parecían cortados por un cuchillo. Andrés no veía más que las gafas y la visera de su gorra. Estaba de pie y a su lado había un soldado sentado y encima de la mesa unos papeles, el sumario. Se lo quedó mirando. Comenzó el interrogatorio.

–Tú eres una mala persona –le dijo–. Lo que no has firmado ante la policía lo vas a firmar ahora. ¡Anda, toma! ¡Firma!

Cuevas le respondió que no firmaría nada sin leerlo. Se lo dio. Lo leyó. Y le devolvió el papel sin rubricarlo.

–Eres un gallito –dijo, y con una mirada dio instrucción al soldado de que le sacara de allí. El vigilante le tiró de la manga y le sacó de la casilla.

Fue el vigilante hacia Andrés ordenándole que le siguiera. Cruzó de nuevo la cancela y volvió a su celda con ruido de puerta y cerrojazo a sus espaldas.

Capítulo XXXIII

Pintaría Maura una de sus acuarelas en la alquería mallorquina D'Avall, en las vacaciones que siguieron al segundo de sus atentados. El objeto de su atención, situado en los repliegues de la sierra de Alfabra, vivienda recogida entre olivares antiguos y huertos aromatizados por cuantas frutas melosas pueden ser regalo del paladar. Un escudo nobiliario sobre el portón entreabierto de la finca pregona su abolengo aristocrático, común a la gran propiedad territorial de la isla, como originado por el «Repartiment» que hizo don Jaime el Conquistador del suelo balear entre los caballeros catalanes y aragoneses que le asistieron en la magna empresa. No había que creer que por lo dicho la alquería era mansión de ocio. Por el contrario, la puerta franca conducía al patio típico de una granja de labor en plena actividad, un almez vetusto daba sombra a un pozo de

alto brocal florido en torno al cual abrían sus puertas la almazara, la bodega, los graneros, las caballerizas... Por los rincones había aperos de labranza, jaeces de caballerías, cestos y esportillas de palmito trenzado con la gracia peculiar a esta rama de la artesanía mallorquina. Encima de estas dependencias, las habitaciones de jornaleros y servidores abrían sus ventanas de alegres cortinajes o cadenetas de cuentas multicolores, accesibles a la brisa más leve y protectora, con su inquietud constante, contra la bichería alada que acechaba la fresca penumbra de los interiores.

Y también en Mallorca, en Palma, su casa familiar en la calle de la Calatrava. Recordaría don Antonio la galería de cristales de la fachada posterior de la casa, miraba ésta al mar, dominando gran parte de la bahía y era como una maravillosa compensación a la mezquindad de la calle y su menguado horizonte; la brisa del mar daba de lleno a la galería y el aire marino luchaba, no siempre con ventaja, con las emanaciones de las tenerías; parecía como si quisiera purificar el ambiente y alejar así más el espíritu de aquella triste realidad de los obradores con sus medio desnudos operarios, sus moscas y el hedor de pieles y curtientes.

Su primer gobierno no duraría demasiado. En diciembre de 1904, la carta remitida al rey por don Antonio para comunicarle su dimisión fue escueta y precisa respecto de los motivos por los que el presidente llegaba a esa decisión: «La dificultad que ha surgido con ocasión del nombramiento del Jefe del Estado Mayor Central del Ejército, apreciada

unánimemente por el Consejo de Ministros, me impone la dolorosa obligación de poner en manos de V.M. la dimisión del gobierno».

Traía su causa aquella dimisión de lo acontecido unos meses después de nombrado el gobierno, en diciembre de 1904. Alfonso XIII se empeñó en declarar un pulso al gabinete nombrando Jefe del Estado Mayor a un candidato propio que contravenía al propuesto por el ministro de la Guerra. La dimisión de Maura y del Consejo en pleno (que don Antonio definió como «crisis del régimen» y no del gobierno) demostraría la firmeza anti-intervencionista monárquica de la que hacía gala su presidente. Sin embargo, y en vista de la animación de las oposiciones que querían utilizar su muy alabada dimisión como ariete antimonárquico, el político mallorquín adoptó inmediatamente ese papel que le sería tan propio a lo largo del reinado, el de «guardaespaldas» del rey (bombero de la monarquía, como diría su colaborador Silió), aunque no cesara de ejercer de crítico implacable. Quizás exagerado, añadiría el mismo Silió, que ejercía tanto de pirómano como de bombero.

Fue entonces cuando Maura dijo que creía disponer de un continente de confianza regia y resultaba que sólo tenía un tiesto.

Parecía también que la insistencia de Alfonso XIII en el nombramiento del citado General fue un intento de

convertir España a la forma de relación existente en Alemania, donde la autoridad monárquica no estaba constreñida por restricciones constitucionales.

Don Antonio se quejaba con frecuencia de que el cotidiano e incesante trato del rey con generales, jefes y oficiales y el intrincado concepto de la autoridad personal de un rey constitucional en el ejército dificultaban la consolidación del principio de soberanía parlamentaria.

Si alguna de las numerosas crisis que conoció el país durante el reinado de Alfonso XIII mereció de hecho el apelativo de «oriental» fue, sin duda alguna, ésta de 1904, puesto que no se tramitó en el Parlamento. Según diría el Conde de los Villares, tenía Su Majestad a la sazón 18 años, y un amor muy grande a su augusta madre; esta señora se consideraba en deuda con Polavieja, desde que Cánovas la obligó en 1897 a desconsiderarle públicamente y pidió a Su Majestad que le diera la Jefatura del Estado Mayor Central. Constitucionalmente, el rey podía darla a quien le pareciera, por ser jefe supremo del ejército, pero ni Linares, ministro del Ejército, ni Maura se allanaron al deseo regio. El candidato de Linares era Loño, figura respetable pero muy lejos de la categoría y prestigio de Polavieja (un militar que, sin embargo, había promovido un intento de golpe de Estado en el año 1898).

En la crisis de 1904 jugaron dos factores decisivos en el ánimo de don Alfonso: la ya señalada extrema devoción que

siempre demostró a su madre y algo que desde el principio de su reinado quiso dejar a salvo: su independencia de movimientos en la administración militar. Convendría subrayar, sin embargo, que probablemente fue ésta la última ocasión en que el monarca supeditó su iniciativa a las inspiraciones de la exregente.

Cabe decir de esta crisis que tuvo un trasfondo profundo. Esa decisión quebró una etapa de gobierno coherente y productiva y amenazó con hacer renacer la división del Partido Conservador. Las consultas que el monarca hizo entre los dirigentes políticos testimoniaron que el enfrentamiento entre el expresidente y el rey era profundo, pues el primero manifestó su decisión absoluta de no formar nuevo gobierno. No quería, por lo tanto, aceptar una vuelta al poder que hubiera supuesto maquillar la discrepancia en el principio de que el rey podía nombrar a los altos cargos militares sin la anuencia del ministerio.

Se produjo una nueva crisis a finales de enero de 1905 y, aunque los personajes consultados fueron numerosos, quedó demostrado que no había otra solución que la entrega del poder a los liberales. De hecho, fue lo que sugirió el mismo Maura «no conviniendo otras soluciones», aclaró al rey, porque descomponían a los partidos. No estaba dispuesto pues don Antonio a que el monarca eligiera un presidente conservador manejable. Romero Robledo propuso como primer ministro a Villaverde (quizás con el principal motivo de molestar a Maura). Al final, en

contradicción con lo sugerido por el político mallorquín, llegaría al poder Villaverde, toda vez que concluía un breve mandato del general Azcárraga.

Diez años después de aquellos acontecimientos consideraría don Antonio un defecto de todos los príncipes temer el talento y mostrarse no poco olvidadizos de los servicios de aquéllos cuyo sentimiento monárquico no se podía poner en duda. En suma, había ocurrido un choque personal en el que ni el rey ni Maura habían dado tiempo a la reflexión (habría un pugilato de tres semanas hasta que quedó solucionada la crisis, lo que probaría la firmeza de posturas de cada parte).

La situación podría haberse solucionado si don Antonio hubiera procurado no chocar con la juventud del monarca, sino dirigirla. Pero también apreció Maura en el rey un deseo de estar al frente del Estado Mayor a la manera del káiser alemán.

Pero la crisis mostró también otro aspecto que se repetiría con frecuencia: el rey podría siempre acudir en su apoyo en cada partido a los «acomodaticios» y su elección podía inclinar la balanza de las pugnas por el liderazgo.

Así, en 1904, recurrió a un Azcárraga cortesano que a su vez le recomendó llamar al gobierno a un Dato o a un Villaverde, también complacientes. (Justo en plena discusión por la jefatura entre villaverdistas, silvelistas y mauristas).

Aunque en este caso la apuesta del rey por Villaverde aceleró la impopularidad y definitiva defenestración del ministro.

Había sido, al fin y al cabo, un ensayo de lo que acontecería después de la crisis de 1909 y, especialmente, la que llevaría al poder a Dato en octubre de 1913. Ya no se trataba tanto de que las intervenciones regias incurrieran en flagrante inconstitucionalidad (la Constitución, como decía Azcárate, era muy laxa), sino de su efecto más dañino en el espíritu parlamentario. Por eso don Antonio, esta vez desde la oposición, volvió a cerrar una maniobra, protagonizada en aquel momento por un sector de los liberales: la que se denominó «crisis del papelito» y que pretendía conseguir potenciar una jefatura de partido a la vez que de gobierno para Moret, con el aval de la Corona.

Y era que, consultado don Antonio por el rey acerca de la posibilidad de aceptar una segunda disolución del Parlamento en beneficio del partido liberal en junio de 1906, emitió por escrito aquél un juicio muy negativo. No era lícito –según Maura– fingir que las Cortes actuales obstaran para obra política alguna, hasta el momento no intentada, ni siquiera definida. La concesión de una segunda disolución a los liberales sería una injerencia del rey en las discordias internas del partido y nada tan subversivo como erigir la debilidad o el desconcierto de un partido en motivo para confiarle una segunda convocatoria electoral; una cosa era el alto y noble influjo del rey en la política y otra este tipo de intervención.

Moret afirmó entonces que el culpable de que no le hubiera sido concedida la disolución era don Antonio, quien habría amenazado con el retraimiento de las labores parlamentarias.

Desde su retiro veraniego de Valldemosa aseguraría Maura que en ningún momento había indicado cuál sería la actitud del Partido Conservador en caso de disolución, pero señaló que tenía decidida su conducta personal, tan firme como meditada –la renuncia a la jefatura del Partido Conservador–, porque esa decisión habría supuesto la desaparición de la monarquía constitucional.

Lo que se había intentado en junio era sencillamente destruir el régimen constitucional, al cifrar toda la política en las determinaciones de la voluntad regia. «Yo, para esa política y para esos procedimientos, carezco de aptitud y de vocación», rubricaría don Antonio.

Pero, observando desde su atalaya los acontecimientos, vista la actitud de Palacio respecto del nombramiento del jefe del Ejército, la relación de Maura con el rey se deterioraba a ojos vistas. «Cada día me da más asco lo que pasa –escribía en un desahogo a Bergé en 1904–, creo que me voy a hacer republicano».

Cánovas había presentado constantemente la Restauración como un asunto civil. Oscurecía la fama de los militares con el brillo del rey–soldado, estrechamente

vinculado con la derrota sobre el carlismo. No podía percibir los peligros de esta táctica, que convertía al rey en representante de los intereses del ejército y en salvaguarda de su prestigio dentro del Estado. Sagasta observaba, amargamente, que en el extranjero, a un general que no respetara la primacía del gobierno civil no se le llamaba mal general, sino general español.

Tenía por lo tanto su importancia la especial relación cultivada por el rey con el estamento militar. Pensaba Maura que aplicaba S.M. a los asuntos militares una exagerada atención que habrían de sugerirle necesariamente frecuentísimas indicaciones del monarca a su gobierno y aun cuando el ministro responsable atendiese todas cuantas pudiesen ser secundadas, quedaban demasiadas imposibilidades para poner a prueba el tacto y la discreción de todos.

Don Antonio cortó estas intervenciones, aunque fue muy consciente de que eso creaba en el joven monarca una contrariedad personal.

Pero también sobre otros asuntos hubo necesidad de contrariarle. Se daría el caso de que el rey recibió una invitación para visitar la Inglaterra de Eduardo VII, y aceptó sin oír al gobierno, entendiéndose según dijo, «ser acto personal en que no había de ingerirse (síc) éste». El ejecutivo juzgó que se requería su decisión por afectar la visita a uno de los países europeos con los que España mantenía unas

relaciones más estrechas y acabó provocando el aplazamiento de la visita real y, por tanto, imponiéndose.

Especial significación tendría también el siguiente episodio. Poco antes del verano de 1904 el rey encargó un automóvil a un fabricante sin haber indicado al presidente del Consejo la idea. Y cuando éste, ya en la estancia veraniega en San Sebastián, le planteó la cuestión al monarca se produjo la más áspera conversación entre ambos, explicable, teniendo en cuenta que un accidente podía suponer la pura y simple ruptura de la línea dinástica. Duró aquella entrevista más de una hora, según recordaba Maura. Y en ella fue visible la gran decepción del rey, no obstante, sus esfuerzos por hacerle conocer que solamente en interés por el bien público, por la monarquía, por su propia persona, podía formular la oposición del gobierno a un acto que sería indiferente y natural si se tratara de cualquiera otra persona... pero no consiguió don Antonio promesa alguna favorable a su desistimiento y aquella entrevista acabó dejándole al rey informado de que necesitaba cambiar el gobierno para usar el automóvil.

Apenas tres años más tarde daría comienzo el *Gobierno Largo* de Maura, que sería buena muestra de que con él hacía acto de presencia en la política española, más que una doctrina, un estilo. En pocas horas, casi en unidad de acto, quedó organizado el equipo ministerial y se proveyeron todos los cargos, incluso los gobernadores civiles. A las 10 se entrevistaba con el rey. A la una de la tarde juraba el nuevo

ministerio. A las 5, Consejo. A las 7:30 ultimados los nombramientos de alto personal.

Rehuiría don Antonio cuidadosamente en la composición del gabinete la matización gamacista a fin, sin duda, de evitar recelos en la familia conservadora. No entraría Dato –la figura más prestigiosa del Partido Conservador– el cual con ejemplar humildad aceptó la alcaldía de Madrid.

En 1907 se borraría por completo el matiz feudal que el Partido Conservador compartía con el otro turnante. Quienes no quisieron aceptar la jefatura del político mallorquín, o no fueron por él aceptados, en vez de constituir grupos cismáticos se adscribieron a otros partidos. Sin embargo, siempre persistieron, latentes, discrepancias y recelos respecto a la jefatura de Maura. Algunos de los fieles a Silvela entendían que su sucesor auténtico era Dato, como ocurría con los conservadores de Barcelona. En marzo de 1908 estaba previsto de nuevo que el monarca viajara a Barcelona. Se habló de que en el propio Consejo de Ministros había opiniones encontradas al respecto, atribuyéndole a Maura la insistencia en que se efectuase el viaje. Antes de que éste tuviera lugar, uno de los ayudantes del rey, el entonces coronel Milans del Bosch, recibió una carta de un antiguo subordinado. En ella le argumentaba que «si don Antonio aparecía acompañando al rey, recibiría una enorme silva (sic) y al suceder esto nosotros procuraremos evitarla teniendo que hacer uso de algún estacazo, lo que provocaría un escándalo».

Otros, pertenecientes a un orden social bastante diferente, escribieron de forma directa al rey. Eran los miembros de las clases altas de la capital catalana, presididos por el marqués de Comillas, que expresaron su protesta por la falta de seguridad a causa de una «turba de fanatizados por la impiedad y el desenfreno social», no otros eran los anarquistas.

El segundo gobierno Maura siguió coherentemente la trayectoria y los principios marcados por el primero, aunque en este caso la atención no estuviera tan expresamente volcada en el monarca, sino en el refuerzo de los mecanismos parlamentarios, electorales y administrativos. El único protagonismo relativamente crítico del rey se produjo en la citada visita a Barcelona. El gobernador civil, Ossorio, le hablaba a don Antonio de *la feracidad del sentimiento monárquico popular*. Incluso le aconsejaba que algún miembro de la familia real estableciera allí su residencia, siquiera temporal. Esto ya lo había pensado don Antonio, que declaró a *El Globo* su intención de alejar al rey de Madrid, alternando su residencia entre Madrid, Barcelona y Sevilla. Con lo cual perseguía alejar a don Alfonso de la Corte y de la atmósfera de luchas políticas. Y también quería conseguir una mayor profesionalización y potenciación de la persona y de la imagen del monarca.

Fueron visitas a una Barcelona dominada por la alianza antidinástica de *Solidaritat Catalana*. Maura confiaba en que sus propuestas de reforma de la administración local,

unidas a la presencia del rey, pudieran inducir a los círculos adinerados de Barcelona a abandonar su proterva alianza con los republicanos. Pero quienes observaban desde la distancia de la diplomacia los acontecimientos que se vivían en Cataluña pensaban que nada podía ser más espontáneo y verdaderamente espléndido que la recepción ofrecida a Su Majestad, y eran de la opinión de que no había en España centro más leal a la persona del rey que Barcelona.

Con la estabilidad del *Gobierno Largo* de don Antonio, la imagen del monarca adquirió un barniz más maduro que el que había caracterizado los primeros y torpes años de su reinado. El matrimonio de don Alfonso con doña Victoria Eugenia dio un tono más moderno y más liberal a la monarquía. La familia real empezó a pasar más tiempo en Inglaterra, donde el rey cultivaba su afición a los deportes y esa actitud indolente típicamente eduardiana que definió sus años adultos.

Pero a raíz de la *Semana Trágica* y del fusilamiento de Ferrer, Alfonso XIII se sintió profundamente afectado por el renacer de la leyenda negra en la opinión internacional y envió cartas de protesta a varios periódicos extranjeros.

Poco antes no tenía el rey una opinión negativa del proceso emprendido contra el fundador de la Escuela Moderna. Recordaría don Antonio las palabras pronunciadas por aquél en una cena oficial ofrecida por S.M. en ocasión de su vigésimo cumpleaños: «En París he tenido ocasión de ver

que eso de Ferrer no tiene importancia alguna; crea usted, no haga usted caso. Lo que pasa es que no nos conocen... tienen ideas equivocadísimas (insinué yo que, las más de las causas de esto radicaban aquí). No le conocen a usted. Debería usted hacer este verano un viaje a Inglaterra y Francia para que le conozcan y conocer a los hombres políticos de ambos países; usted es un *charmeur* y pronto verá usted que es consejo de amigo. ¡Vaya usted!»

No solo se habían normalizado las relaciones entre el rey y el presidente, sino que, además, estaban delimitadas por la existencia de unas áreas de competencia bastante precisas y, con excepción de las cuestiones militares y alguna de carácter exterior, muy semejantes al comportamiento previsible en una monarquía no ya liberal sino democrática.

Las cartas del rey contenían sólo alabanzas. «Con gobiernos como éstos es como el país mejora y se desarrolla, que es lo que los españoles deseamos», escribía don Alfonso al político mallorquín a comienzos de 1909. «Sea enhorabuena por la solución tan rápida e inesperada, pues aunque Vd. me dijo que tenía buen cariz, esto sido (*sic*) que ni visto ni oído», indicó en otra, relativa a una crisis parcial de gobierno.

La única posible estridencia encontrada entre los dos personajes se refería a la primavera de 1908 y hacía referencia a la campaña de las izquierdas republicanas sobre la ley de terrorismo. «Su carta me sorprende y es una fase

completamente nueva del asunto pues nunca había oído hablar en ese tono. Mañana hablaré con Vd. y nos pondremos de acuerdo para contestar a la declaración de guerra a cañonazos, como creo debemos proceder».

La relación que tuvo con Alfonso XIII durante este gobierno no adoleció de ninguna aspereza; lo que aumentaría la amargura de Maura cuando se produjeron los acontecimientos de octubre de 1909.

Capítulo XXXIV

En aquellas andanzas por los parajes santanderinos, mezclado con sus recuerdos de la época, pensaba Cuevas en el sistema represor que la oligarquía establecía, armada para ello del Código Penal y de la Guardia Civil, el Ejército y la organización carcelaria. Un sistema que sólo servía para romper la dignidad del hombre y que producía males mayores que los generados por el delito. Era una de las bases más importantes del Estado de la burguesía y con su caída se vendría abajo también. Y sus pensamientos volaban a su encierro pamplonés... Como no hay tiranía que cien años durase ni tirano que los resistiera, así también llegó el fin de su aislamiento penitenciario y se le levantó el periodo para integrarse a la «sociedad».

Previamente a eso, sería trasladado Cuevas, junto a Salvador, a Barcelona. Pondría así punto final a su

escapatoria circular de su lugar de residencia habitual, pero ya no en su vivienda, ni en ninguna otra similar. Se alojaría ahora en la cárcel Modelo. Al menos por el momento.

Se les destinó a una celda del primer piso, en régimen de «peligrosos atracadores». Era normal dentro de la nomenclatura establecida por la dirección de la cárcel, aplicada a la cuarta galería.

En ella existían varios regímenes que conllevaban la separación de los grupos afectados. Estaban los condenados a muerte, que ocupaban una planta de la galería, pero no siempre había sido así. Al principio los condenados a muerte estaban esparcidos entre el resto de la población carcelaria, lo que era un inconveniente cuando la dirección recibía el «cúmplase», porque había que ir buscando al condenado a muerte. Y, a veces, por lo que contaban los *veteranos*, se habían producido casos desesperados, como el de un joven condenado que se encontraba en el segundo piso de la galería y que, cuando fueron a buscarlo para ejecutarlo una pareja de guardias civiles, el recluso se tomó su tiempo para vestirse pero sin perder de vista a uno de los guardias que estaba apoyado en la barandilla, en el pasillo. Cogiendo carrerilla se abalanzó contra el guardia y ambos fueron a estrellarse contra el asfalto de la planta de la galería. Fue un salto mortal para ambos. También había otros tipos de supuestos. Todo eso llevó a la dirección a establecer un régimen de aislamiento, haciendo ocupar a los condenados a muerte la planta baja.

Tras los condenados a muerte, seguían los atracadores, peligrosos y fuguistas, es decir, los que habían practicado algún intento de huida. Era éste el grupo más numeroso.

Ninguno de estos grupos coincidía con los otros a la hora del paseo. Cada grupo disponía de dos horas de patio, salvo los condenados a muerte, que, después de la cena, cuando hacía buen tiempo, salían media hora más.

Al entrar en la celda a la que se le había destinado, hacia las diez de la mañana, los moradores de la misma estaban en el patio paseando. A Cuevas se le dijo que saldría a caminar en el turno de la tarde, después de comer.

La celda era igual de grande que la otra donde había pasado el periodo carcelario anterior. Tenía también los petates doblados en forma de sofá junto a los muros. Los presidios se parecían en España como gotas de agua unas con otras. Contó Cuevas hasta ocho petates, con lo que pudo deducir que, junto a él, iban a ser nueve en la celda. Materialmente no había sitio para colocar un petate nuevo y la manta que le habían dado. Lo dejó donde pudo, disponiéndose a esperar a sus nuevos compañeros, los cuales no tardarían en llegar. Sentados, cada uno en su petate, parecía el compartimiento de un vagón de ferrocarril.

Se oyó el ya familiar ruido metálico de peroles y de cazos que anunciaban la hora de la comida. Su puerta se abrió y,

cazo en mano, el preso que servía la comida, vigilado siempre por el guardián, fue echando un par de cucharadas a cada uno en el plato.

Con el plato en una mano y la cuchara en la otra, cada uno consumió en pocos minutos la comida. El «menú» se componía de patatas con bacalao, lo que hacía más homogéneo el gusto.

Después de comer, por turnos, lavaron en la pila los platos. No necesitaban jabón para desgrasarlos porque la grasa brillaba por su ausencia. Como cada uno había marcado el plato y la cuchara, quedaron amontonados en un rincón todos juntos. El espacio debía ser aprovechado metódicamente.

Por hablar de algo, preguntó Andrés cómo iban a dormir en un espacio tan reducido, y la respuesta se la dio una carcajada general. «Como las sardinas, unos pegados a los otros» –respondió alguien–. Y así fue como se presentó aquella primera noche. De costado, y a una voz de mando, la vuelta.

Asearse debidamente era imposible, y, además, tampoco había duchas, porque como los de la cuarta galería eran peligrosos, no tenían derecho a la ducha semanal. Había que lavarse por turno y como hacen los gatos.

Las necesidades se evacuaban durante su salida al patio,

salvo el orinar. Pero tampoco aquello resultaba fácil, porque todo el mundo hacía lo propio y se formaban largas colas para evacuar en los cuatro retretes que había.

Si alguna vez –y esto ocurría frecuentemente– había que hacer las necesidades en la celda, los de la suya habían ideado el sistema de la manta, es decir, de dos clavos que se habían instalado en la pared y que luego se retiraban porque los funcionarios no querían ver nada colgado en las paredes. Se situaba un hilo sobre el que se tendía un trapo. Así se privaban de ver la cara al que estaba haciendo sus necesidades y le daban la oportunidad de respetar un poco la intimidad de su acto, porque había algunos que eran muy tímidos y necesitaban ese frágil aislamiento.

Cuando llegó la hora del patio, salieron de la celda en correcta formación y sin hablar, porque bastaba una sola palabra para, si la oía el oficial que se paseaba por la planta, privar al preso de su paseo.

El patio era triangular. La gente formaba de cuatro en fondo contra el muro que daba a la calle. Después del «rompan filas», generalmente el funcionario sacaba la correspondencia y gritaba los nombres de los agraciados. Después acudía el pagador para traer el dinero que se había dejado a los reclusos. A eso se le llamaba «peculio». Eran cartones de una, cinco y hasta veinticinco pesetas.

Salir al patio era como emerger a la vida, tomar el sol,

pasear, hablar con las gentes... todo aquello que les había sido vedado durante quince días, adquiriría ante Cuevas detalles significativos, importantes.

Regresados a su lugar de confinamiento, las puertas permanecían abiertas porque inmediatamente después un guardián pasaba el recuento celda por celda, numerando a los detenidos. Tras de eso, se cerraban las puertas con cerrojo.

Media hora después la corneta interpretaba el toque de silencio, y a partir de entonces había que meterse en la cama y dormir, aunque no hubiese sueño.

Esa media hora se aprovechaba para hacer las camas. Los colchones estaban pegados unos a otros y, como ya se ha indicado, puestos en hilera parecían sardinas en lata.

Algunos cuchicheaban con el vecino, pero la mayoría estaban callados, «levantándose su castillito», es decir, dando vuelo al pensamiento que se afincaba en el pasado o volaba hacia el futuro. El presente era tan míseramente interesante que nadie se ocupaba de él. Del presente todo el mundo ansiaba escapar. El preso se evadía de él, soñando imposibles: una libertad conseguida por una fuga, todo menos considerar que iban a cumplirse las condenas a pulso. Quien no tenía esa capacidad de imaginación y caía en el pesimismo, terminaba por ser víctima de su propio vacío imaginativo y moría lentamente. Y los había que no llegaban

a superar su estado de prisionero y caían en un negro vaticinio desmoralizador. Pero todavía Andrés no tenía esas experiencias.

Un toque de trompeta les despertó a todos, arrancándoles de sus sueños. Comenzó el barullo. Levantarse, doblar los colchones, plegar las mantas... procurar, en suma, que todo estuviera listo a la hora del recuento mañanero. Se lavaron la cara como los gatos. Tomaron el café, agua teñida de no se sabía qué, y se comieron el chusco de una sentada. Había quien tenía la paciencia de hacer tres partes, repartiéndoselo con las comidas. Pero eran escasos los que tenían esa voluntad. La mayoría pensaba, con razón, que lo mejor era comérselo de un tirón y así ya no había que pensar más en el pan.

Hasta las diez de la mañana no salían al patio, en donde estarían hasta las doce. Era cosa, pues, de distraerse en la celda, en la que no se podía ni andar. Cada uno, sentado en su petate, buscaba algo en que entretenerse. Alguien preguntó a Cuevas si sabía jugar al ajedrez, y él le respondió que no. Se propuso enseñarle. Compuso el juego sobre los cuadros que se habían trazado en una manta. Las figuras eran de pan amasado con los dedos y ya muy seco. Así aprendió a jugar a ese juego.

El resto de aquellos jóvenes había sacado sus libretas o sus libros y todos se pusieron a estudiar. Algunos se habían dado al estudio de la aritmética y dominaban ya el álgebra. Otros

aprendían idiomas, particularmente el francés y el inglés. Algunos gramática española y literatura. Todo muy clásico, porque tampoco había libros de otros estudios en la biblioteca. A veces se encontraba en los anaqueles algún ejemplar de algún autor ruso.

Afortunadamente, ese erial se podía contrarrestar con obras que introducían de la calle, por medio de algún guardia, previa gratificación.

Cuando Cuevas terminó su partida de ajedrez, preguntó a su maestro si los que estaban estudiando lo hacían por sí mismos o si es que iban después a la escuela de la cárcel. Su compañero le dijo que la única escuela que existía era el patio. Allí, por grupos, los que sabían inglés, por ejemplo, enseñaban a los que querían aprenderlo. Y así, sucesivamente, para las demás disciplinas.

Cuando llegó la hora de bajar al patio, se pusieron por el mismo orden y todo se repitió al igual que el día anterior, salvo en una cosa, que la galería había recobrado su aire normal: juego de pelota, gritos y el funcionamiento de los grupos escolares.

Capítulo XXXV

Como hidalgo cervantino fue Maura gran madrugador y amigo de la caza, más por lo saludable del deporte que por la ufanía de clasificarse como tirador certero. Después, postergó la escopeta en beneficio de los pinceles, como no tuviese que corresponder a alguna invitación inexcusable en su posición social y política.

De cualquier modo, en sus salidas matinales al campo, le complacía a don Antonio encontrar una de aquellas carretas de alto bordo, colmadas de Nara con destino a los hornos de las tahonas de Madrid. Hacían su entrada en la capital con las primeras luces. Avanzaban arrastradas por bueyes corpulentos, poderosos, de hondo resuello que el frío invernal transformaba en neblina sin cesar renovada. Las calles de la ciudad aún adormilada se henchían de un perfume agreste, el de la jara recién salida del monte,

evocadora del concurso humilde y diligente de trabajo rural para que el vecindario saborease el pan de cada día.

Y recordaba también Maura sus viajes, vacacionales los más, a Mallorca. Cómo llegaba el vapor que desde Barcelona les conducía a la isla casi de madrugada, para mayor comodidad no sólo de los viajeros, sino de quienes por afecto u obligación tenían que ir a aquélla a recibirlos. Cansado de no dormir procuraba dejar medio dormido el camarote para subir a cubierta y anticipar con la vista el deseado momento de la llegada, deseo doble, porque no sólo suponía la iniciación del maravilloso veraneo, sino que además significaba el fin de la larga y pesadísima jornada de tren, estancia en Barcelona, y vapor que en conjunto sumaba día y medio de justificado malhumor, de regañinas, de sueño no cumplido y –no pocas veces– de aburrimiento. Familia y servicio representaba movilizar un buen número de personas con el bagaje correspondiente, y la organización y dirección de semejante expedición no difería en mucho de lo que narran modernos y antiguos exploradores. Algo menguaba la forzada complicación e incomodidad, la proverbial amabilidad de la compañía naviera que era entonces la Isleña Marítima en toda su pureza regional. Era el barco un verdadero anticipo de Mallorca: mallorquines eran la mayoría de los pasajeros, mallorquín la lengua que se hablaba. Un extranjero era un ser extraño curiosamente mirado y comentado. Eran los viajes de aquel entonces, donde con la frase de Cervantes «toda incomodidad tiene su

asiento», perdido uno entre la masa de turistas, envuelto en las refriegas que originan la posesión de una silla en cubierta, de un asiento en el comedor, invadidos todos los rincones por una multitud abigarrada y voraz, parte de las fuerzas invasoras.

En su gobierno de 1909, y queriendo reconciliarse con Maura, Moret le ofreció entonces el Toisón de Oro, que don Antonio rechazó. Ya entonces el rey diría a González Besada que quizás fuera bueno que Dato y él rompieran con el político mallorquín.

Algún tiempo después se habían despejado para Maura las tres incógnitas iniciales: la reacción inmediata del rey, la de la opinión en general y la del Partido Conservador en particular. El levantamiento del veto a los conservadores sobrevino solo cuando Canalejas, resuelto a reivindicar los prestigios del poder público, hizo inevitable la comparación con don Antonio, de que hablara Azcárate en el Congreso. Pero el asesinato del político liberal cambiaría la faz de las cosas, como desvergonzadamente lo proclamaban los radicales en sus mítines. Romanones, mucho más dúctil que su predecesor a los consejos del rey, actuaría como sedante, reharía desde el gobierno la paciente labor malograda por el crimen y franquearía en condiciones viables el cambio de política.

Sin embargo, aún en vida de Canalejas, la cuestión parecía resuelta: concluido el ministerio liberal todo indicaba que

sería llamado don Antonio de nuevo al Gobierno. Pero, desaparecido el primero y llamado a la presidencia Romanones, Maura le diría a Moret: «No volveremos al poder, usted porque el rey no le quiere, y yo, porque no se fía de mí».

La gestión de esta crisis se produjo en los siguientes términos: el rey propuso a los ministros del gobierno del líder asesinado posponer la elección de un nuevo presidente hasta que se aprobara por las Cortes un nuevo presupuesto y el tratado de Marruecos. Era, en realidad, una dictadura real. El que fuera antiguo colaborador liberal de don Antonio, Santiago Alba, aconsejaría que el rey eligiera un nuevo presidente y así lo hizo don Alfonso. El cargo recaería en García Prieto. Aprobados ambos textos legales, Romanones reunió a los liberales para decirles que, o aceptaban su presidencia o el rey llamaría a Maura. Éstos aceptaron al conde. Don Antonio remitió el ya referido memorándum al rey exigiendo una rectificación a los liberales si se quería que los conservadores participaran en el Gobierno. El rey no celebró consultas y no lo discutió con el político mallorquín, pero este lo publicó. Y dimitió de la jefatura del partido y de su acta de diputado.

Más tarde, a lo largo del gobierno de Romanones, Maura, que no quería perder el contacto con el rey, pidió a su hijo Gabriel que solicitara al monarca una audiencia en que le explicara la actitud de su padre. Don Alfonso le contestó: «Yo no hablo de política más que con los que son o han sido mis

consejeros». Lo que acrecentó la amargura de don Antonio, que haría pública de forma indirecta en algunos mítines.

Tenía en efecto el rey dos opciones: sustituir al conde de Romanones por García Prieto y favorecer así a los viejos antibloquistas para dar a Maura la oportunidad de volver sin retractarse de su pedagogía a la Corona, o bien alentar los deseos romanonistas de prescindir de don Antonio con el fin de buscar en otras filas del conservadurismo el entendimiento necesario para reconstruir el turno. Don Alfonso, que volvía a incrementar su capacidad de intervención gracias a la fractura inabarcable de ambas fuerzas dinásticas y «no queriendo –según un destacado liberal– a ningún trance que venga Maura», escogió la segunda. Cuando Romanones cayó en votación parlamentaria en el otoño de 1913, el conservador Eduardo Dato, dispuesto a cumplir con las apetencias del rey, presidió su primer gobierno.

Incómodo quizás don Alfonso ante las exigencias y puntualizaciones de Maura, buscaría dentro del Partido Conservador al sector más acomodaticio para él y para los liberales. González Besada –exvillaverdistista– fue su interlocutor habitual, aunque también lo serían Sánchez–Guerra y el propio Dato. A Besada le hizo patente el rey su alejamiento del líder oficial, Maura, «por el que –dijo– había perdido todas sus simpatías y cariño», y también le dijo que creía que la actitud del líder conservador podía estar condicionada por su hijo Gabriel y que, en caso

extremo, él aguantaría al «súper hombre» –Maura–, pero no al «súper niño» –su hijo Gabriel–. Y también se aseguraría el monarca de que existiera la alternativa de Dato.

Así que Maura se ausentaría de Madrid con destino a Guisando para evitar con su presencia en la capital dificultades a los miembros de su partido, *idóneos*; más que entristecido, asqueado.

Desde entonces, sus leales se llamarían, simplemente, *mauristas*.

«¿Qué más puedo hacer que prestarme a la facilidad máxima que puedo dar?», diría entonces don Antonio.

Maura mantenía negros augurios desde que en 1909 se produjera un «asalto al banco azul»; la desautorización de los mecanismos de represión legales y también del entramado judicial; la devaluación de la dignidad ministerial del presidente del Consejo; el desprecio hacia las vías parlamentarias y hacia su proyecto de democracia. Todo eso se había realizado por parte de los liberales bajo la presión de la izquierda y con el visto bueno del poder moderador. Don Antonio pensó que se había abierto una nueva legalidad, de modo que era necesaria una respuesta tajante, o el regreso a la legalidad conculcada o proseguir con la nueva vía. En el primero de los casos él volvería, en el segundo, dejaría hacer.

Así concluían sus acuerdos y desavenencias con don Alfonso. Sin embargo, su impronta permanecería en no pocas de las costumbres que las presidencias de Maura habían iniciado. El rey las mantendría a lo largo de su reinado; por ejemplo, la reunión de don Alfonso a primera hora de la mañana con su presidente del Consejo.

La respuesta de don Antonio ante su apartamiento político fue en extremo contundente. Pronunciaría un discurso que fue una bomba. Condenó el uso del «poder personal» para promover la visión liberal izquierdista de la democracia, dijo que los ministros se habían transformado en cortesanos en vez de consejeros. «La mayor desgracia que puede acontecer a la monarquía –añadiría– es que lleguen a confundirse los uniformes ministeriales con las casacas, muy honrosas pero muy distintas, de la servidumbre palaciega». El discurso causaría desazón entre los conservadores no *mauristas*. Sánchez-Guerra le advertiría que un rey tan orgulloso no iba a aceptar esas palabras, y el político mallorquín le dijo que lo había meditado durante muchas noches pasadas en vela y que a una monarquía semejante él no podía servirla.

Lo había pensado, y lo había expresado con vehemencia. Porque sólo en esto consiste la elocuencia. No en la peregrina invención de conceptos profundos o nuevos, ni en los alardes de la erudición, ni en el magnífico ropaje de las figuras, ni en la elevación y amplitud suntuosas del lenguaje, ni en la fonética cadenciosa y solemne. Una frase sencilla, quizás una palabra sola, a veces una exclamación casi

inarticulada, le franquea al orador el acceso hasta los ánimos que estaban prevenidos y recelosos, los cuales de improviso se le rinden y quedan a merced suya, por lo menos, mientras dura y se mantiene vibrante la peroración.

Al no oponer resistencia al órdago de las izquierdas contra don Antonio y avalar el ¡Maura no!, el rey había cedido ante los enemigos de la monarquía y había contemporizado con la revolución. Sería el político mallorquín una de las víctimas del intervencionismo alfonsino, viciado por la política militar, y objeto de una marcada malquerencia personal por parte del monarca.

El uso y abuso de la prerrogativa regia disminuía drásticamente cuando los partidos se hallaban unidos alrededor de jefes aceptados por el conjunto de sus miembros. Pero Alfonso XIII, contrario a la existencia de partidos fuertes, buscó siempre políticos dóciles y no le tembló la mano a la hora de prescindir de los más incómodos, aunque tuvieran tras de sí a la mayoría de sus correligionarios y su eliminación agudizase las luchas faccionales.

Estaba el rey estragado por la politiquería, se sentaba a la mesa del póker del poder como un tahúr cualquiera, sumergido en intrigas en las que él, y sólo él, podía emplear la carta decisiva, el decreto de disolución de las Cortes, una ventaja que siempre le daba el triunfo en la partida. Abandonaba con gran ligereza su papel institucional, que

debía convertirlo en un símbolo de la nación por encima de las querellas partidistas, y participaba en éstas con gran entusiasmo. Carecía de visión a largo plazo, le iba mejor el regate corto, la manipulación de voluntades, lo que dio en llamarse *el borboneo*. Y todo ello, ¿con qué objeto?; con el de dominar absolutamente la política española.

Pero el poder moderador se había pensado, según Maura, para regular la alternancia con pulcritud y neutralidad, que no para entrometerse en las discordias internas de los partidos.

Para el rey, sin embargo, sería en esencia –ese poder– una mezcla perversa entre su idea de su propia misión providencial o la superioridad del ejército sobre la política parlamentaria.

«Si de mí dependiera –contestó don Alfonso a las reivindicaciones de los catalanistas– muy luego tendríais ya concedido lo que pedís. Hallándose aquí un miembro de mi gobierno, concedo a él la palabra para que os responda»; lo que era una respuesta aparentemente impecable... que se repetiría con frecuencia. Claro que el mensaje que transmitía era el de un rey generoso con sus súbditos, pero prisionero de sus ministros.

En definitiva, don Antonio, por una parte, perseguía la maximización de la actuación simbólica de la monarquía como elemento de referencia común, atemporal y de

estabilidad, más allá del elemento partidista, como icono tangible y cimentador fundamental de la nación, pero también de valores (morales, religiosos, patrióticos...), y como referente de una estructuración orgánico-social, «eje inmovible de la vida nacional», «núcleo de la nacionalidad» por encima de las clases, en el corazón del orden social... y, finalmente, como «fetiche» del Estado. Esa guinda decorativa del pastel sociopolítico liberal debía verse convertida en sabor imperceptible y en aglutinante de la masa social: estar de una manera capilar más presente que nunca.

Por la otra, buscaba la paralela y casi completa *desactivación política* de la monarquía. Quería reducirla a las ya muy amplias prerrogativas constitucionales pero, por así decirlo, de una manera mecánica, despersonalizada, en definitiva haciéndola actuar solamente como herramienta constitucional parlamentaria «normalizada» y no contaminada ideológica y personalmente (para no hacer al monarca tangible y partidario, porque cuanto más intocable fuera el símbolo, más inviolable sería el suelo sobre el que se asentaría).

En eso quedaba establecida la diferencia entre su desaparición o asepsia en el plano de la política cotidiana, pero su efecto fundamental en la gran estrategia política nacional. Y en ese propósito de neutralidad política del rey era fundamental la colaboración de los partidos.

Pero tenían ambos un concepto muy diferente del papel de las instituciones, mientras Maura les profesaba un respeto rayano en la devoción, el rey estaba dispuesto a utilizarlas en función de sus deseos y caprichos.

Eran dos proyectos de acción muy diferentes, y para que fuera posible una digestión aceptable de los mismos resultaba necesario el compromiso. Y en este el monarca debía colaborar con intensidad.

La esencia de la democracia la encontraba don Antonio en la práctica política electoral, legislativa, judicial y participativa y no en el modelo de régimen. Su idea básica era que no había que elegir la república para obtener un régimen de libertades: una monarquía podía perfectamente ser democrática.

Y era que Maura parecía pretender conseguir una especie de cuadratura del círculo, haciendo casarse a la monarquía con un concepto cuya adscripción política pertenecía más al vocabulario, la filosofía o la idiosincrasia republicana que a la monárquica: la ciudadanía. Conseguir una *monarquía de ciudadanos*, antagónica de una monarquía de súbditos, era otro de esos objetivos hecho de pares aparente y semánticamente contradictorios típicos de don Antonio, tanto como su *revolución desde arriba* o su *democracia conservadora*. Los tres conceptos estaban cargados de un significado muy práctico: representaban una conciliación o una síntesis positiva entre las ideas de avance, cambio y un

modelo político participativo, y el freno que propiciaban los conceptos monarquía, conservador o arriba: amarras de orden en cualquier marejada política. En lo que respecta a la monarquía de ciudadanos, el concepto no sólo suponía la conciliación entre liberalismo y democracia, sino la limitación y matización mutua entre esos dos extremos aparentemente antagónicos del espectro político y su hermanamiento: la figura del monarca y la del ciudadano.

Un difícil paso en el que sólo se podía evitar la reforma constitucional mediante la atracción de las fuerzas antisistema hacia el ámbito monárquico, el fortalecimiento del parlamentarismo y, claro está, contando con que el rey aceptara ser relegado a un segundo plano, perdiendo parte de su propio poder constitucional.

Y se quejaba, por lo tanto, Maura, de la postura de aquellos que ensalzaban y lisonjeaban al poder real, cuando le hablaban de la decadencia de las instituciones constitucionales. ¡Como si ganase la monarquía lo que perdieran las Cortes y los partidos! ¡Como si no fueran las Cortes y los partidos el alma, el brazo de este régimen del cual el rey era la cabeza y la corona!

Para él la vida pública era imposible desde el instante en que la política se trasladara desde el contraste de la opinión pública y el movimiento de fuerzas sociales en la representación parlamentaria a la Cámara regia y se cifrara en concertar resoluciones en el ánimo del área que no

estaba para eso la Constitución y que desde el momento en que la política se planteara en palacio se caería inevitablemente en ese sistema con el cual él se declaraba incompatible.

Pero todas éstas eran quimeras a los ojos de don Alfonso: «*Il signor Maura vive nel ciel ed io debo governare nella terra*», diría el rey al Nuncio en enero de 1914.

Ya herido de muerte, concluida su *revolución desde arriba* por un rey que se confabulaba con políticos manipulables de uno y otro signo, pensaría Maura que, en el caso de que el rey le confiara el Gobierno, le diría: «Por mí, Señor, no quedará. Pero la única política que puedo seguir fracasará, aun contando con plena confianza de la Corona, si me falla el apoyo ostensible de la opinión pública. Veré, llegado caso, si debo aceptar el gobierno».

Capítulo XXXVI

En muchas ocasiones, sólo los que volvían a la cárcel como consecuencia de su reincidencia en el delito y los que asumían largas condenas preservaban su presencia de ánimo, se mostraban condescendientes con el «pescado fresco» que llegaba a los presidios, se codeaban con los viejos conocidos e intercambiaban bromas vulgares con los guardias. Pero se trataba solamente de un barniz, muy pronto se mostraban nerviosos e irritables y se colocaban en la puerta, junto a los barrotes, con una profunda expresión de desesperación o de ansiedad en sus caras. Estaban pidiendo calladamente compañía, patéticamente dispuestos a charlar, a oír el sonido de una voz, a descargar la pesadez de sus corazones.

Y los días fueron pasando. Su relación con el compañero que le enseñaba los rudimentos del juego del ajedrez, de

nombre Juan, se fue haciendo más íntima. Cuevas pasaba muchas horas de discusión con él. La experiencia que Juan había tenido le había situado en lo que los jóvenes libertarios llamaban la tendencia reformista. Era de los que les gustaba no andarse por las ramas y llamar a las cosas por su nombre. Debate en todo caso esencial por lo clarificador que era para la situación que entonces vivía España.

Pero no siempre las cosas se plantean con buena fortuna y excelentes condiciones, y no siempre se pueden llevar a término debates de ese tipo poniendo fuera de juego a potentes personalidades. A veces el choque de éstas desorienta los debates, y lo que debería ser una fraterna confrontación puede transformarse en frentes antagónicos y hostiles hasta culminar en separaciones dolorosas.

La cuestión no estaba planteada en términos prácticos sino teóricos. Más allá de las discusiones, la vida carcelaria –cualquiera que fuera ésta– seguía. El jueves era el día que tocaba «comunicación» a la cuarta galería. Había una sola por semana. Y cada día tocaba a una galería. El domingo eran comunicaciones extraordinarias otorgadas por la dirección, previo pago. Costaban caras, unas cinco pesetas. Pero para Cuevas, dadas las circunstancias que en él se producían, no había más comunicación que la reglamentaria, ni extraordinaria ni de pago. El reglamento, a veces deliberadamente complicado por obra de algún oficial de galería, caía verticalmente sobre su cabeza.

Todos los miércoles, es decir, el día anterior a las «comunicaciones», los barberos pasaban por la celda para afeitar a los reclusos. De este modo, el día siguiente, podrían aparecer más limpios a la vista de sus familiares.

La mañana del jueves era el disloque. Cada cual sacaba sus mejores prendas, incluso las corbatas –quien las tuviere–, al objeto de ofrecer una imagen más agradable ante la familia y las novias, que jugaban un gran papel en la vida de los presos.

Cuevas tenía ante sí una vida por cuyo goce luchaba, aunque en esa lucha fuera dejando jirones de la suya. Pero la lucha por la vida era y seguía siendo eso: jugársela para vivirla mejor, aunque se perdiera la apuesta en la ruleta de su existencia.

Seguía de todas maneras, sin entusiasmo, todo aquel ajetreo, pero no sin generosidad. Le agradaba observar a aquella juventud que mantenía la fe en la vida y que, despreciando su presente, saltando sobre él, se disponía a ofrecerse al futuro vistiéndose domingueramente para demostrar con ello que seguían –aun habiendo perdido– apostando en la ruleta para resarcirse de sus pérdidas.

Ni tan siquiera pensó lo que podía ser aquel locutorio, porque no tenía la menor esperanza de poner, por el momento, sus pies en él.

Desde el fondo de la galería ascendió, repartiéndose como un eco que se colara a través de las puertas macizas encerrojadas, la voz que anunciaba la lista de los agraciados. Cada vez que pronunciaba un nombre, desde el interior de la celda, por la mirilla el «chivato» –en términos carcelarios–, anunciaba el agraciado y el número de su celda para que los ordenanzas la abrieran. Poco a poco se completaba la lista y salían para el locutorio los del primer turno.

Los que no habían sido anunciados se quedaban esperando en la celda, nerviosamente, porque, pese a tener la seguridad de ser llamados, imponderables de última hora podrían impedir la tan ansiada comunicación: una enfermedad, haber llegado tarde o simplemente que el encuentro no tuviera lugar por decisión expresa del director.

Entre la primera y la segunda lista se producía un lapso de tiempo que podía oscilar entre los veinte minutos o la media hora, según el capricho del jefe de servicio, reteniendo a los comunicantes. Le llegó el turno a la segunda lista, y entre los nombrados, con gran sorpresa de Cuevas, salió su nombre que, por no ser citado nunca, sonaba extraño a su oído. Pero se acostumbraría, evitando siempre el sobresalto que recibía cuando había entre ellos algún Andrés.

De todos los comunicantes de aquel turno, el único que no iba endomingado era Cuevas, pero tampoco habría podido cambiarse de ropa porque no tenía más que lo puesto.

Bajó las escaleras como los demás, un tanto nervioso porque no imaginaba quién había podido acordarse de él y seguir su huella. Salvo Ana. Pero... ¿Ana?

Cuando cruzó la cancela y rodeó respetuosamente «el Kiosko» allí no se veía ni un preso. Los de la Cuarta apestaban y la dirección tenía miedo al contagio, así que por eso establecía ese cordón sanitario entre ellos y el resto de la población reclusa.

Cuevas no había pisado nunca un locutorio, y cuando se vio dentro de aquella jaula, no sabía si reírse o llorar. Entre ellos y los comunicantes exteriores, desde el suelo hasta el techo, había un enrejado. A un lado y al otro del mismo, aproximadamente a un metro de distancia, dos barras de hierro que iban de punta a punta del locutorio. Les separaban dos metros a unos y a otros. La tela metálica servía al propósito de que los chiquillos, pasando por debajo de la barra, no pudiesen besar a sus padres. Detrás de ellos se paseaba, ojo avizor, un guardián de prisiones. Más allá del público, que permanecía fuera, también había otro funcionario vigilando todos los movimientos. Los familiares estaban acodados a la barra con el cuerpo muy hacia delante para acortar la distancia y oírse mejor. Los presos hacían lo propio, pero al no existir separación entre los comunicantes y estar todos revueltos, aquella habitación se llenaba de voces, pero de voces tan fuertes que eran verdaderos gritos. Comunicar allí, queriendo decir alguna palabra cariñosa, era absurdo, porque ¿quién puede decir «te quiero» a gritos?

Además de absurdo era cómico. Por eso a nadie se le ocurría decirlo nada más que con la mirada. Aquellas miradas valían un mundo. Un mundo que –pensaría Andrés– el pobre Bécquer no llegó nunca a intuir porque él transitaba por otras sendas del amor.

Tuvo suerte Cuevas. A un lado tenía el muro, pero como todo resonaba su suerte era minúscula. Ante él estaban su madre y Ana.

Allí estaba su madre, mirándole con sus ojos miopes, pero como oía su voz le bastaba. Ana también le miraba con pena, y como no intuía la suerte que le aguardaba, no sabía qué decirle. Pero todo estaba más claro que el agua.

Entre aquel vocerío, lo único que Cuevas pudo oír bien fue la voz de Ana, que le aseguraba que le esperaría... Aunque fuese mentira, por el correr del tiempo, en aquellos momentos resultaba grato a los oídos, y además era sincero. Le agradaron sus palabras, y para él adquirirían el sentido del compañero que dice ante el caído: continuaré la lucha y ocuparé tu puesto doblemente. ¿Acaso amar no significa una lucha perpetua contra uno mismo?

Su madre, callada como estaba, lo único que hizo cuando la separaron bruscamente para anunciarle que la comunicación había terminado fue lanzarle besos de la boca a la mano para que volaran y entraran por el enrejado.

Tirones, malas caras y órdenes estrictas resonaron al terminar el periodo de comunicación. Otra vez formados, cada uno con su mundo lleno de preocupaciones y silencios. No era necesario que nadie les recordara que marcharan en silencio, eran silencio desde las uñas de los pies hasta los cabellos.

Al terminar la comunicación subieron a las celdas. Juan, alegando enfermedad, había obtenido permiso para quedarse en la que ocupaba Cuevas. Al subir, éste se lo encontró tumbado en su petate. Le dijo que habían ido a visitarle su madre y Ana. Se alegró mucho y le apretó la mano con cariño.

El resto de los compañeros de celda estaban pendientes de la llegada de los paquetes que los familiares habían llevado. Cuando aparecía una entrega, quien la recibía sacaba su contenido amorosamente. Lo registraba todo y después lo iba depositando en el capazo para meterlo en un rincón de la celda. Cada uno hacía lo propio. Lo único que separaban del paquete era la ropa limpia. Cuevas también, cuando recibió su paquete, hizo lo mismo. No sabía de dónde su madre había sacado unos pantalones y una chaqueta. También había ropa interior y dos camisas. Luego, como comida, había algo de chocolate, una botellita de aceite y una tortilla de patatas envueltas en papel de estraza, que era el papel comúnmente empleado como envoltorio en esa época en cualquier tienda de comestibles. A la vista de la comida, Cuevas se quedó un momento reflexionando y luego

preguntó al resto de los compañeros de celda que cómo se funcionaba allí en materia de alimentos. Alguien le dijo que ellos repartían entre todos lo que existiese. Entonces Andrés presentó su candidatura y la de su compañero para entrar en el sistema. Le respondieron que no era necesario, que ya habían entrado.

Su pequeña intendencia era administrada por uno de los compañeros de celda. Él repartía, después del rancho, un poco de lo que fuera para todos, comenzando por los alimentos que aguantaban menos.

Alguna vez se produjo una pequeña discusión, pero en realidad, por razones de comida, jamás se produjeron disputas mayores.

En ese terreno, la organización al menos en la Cuarta galería funcionaba bien.

Por otro lado, había un equipo de presos que salían todos los días acompañados de un guardián para hacer las compras en el Mercado Central de frutas y verduras. Estos presos eran los que podían introducir la prensa de la calle y correspondencia de compañeros que tenían cosas delicadas de conocer o saber.

Capítulo XXXVII

Uno de los más rápidos apuntes logrados por el pincel de Maura fue el claustro mudéjar del Monasterio de Guadalupe, con el cielo en blanco, por apremios de la puntualidad exigible para compartir la mesa con el señor Abad.

Era un ángulo del patio convertido en jardín y la cúpula del templete del lavatorio descollando en el centro. Templete gótico en la estructura, arabizado en la policromía y estilo de la cerámica empleada en la ornamentación. Ejemplar único en vistosidad y gentileza. Al fondo, otras alquerías de acento oriental señalan la panda opuesta, surgen después las paredes ciegas, de austeridad monacal, muy propias para realzar la identidad risueña del jardín. Culmina, por último, una espadaña, con su nido de cigüeña tradicional. Erguido en lo alto su huésped, ya de retorno, mensajero del buen

tiempo, explica bien con su sola presencia la alegría del primer término: la luz rebotando sobre el encalado del pretil y el ascua de las naranjas encendida entre el follaje de intenso verdor.

Viajes también a Palma, de los que recordaba Maura el momento en que las primeras luces del día empezaban a dibujar la costa de la isla azul sobre el azul del mar y del cielo. Cómo se iban perfilando detalles y colores. El verde de los pinos, el rojo y el gris de los peñascales, el oro de las playas. El sol agudizaba todo ello, convertía el agua en una masa de ultramar y la espuma de la estela del barco en nieve y encajes. Algún pez volador salía del agua y trazaba un rasgo de plata por un breve instante; alguna pareja de delfines saltaba acompañando al vapor, como en juego, gozando de saberse más rápidos y ágiles que la inmensa mole de hierro que profanaba sus dominios. Blancas y grises gaviotas rondaban curiosas en busca de algún resto de comida, o se lanzaban como flechas sobre la superficie del mar para revolar enseguida llevando en el pico la plata de algún pez. Era siempre el mismo espectáculo, con muy ligeras variantes, y siempre se le antojaba nuevo y digno de admiración. Bordeaba la nave los altos acantilados, las escondidas, los áridos islotes, y de pronto surgía entonces la torre hermana de la de casa, con su semáforo de banderas que ya anunciaba su llegada con la señal de vapor mercante, con la misma solemnidad que si se tratase de algo totalmente imprevisto y que por primera vez ocurriera.

Doblada la puerta de San Carlos, entraban en la bahía y ya veían su casa, donde una telegrafía óptica de sábanas, pañuelos y otros lienzos les enviaban la bienvenida. Amainaba el vapor la marcha; llegaba el bote del práctico, corrían los marineros de un lado a otro con grandes rollos de cuerdas, y a poco, con pomposo estruendo, se procedía a fondear las anclas y se iniciaba la maniobra del atraque. Se abalanzaban las gentes a la borda para ver si distinguían, entre la muchedumbre de colosos, los allegados que, a costa de un madrugón no despreciable, habían querido anticipar el gozo de la bienvenida. Gritos y gestos marcaban el éxito de la busca y de la tierra al buque se cambiaban a grito pelado las más peregrinas noticias y los más pintorescos comentarios. Cualquiera hubiese dicho que todas esas gentes habían estado alejadas años y años, cuando apenas llevarían algunas semanas de separación, pero todo se veía a través del prisma del aislamiento que en aquellas benditas edades a la isla protegía. Ese mar, amigo y bonachón, era entonces tremenda y misteriosa fosa, y la Península estaba tan lejos para los isleños como las islas lo estaban para aquéllos a quienes los azares de la suerte llevaban a desempeñar sus cargos en otras alejadas tierras. El regreso de Barcelona era pues un grave acontecimiento y aun otorgando un amplio margen a la natural exuberancia mallorquina, justificaba aquellos extremos y vocerío.

Fallecido Gamazo en noviembre de 1901, 97 diputados, senadores y exdiputados y exsenadores escribieron a don

Antonio rogándole que aceptara la jefatura de su facción en el Partido Liberal. Maura convino en ello, aunque diciendo que deberían alejarse del grupo quienes consideraran el poder como una orgía de dominación.

No otra cosa haría, tiempo después, el político mallorquín cuando sucedía a Silvela al frente del Partido Conservador.

Las dificultades más graves para el que más tarde sería presidente del partido y después del Gobierno, surgirían en el seno de la misma mayoría conservadora, puesto que esta, en realidad, seguía dividida. El proyecto de saneamiento de la moneda, acariciado y presentado por Villaverde, iba a contar con la oposición de Maura y sus seguidores. En abril de 1904, el Gobierno –sin duda aconsejado por Silvela– había imaginado como solución, para despejar dificultades, la de situar a Villaverde en la embajada de París. En cuanto a las soluciones sugeridas por Silvela (que se empeñaba en ver claro para don Antonio lo que no lo había sido para él), la misma situación internacional no las hizo viables. Aunque Fernández Villaverde miraba con agrado su posible embajada en París, el arreglo «diplomático» no llegó a cristalizar porque, resueltos por entonces los motivos de fricción que habían ido demorando una aproximación entre París y Londres, y surgida la *Entente Cordiale*, pareció indispensable la presencia en Francia de León y Castillo, cuya experiencia y tacto tanto contribuirían a sacar partido de la oposición de Inglaterra, interesada en dejar expresamente a salvo los derechos españoles en el norte de África.

Sólo más adelante, fallecidos Villaverde y Silvela, y cuando Dato –para muchos heredero legítimo e indiscutible del segundo, hasta el punto de que al producirse la muerte de don Francisco, a él fueron dirigidas las innumerables manifestaciones de condolencia que llegaron de todos los rincones del país–, pudo Maura pilotar con seguridad el partido y hacerse con un Parlamento de mayoría perfectamente clara.

Consolidaría en todo caso Maura su liderazgo en el partido conservador. Y era que Dato no había querido disputarle la jefatura, y aunque sí lo hiciera Villaverde (que había hecho público un manifiesto abiertamente contrario a su presidencia) y dado que Romero Robledo moría en 1906, el político mallorquín no tendría ya rivales en su contra.

Pero el panorama era desolador, como le escribía un correligionario en julio de 1904: «En las sedes están velando los mortales despojos del partido». Coincidió con la visión de don Antonio, no había nada más que las puras decoraciones, las bambalinas del teatro, la casa conservadora estaba vacía, el cuerpo de tal alma ausente y la percha de la cual colgaba la ropa era una percha pintada.

¿Pero contaba don Antonio, en realidad, con la mayoría del Partido Conservador? Su presidencia oscilaba entre un triple recelo: el de los ultraconservadores –los neocatólicos de Pidal–, inquietos por los antecedentes liberales de Maura (y no debe olvidarse que en buena parte a la obstrucción

republicana en la Cámara se había debido la caída de Villaverde). Además de los villaverdistas (conjunto ciertamente un tanto heterogéneo y oportunista, pero que alcanzó pervivencia aún mucho después de la muerte del marqués de Pozo Rubio); y, a la larga, de los liberales, temerosos ahora de que la presencia de uno de sus antiguos correligionarios en la política conservadora acabara por arrebatárselos, o por desplazar, su propio programa.

No vencidos los recelos que suscitaba entre los diversos sectores del partido, sin embargo, la actuación de don Antonio en 1904 en el caso Nozaleda y su postura frente al anticlericalismo de los liberales le conquistó definitivamente la confianza del sector pidalino, y hasta 1907 el Partido Conservador mantuvo una imagen de total cohesión. En estos primeros años fue ya realmente notable el papel conciliador de Eduardo Dato, que se convirtió en apoyo constante de Maura.

Don Antonio, que tuvo más éxito que Silvela en la tarea de atracción de las derechas antidinásticas, necesitó para cumplir su cometido todo el acervo de dotes personales que hacían de él un gran orador de masas, a la vez que jefe natural de un partido parlamentario con poco amor a la disciplina.

El Partido Conservador con el que Maura se encontró cuando el gobierno pasó a sus manos era una formación política de estructura esencialmente caciquil. El político

mallorquín formuló su programa, hizo público su designio, probó desde el gobierno que tenía intención de cumplir lo prometido, y a él fueron las derechas.

Don Antonio concebía al Partido Conservador como el nervio de su reforma y quiso que funcionara de una manera centralizada, pero los políticos de la Restauración se agrupaban en una suma de facciones heterogéneas. Según la opinión del político mallorquín, el Partido Conservador debería asemejarse más a un ejército moderno que no a una grey de posaderos medievales; y así jerarquizó, en escalafón único, a exministros de la Regencia, altos funcionarios de aquella época ascendidos posteriormente a los Consejos de la Corona y jóvenes aspirantes a esa graduación que habían sentado plaza después del *Desastre*, bien advertidos de la necesidad de reconstruir cuanto antes una España mejor.

Maura desarrollaría por lo tanto una labor organizativa de gran importancia en el partido, montando comités locales y provinciales que vertebraran a la formación conservadora. Se trataba de crear unas huestes unidas en torno a su persona. No obstante, sus críticas a los partidos y al sistema no serían bien consideradas por todos sus seguidores; por ejemplo, el conservador onubense Burgos y Mazo, llegaría a decir que muchos miembros de su partido habían soportado «un día y otro día que, desde el banco del gobierno, se declarara la guerra santa sobre la política y contra los políticos de profesión».

A la larga, el esfuerzo de Maura no se traduciría en brillantes resultados. No se produjo un cambio esencialmente cualitativo en el partido, ni desaparecieron definitivamente las tensiones internas. Hacía falta más que la voluntad abstracta de un líder para transformarlo en un partido moderno. Lo cierto era que –coherente con su visión de la política– don Antonio no había puesto un excesivo interés en cuidar la vitalidad del partido, en el sentido clientelar del término. A diferencia de Cánovas, que no permitía que ningún líder regional abandonara Madrid sin ser agasajado por él, Maura descuidaba estas tareas, que le producían repugnancia. Más que nada confiaba en una evolución natural del partido hacia un modelo más democrático.

Andando el tiempo, el desenlace de la *Semana Trágica* atrajo consigo la enemiga de las izquierdas en la persona de Maura y de su ministro de Gobernación. No había que olvidar, por otra parte, que esta ofensiva se personalizó, no en el Partido Conservador, sino en Cierva y en el propio don Antonio. El estallido del *Maura no* y no del «Partido Conservador no» permitió que, dentro del partido, aquellos elementos que se habían mantenido disconformes respecto de la política de don Antonio encontraran una primera vía para mostrar sus discrepancias a través de un acercamiento a los liberales, pese a la hostilidad de éstos respecto del líder de su partido.

Una actitud, la del jefe del Partido Conservador, que no

fue, por lo tanto, compartida por todo el partido, como se demostró en primera instancia en las elecciones de diciembre que seguían a su cese al frente del gobierno; a pesar de que Maura escribiría una carta a los líderes locales pidiendo que no colaboraran con los liberales, en función de la implacable hostilidad señalada por aquel partido.

Y la circular no sería obedecida en un número considerable de provincias; lo que supuso la aparición de la primera fisura grave entre Maura y su partido y una disminución clara de su autoridad. Una primera explicación de tales desobediencias podría estar en la conocida disociación que existía entre la política nacional y la local, que llevaba a que, en ocasiones, se produjeran comportamientos independientes, incluso contrarios a lo que indicaba el poder central. La tolerancia de este respecto a determinadas políticas locales venía siendo, por otra parte, una norma de comportamiento, una especie de pacto tácito entre ambos niveles políticos desde los inicios de la Restauración. Pero, en su circular, don Antonio había expresado órdenes claras y tajantes con un tono incluso amenazador: «Quienes a tales necesidades –decía– antepusieran otros compromisos o intereses mostrarían que no quieren o no pueden seguir incorporados a la disciplina del partido».

La *implacable hostilidad* proclamada por el jefe conservador traía así sin cuidado a las clientelas locales de su partido, que pactaron como siempre con sus adversarios el disfrute alternativo de los cargos en las diputaciones.

Todo eso se advertiría en la prensa: «La procesión va por dentro» –*El Liberal*–. «En la comunidad conservadora, indisciplina y arbitrariedad» –publicaría *El Imparcial*.

Y Moret llegaría a manifestar que el Partido Conservador se había convertido en una «jaula de grillos», aprovechando la situación para atraer al sector más complaciente de entre los conservadores.

Las relaciones en el seno del Partido Conservador se iban enconando por momentos. De ello se hizo eco la información del diario *La Mañana* de 7 de enero de 1910, en la que se refería a la propuesta de nombramiento de capitanes generales a favor de Weyler y Azcárraga, que Moret había consensuado con Dato.

Cuando Dato y Azcárraga fueron a visitar a Maura para comunicarle la propuesta que el gobierno iba a hacer al rey, don Antonio dio un salto en la silla, contestando: «Esto no puede ser y no será. Estoy dispuesto a producir el mayor de los escándalos si se llega a proponer al general Weyler para una de las vacantes de capitán general. El Sr. Dato hizo mal, muy mal, el tratar esas cosas con el Sr. Moret, porque haciéndolo quebranta mi autoridad y la disciplina de partido. En cuanto a usted, mi general, debo manifestarle que para aceptar eso o cualquier otro honor ofrecido por el Sr. Moret debe usted empezar por declararse en rebeldía y fuera del Partido Conservador».

A esa propuesta de Moret se añadía el hecho de que el entonces presidente del Consejo concedía determinadas distinciones honoríficas a Dato y a Besada.

A raíz del debate parlamentario sobre las responsabilidades de la *Semana Trágica*, la hostilidad conservadora contra Maura se enervaría. En octubre de 1910 se reuniría en casa de Azcárraga la plana mayor del partido en la que Cierva propuso un gran acto de repulsa contra el intento de asesinato de don Antonio perpetrado por un republicano y espoleado por el discurso del socialista Iglesias, lo que se quiso ver como un gesto de adulación hacia el político mallorquín y una campaña contra las izquierdas, y esa no era la opinión del partido. Sánchez-Guerra abandonaría definitivamente a Maura, manteniendo que era favorable a que se limitaran los ataques a la monarquía. También se plantearía en la reunión que debía tratarse con mayor cuidado a las restantes fuerzas políticas y que para templar la situación tratarían de evitar la constante presencia de don Antonio en el Congreso. Molesto ante aquella conspiración, Cierva amenazaría con recomendar a Maura, de llegar ese caso, a que se retirase de la política. Hubo tal tensión que la reunión tuvo que ser suspendida, no sin otorgar un amplio voto de confianza a Dato y Azcárraga en su acercamiento al gobierno: la ruptura del partido con su líder se había consumado.

Por ello, la dimisión de Maura como presidente de los conservadores, toda vez que el rey prescindía de su persona

y elegía al liberal Romanones, y la posterior adhesión conservadora a don Antonio tenía más visos de teatro que de realidad.

Una vez más, la prensa se haría eco de estas desavenencias. En abril, *La Voz de Guipúzcoa* publicaba una carta dirigida a Dato, después de una reunión en Biarritz de cargos públicos del partido, en la que se pedía a éste que se pusiera al frente de la organización. Carta cuya existencia sería negada por Dato, aunque sería publicada también por *El Imparcial*. Por aquel entonces Dato contendría a los disidentes: aún no había llegado su momento.

Ya en enero de 1913, los diputados y senadores conservadores pidieron a Maura que rectificara y volviera a asumir la presidencia. Pero que si ratificaba su nota, no le seguirían.

Pero Maura fue muy claro en su discurso de ese mismo mes de mayo en las Cortes. Aludió al veto a su persona y a que su dimisión la había presentado por si acaso el veto era exclusivamente a él y no hacia las políticas del Partido Conservador.

Cuatro grupos subsistieron en el Partido Conservador en el verano de 1913: el más extremo, formado por excanovistas, exvillaverdistas y exromeristas, contrarios a Maura; otro, bastante más numeroso, compuesto por los enemigos de Cierva y más o menos alineados con Sánchez-Guerra (con

quien aquél no cruzaba palabra); la mayoría, alineada con don Antonio, aun sin compartir todas sus ideas, siempre que su *status* no cambiara y, por fin, los *mauristas* incondicionales. Al cabo, sólo estos últimos le seguían ahora, cuando don Antonio pintaba esa acuarela en Solórzano.

Recuerdos que evocaban su llegada a la añorada isla, cuando efectuadas las complicadas maniobras del ataque se iniciaba una pavorosa avalancha de recobrar la tierra firme y de encontrarse entre los suyos. A la masa humana (nada despreciable) se sumaban como temibles arietes maletas, jaulas, paquetes y bultos. Todo ello bajaba en confuso tropel y entre denuestos y protestas las empinadas tablas de la plancha, para esparcirse luego por el muelle en pintorescos grupos y grupitos que rodeaban al recién llegado para escuchar noticias y aventuras, en tanto que disimuladamente se escudriñaba el equipaje para deducir, a través de él, el éxito o fracaso del viaje y la cantidad o calidad de los recuerdos que de él se traían.

Lo que Silvela consideraba la justificación más importante de la regeneración de la vida política y económica española era la recuperación de las energías necesarias para reactivar el protagonismo de España en la política exterior y, en concreto, colonial. Primero había que recuperar vigor interior para después proyectarlo en el exterior. Sus muy prudentes pasos para pactar con Francia una acción conjunta en Marruecos que contara con la aprobación del Reino Unido culminarían en 1904, cuando un gobierno de

Maura aceptó la acción subordinada de España a Francia en territorio marroquí, a fin de garantizar la seguridad de las plazas españolas de Ceuta y Melilla.

Y era que don Antonio tenía dicho de siempre cuál era su concepto; lo había dicho mucho antes de entonces; pero antes de que lo dijera, los mismos hechos dictaron su juicio en 1904, cuando se inició la liquidación del imperio marroquí. Y era que la situación de aislamiento de España empezaba a resquebrajarse, a hacerse insostenible, por lo que le correspondió dar el primer paso en el Tratado hispano-inglés de aquel año. Se atuvo a la realidad de que España estaba situada en el Occidente de Europa, y en Marruecos, Inglaterra, Francia y España tenían intereses –y de eso se trataba– esenciales acerca de los cuales necesitaban pactar.

Las vicisitudes interiores estorbaron durante el siglo XIX toda reflexiva acción exterior, pero en territorio tan próximo como el vecino marroquí se mantenía difuso a través de los cambios de gobierno, y aun de régimen constitucional, el instinto de la peligrosa amenaza que para la península tenía cualquier modificación del *Statu quo*. El afán de suprimir este riesgo no pasó de mera corazonada, puesto que no se previeron, evitaron ni neutralizaron contingencias que fatalmente habrían de producir la alteración de la situación en el Mediterráneo occidental. La cancillería española no supo nunca con certeza si debía favorecer o contrariar la colonización de Francia en Argelia, hecha en gran parte a

costa de nuestros compatriotas emigrados; si convenía o no alentar la preponderancia que los diplomáticos ingleses estaban adquiriendo en la corte marroquí; si era útil o nocivo que los sultanes derrocasen el poder de las cofradías religiosas y el de los señores feudales y sojuzgaran a las behetrías cabileñas.

La única norma persistente del simplicísimo criterio de nuestras gentes oficiales fue impedir que estallaran conflictos en Marruecos, aun a costa de internacionalizar la cuestión.

Carecía España de una idea rectora en lo concerniente a Marruecos. Y difícil era realizar o procurar realizar los deseos de una nación, pero mucho más complicado aún era servir a un país que no sabía lo que quería, y todavía más –superior a las fuerzas humanas–, servir a quien quería, a la vez, cosas contradictorias.

Y como consecuencia de todo eso, extremaría de tal modo España la prudencia, que procedió en los tratos con los gobiernos del Sultán como pudiera con el del más civilizado de los gobiernos de Europa. En todo caso, el Gobierno español resistía como podía la presión militar que era vista con fuerte simpatía personal por el rey. Alfonso XIII admiraba al general francés que se llamaba Lyautey y se quejaba, en su trato con los diplomáticos, de que Maura no le tenía informado de ciertas propuestas extranjeras.

España se veía forzada a una política de neutralidad y transigencia, a la vez que debía reforzar militarmente sus posiciones en previsión de conflictos. Éstos no tardaron en aparecer, con el riesgo de que esa política fuese interpretada por las tribus locales como una muestra de la incapacidad española de llevar a cabo cualquier acción militar requerida. Esa misma circunstancia le haría ver don Antonio al general Marina al referirse a que tal pasividad pudiese interpretarse por aquéllos como indiferencia o flaqueza.

Respecto del acuerdo franco-británico de 1904 (la Declaración del Reino Unido y Francia, relativa a Egipto y Marruecos, en cuyo anexo se convenía que cierta extensión del territorio marroquí adyacente a Melilla, Ceuta y otras zonas debería quedar bajo la esfera de influencia de España, siempre que el Sultán no ejerciera su autoridad en ellos), Maura manifestaría su opinión. Era ésta que el Estrecho era una cuestión entre España y el Reino Unido, donde concurrían los intereses de ambas naciones y donde Francia estaba excluida. Asimismo, España debería exigir el reconocimiento de sus derechos, aunque no pudiera imponerlos por la fuerza, basada en la legitimidad de los mismos y de acuerdo con el Tratado.

Era evidente, el margen de España era muy reducido. No podía hacer el juego a Francia y oponerse al Reino Unido si no quería sufrir una acción de éste en su contra. Además, el apoyo que Francia nos prestaría se definía en términos muy poco precisos. Aun así, don Antonio era conecedor de que

sólo una armonía con Francia e Inglaterra, de consuno, nos permitiría entrar de pleno derecho en el juego de la cuestión marroquí.

Capítulo XXXIII

En su estancia carcelaria era Cuevas conocedor al detalle de los casos de sus compañeros de fatigas, de la historia de sus vidas, de sus esperanzas y de sus temores. A través de las interminables semanas y meses de su aislamiento sus tragedias constituían el único asunto de conversación. Solamente verse con la cabeza hundida entre los barrotes enrejados era observar el panorama de miseria que crecía en todos ellos. La desolación de la celda, el aire depresivo que respiraban. Y el tiempo iba pasando lentamente. De jueves a jueves, ¡qué largos se hacían esos siete días! Generalmente iban Ana y su madre, pero había veces que acudía solamente Ana, porque su madre no podía desatender su puestecillo de trapos viejos, el ganapán de todos los suyos, incluida la misericordia que viajaba en el paquete que le enviaba a Cuevas a la cárcel.

En una de las visitas que le hizo, Ana le dijo que había estado hablando con su abogado defensor. Andrés se quedó sorprendido. Pero cómo, si no había nombrado abogado. Ella le contestó que los abogados, en esos casos, eran nombrados de oficio. Y continuaría informándole que, después de hablar con su abogado, ella había sacado buena impresión con relación a él, pero que el caso de Salvador (su compañero de armas) podía darse por perdido. De todas formas –pensó Cuevas–, Salvador ya estaba perdido por el cáncer que le roía.

Dos días después de la visita de Ana fueron llamados «a jueces». El abogado defensor les aguardaba tras las rejas del locutorio. Pasaron los dos juntos.

El letrado les habló con amabilidad y quedó muy impresionado por el estado que presentaba Salvador. El tumor en la garganta se le había reventado y supuraba pus. Él se envolvía la garganta para ocultar la herida abierta con un pañuelo negro. Pero apestaba.

–No es posible que le tengan a usted en esas condiciones, sin asistencia médica –dijo–. No sé si me harán caso –añadió–, pero voy a hablar con el director de la cárcel para que lo internen en la enfermería.

Cuevas no supo si el abogado cumplió su palabra, pero lo cierto fue que el médico de la cárcel no hizo absolutamente nada para que internaran a su compañero en la enfermería.

Después de eso, el abogado pasó a hablarle de su situación jurídica. Muy complicada, según explicaría.

Al día siguiente, por la mañana, llegaría la Guardia Civil a buscarles. Les condujeron en un coche-camioneta a los calabozos del juzgado en la rambla de Santa Mónica, aguardando allí el momento de ser presentados.

Desde el juzgado se les llevó a pie, esposados y bien escoltados. Antes de entrar en la Sala pasaron por una antesala en la que aguardaba la gente. Entre los que esperaban vio a su madre y a Ana.

Se sentaron en el banquillo entre dos guardias civiles. Ante ellos el tribunal y a un lado del mismo el fiscal; al otro, se sentaba el abogado. Le pareció que el fiscal podía tener veintitantos años, con bigotito a la moda de entonces. Su cara era alargada y, tal como cuadraba a un fiscal, con mirada torva. Por encima de la cabeza del presidente del tribunal colgaba en la pared un Cristo crucificado. Dios estaba allí como testigo. Primero se empezó con el apuntamiento de los hechos. Luego intervino el fiscal para subrayar el delito que habían cometido. Desfilaron los testigos de cargo, entre ellos el comisario de policía. Y finalmente desfiló el célebre sereno, que se ratificó en todas y cada una de sus declaraciones; es decir: que no conocía a Cuevas de nada, declaración que en buena razón debería invalidar la acusación de atentado a la autoridad.

Intervino después la defensa, que se limitó a pedir clemencia para sus patrocinados. En realidad, en lo que a Andrés se refería, el sereno le había exculpado y el propio Salvador había actuado solo en el atraco. Ni tan siquiera como inductor del delito podía ser acusado. Pero ninguno de estos argumentos fue esgrimido por el abogado. Sólo la solicitud de clemencia.

Le llegó el turno al fiscal para presentar sus conclusiones. Antes de hablar les miró detenidamente y después, ahuecando algo la voz, como para darse importancia, las expuso: pediría dos largas e injustificadas condenas.

El abogado repitió su solicitud de clemencia.

Luego el presidente les preguntó si tenían algo que alegar. Cuevas intentó levantarse, pero inmediatamente, del tribunal le llegó la orden tajante de que se sentara. Y allí terminó la parodia. En total, la vista había durado apenas diez minutos.

Mientras que los guardias tiraban de ellos, el fiscal recibía las felicitaciones de una señorita muy endomingada. «Has estado magnífico». La felicitación al fiscal podía oírla perfectamente su compañero de fatigas, que iba arrastrando su cuerpo apoyado en la muleta y con su tumor de garganta completamente reventado. Lo único que el fiscal podía hacer era certificar que aquel hombre ya estaba muerto, y no se puede matar a un muerto. Pero realizó esa hazaña que tanto

inspiraba admiración en aquella joven tan elegante. Así andaban las cosas bajo la mirada del mudo testimonio del Cristo de los católicos.

Conducidos por los guardias civiles cruzaron la sala. Su madre contenía sus lágrimas y Ana parecía serena.

Les recondujeron al calabozo de la rambla Santa Mónica. En la puerta había una pequeña ventana enrejada y por ella, en el caso de que fueran autorizados, podrían saludar a sus familiares.

En ese calabozo iban a aguardar a que deliberase el tribunal para que concluyese la comedia.

Durante la espera dejaron pasar a su madre y a Ana. Por la ventana pudo besar a ambas, y Ana le dijo que esperaba que se rebajase la pena porque la noche anterior había visto a su abogado y éste le había dado buenas impresiones... En realidad, Cuevas no sabía qué quiso decirle con lo de «la noche anterior». O tal vez sí lo sabía: era la única forma con la que las novias, las compañeras de los anarquistas podían defender a sus seres queridos.

Después de esperar, helados de frío en aquel calabozo, llegó el abogado para anunciarles que, si bien la condena de Salvador sería más que cuantiosa, a él se la habían rebajado.

Cuando volvieron de nuevo a la cárcel, su compañero ya no le acompañó a la celda, sino que fue conducido a otra, de

seguridad. En todo caso, fallecería poco después ahogado por el cáncer de garganta.

Una vez dispuesto a cumplir con su pena, Andrés Cuevas sintió avivarse su interés por los estudios que se estimulaban en la cárcel. Incluso él mismo se inscribía en el grupo que estudiaba inglés.

Así andaban las cosas cuando se reestructuraron las celdas, descendiendo el número de sus habitantes. De los diez que Cuevas había conocido en un principio el número se redujo a cuatro o cinco en los meses de julio y agosto. Este descenso obedecía a traslados a penales, a otras galerías o a la puesta en libertad de algunos reclusos.

Con esa reestructuración, Andrés pasó a otra celda, que ocupaba un muchacho llamado Pedro, con el que había intimado en el patio durante los paseos y que también asistía a las clases de inglés.

Era un muchacho algo más joven que él. Estaba condenado por delito de atraco. Cuando le contó su «atraco» no pudo Cuevas por menos que reírse e indignarse a la vez. Con otro amigo de su edad, y valiéndose de un arma inservible, asaltaron una farmacia, y tan asustados estaban que en vez del dinero se llevaron un puñado de recetas médicas. Salieron corriendo, pero fueron detenidos y condenados, aunque en rigor sólo merecían un correctivo.

Pedro era un muchacho muy sensible, y su sensibilidad se le escapaba por la correspondencia que mantenía con su novia. Pero tanto las cartas que él escribía como las que recibía de ella era imposible que pudieran pasar por la censura. Y, como esa correspondencia era para él un motivo esencial para soportar la cárcel, ideó una estratagema para burlar la misma. Su truco consistía en un doble fondo en la cesta de mimbre con que le entraban la ropa limpia y la comida. Gracias a ese truco tenía asegurado su alimento espiritual.

La madre de Pedro solía enviarle como comida cosas muy delicadas para los tiempos que corrían. Sus delicadezas iban desde tarritos de miel a leche condensada que el muchacho compartía generosamente con los compañeros de celda. La comunidad celular era una regla general que siempre se vivía en la cárcel.

Así iba pasando el tiempo y llegaba el 23 de septiembre, vigilia del santo de la Virgen de la Merced, patrona de Barcelona y también, en honor de la orden eclesiástica mercedaria, patrona de los cautivos. Ese día se daba a los presos rancho extraordinario, se dejaban las puertas de las celdas abiertas y se permitía la entrada en la cárcel a los hijos menores de los reclusos. Era, pues, un día en que se rompía la monotonía del tiempo sin peso, peso muerto que se les escapaba sin haberlo vivido.

Por la tarde de ese día 23 de septiembre vinieron los

barberos para el afeitado semanal. Se instalaban en una celda y por turnos iban pasando sus barbas por sus a veces melladas navajas que se levantaban en vilo al pasarlas por la mejilla o por la barba.

Aquella noche se acostaron, no como todas, sino esperando disfrutar del ambiente con que los niños y las niñas iban a alegrarles a todos, fueran o no padres.

Pero cuando dormían a pierna suelta, hacia las seis de la mañana les despertó un ruido de puertas y cerrojos estrepitoso. En la calle llovía torrencialmente. Se abrió la puerta y el oficial les obligó a ponerse en pie. Luego la puerta se cerró.

Todos tuvieron el mismo pensamiento: alguien se había fugado. ¿Quién? Llegó la hora del café, luego el chusco y con él el recuento matinal. Pasó el vigilante la revista. Todos estaban firmes.

Capítulo XXXIX

En la isla de Santoña, al promedio del litoral santanderino, la legendaria bravura del Cantábrico se domestica apenas traspuesta la barra rugiente. A partir de ella, las aguas se adentran en esta campiña virgiliana, entrecortada por riachuelos. El humilde caudal de estas corrientes, aún reforzado por la marea entrante, deja en seco praderas de las que se benefician las rubias vacas de este país, y pequeños islotes donde a veces surge la gracia rural de un molino que aprovecha la fuerza de las mareas para el giro de sus tolvas.

Recorriendo estos parajes, sería el islote de Monteanó, ceñido de frondas, objeto de su consideración pictórica. El islote, casi totalmente ocupado por un vetusto convento bajo la advocación de San Sebastián, estaba a cargo de una comunidad de franciscanos capuchinos. La gentileza de la

espadaña culminante sobre la austeridad del conjunto, las ventanitas que rompen la monotonía de las paredes, algún tapiz de hiedra enmarañando los muros más vetustos, el seto de laureles y espinos de donde el monumento emerge y la luz mañanera de un día estival resbalando sobre los salientes de tapias y techumbres despertaron su entusiasmo y lo llevaron a la acción.

Interrumpía a veces sus escarceos mallorquines la llegada de las pescaderas, sucias y desgredadas, con su cuévano de pescado recién desembarcado y unas balanzas llenas de orín y mugre. Puesto en el suelo el cuévano y quitado el mojado saco que cubría y resguardaba la mercancía, iniciaban sus familiares del sexo opuesto la intrincada operación de escoger el pescado para las comidas del día; no era cuestión baladí que se pudiera encomendar a la discreción de la cocinera (con ser tan concienzuda y honrada como era ella) ya que de ella dependían los menús y en suma la parte más importante de la jornada. Tras largo cambio de impresiones y reiterado examen del pescado ofrecido, se cerraba el trato y en ancho plato llevaban de la cocina, el policromo botín de «vacas», «serranos», «doncellas», «tordos»... Toda esa variedad de peces que se conocen bajo el común denominador de «roques», o en buen castellano, pescado de roca, por tener entre éstas su habitáculo. Toda la gama de colores de la más rica paleta se ofrecía en aquellos pescados, húmedos todavía, que antes de recrear sus paladares ya regocijaban la vista fingiendo prodigiosos esmaltes de

delicados y nacarinos tonos. Bajo tales argumentos daban comienzo a la jornada, de tal trascendencia en su vivir que hoy, a través de la neblina del tiempo y del olvido, cuando tantas memorias y sensaciones había perdido para siempre, aún conservaba su recuerdo intacto, y sin el menor esfuerzo podía volver a revivir sus horas y sus sensaciones.

Acorralado por una encrespada corriente de opinión, Maura no tuvo más salida que intentar deducir las mejores consecuencias posibles del famoso Artículo VIII del Tratado que decía: «Ambos Gobiernos –británico y francés–, inspirándose en sus sentimientos de sincera amistad con España, toman en especial consideración los intereses que este país deriva de su posición geográfica y de sus posesiones territoriales en la costa marroquí del Mediterráneo, con respecto a los cuales el Gobierno Francés llegará a un acuerdo con el Gobierno Español. El acuerdo a que pueda llegarse acerca de este asunto entre Francia y España se comunicará al Gobierno de Su Majestad Británica».

Maura se encontró, al emprender nuevas negociaciones en París, con que la zona reservada a España en 1902 había sido drásticamente reducida, al paso que Tánger se constituía en un enclave diplomático internacionalizado.

Francia pasaba de ofrecernos las dos terceras partes de Marruecos a regatearnos un estrecho «*hinterland*» para las posiciones costeras españolas. El acuerdo final entre españoles y franceses, firmado el 3 de octubre de 1904 –y

mantenido en secreto hasta enero de 1912–, fue simplemente un asentimiento a las zonas de influencia diseñadas en el mapa por Francia e Inglaterra.

Eran notorios los manejos de Francia para apoyar sus políticas coloniales frente a Inglaterra, tomando a España como aliado menor y punto de apoyo de las mismas. En esa situación, España corría el riesgo de quedar repudiada por ambas potencias.

Aun así, Francia e Inglaterra habían recompuesto su relación, algo que los servicios diplomáticos no habían indicado a Maura.

En todo caso, Francia aprovecharía cualquier circunstancia en sus relaciones con España que le permitiera incrementar su zona de influencia inicialmente pactada a nuestra costa. Don Antonio era consciente del relativismo francés respecto de lo que ellos mismos habían pactado.

Era difícil también la introducción de Inglaterra en el acuerdo, cancelando así el pacto secreto con Francia. Sin embargo, los liberales habían favorecido este pacto y Maura debió emplearse a fondo para evitar esa estrategia.

El acuerdo de Algeciras de 1906, por el que España asumía el protectorado norte de Marruecos y Francia el sur, no gustó a Maura, que siempre reconocía que todos los lodos oscuros y espinosos venían a ser no más que experiencias del

gran daño que para nuestra causa significaba Algeciras con relación al estado de cosas anterior. Le agobiaba el ánimo el hecho de que se les hubiera obligado a malbaratar en la costa Atlántica de Marruecos un esfuerzo que nos daría provecho, con menos mezcla de daños, en las cercanías de nuestras plazas. Quedábamos desde entonces huérfanos de padre y madre, a discreción de los egoísmos, antojos o arrebatos callejeros de Francia o de su gobierno.

Ya durante su *Gobierno Largo*, en 1907, España intentaría un acuerdo especial con Inglaterra para que le ayudara al mantenimiento del *statu quo* en Marruecos. En una entrevista con Eduardo VII, el embajador de España recibiría una respuesta desalentadora de éste: «En Marruecos, tienen ustedes que ir con los franceses y entenderse con ellos».

No quedaría, por lo tanto, otro remedio que mantenerse de acuerdo con Francia.

En ese *Gobierno Largo*, la vertiente exterior del programa de Maura se iba a desarrollar en dos líneas de acción complementarias: una dinámica y dirigida con gran energía, que era la reconstrucción de nuestra marina de guerra; la otra, más sosegada y tradicional, a través de la labor diplomática, para desarrollar nuestras relaciones internacionales y en especial nuestros compromisos en Marruecos, con la necesaria cautela hasta que el país estuviese en condiciones de embarcarse en empresas de mayor alcance.

La política de Maura en relación con Marruecos tenía la voluntad de resituarse a España en el concierto de las naciones europeas del que los acontecimientos surgidos a raíz del *Desastre* la habían excluido. Las cosas mismas dictaron su juicio en 1904, cuando se inició la liquidación del dominio marroquí, cuando por lo mismo, la situación de aislamiento de España empezaba a quebrarse, a hacerse insostenible. Como presidente entonces del gobierno, se trataba de dar el primer paso en el tratado hispano-franco-inglés. Era también una posición meramente geoestratégica, la frontera española en el sur no era el mar, era Marruecos.

Se decía que en Marruecos había una cuestión territorial, un extenso interés comercial y la libertad del Estrecho. Pero es que luego existía otro interés que para España se levantaba ingente sobre todo otro: el interés, el derecho incontestable a que la costa marroquí, situada frente a la nuestra, se considerase como una frontera de España. Ello importaba a nuestra independencia y a nuestra seguridad. La situación de España respecto a Marruecos no difería de la actuación fronteriza que Francia había hecho valer por razón de su línea argelina. Jamás debería consentir España que una nación que no fuera Marruecos pusiera el pie, costara lo que costara, y, cuando Azcárate le sugería el trueque de Ceuta por Gibraltar, le contestaría que una conducta contraria a la que estaban siguiendo significaría convertir pronto en Gibraltares todas las plazas que tenían en el norte de África.

Por otra parte, en cuanto a la estructuración interna de

Marruecos y sus relaciones con el exterior, había que mantener su integridad territorial, el sometimiento a la autoridad del Sultán y su apertura a las actividades económicas, comerciales y financieras, y –desde luego– el cumplimiento por España de sus compromisos internacionales. España tenía que aparecer ante los ojos de Europa como un pequeño país, honrado y cumplidor de sus compromisos, le diría a Allendesalazar en 1907.

La actitud de Maura –consistente en el mantenimiento de los acuerdos de Algeciras, pero limitados a tareas de mera policía– se debía a que conocía las reticencias de la población española respecto de una mayor implicación en Marruecos. Esta actitud no gustaría a los franceses.

Pero tampoco la de los franceses gustaría a don Antonio. Tras de una accidentada presentación de cartas credenciales conjunta de los representantes de Francia y España ante el Sultán, ya instalado en Rabat, el político mallorquín se dio cuenta de la dificultad de colaborar con Francia, cada vez más desleal en su comportamiento con España, y de la conveniencia de, sin romper la buena relación formal con el gobierno de París, llevar una política algo más autónoma, y si fuese necesario, contraria a los franceses, aunque necesariamente acorde con los acuerdos de Algeciras.

Y era que, a pesar del Acta de Algeciras, Francia destacaría por su agresividad y determinación en Marruecos. Según Maura, la manera de conducirse Francia hasta aquel

momento no daba muestras sino de tratar de consumir propósitos opuestos al acta de Algeciras, utilizando para tal designio las circunstancias y la complicidad más o menos pasiva de España.

En realidad, estaban muy claros los límites y condiciones que imponía el Acta de Algeciras a España, que eran de pura policía, excluyendo cualquier tipo de compromiso en operaciones bélicas, tales como a todas luces Francia deseaba desarrollar. De lo que estaba convencido Maura era que de lo que en el sur del país ocurriera, para nada impresionaría a los habitantes del norte. Por eso le parecía tan aventurado, tan ineficaz, meter el brazo armado por las grietas de aquella fábrica ruinosa. En Marruecos se tendría lo que se ocupara, durante la ocupación o la inminencia ostensible de la dominación material.

Y respecto de la copiada de Francia, institución del Protectorado, Maura opinaba que el interés de España no consistía en que vivieran de otro modo las cabilas o se acelerase su progreso o reconocieran nuestra dominación y se abatieran o sojuzgaran delante de nosotros. La acción de España no debía ir por la vía de la dominación que provocaría resistencia, había de ser una influencia «bienhechora, paternal y amable. Ponernos a regir por nosotros mismos es enorme temeridad».

Para la mayoría de los españoles lo del Protectorado era una frase, una engañifa, una hipocresía, al amparo de la cual

se trataba de conquistar aquel territorio y anexionarlo a España, y quienes no lo entendían así opinaban que se debía administrar y gobernar nuestra zona de Marruecos como otra cualquiera parte de la monarquía. Pero para Maura no, sólo se trataba de dejar vivir a los moros su vida propia, respetando sus costumbres, aun las que parecían monstruosidades de su existencia, de su tradición y de su fe. España carecía de título de legitimidad e incluso de interés para hacer lo contrario.

En este sentido, la ocupación por las tropas españolas de la Restinga en 1908 y el Cabo de Aguas fue una operación singular, ya que no se trataba ni de un enfrentamiento contra el Sultán, ni tampoco buscaba una ocupación territorial en sentido estricto. Su naturaleza había que enmarcarla en una política de defensa de los territorios que España poseía en la zona –Melilla y las Islas Chafarinas– cuya seguridad y abastecimiento peligraban a medida que la zona circundante caía en el desorden y las cabilas –hasta entonces en buena convivencia– acrecentaban su hostilidad hacia sus vecinos.

A partir de entonces, las relaciones con el Sultán se convirtieron en un diálogo de sordos. Éste pretendía a toda costa que España abandonara esos territorios y España que el Sultán cumpliera con sus obligaciones de asegurar la zona.

En marzo se produjo el asesinato del súbdito francés Mauchamp en una importante localidad interior,

Marraquech. Como esta ciudad no estaba en la lista de poblaciones costeras abarcadas por el Acta de Algeciras, ni se encontraba en el acuerdo hispano-francés de noviembre, Francia respondió con un contragolpe de distinto género, la ocupación de Uxda, localidad próxima a la frontera argelina, y no muy lejos de la vaga zona de influencia reservada a España.

Alemania aceptó a regañadientes las explicaciones francesas –era una ocupación temporal– y Maura no sólo las aceptó sino que hizo cuanto pudo para apaciguar a los alemanes. Y, por lo demás, no tardaría en producirse otro incidente, de alcance mucho más grave que los anteriores: esta vez localizado en Casablanca –uno de los puertos enumerados en el Acta de Algeciras bajo control francés– y promovido por el foco de latente rebeldía por Muley Hafid.

El mismo día 7 de agosto en que culminaba la terrible represión sobre Casablanca, el nuevo embajador francés Paul Revoil se entrevistó en San Sebastián con don Antonio y con el ministro de Estado, de jornada en la población guipuzcoana. El objeto del encuentro sería el de exponerles sus planes: ocupación permanente de Casablanca, de Tánger y de los otros seis puertos previstos en el Acta de Algeciras, rebosando ampliamente su ámbito: de la organización de una policía para esos puertos, se pasaba a una ocupación militar, aunque estaba previsto que se tranquilizaría a las cancillerías europeas presentándola como provisional hasta tanto no estuviera organizada la policía marroquí. La

respuesta de Maura se ciñó a los términos estrictos de lo convenido en Algeciras. Si se enviaban tropas, éstas debían atenerse a una misión policial transitoria, pero sin el carácter de fuerza de ocupación militar; en cuanto al castigo de los culpables, debería quedar confiado a las autoridades marroquíes.

La actitud de don Antonio era plenamente consecuente con la que le llevó años atrás a dejar pasar la oportunidad que Francia le ofreció en 1902. Conforme con el papel que los Acuerdos de Algeciras le reservaban a España, no estaba dispuesto a ir un milímetro más allá.

Ya durante las conversaciones de San Sebastián, Revoil, impaciente por las resistencias de Maura de aceptar sus planteamientos, llegó a insinuar que si lo que motivaba aquéllas era la carencia de medios bélicos suficientes para que España asumiera la colaboración propuesta por Francia, bastaría con que enviase una bandera española para cubrir la apariencia de una acción combinada que, en realidad, llevarían a cabo los bien pertrechados franceses.

El patriotismo de don Antonio no dejó de resentirse. En la conversación con el embajador francés vio el político mallorquín entretejido el intolerable error de pensar que nuestras observaciones y reservas estaban sugeridas por las dificultades españolas en aportar el contingente, cuando el verdadero fundamento de los reparos consistía en poner el pabellón español al frente de una operación políticamente

desacertada, y en ello, lo mismo daba enviar diez hombres que diez mil.

Algo estaba muy claro a los ojos de Maura: que la actuación francesa en Casablanca respondía a la idea de que bastaría afianzar, no sólo su presencia protectora en el Marruecos, teóricamente sujeto a la soberanía de Abdelaziz, sino también a imponer respeto al foco insurgente que seguía a Muley Hafid. Esa idea carecía de fundamento. Para Maura pensar o decir que la acción desplegada aquellos días en Casablanca prometía restablecer la normalidad allí e imponer respeto al resto de Marruecos no le parecía acomodado a realidad. En todos los casos debíamos tomar en consideración la variada y contradictoria multitud de energías dispersas, sueltas, sin solidaridad orgánica y aún sin trabazón regular y estable a cuyas impulsiones convulsas respondía la vida política de Marruecos; vida que era toda ella asimetría e incertidumbre. Por ello resultaban, a su entender, materias muy diferentes el efecto en Casablanca de la acción francesa y el efecto que podía causar en el resto de Marruecos.

Seguía prevaleciendo en don Antonio la decisión de atenerse estrictamente a los Acuerdos de Algeciras de 1906: «Precisamente por haber violado Francia ese Acta, abriendo un frente militar en Casablanca, éramos los españoles, precisamente nosotros, los depositarios de todo el gigantesco núcleo de intereses europeos. Si prestáramos nuestro nombre y dejáramos arrastrar nuestra complicidad

a una obra política sustancialmente contraria, no solo sacrificaríamos la santa causa de España, sino que nos mostraríamos poco merecedores del apoyo que nuestra modestia halló en los acuerdos de 1904 y de 1906».

Sobre todo, primaba en el ánimo de Maura una última consideración: implicarse plenamente en los propósitos franceses (aun suponiendo que, evaporada el Acta de Algeciras, toda Europa se aviniese a asumirlos) supondría dejar a un lado el programa de regeneración interna de España para anteponer una ruta colonialista costosa y forzosamente ineficaz. Por no darnos el espacio que necesitamos para la regeneración interior, nos retrasaría en ella y nos agobiaría, opinaba don Antonio.

En carta dirigida por Maura a Allendesalazar en julio de 1909 se hacía una descripción rotunda de su opinión respecto de los Tratados concernientes a Marruecos: «España no puede consentir la suplantación de su papel en la región por otras potencias extranjeras, lo que vendría por consecuencia de la atrofia de nuestras plazas en la zona naturalmente predispuesta a recibir nuestra influencia, y estrechar, precisamente con nosotros, los lazos de vecindad. Por su parte tampoco se ve el provecho que Marruecos obtendría de la sustitución, aunque nunca la consentiríamos, y es ocioso detenerse sobre la hipótesis».

«Esta pretensión –continuaba Maura– se mantendrá como de primordial necesidad y de elemental justicia, en términos

que, si no conseguimos legitimar explícitamente por un convenio inmediato la acción española en la zona de nuestra natural influencia de vecinos, inicien la ulterior insistente reclamación que habremos de mantener hasta lograrlo, y mientras tanto expliquen la conducta que de todos modos España habrá de seguir en la aludida zona».

«No hemos de consentir la asfixia de nuestras plazas, la anarquía de sus comarcas, la paralización de los nacientes instrumentos de prosperidad y de cultura, como son las vías de comunicación, zocos, minas, etc. Reglado todo esto podrá obtener el Majzen algún ingreso de aduanas, y carecerá de tal recurso si corren fuera del cauce las inevitables de tráfico que a nosotros también nos son necesarias».

«Aún en la generalidad de los nexos exteriores del imperio, tratada en Algeciras, la participación de España con Francia en los encargos que el Acta definió, robustece nuestro título para garantizar la seguridad y el orden, requisito primordial del comercio, en las comarcas donde radican nuestras posesiones». Don Antonio, en definitiva, pretendía alinear cronológicamente la política exterior según las pautas prioritarias de su política interior, pero los acontecimientos, precipitándose, no lo permitirían. Las maniobras francesas se basaban en un certero análisis de la situación. Partían de la convicción de que los Acuerdos de Algeciras se habían hecho inviables: la famosa policía indígena resultaba una utopía.

Propuesta por Francia, en este mismo sentido, la anexión de Tánger, Maura sería de la opinión de rechazarla; era inevitable, oportuna y provechosa la deliberación con Francia. Creía viable, siempre que se contase con el asentimiento de todas las potencias signatarias del Acta de Algeciras, sustituir la prevista policía internacional por la acción europea. Desligar entre España y Francia las mancomunidades de Tánger y Casablanca, quedando reconocida a cada una de ambas naciones la exclusiva personalidad para ejercer la acción, sin obligarse al éxito, sin comprometer la medida, de manera que, según circunstancias y tiempos, Francia en su zona, los españoles en la nuestra, nos conduciríamos según lo estimase nuestro personal arbitrio.

Y el episodio de la pugna entre liberales y conservadores que seguiría a continuación tendría como protagonista al conde de Romanones, que había impulsado grandes inversiones en esa colonia, rentables pero arriesgadas. Cuando el vendedor de la concesión de los hierros de la región más rica de Melilla (el Roghi) fue vencido por sus enemigos, el gobierno debió enviar tropas a Marruecos.

Romanones se retiraría de las inversiones antes de dar comienzo la *Semana Trágica*, pero en los muelles de Barcelona se daban «muertas» al líder liberal. Su formación política se fracturó una vez más. Como partido de orden, no podía dejar de votar los créditos militares, además de que estaban implicados en la operación a través de sus propios

intereses, como era el caso del conde; pero como habían asimilado a los conservadores con la Iglesia, avivando el anticlericalismo, cuando llegaron las quemas de los conventos tenían las manos atadas.

Capítulo XL

No debería, sin embargo, Cuevas, caer en el desaliento al que su actual situación objetivamente le conducía. Lo había dicho Anselmo Lorenzo, el desaliento es debilidad intelectual, ofuscación, desvanecimiento de la grandeza del primer impulso, empequeñecimiento y al fin cobardía, disfrazada con los nombres de desengaño, prudencia, reconocimiento de la realidad, y de ahí el lamento por la desorganización; sin considerar el lamentador que, dominado por la carcoma escéptica, si el proselitismo cundiera y la organización se extendiera, más que sentirse reforzado por los que se le acercasen extendería la debilidad contaminando a los neófitos. Gravísima irresponsabilidad en la que Andrés no debería incurrir jamás.

Estando formados les llegó el rumor de quién se había fugado. La evasión la habían hecho limando los barrotes de

la ventana de la celda con un pelo de caballo –un filamento de acero muy delgado–. Después, con tiras que habían hecho de las mantas, habían descendido al patio; por el cable del pararrayos habían subido hasta el techo de la galería y desde allí, bordeando la cúpula central que unía todas las galerías, habían descendido al patio de duchas, donde cogieron un tablón y lo situaron en forma de puente entre los muros del recinto. Pasaron por el tablón y se deslizaron a la calle para perderse en la noche. La fuga había sido laboriosa, pero lo habían conseguido con cálculo matemático.

El mal tiempo les ayudó mucho, pues los guardias civiles que hacían la guardia de la prisión no se dieron cuenta del tablón que cruzaba el recinto hasta las seis de la mañana. Fue entonces cuando sonó la alarma, pero los fuguistas llevaban ya varias horas de ventaja. A uno de ellos no lo detuvieron nunca, pero a los otros dos los localizaron al cabo de tres días, aunque con una hoja de trabajo imponente: habían desvalijado una joyería y dos estancos, las oficinas de una fábrica y una torre de San Gervasio.

Con esa fuga, la fiesta de la Merced quedó algo deslucida, pero sus festejos no se podían suspender.

La misa era, como se decía en la jerga eclesiástica, «misa mayor», mucho más larga que las ordinarias, lo que les obligaba a mucha mayor presencia de pie en el pasillo de la galería.

Cuando terminó el oficio religioso llegó el turno de las comunicaciones extraordinarias. Después sería la hora del reparto de paquetes que los familiares enviaban a los presos y la entrada de los chiquillos, y con ellos entró la alegría en la cárcel. Las escenas eran conmovedoras. A los niños les costaba familiarizarse con los padres y algunos de ellos lloraban de tristeza o de alegría. Pero pronto se vencían timideces y la alegría se contagiaba a todos.

El rancho fue extraordinario, aunque no varió mucho del habitual, salvo el suministro adicional de un vasito de vino y una naranja.

Por la tarde, en la segunda galería, hubo un partido de fútbol.

El día terminó. A los que habían tenido la dicha de abrazar a sus hijos se les notaba una gran tristeza que por la noche tragarían bajo la manta.

Un día que era lunes, día de sacar el cesto con la ropa sucia y los cacharros vacíos, Pedro, como siempre, había preparado su «correo amoroso» en el cesto. Su truco, en esa ocasión, fue descubierto, y como consecuencia del hallazgo él y Cuevas pasaron a celdas de castigo, en donde estuvieron dos meses. Se quedaron sin Navidades.

Los primeros ocho días de castigo fueron una pesadilla. Por cualquier motivo los funcionarios abrían la celda, lo

registraban todo, aunque no hubiera nada que registrar. Finalmente terminaron por calmarse.

Transcurridos los primeros ocho días tenía derecho a servirse de los libros de la biblioteca, pero había poco donde elegir. Algo de historia universal y la Biblia, para alternar la lectura. Cuando recibió los libros, quien se los llevaba y durante un instante en que el funcionario estaba distraído, le señaló el váter y con la boca hizo una «O». Cuevas comprendería rápidamente lo que quería decirle: el teléfono.

La utilización de ese teléfono era fácil. Seis celdas quedaban comunicadas por el mismo tubo de evacuación. Bastaba con vaciar el agua del fondo del váter y estar de acuerdo con otra celda que hiciera lo propio para poder hablar, sin gritar, tranquilamente. Ese método sólo tenía un inconveniente: el sótano podía estar vigilado y en ese caso la localización era inmediata. Pero tal posibilidad resultaba muy remota.

Tras el toque de silencio vació el váter y se dispuso para la conferencia telefónica, pero sin saber exactamente con quién iba a hablar. La voz que oyó fue la de Pedro. Y lo primero que le dijo fue una broma sobre los poemas eróticos que éste dedicaba a su novia (por lo visto algún funcionario debió hacer algún comentario sobre el correo clandestino que les habían pillado). Luego le dijo que estuviera atento a la hora del rancho porque el rancho le daría un hilo y por

la noche, desde la ventana, dejara caer el hilo y que él engancharía un paquetito de comida. La operación debía hacerla todas las noches, después de *silencio*. En cuanto al «teléfono», que lo utilizara todas las noches a la misma hora, y concluyó diciendo «que si no se producía un terremoto teníamos cárcel para rato». Era optimista.

Al día siguiente aguardaría la hora con ansiedad. Y cuando llegó el momento dejó caer el hilo en cuestión. Un tirón le indicó que la comunicación estaba hecha. Tiró con tiento del hilo para que no se rompiera y se encontró con un chusco y en su interior dos plátanos mondados, todo listo para comer. Fue un festín.

Su aislamiento o su castigo era formidable. En el fondo casi estaba contento. Estaba solo. Podía masturbarse tranquilamente. Comía mejor. Se instruía con la lectura. Conferenciaba por la noche y estaba al corriente de todo lo que ocurría en la cárcel. Y en la calle, porque su interlocutor era un excelente cronista.

Le tuvo casi un mes y medio de corresponsal. Saldría de la celda de castigo como lo haría Andrés: quince días después.

Esa primavera del año 1913 arrancó gritos de vida a las ramas secas de los contados arbolitos que tenían en el patio de la cárcel y pronto se llenaron de hojas.

A las siete de la mañana de uno de esos días se abrió la

puerta. «¡Hala con todo!» Era el funcionario que les conminaba a salir. Su *todo* eran dos capazos que contenían muy poca cosa, restos de comida, los platos y ropa sucia.

Se les hizo formar en la planta de la galería y se les distribuyó un rancho frío: un chusco y una lata de sardinas. Pocos de los que estaban allí rebasarían los treinta años. Era una conducción muy juvenil aquella cuerda de gentes que marchaban ignorando su destino.

Cuando cruzaron la cancela que les abría el túnel al patio alguien que trabajaba en las oficinas les confió que iban castigados a la cárcel Modelo de Madrid. Todos quedaron enterados del lugar al que se dirigían.

En el patio de la cárcel una compañía de guardias civiles esperaba para hacerse cargo de ellos. Les esposaron de cuatro en cuatro y en formación les condujeron a pie hasta la Estación del Norte.

Con su marcha paralizaron el tráfico. La gente les miraba casi con indiferencia. Formaban un conjunto disparatado. Había quien había cargado con varias cosas, pero sólo tenía una mano libre y le era difícil valerse para toda la carga. Los que iban ligeros de equipaje intentaban ayudar al más cargado. Las compañías de guardias formaban dos filas compactas, y en medio iban ellos. Era, pues, una marcha de seis en fondo que cubría toda la calzada.

En el tren les acomodaron en esos tan conocidos vagones de mercancías que sólo el cansancio de un viaje los hace soportables. Metieron a veinte por vagón, junto con los diez guardias civiles que les escoltaban.

Además de la incomodidad del viaje había dos cuestiones esenciales: dónde beber y dónde hacer las necesidades que tan satisfactorias resultan al organismo cuando éste se alivia de ellas. Lo más seguro sería que tendrían que hacerlas en el mismo vagón, porque resultaba muy difícil que los guardias pararan el tren y les condujeran a pleno campo.

El problema de la sed se les presentó al pasar Lérida y entrar en tierras de Aragón, como consecuencia de haberse comido el pan con las sardinas en lata. El día fue angustioso. Varias veces se quejaron a los guardias sobre la cuestión de la bebida, pero la respuesta era siempre idéntica: que esperaran a su llegada a Zaragoza. Pero aquel lugar no estaba cerca, aún les quedaban muchas horas de viaje para divisar la Pilarica.

A Zaragoza llegaron al atardecer, pero no podrían beber agua hasta llegar a la cárcel.

Bajaron al andén y, esposados de la misma manera que salieron de Barcelona, les condujeron al centro penitenciario, situado en la calle Predicadores, en el antiguo palacio de los Villahermosa.

La gente, al verles desfilar, les miraba con curiosidad, e incluso diría Cuevas que con simpatía. Los chiquillos les seguían y Andrés guardaría una estampa maravillosa de aquel seguimiento infantil. Entre la chiquillada había una niña rubita que no tendría más de siete años y que corría delante de ellos. Finalmente, los guardias espantaron a los chiquillos y como gorriones asustados salieron cada uno por su lado.

Cuando traspasaron la puerta de la cárcel, el portalón se cerró tras ellos, y allí, en el retén de guardia, los civiles les quitaron las esposas y les entregaron a los funcionarios. Éstos les contaron, pero no parecían estar satisfechos y terminaron por pasar lista. Hubo empujones y malos tratos. En esas condiciones se hizo su entrega.

Mientras se efectuaban todos esos trámites salió el director de la cárcel. Era un individuo de mediana estatura, ventrudo, con cara redonda. La gorra la llevaba ladeada. Le faltaba un ojo. Los presos le llamaban «el Tuerto». Tenía fama de ser cruel y pronto se convencieron de que no era injusta: la merecía.

Cuando del retén cruzaron la primera cancela de la cárcel dijeron que tenían sed, y los funcionarios les mostraron unas tinajas de madera llenas de agua. No había vaso, y no había más remedio que hociarse, como bestias, en el agua.

Les metieron en celdas, a ocho en cada una, y a Cuevas se

le antojó que era más pequeña que la de la cárcel Modelo de Barcelona. Era la galería destinada a los presos peligrosos. Y ellos debían de serlo. Generalmente a los presos en situación de tránsito se les destinaba a una nave.

Capítulo XLI

Desde 1912, en que atento a la salud de su mujer, hubo Maura de renunciar por las molestias del desplazamiento a los veraneos en Mallorca –por no convenir a la enferma la vecindad del mar y preferir doña Constanca Santander a la isla– había adquirido una propiedad en la provincia de Santander y hecho de ella su residencia vacacional hasta que, al promediar septiembre, llegaba el momento de comenzar su temporada hidroterápica de Corconte.

Esa torre de cantería bien encuadrada, con la tonalidad gris acerado característica del granito, abundante en los montes de Cantabria, y la vivienda adosada a ella, entre arboleda de bien medraras catalpas y delicados adornos de jardinería, llevaba por nombre «La Quintana». Representaba en el Valle de Solórzano la buena tradición arquitectónica de las casas hidalgas, con su torre que no tiene, como antaño, oficio

belicoso alguno, sino el muy pacífico de miradero encumbrado sobre las frondas para disfrutar del paisaje con su porche de dos arcos protegiendo la entrada en la fachada principal, donde no falta el ventanal rasgado de un balcón en forma de púlpito, correspondiente al salón de la casa, ni esta pieza solemne, un zócalo de maderas bien curadas, como lo está igualmente la viguería desnuda de la techumbre.

Y recordaba el encanto que les ofrecían las orillas del mar en su mediterránea Mallorca. Les faltaba tiempo para correr hacia las rocas de enfrente de su casa, a escudriñar los charcos dejados por las olas, a levantar el censo de los cangrejos que corrían a ocultarse en las grietas de las peñas. Conocía aquello palmo a palmo; sabía del agujero a medio sumergir, forrado por la esmeralda de los musgos marinos, que era segura residencia de algún cangrejo peludo, de esos de fuerte caparazón y grandes y amenazadoras bocas dentadas, que les infundían entre miedo y respeto, cubiertas las patas por unos pelos recios que les daban aspecto de luchador de feria. Eran presa cuya captura daba un indiscutible prestigio, por la dificultad de atraerles lejos de su madriguera, y el riesgo de un mordisco de aquellas pinzas, más peligrosas ante sus ojos que para sus dedos. Bien distinta era la caza de sus congéneres, designados con el epíteto de «zapateros», de floja cáscara y débiles pinzas y que, por ende, no tenían la fama de ser comestibles que a los peludos se otorgaba. Tenían también los charcos, de agua inmóvil y transparente como un cristal, unos pececillos, las

«raboas», de color de ámbar y cuya pesca ofrecía ciertas dificultades que con la experiencia iban venciendo; consecuencia de ese adelanto fueron unas botellas que en sus cuartos mostraban los cuerpos flácidos de unas infelices raboas, el fracaso de sus intentos de mantener en transparente cautividad aquellos malaventurados peces cuya captura no era dado verificar, ya que con las otras especies, habitantes de aguas más profundas y a las que sólo con el anzuelo podían sacar de su humilde habitáculo, eran harto más frecuentes los fracasos que los éxitos, atestiguados por algún esmirriado pez que, pendiente todavía del anzuelo, llevaban en triunfo hasta la casa.

Comprometido don Antonio con una política nacional, no era la articulación partidaria del localismo la fórmula que él defendía precisamente.

Como dijo en el Congreso de los Diputados en diciembre de 1908: «He dicho siempre que consideraba a los partidos locales como una enfermedad de la política española, y que toda la aspiración y todo el conato mío era que todas las fuerzas políticas del país se vaciasen en los grandes partidos nacionales que mueven los poderes públicos y la vida constitucional».

Sonaba la voz del orador que intervenía como antorcha que de súbito penetra la tiniebla y parece crear lo que alumbraba. Necesitaría además, la nitidez del concepto y la vigorosa propiedad de su expresión, para dar el relieve

objetivo, casi plástico, que las comunes ideas desentrañadas necesitan para retornar con sello indeleble y con perdurable fijeza a los espíritus mismos de donde fueron evocadas.

Era un discurso central para comprender la posición de don Antonio respecto del catalanismo ante la tarea que él estaba ya emprendiendo desde el gobierno: «Ha de llegar al fondo de vuestro espíritu –continuaría Maura– el convencimiento de que vosotros no podéis hacer nada y sois ya el fracaso si no os asociáis a la obra nacional con toda la nación española».

Posición que no dejaba lugar a dudas respecto de su convencimiento: solos no conseguirían nada, pero unidos a ellos podrían hacer de éste un mejor país para todos.

Las inclinaciones del gobernante de origen mallorquín hacia la burguesía de Barcelona y de Bilbao –la burguesía industrial–, producirían no obstante su acertada definición un efecto disolvente en el antiguo gamacismo agrícola de Castilla, que era la facción política de la que procedía Maura. En realidad, su concepto de Partido Conservador era más moderno que el de Gamazo, que apostaba por los intereses de los cerealistas castellanos. Apelaba en cambio Maura a lo que él denominaba masas neutras –las clases medias– y pretendía una organización partidaria menos influida por los cacicatos y por lo tanto más adecuada al momento histórico que España vivía.

¿La personalidad catalana? Maura no sabía lo que querían decir con eso de la personalidad. Es más, creía que no lo sabían ni siquiera los mismos que la defendían; y además, pensaba que no lo querían decir.

La personalidad, cuando se trata de un ente colectivo, cuando se trata de una personalidad política o jurídica, la voz personalidad no era una afirmación sino un interrogante. Un interrogante, porque equivale a decir: ¿para qué fines?, ¿con qué objeto?, ¿con qué substancia? Y... ¿qué decían los catalanistas sobre eso? ¿Dónde estaba la clave del enigma? Una en cada discurso. Y les espetaba don Antonio la que sería una de sus más conocidas expresiones: «¿Queréis la personalidad para la jurisdicción, para materia propiamente local? Sin tasa se os reconoce. Vuestra boca es medida. Cuanto más, mejor. ¿Está claro? Pero –concluiría el político mallorquín– ¿Queréis personalidad para hacer jirones la inconsútil soberanía de la patria? Nunca, nada. Mientras yo aliente y pueda, jamás logrará un gobierno sacar una ley que mutile eso. Si yo tengo la fortuna de tener a mis hijos al lado de mi lecho de muerte, yo les diré que servirán más a su patria combatiendo eso que derramando su sangre en la frontera».

Estos eran los límites del autogobierno que debería gozar Cataluña, la jurisdicción en la materia local. Pero no solo Cataluña sino también el conjunto de España. Para ello pondría en marcha el político mallorquín su proyecto de ley de Régimen Local.

Maura, que era partidario acérrimo de una reforma de la Administración Local de carácter eminentemente descentralizados consideraba en la Lliga un cauce abierto al diálogo. Se trataba de un entendimiento con la burguesía catalanista, enmarcada en una realidad que nada tenía que ver con el centralismo excluyente, que aceptaba la diversidad de las Españas simbolizadas y encarnadas por la monarquía.

Un acercamiento que no gustaría a los partidarios de Dato, seguidores de Silvela en Cataluña, pero que también abriría una brecha en las filas catalanistas. El éxito de la empresa pilotada por Maura comportaba, a su vez, una gran esperanza desde el lado regionalista, pero a costa de una escisión. La determinación de Cambó, en el acto del ayuntamiento, segregaría a los disconformes con la «aproximación» al rey.

En el caso de Cambó, la experiencia del primer viaje de don Alfonso a Barcelona había de ser decisiva, y su actitud, consecuente con ese hecho histórico, iba a marcar rumbos insospechados en el futuro del político catalán. Porque se había hecho evidente que el rey –la monarquía– en cuanto encarnación del «todo»– no podía confundirse con la menospreciada «España oficial». Su paso por las Ramblas fue apoteósico. Los que habían predicado la abstención, ellos o sus familias, estaban en los balcones adornados con colgaduras, y aplaudían entusiasmados.

En adelante su política fue la de reforzar el poder civil y formular su tesis de atracción de los catalanistas.

Ya en 1907 se respetó el voto sin recursos espurios en las elecciones que en ese mismo año darían el poder a Maura, en los distritos de la Barcelona solidaria y republicana. Los liberales fueron a cambio machacados en las urnas –aunque don Antonio trató con deferencia a los canalejistas– especialmente por su desunión frente a un Partido Conservador entonces fuerte y unido. Se dijo que Maura había traído a las Cortes a sus amigos (258 escaños) y a sus enemigos (73) entre solidarios, integristas y republicanos. Un 63% era conservador, cuando lo habitual era que el partido ganador tuviera un 55%. Y es que, concedor de que su programa de reformas exigía de mayorías amplias, había concedido Maura a su ministro de la Gobernación, Cierva, poderes muy extensos para organizar las elecciones. Quedaban para mejor momento sus designios de limpieza que le habían ocasionado no pocos disgustos en su cometido como ministro de Silvela.

Diría inmediatamente después Maura a los «solidarios» catalanistas: «No soy uno de vosotros, porque yo vengo de más lejos y porque tengo destinos y obligaciones más remotas, pero nos encontraremos». El punto de encuentro estaba en la Ley de Régimen Local.

Ese proyecto produciría algunas reticencias debido precisamente a su acercamiento a la minoría catalana –había

gustado a Cambó–, de una parte; y había también un claro desacuerdo respecto de una ley que suponía una alternativa descentralizadora. De otra parte, se temía que pudiera suponer un desplazamiento de determinados sectores del partido, como efectivamente ocurrió con el «silvelismo» catalán. Este grupo se sintió comprometido por la actitud de don Antonio hacia los catalanistas, concretado entre 1^{Qn}7 y 1909 en las gestiones que Ossorio y Gallardo, como gobernador civil, llevó a cabo en Barcelona.

El 28 de enero de 1907, advenido ya al poder el gabinete Maura, se acordó en la capital catalana la constitución de un «Comité federativo», encargado de mantener el orden público en el que participaron todas las entidades y corporaciones de la ciudad, tomando así cuerpo vivo la desconfianza hacia el poder central que venía siendo uno de los fermentos más activos de la conciencia catalanista. De ese espíritu se impregnó la propaganda desarrollada con extraordinaria actividad por los solidarios, no ya sólo en Barcelona, sino en toda la región. Su programa, llamado del Tívoli, supuso además de la derogación de la Ley de Jurisdicciones, la creación de organismos regionales con hacienda propia, destinados a cumplir funciones de enseñanza, beneficencia y obras públicas, la restauración de la personalidad de los municipios, reconociendo su autonomía, y el mantenimiento por último de las instituciones del derecho civil catalán.

Fue extraordinariamente duro el choque entre solidarios y

radicales, llegando, en la violencia desatada por éstos, al tiroteo en la carretera de Hostafranch contra el coche donde iban en excursión de propaganda los capitostes de Solidaridad. Atentado en el que resultó gravemente herido don Francisco Cambó.

Tropezarían en Madrid los solidarios catalanes con una hostilidad casi general, semipolítica, semiatávica, pero fue otra la que les dispensó el jefe de Gobierno, en cuya específica preocupación por el problema que ellos planteaban influían de consuno su origen balear, su sentido tradicional de la historia, su concepto jurídico de la región, sus antecedentes autonomistas de Cuba y la reforma de la Administración Local que venía prohijando. Únicamente contrarrestaba esos factores, como ya había él mismo advertido, el juicio reprobatorio que le merecieron siempre los partidos locales.

«Esas conjunciones –diría Maura, refiriéndose a los solidarios–, podrán servir para la negación, podrán servir para sublevarse, podrán servir para protestar y rebelarse contra un estado de cosas vicioso, pero jamás consumarán obras positivas, porque son estériles de nacimiento con la esterilidad de los híbridos».

«Cataluña –añadiría– tendrá las reformas que le demos nosotros, nosotros junto con vosotros, pero ninguna le daréis vosotros. La Solidaridad no tiene mañana, ni debe tenerlo, ni lo necesita porque la Solidaridad nació por la persistencia

lamentable de un pasado insostenible, por la demora de una reforma necesaria, por las equivocaciones del poder público que retardaron el remedio, y vosotros os imagináis estar en presencia de aquel pasado, sin advertir que estáis en presencia de la reforma misma».

Quedaban fuera de esa importante intervención las improvisaciones. Una práctica asidua, reflexiva, severa consigo misma, podría alcanzar tal grado de maestría que la preparación se apresure y, de puro abreviada, pase inadvertida.

Sólo la regeneración de España –venía a proclamar don Antonio– mejoraría la situación de Cataluña.

No era el regionalismo catalán ajeno a la buena política nacional. Decía Ossorio a Maura: «Pero cuando no tienen queja de la Administración y adquieren confianza en la moralidad de las funciones públicas, se olvidan de toda labor política y dejan que las primeras partes canten solas, pero sin que las acompañe el coro. De aquí que, mientras usted retiene en las Cortes a los Pontífices, yo aquí no oigo hablar más que del concurso hípico, del tiro de pichón y de las carreras de automóviles y todos esos buenos patricios que días atrás operaban el enorme movimiento electoral, hoy no se ocupan para nada de política».

Ocurría que una España fuerte, liderada y con ambición dejaba a los catalanistas absortos en sus preocupaciones

más habituales y pedestres. Cuanto mejor política nacional, menos nacionalismo.

Ossorio preveía que podría llegar el momento en que, dividido el campo de la Solidaridad, se acentuara el radicalismo de la izquierda, y pensaba que entonces ya no tendría más remedio que buscar el apoyo que podría encontrar en el Partido Conservador. El gobernador civil de Barcelona especulaba también con la posible reacción del sector intransigente, contrario a la inclusión de los catalanistas, y entendía que podría llegar a provocar la escisión dando aliento a una nueva fuerza, «que, poniendo por delante su carácter monárquico conservador, podía en su día llegar a francas y nobles inteligencias con el regionalismo». En 1911 y 1913, Cambó llegó incluso a plantear a Maura la unión, con algunas condiciones, de sus respectivos partidos.

Los liberales acogieron la ley de reforma local de Maura de 1907 como pretexto que ocultaba un intento de excluir a la oposición.

Pero, mucho más que la actitud liberal, preocupaba a Maura la Solidaridad catalana. La Ley de Jurisdicciones determinó en toda Cataluña la inteligencia de la Lliga –constituida en 1901 con elementos predominantemente conservadores–, los republicanos de Salmerón –opuestos a los radicales de Lerroux– y los carlistas.

Este conglomerado, que se llamó Solidaridad catalana, hizo el primer alarde de su fuerza el 10 de mayo de 1906.

La escasa precisión del programa de los solidarios catalanes en cuanto a la configuración de los organismos (sus medios de financiación, sus relaciones con el Estado, las normas de elección de sus dirigentes...), tanto como el espíritu general que parecía animarlo, daban margen sobrado para que Maura, sinceramente comprometido durante años atrás con una empresa descentralizadora, mirase con esperanza la posibilidad de un diálogo constructivo (compatible con sus propios ideales, e inmejorable estímulo para el perfeccionamiento de un proyecto de ley de Administración Local) con los valedores del programa, en caso de que la Solidaridad triunfase en los comicios.

Poner de acuerdo su programa regeneracionista con las aspiraciones solidarias, a través de la derecha catalanista –la Lliga–, constituía el gran objetivo y podía ser el gran triunfo de Maura. Disgregar el frente solidario que buscaría contactos ideológicos con la Esquerra –incluso con los republicanos marginales a aquél– suponía el único cauce táctico abierto a las maniobras liberales. La batalla política, dentro y fuera del Parlamento, giró en torno a este doble frente. El campo de acción sería por lo tanto el proyecto de Ley de Administración Local.

En el diálogo que Maura sostuvo con los representantes de

Cataluña en el Senado, primero, y en el Congreso, después, se advertían, entreveradas, efusivas congratulaciones por su presencia en las Cortes y enérgicos reproches por la retadora actitud con que acudían a ellas. Maura subrayó la realidad política con que el «espíritu solidario» debía contar: «Proclamáis la necesidad de la reforma, coincidís con esa necesidad con nosotros; no sé hasta qué punto coincidiremos al definirla y concretarla; pero para proclamar su necesidad y su urgencia estamos. ¿Quién hace las reformas sino el poder legítimo? ¿Y qué poder legítimo existe aquí sino el Parlamento con el rey? ¿Y quién dispone de la vida del Gobierno, sino los partidos? Fuerzas políticas, fuerzas sociales que tengan designios políticos y no se incorporen a los partidos, serán fuerzas reducidas a la esterilidad, aunque la esterilidad se disimule con los clamores, a veces espléndidos, de la ira y de la negación, porque no puedo pensar que esas fuerzas se hacen a sí propias toda clase de desatinos».

Capítulo XLII

Era, según Lorenzo, el valor del hombre, del individuo. «He desconfiado siempre –decía– de la interpretación generalmente dada a este aforismo: “la unión hace la fuerza”».

Para él, un hombre sano, vigoroso, ilustrado, consciente y enérgico, lo que se dice un hombre equilibrado, de esos que rompen la cadena de los atavismos y se convierten en precursores, que rompen con el pasado e inician la vida futura, vale más que una multitud de abúlicos, enclenques, tímidos y vacilantes.

Al día siguiente experimentaron un calor pegajoso. Unas enormes moscas entraban y salían por la ventana como Pedro por su casa. En las celdas no había agua y las necesidades las tenían que hacer en una especie de cubeta

que cumplía las veces de retrete; pero, como los excrementos no podían descender, la mierda quedaba pegada a la taza, y allí acudían las moscas por docenas.

Les dieron un café mucho peor que el de Barcelona. Después salieron custodiados por guardianes al cuarto de aseo. Éste era bastante grande. Había una gran y larga pica de hojalata a una altura de medio metro sostenida por pies de hierro. Encima de ella, a unos cuarenta centímetros, discurría un tubo a lo largo de la pica; de ese tubo agujereado fluía el agua. Se rociaron el agua como pudieron y en eso quedaría su aseo.

A los siete días justos de estar allí se les previno que saldrían por la mañana, y de un tirón, hasta Madrid. En la estación de ferrocarril de Zaragoza volvieron a engolfarse de nuevo en los coches vagones y también con el rancho en frío, aunque esta vez se habían surtido en el economato de otra comida. Pero el problema de la sed y el resto quedaba en pie.

El tren marchó sin detenerse todo el día. Después entraron en vía muerta y en ella permanecieron hasta la madrugada del día siguiente.

En la estación en la que permanecieron hubo cambio de guardia, y en el momento en el que tuvo lugar dicho cambio, quedaron, aunque encerrados, solos en los vagones. El respiradero de los mismos estaba formado por una especie

de pestañas, inclinadas hacia abajo, pero dejando una abertura de unos dos dedos. Era por esa abertura por la que entraba el aire para respirar las bestias.

Mientras el tren estuvo parado acudieron unas mujeres gritando a lo largo de los vagones si querían comprar pan. Ellos, por las mencionadas aberturas les dijeron que eran presos, que iban a la cárcel Modelo de Madrid y que no tenían dinero para comprar ese pan. Las mujeres, al oír eso, desaparecieron del entorno del tren.

Pero, ¡oh sorpresa!, a la media hora volvieron otra vez aquellas mujeres acompañadas de otras y les gritaron desde el andén: «¡Tomad!». Lo que les ofrecieron eran rebanadas de pan. De aquellos panes grandes y redondos que antes les habían ofrecido habían hecho rebanadas muy delgadas para que pudieran entrar por la inclinación de las mencionadas pestañas. Las mujeres se habían distribuido estratégicamente para cubrir todos los vagones, y cuando los guardias empezaron a reaccionar, les habían inundado de pan.

Desde dentro de los vagones oyeron los gritos de los guardias: «¡Largaos de aquí!».

Oyendo aquellos gritos y cotejando con el acto solidario de aquellas mujeres se les saltaron las lágrimas y de seguro que si hubiera guardias en el vagón se habría armado una de órdago contra ellos. Jamás en su vida había sentido Cuevas

tanto amor y tanto odio. ¡Cómo le dolían aquellos insultos! Mientras viviera no podría olvidar a las chiquillas de Zaragoza y a aquellas mujeres.

Los guardias corrían tras de las mujeres, pero por lo visto éstas les hacían frente porque llegaban a sus oídos sus gritos: «¡Ánimo!». Los gritos se perdieron en la noche, pero quedaron envueltos en ellos.

Al despuntar el día el tren se puso de nuevo en marcha, esta vez hasta Madrid, cárcel Modelo... Entraron en la estación del Mediodía, situada en el barrio de Atocha. En los andenes había un gentío enorme.

El penal estaba situado apenas a un kilómetro; en una gran manzana en la que se encontraba la plaza de la Moncloa.

Y Cuevas conocía la pequeña historia del centro. En junio de 1906 ingresó en ella José Nakens –que sería indultado por Maura gracias a la presión popular–, un veterano periodista republicano y anticlerical que había sido condenado por el encubrimiento de Mateo Morral, autor del atentado contra los reyes en el día de su boda. Ocupó la celda número 7. Cuatro meses después publicaba un primer artículo en el que denunciaba las condiciones infrahumanas en que vivían los presos: «Yo veo en esta cárcel hombres y niños descalzos y hasta en cueros. Yo veo al pasar frente a algunas celdas catres desvencijados, jergones reducidos a la mitad, rotos, sin paja, de maíz, apenas cubiertos con media manta

deshilachada y un cabezal sin funda lleno de mugre. Yo veo muchas ventanas de las celdas sin cristales, con el frío que hace ya, y lo mismo ocurre en los grandes ventanales de las naves. Yo veo turbia el agua muchos días, otros mezclada con tierra, y siempre, hasta cuando sale clara, despidiendo olor nauseabundo».

El impacto del artículo fue enorme (recibió cartas que relataban abusos a los presos, celdas de castigo, enfermedades por mala alimentación...) y tuvo una oferta del diario republicano *El País* para que siguiera relatando lo que veía en la prisión, que más tarde compiló en dos libros: *Mi paso por la cárcel* y *La celda número 7*.

De manera que Andrés Cuevas sabía a qué centro se dirigía en aquellos momentos.

La distancia desde la estación tuvieron que cubrirla a pie, escoltados por la Guardia Civil. Después de todo no estaba muy lejos.

El penal parecía hecho a prueba de bomba. A un lado y otro de la puerta principal había garitas en las que se protegían del frío los *civiles* que montaban guardia.

Cuando traspasaron el umbral de aquella puerta, todos pensaron lo mismo: «¿Cuándo saldrían de allí?».

Entre la puerta y la primera cancela del penal se encontraba el retén de guardia, a las órdenes de un teniente

que estaba allí con el tricornio calado y mirada torva, como queriéndoles decir: «En este lugar, amigos míos, es donde se quedan colgados los cojones». Para Cuevas, la utilización de este término era cuestión de mentalidad. La idea autoritaria era brutal, la libertaria estaba integrada por una espiritualidad elegante y estética. Para aquélla los cojones, para ésta el corazón y el cerebro.

Tras pasaron la cancela y siguieron por un corto pasillo, en el que a uno u otro lado se encontraban la Jefatura de Servicios y la Administración, y les conducía al patio central. La población reclusa que en aquel momento se encontraba paseando por el patio se apartó para que ellos pudieran circular en dirección al Departamento Celular.

Cuevas observaría que en la entrada había dos garitas más de cemento y con aspilleras.

El patio era un rectángulo de unos cien metros de largo por unos ochenta de ancho. Por la compacta población reclusa que allí se albergaba calculaba Andrés que podrían ser unos 2.500 presos.

Cruzaron el ancho del patio y pasaron bajo una marquesina para entrar en la antesala del Departamento Celular, que era un pequeño patio-jardín en el que había unos quince presos paseando. Eran los cocineros, porque la cocina del penal daba a aquel patio.

El Departamento Celular era como una galería de la Modelo, pero solo de una planta; la planta baja, si Cuevas no recordaba mal, con celdas a un lado y otro.

Más tarde supieron que ese departamento estaba habilitado para individuos peligrosos en régimen de aislamiento.

Luego había dos celdas de *periodo*. El periodo quería decir que los que entraban en el penal, como ellos, debían sufrir tres meses en celdas de incomunicación completa como medida de adaptación a la disciplina del penal. A esos tres meses se añadían tres meses en la Brigada de Higiene, en los que se seguía en aislamiento, pero, además, corría a cargo de ellos toda la limpieza del centro penitenciario.

Cuando entraron en el Departamento Celular les aguardaban unos treinta funcionarios. Les obligaron a ponerse firmes contra el muro y a dejar en el suelo cuanto llevaban. Se trataba de un cacheo general. Vaciaron el contenido de bolsas, macutos, capazos, desparramándolo por el suelo. Luego les ordenaron que se desnudaran, que se pusieran en pelotas. Revisaron todas las prendas, por si llevaban algo en ellas. Luego les dijeron que se vistieran y como había que agacharse para recoger la ropa, la humillación era mayor.

Todo parecía presagiar que el régimen de la cárcel no había cambiado en demasía.

Como no había desgracia que no tuviera su fin, les pusieron a tres por celda. Les dijeron que en cuanto oyeran algún ruido en la puerta formaran firmes al fondo, bajo la ventana.

Cuando se cerró la puerta respiraron, pensando que el mal trago había pasado ya, pero se equivocaban. Todavía faltaba la gota que hacía desbordar el vaso: la arenga del director.

En efecto, pronto se oyó ruido en la puerta y formaron al fondo, como se les había dicho. Entró el director, seguido del jefe de servicios y dos oficiales. El director era un tipo bajo, gordo y extraordinariamente miope, según delataban las gruesas gafas que llevaba. Protegido por sus tres secuaces se presentó.

– Me llamo Esteban Rodríguez. Soy el director de este penal. De aquí nadie se escapa, y quien la hace la paga. Aprended esto bien: es preferible que os pille un tren cargado de plomo a que os coja yo en falta.

Se volteó. Los demás le siguieron y tras ellos volvió a cerrarse la puerta.

Capítulo XLIII

Un día, Maura, su hermano Francisco y algún otro amigo, madrugaron con propósito de pintar en el mismo jardín de la Casa del Greco en Toledo. El marqués de la Vega Inclán, creador de aquella memoria votiva de los manes del gran Dominico, les había presentado el sitio como rincón deleitoso y poco frecuentado en aquellos sus primeros tiempos. Un reciente temporal de agua había dado a la campiña de la Sagra incipiente lozanía. Verdeaban las cementeras, los ribazos del camino, las pistas de las norias y las inmediaciones de los pozos tan abundantes en el país; pozos caracterizados por una singularidad constructiva: la de prolongar a lo alto el muro de medio brocal para terminar la construcción con una breve fila protectora.

Poco más de las diez serían cuando los artistas plantaban sus caballetes en el jardín. Tenían en primer término el

ángulo de una gran terraza sostenida por columnas y unas enredaderas abrazadas a los fustes; algo más lejos, unos geranios floridos, unos muros recubiertos de trepadoras y, culminando sobre ellos, la torrecilla mudéjar de la iglesia de Santo Tomé, famosa en todo el mundo culto por ser estuche de una joya celebérrima, «El entierro del conde de Orgaz».

Era el mar de su infancia, claro y tranquilo; azul de ultramar en la lontananza, verde esmeralda ya en las cercanías y purísimo cristal entre las rocas de la orilla. No tenía mareas ni cambios bruscos de nivel: sólo un lentísimo y casi imperceptible movimiento, como la respiración de un monstruo gigantesco y bonachón. No era para él una cosa inanimada y fría: tenía para Maura categoría de amigo y confidente y supo de sus quejas y de sus murmullos; de sus cóleras y sus sueños y durante la noche, por la ventana de su cuarto, le llegaba su rumor como si en perpetua vela, le guardara y acompañara la soledad de sus sueños y fantasías.

Era, la de don Antonio, una invitación a la integración de la Solidaridad en el «turnismo» ortodoxo. Porque para el político mallorquín aquélla «no tenía mañana». Y la razón no estaba en que, aislada y en minoría, careciese de posibilidades de proyectar su programa en una cristalización legal, sino en la venturosa realidad de que ese programa, el que suscitó la agrupación de fuerzas dispares en Cataluña, iba a quedar incorporado a la acción del gobierno muy pronto.

En la cámara baja, el primer encuentro entre Maura y la minoría solidaria había girado en torno a una enmienda presentada por ésta a determinado pasaje del discurso de la Corona, que rezaba así: «Es preciso organizar la vida local y restaurar las energías regionales reconociendo en las leyes la personalidad de la región. Y atribuyendo a organismos que la representan muchas de las funciones sociales de enseñanza, beneficencia y obras públicas, que indebidamente han pasado a ser funciones administrativas directas o delegadas del Estado».

Las intervenciones de los diputados catalanes se produjeron a partir del 2 de junio. La minoría andaba rozando el riesgo de crear fricciones en su propio seno en cuanto tratase de descender del plano vago de las generalidades al terreno concreto de la política práctica.

Quedaba acotado el campo; anunciado y abierto, por otra parte, el amplio margen que Maura concedía a las aspiraciones catalanas ante el proyecto de ley que Cierva leyó ante las Cortes y que el 3 de julio quedó dictaminado por la Comisión correspondiente. Don Antonio y el rey habían duplicado sus éxitos en 1908 con las visitas a una Barcelona dominada por la alianza antidinástica de Solidaridad Catalana. Ahora Maura confiaba en que sus propuestas de reforma de la administración local, unidas a la presencia del rey, pudieran inducir a los círculos adinerados de Barcelona a abandonar su proterva alianza con los republicanos.

Pero los recuerdos le transportaban entonces a los juegos de la infancia, con sus exaltaciones y sus depresiones, con sus tristezas que luego nos parecen grotescas porque hemos adoptado nuevas normas y medidas para el dolor, olvidando aquéllas que de niños nos sirvieron. Alocadas carreras y griteríos, sin más razón que usar de la vida y de las fuerzas que ésta nos traía; pleno triunfo del presente, cuando el ayer apenas existe y el mañana carece de sentido.

Los catalanistas... Y los liberales, huestes heterogéneas como ningunas otras. Y entre éstos, Canalejas. Guardaría Maura una ambigua relación con el que llegaría a ser presidente del Consejo, que era un universitario que se enriqueció al entrar en las empresas de ferrocarriles de su padre y se hizo famoso por su oratoria de mitin y en el periodismo.

Canalejas deseaba ganar la confianza de las bases obreras mediante un partido liberal segregado de los extremos del *laissez faire* burgués. Era uno de los pocos políticos preocupados por la suerte del campesinado pobre, y deseaba extender la noción legal de la expropiación por utilidad pública a una expropiación por utilidad social, para así hacer factible el inicio de la reforma agraria en los latifundios poco cultivados.

Canalejas no tenía partido político alguno cuando llegó a jefe de gobierno en marzo de 1910. De ahí sus esporádicas peticiones de apoyo a Maura, al que se refería como alma

hermana por encima de las miserias de la política de partido. Don Antonio no pudo perdonarle su apoyo a la campaña ferrerista; y su supuesta inspiración anticlerical en Waldeck-Rousseau le hacía aparecer ante Maura como un masón, un radical francófilo, un actor delirante al que se le trastocaban las estrofas de su repertorio.

Era Canalejas gran aficionado a los libros y hombre culto, por consiguiente. En el Parlamento brillaba como orador y su palabra precisa, fácil, limpia y abundante, semejaba un copioso manantial inagotable; tal vez en esto último consistía el único defecto que se le podía reprochar, pues parecía práctica común suya repetir varias veces en el mismo discurso la misma idea vistiéndola con nuevo ropaje literario. Era un gran *causeur* y en sus pláticas, prodigadas sin importarle un bledo la discreción del interlocutor o los oyentes, eran el blanco preferido de su sátira, ingeniosa y cáustica, los amigos de quienes se servía y a quienes encumbraba.

Contaba Silió que una vez le preguntaron los periodistas por qué había salido del gobierno determinado político, y Canalejas contestó: «Mejor hubiera sido que me hubiera preguntado que cómo entré». Era primer ministro cuando, después de pronunciar un discurso enérgico en contra del impuesto de consumos, y sus correligionarios acudieron a felicitarle, no se le ocurriría otra cosa que decir: «¿Queréis que pronuncie ahora otro discurso sosteniendo lo contrario?».

No tuvo el político liberal inconveniente en ponerse a cuatro patas, maullando, para jugar con los infantes y llevar los bolsillos de la levita pringosos de golosinas. Gesto anecdótico, pero de claro simbolismo; cuando llegó al oído de Maura le hizo comentar irritado algunas palabras sobre la dignidad parlamentaria y sobre los esfuerzos que, tanto Silvela como él, habían derrochado en el intento de «educar» al monarca en el respeto al parlamentarismo y sus representantes.

Don Antonio no lo reputaba más que como un político oportunista, en ocasiones anticlerical y revolucionario, pero siempre carente de verdadera sustancia.

Pero no era por lo visto recíproca la idea que el liberal tenía de su antagonista político. En una intervención parlamentaria, Canalejas diría respecto de Maura: «Saludo respetuoso al hombre que, habiendo llegado a la cima de las posiciones oficiales por sus propios merecimientos, desprecia el riesgo y sigue la ruta natural que le marcaba su deber. Un saludo a la familia de ese hombre público; que llegará un día, si tales fieras se desatan de sus cubiles, en que nuestras esposas y nuestros hijos considerarán tal vez una desgracia aquello que debiera ser nuestra gloria más grande: el estar al frente de los destinos de España para procurar engrandecerla, para dirigirla, para organizarla, para restaurar las fuerzas perdidas, consumidas en tantas luchas».

Canalejas implicaría al rey con el programa de gobierno liberal, lo que haría perder a don Alfonso su imparcialidad en lo relativo a las tareas de gobierno.

A partir de Canalejas especialmente –porque sería esta una constante desde la crisis de 1909 y la salida de Maura–, a quien el rey le recordaba siempre que le podía cesar en cualquier momento, los gobernantes miraron más hacia el monarca que hacia sus partidos.

Según Sánchez–Guerra, en carta enviada a Maura en agosto de 1911, el presidente liberal del Consejo le habría manifestado ser: «Cada día más monárquico, no solo por convicción, sino por natural atracción sobre él ejercida por la persona del rey, por sus condiciones, ahora mejor observadas».

Era –quizás a partir de ese gobierno– un régimen que se desmoronaba, que vivía en una perpetua farsa, levantando esperanzas y marchitándolas con desengaños; viéndose, por ejemplo, a los que más hablaban de democracia y parecían a punto de congestión cuando ensalzaban los derechos del hombre y las libertades públicas, rivalizar en las impurezas electorales, en las tropelías de la arbitrariedad, en los bajos resortes del poder, en el menosprecio del derecho, en el entenderse desde la oposición con los Gobiernos, y prodigar los escándalos que ellos creían, sin duda, que no conocían los pueblos, porque les encubría la complicidad de cuatro periódicos.

Pero Maura, al menos en los comienzos de la nueva situación canalejista, pareció estimar que el simple cambio en el poder permitiría dejar en suspenso la consigna rupturista, la «implacable hostilidad».

Era en febrero de 1910 cuando don Antonio confesaba a su amigo Bergé la esperanza y a su tiempo la incertidumbre que sentía respecto a Canalejas. Eran muchas las dificultades que debía superar, y grande la conveniencia pública de que prevaleciera y que gobernara con alguna estabilidad; dejando constituido un partido organizado con sentido gubernamental y responsabilidad.

Respecto del nuevo gobierno, escribiría Maura a su amigo sólo un mes más tarde: «Ahora, mientras se hace la experiencia de si Canalejas domina o no las dificultades, utiliza o no las condiciones personales que posee, cumple todas o no, con las que nunca como hoy tuvo oportunidad de probar, mientras vemos si puede existir o no otro partido que alterne con el conservador, ya que, sin esta pluralidad habría de extinguirse más o menos pronto el actual régimen, y sería de temer que acabase empeorando en el cambio, mientras estos demócratas y liberales europeístas se propinan un añito de gobernar sin Cortes para no parecerse a la reacción, que en ellas se pasaba casi todo el tiempo, tengo algún sosiego mayor que durante el espectáculo, medio de presidio, medio de manicomio, que daba el tinglado imperante hace unos meses. Lástima que el enjambre de candidatos me tensa en fatigosa e inacabable plática todas

las tardes. Veré si me escapo al campo mañana o pasado... y si allí no hay candidatos».

Don Antonio se refería a las siguientes y próximas elecciones generales. El rey había concedido a Canalejas el consabido decreto de disolución.

El demócrata Canalejas se aferraría al turnismo, sabedor de las debilidades de su partido. Creía el político liberal en un cambio en el poder de su partido a través del conservador y de Maura. Y procuraría convencer a Dato para que así se lo hiciera ver a don Antonio, quien pensaba que eso no sería posible hasta que la situación no se hubiera normalizado.

Criticado más tarde por su actitud colaboradora con un Canalejas anticlerical, críticas que se producirían especialmente en el País Vasco, Maura hizo a finales de junio de 1910, en Molinar de Carranza, un discurso sobre la tolerancia. Realizaría en él una alabanza de la ciudadanía, entendida como el compromiso diario y callado, ajeno a los heroísmos de última hora. Criticó a los que mutilaban la realidad, simplificándola en extrema derecha e izquierda. Habló de la coexistencia y de la necesidad de admitir el derecho de los que concebían de forma diferente la «felicidad pública». Insistió en que se entendiera que los gobiernos y las políticas los podían configurar la voluntad de los electores. Si el mal era Canalejas, serían los propios electores los que podían subvertirlo.

Pero durante los meses de verano y otoño de 1911, en que Maura no cesó de reflexionar y de escribir, redactaría notas ordenando sus ideas, mirando más al sosiego interior que a la acogida que hallarían sus palabras. Escribió cartas a Canalejas, que no dejaba de solicitarle su opinión y colaboración. Y escribió varias versiones del memorándum que, en un primer momento, pensaba enviar al rey e incluso al propio Canalejas, pero cuya oportunidad decidió consultar con los miembros más destacados de su partido. Su visión era enormemente pesimista. Entre otras razones porque Ramón Bergé, su mejor amigo, acababa de morir.

Maura le dijo a Canalejas que no estaba de acuerdo con su política en Marruecos –donde no cesaban los avances militares– aunque no le combatiera públicamente, dada la naturaleza trascendental del problema. Tampoco aprobaba intromisión alguna en Portugal. Le parecía inadecuada su debilidad ante las izquierdas. Y, por último, no admitía su retirada. Canalejas debía asumir su responsabilidad hasta el final: «Al suceder usted a su predecesor –escribía Maura al presidente del Consejo–, halló abiertos mis brazos, no ya amistosa sino fraternalmente. Cumplí con ello altos deberes y lo hice gustoso. No sólo mientras constituyó usted su situación y convocó las actuales Cortes, sino continuamente y a todo trance he permanecido en la actitud más deferente y arrastrando, a sabiendas, los innumerables daños y vejámenes que la reserva y la pasividad implicaban para la causa política que sirvo, porque estimé preponderante la

convalecencia nacional de la enmienda que el advenimiento de la segunda situación democrático-liberal debía significar; y porque también, sin tal enmienda, permanecería descosido el roto de 1909, y no podría prestarme a fingir que se había restablecido la solidaridad entre ambos partidos gobernantes, indispensable, para el funcionamiento normal y aún para la durable subsistencia de la actual Constitución».

«Mas, aunque durase indefinidamente la licencia para existir, comprada a los sitiadores del régimen –los republicanos–, y el Partido Conservador cometiese la culpa de aceptar su lote en la distribución de los menesteres políticos que tal sistema implica, pronto vendría el trastorno, porque la intermitencia y flojedad en la legítima defensa entraña la rendición, y desde luego alienta y enardece a los asaltantes. Creo, además, que, si en todo esto anduviese equivocado, subsistiría la evidencia de que la política en que ustedes se obstinan, arruina a la nación».

«Venida a este trance la vida política, querría yo que usted conociese cuán imposible sería envolver aquella cuestión capital en las exterioridades gratas a la vulgar inconsciencia de una remudación de ministros o sucesión de partidos en el turno que fue habitual. Si estamos equivocados y el sistema que usted sigue (como usted guste definirle o explicarle) mantiene las instituciones constitucionales, el orden público y la paz social, debe perdurar su política y sería ilegítimo y dañoso el advenimiento de la nuestra, que nosotros mismos tan solo sustentamos en cuanto de veras sea, cual la

reputamos, indispensable. La retirada de usted no se puede justificar ni entender sino con acabamiento de la posibilidad de seguir gobernando de ese modo. Nadie, como no sea la realidad positiva, le corta a usted su camino».

«Una vez llegado el proceso lógico de la política de usted a trance en el cual juzgue que no puede persistir en aplicarla, no quedan cumplidas sus obligaciones políticas con esa retirada que usted nos anuncia tan cercana, como no pongo en duda su voluntad de mantener la Constitución y el orden, es usted el más abonado, en grado insustituible, para señalar con actos una diferenciación cuyo olvido tiene asfixiada la vida nacional y las libertades públicas en grave contingencia de fenecer; la diversidad que a mí me parece antítesis, entre derecho y delito político, entre libertad e impunidad, entre democracia y baratería subversiva. Ausentarse del gobierno sin acreditar previamente que son conciliables la significación de usted en la política española y la existencia primaria de una dignificadora existencia civil, dentro de la común observancia de las leyes por gobernantes y gobernados, sería hacer lo más que se puede para que perduren aquellas tergiversaciones siniestras».

Ocurrió que el 19 de septiembre de 1911, el juez de Sueca, Jacobo López de Rueda, investido de plenos poderes, se desplazó junto con otros tres funcionarios públicos (entre ellos, el alguacil y el secretario del juzgado) a la vecina localidad valenciana para reprimir ciertos desórdenes que se estaban produciendo dentro del ambiente general de huelga

que se vivía en el país. Después de que dicho juez actuase de manera arbitraria y brutal, terminando por disparar una pistola contra la multitud desde el balcón del ayuntamiento, tanto él como dos de sus tres acompañantes resultaron muertos al ser linchados por una turba incontrolada dirigida por Juan Jover, apodado el *Chato de Cuqueta*.

Siete de los supuestos responsables de los asesinatos fueron condenados a muerte, pero ante la presión internacional y las acciones de la izquierda española, seis de los condenados fueron indultados. Entre quienes solicitaron su liberación se encontraban Galdós, Ramón y Cajal y los pintores José Benlliure y Joaquín Sorolla, junto a otras personalidades de la época. Finalmente, el cabecilla Juan Jover fue indultado también por la petición del gobierno. Como consecuencia del indulto, José Canalejas, presentó la dimisión de su gobierno, pero el rey le ratificó la confianza.

El indulto del último condenado de Cullera hizo pensar a Maura que había llegado la gota que hacía rebosar el vaso.

Muy poco antes, Canalejas le había escrito diciéndole que no podría gobernar en incompatibilidad radical con el Partido Conservador, Maura le contestaría el 11 de ese mismo mes: «He de notar que la incompatibilidad radical con el Partido Conservador fue por ustedes planteada, con obras, el año 1909, tomando de plano las responsabilidades consiguientes, juntamente con el poder, cuya transferencia fue su inmediato efecto».

Y el 3 de octubre de 1911, diría Maura a Dato: «Me entero, pues él lo ha querido, y usted ha tenido la amabilidad de complacerle y complacerme, de las manifestaciones que oyó usted al presidente del Consejo. Ellas le muestran idéntico a sí mismo, tal cual en estos dos años le estamos viendo. Persiste en ser de los que fabrican su capullo (uno diario para más limpieza) sacando toda la era de su imaginación hermanada, como gemela, con su personal afición, suprimiendo toda la realidad que el sol alumbraba, y parificando la urbanidad de los discretos con la miopía de los necios, para persuadirse de que son su prodigio de listeza... Claro es que debemos desear y apetecer los actos y declaraciones que debieran asegurarnos contra la reincidencia, aunque no podemos atribuir a este preservativo que la experiencia viene desacreditando. Veremos a dónde llegan, aunque la fabulita que a usted le contó, según la cual la bestial voracidad de los radicales ha interrumpido el apogeo de la política canalejista, cuando el soberano, dice, se excedía en sus conformidades y allanamientos, no es para que tomemos muy por lo serio el resto de la composición poética que le recitó a usted el Presidente». «Cualquier cosa, y no benigna, se podrá decir mercedamente a los revolucionarios de todos los plumajes, menos la de sorprenderse por su acción, que no han interrumpido sus preparativos y organizaciones, y han anunciado con monótona vocinglería. No hay más novedad, sino la del parto, después de salir de la cuenta».

Capítulo XLIV

El personal de prisiones que había conocido Cuevas contaba con un carácter inferior al de buena parte de los encarcelados. Su inteligencia media era en opinión de Andrés considerablemente menor; en especial los que procedían de la leva policial cuya falta de simpatía con los desafortunados a su cargo era proverbial. Por lo general les habían descargado de sus anteriores empleos por su habitual alcoholismo o su brutalidad flagrante o sus frecuentes corruptelas. Su actitud respecto de los presos era o coactiva o represiva. Para aquéllos, éstos eran objetos sin voluntad a los que debería imponerse una disciplina de hierro, una exigencia de disciplina incuestionable y de sumisión absoluta a sus voluntades perentorias, con la consecuente animosidad personal contra los menos dóciles.

Y a la cabeza de todos aquellos excrementos humanos

estaba su director, que después de que largara su discursito entrarían en otro baile. Les repartieron los petates y tres mantas por persona. Se le antojaron muchas mantas para el mes en el que estaban. Pero pronto se convencieron de que aquellas mantas de borra apenas abrigaban.

Tras el reparto de petates y mantas llegó la cena: patatas muy coloreadas de pimentón, pero sin chispa de grasa. Y solo eso, aquel orden del día se repetiría incesantemente durante meses. Los desgraciados que no gozaban de ningún complemento alimentario terminaban hinchándose y se les diagnosticaba «avitaminosis».

Allí, sin salir de la celda, debían permanecer un mes. Luego, transcurrido éste, tendrían derecho a media hora de «pista» diaria.

Pero Andrés Cuevas debía refrenar sus pensamientos para recordar el relato auténtico de lo acaecido. De modo que volvía al momento de su entrada en la cárcel.

Los dos compañeros que le tocaron en la celda no eran precisamente de lo más ideal, y presintió Cuevas lo pesados que le iban a resultar esos tres meses de aislamiento. Habría preferido estar solo. Estar solo en una celda nunca había sido un problema para él, porque él mismo, a veces, propiciaba la ocasión de un castigo para gozar de la soledad.

Durante los dos meses que estuvo castigado en la Modelo

de Barcelona aprendió mucho y entre lo mucho que aprendió estaba el sacar jugo del aislamiento.

En las horas de aburrimiento, carente de libros y con una conversación insulsa, se sentía disminuido hasta el punto de sentir un descenso en su imaginación marchando hacia el anquilosamiento. Intentó reaccionar proponiendo a sus compañeros de celda un juego que activara la imaginación por las vías de la representación ficticia de una irrealidad que se superpusiera a la realidad que les rodeaba.

Su propuesta era sencilla, un traslado mental fuera de la cárcel, imaginándose viviendo unas escenas de cosecha propia. En otras palabras, una teatralización de su mundo rutinario. Los intentos fueron fallidos. La imaginación se le agotaba pronto.

En esos momentos habría deseado tener por compañero a Pedro, porque él sentía pasión por el juego, por el ejercicio mental. La soledad, el aislamiento, no se pueden combatir sino con el arte de la invención. Si no se ejercita ese espacio mental, el cerebro termina por embotarse y hasta la lengua puede perder la facultad de la articulación de la palabra. De todo eso tenía Cuevas buena experiencia.

Un día se subió a la ventana y pudo comunicarse con un informante. Cuando bajó de ella explicó a sus compañeros que saldrían el día siguiente a «pista». Ninguno sabía qué era eso, pero los tres se pusieron contentos al saber que saldrían

de la celda y respirarían un aire más libre que el que consumían en la humedad de su encierro.

Y la «pista» era un patio de unos veinte por veinte metros. El suelo era de cemento. En el centro del patio había un surtidor de agua rodeado de un círculo de cemento que retenía el agua que surgía del surtidor. Junto a la fuente se sentaba el guardia que les vigilaba, y ellos, en fila y a una distancia uno del otro de un metro, debían girar en torno al surtidor y al guardián. Allí no estaban todos los que componían la expedición, tal vez la mitad. El resto saldría en otro turno, media hora después, cuando ellos hubieran terminado su tiempo de «pista».

Comenzaron a dar vueltas como si fueran cangilones en una noria, pero sólo moviéndose en la superficie como lo hacen los molinillos de los niños abandonados en el suelo después de una fiesta. Ellos eran los deshechos de una fiesta que había durado ni se sabía cuántos meses.

A mediados de julio, los árboles que había en el patio estaban cubiertos de hojas cuyo brillo refulgía a la luz de un sol candente. El cielo era azul, pero de un azul como el que jamás había visto Cuevas: puro, limpio y profundo. Algunas nubes blancas navegaban por su mar formando y deformando caprichosas figuras geométricas, de perfiles humanos algunas veces.

Al principio, el guardia que les vigilaba los seguía con la

mirada para evitar que hablaran entre ellos, pero al fin debió cansarse y se puso a leer alguno de los folletines de la época y se engolfó en su lectura.

Paseaban lentamente. Pero al cabo de un cuarto de hora de seguir ese ritmo, la cabeza de Andrés empezó a dar vueltas y sintió como una especie de desvanecimiento; pero fue sólo un instante y lo superó pronto. Físicamente estaban muy deteriorados a causa de la pésima alimentación que recibían. Echaban de menos el complemento de comida que en Barcelona recibían de sus familiares.

La falta de sol y de aire había dado a sus rostros un color pálido, algo enfermizo, y se comportaban como tales, como convalecientes de una enfermedad.

El vigilante terminó de leer. Se metió la novelita en el bolsillo y levantándose gritó un «¡alto!» que les indicaba que la media hora de «pista» había concluido. Lentamente y en fila de dos volvían a sus dependencias celulares, cruzándose allí con el resto de la expedición que les iba a reemplazar en el paseo.

Al día siguiente por la mañana les trajeron el pan. Tenía mejor gusto que el de Barcelona y era más blanco. Mientras el «ordenanza» les repartía la comida les dijo que ya podían comprar en la cantina y que tenían derecho a elegir libros en la biblioteca. Pero para continuar necesitaban dinero y dinero era precisamente lo que no tenían.

Hicieron cuentas y compraron lo más indispensable: pasta de dientes, un pedazo de jabón para lavar la ropa y una tortilla de patatas que en vez de huevo llevaba un producto químico amarillento que lo imitaba.

Pasó el encargado de la biblioteca con una especie de catálogo. En la lista abundaban las novelas del Padre Coloma (literatura eclesiástica novelada) y también un profuso número de obras de Emilio Salgari (literatura de aventuras y viajes). A falta de pan buenas eran tortas, pensaría Cuevas. Mejor Salgari que Coloma.

Aquel día, primero de régimen casi normal, parecía festivo para ellos porque no paraba de abrirse la puerta de la celda. Tras el bibliotecario apareció el cantinero con los encargos que habían hecho. Pero aquella vez apareció solo, es decir, sin el guardián.

Este nuevo régimen y como el tiempo estaba más repartido por el asueto de la «pista», el derecho a cantinar y la lectura se les hacía más llevadero y con ello las lenguas se soltaban más.

El animador de la celda era Remigio, que en su calidad de «jugador de cartas profesional» había viajado por medio mundo y conocía los mejores casinos de Europa. En su vida de trashumante le habían ocurrido infinidad de anécdotas que él les contaba con mucha imaginación. Una vez les relató una muy curiosa referente a sus partidas de poker.

Generalmente viajaba con otro amigo o, sobre la marcha, entablaba amistad con alguien para jugar de compinches en las partidas de póker en salones o en casinos. Pero en una ocasión, pasando por Zaragoza, se encontró solo y casi sin dinero.

Entró en el casino de esa capital, pero no era casino de juego sino un salón-café chapado a la antigua que servía para la tertulia, lectura de periódicos, matar el rato y jugar alguna partida de naipes. O sea, el clásico casino provinciano.

Remigio observó que en una de las mesas se jugaba al póker. Los jugadores eran conocidos: el farmacéutico, un militar retirado, un sacerdote y así por el estilo. Siguió el juego desde fuera y observó que el sacerdote tenía una suerte más negra que su sotana. Su observación duró dos o tres días y siempre se zanjaba la partida con pérdidas del cura.

En un fin de partida, Remigio se acercó al sacerdote y entabló conversación comentando la mala suerte que tenía en el juego. El sacerdote se lamentó de ello alegando que tenía una «mala racha». Y entonces le preguntó si a él le gustaba jugar al poker. Remigio le respondió que sí, pero de sobra sabía que en esas partidas de cartas no profesionales no se entraba si no era por amistad o conocimiento de las personas que jugaban. El cura le propuso presentarlo a sus amigos, y Remigio hizo una contraproposición: que jugasen

a medias para ver si de esa manera cambiaba su «racha». El sacerdote aceptó. Y, efectivamente, la suerte del cura cambió. Terminada la partida, el ministro de la Iglesia repartió «religiosamente» sus ganancias con Remigio, al par que le decía: «Con la suerte que usted me ha traído, no me va a abandonar ahora. Mañana lo espero».

Aquel tejemaneje entre Remigio y el cura se prolongó una semana, pero él tenía que marcharse y le dijo al cura que sus negocios lo reclamaban en Madrid. El cura lo lamentó mucho, y en el momento en que Remigio se despidió del sacerdote, le dijo:

–Padre, ¿no ha notado usted nada raro en nuestro juego?

El cura se lo quedó mirando:

–Sí, que usted me ha traído suerte.

–Sí, pero, Padre, sus cartas eran sólo buenas cuando daba yo la baraja...

–Cierto, hijo mío, cierto –dijo el cura sonriéndole, al tiempo que le daba palmaditas en la espalda–, porque nuestro Señor guiaba mi mano... –y, ya dispuesto a despedirse, el cura le dijo–. Si vuelve usted a pasar por Zaragoza no deje de venir a visitarme. Adiós.

Cuando Remigio acabó de referir la anécdota, dijo: «Por dondequiera que vaya tengo que hacer trampa, pero

siempre me faltan compinches y compinches de “orden”. Los he tenido jueces, generales, burgueses... y a todos ellos, en el momento de la despedida, les he hecho reconocer que eran unos tramposos como yo. Pero al cura aragonés no hubo manera: prefirió cargar la cuenta a “nuestro Señor”. ¡Qué jodida es la Iglesia!, ¿verdad?», concluyó.

Capítulo XLV

Pilotado por su hermano menor, Francisco, pintor profesional laureado ya en exposiciones internacionales y buen conocedor de la isla, Maura, en plena salud y con la diestra tan ágil como de costumbre, llegó una mañana de los primeros días de octubre al portón de Son Torrella. Sus preocupaciones políticas eran graves, pues tenía pendientes de respuesta cartas e informes interesantes del presidente del Consejo, Canalejas, que hacían presumible su retirada con el consiguiente problema de la sucesión cuando, no obstante sus condescendencias con las fuerzas más hostiles al régimen restauracionista, más se encrespaban los ataques de éstos y *El Socialista* mantenía abierta una suscripción «para las víctimas de la crueldad canalejística» que había de provocar el asesinato del gobernante demócrata.

En aquella visita al portón podía decirse que Maura no

pasó del zaguán. Le impresionó el pórtico de la casa por su monumentalidad y lo expresivo de sus centenarias tablas y, sin más rebusca, allí mismo desplegó su silla de campo. El portón estaba concebido para que el «señor», o las personas de calidad que llegaran a visitarle a caballo, pudieran llamar cómodamente sin apearse. Al efecto, tenía la puerta, en cada una de sus hojas y a distante altura, dos llamadores de hierro. Sin dejar su montura, con sólo ladearla, podía el caballero alcanzar el llamador de la parte alta. Pocas veces la afirmación, y aún la ufanía de poseer, tuvieron expresión más rotunda que en esa importante barrera opuesta a los extraños.

De entre tanta ingeniosa invención que, si muchas veces fallaba en el uso a que se destinaba no lo hacía en cuanto al propósito del inventor de sacar los cuartos del crédulo y progresista cliente, podría destacar don Antonio cierto complicado artilugio, el que, por medio del vacío, en combinación con determinados gases, pretendía la obtención del hielo dentro de unas garrafas que se enchufaban al tapón de goma de unos tubos de serpentín. Se movía el diabólico aparato, o mejor los émbolos del mismo, mediante una larga palanca que había de ser accionada a mano. Se encargaba de la pesada maniobra alguno de los familiares que por su estatura y fuerza era digno de tan elevada misión; subían y bajaban las varillas de los émbolos, y al cabo de algún rato, y cuando ya las fuerzas del operante empezaban a desfallecer y el abundante sudor

atestiguaba de la importancia e incomodidad del esfuerzo, se producía un hervor en las cristalinas entrañas de la botella, y poco a poco, ante sus asombrados ojos, una delgada capa de hielo se formaba en el fondo del recipiente. Se maravillaban unánimemente todos los espectadores ante aquel prodigio de la inventiva humana, y añadida agua a la copita de hielo quedaba consumado el prodigio y podían algunos privilegiados gustar de una bebida en algunos grados más fría que la obtenida de las cisternas que constituían el único modo de obtener el indispensable líquido.

Canalejas, retornaba a su recuerdo. Cuando el jefe de aquel gobierno, ya en pleno verano de 1912, hizo un nuevo –y final– intento aproximativo mediante una carta, deferente y cordial, todo había que decirlo, seguida de un detenido memorándum que desarrollaba minuciosamente los puntos programáticos de su política interior y exterior, con la idea esencial que quería transmitir a Maura, según la cual era perfectamente posible la solidaridad de base entre uno y otro, tropezó una vez más, con la acritud del político mallorquín.

El presidente añadía a don Antonio su propósito de retirarse del poder una vez despejada la situación en Marruecos y en el campo internacional –como invitándole a que se preparase a sucederle–. La respuesta de Maura fue desalentadora.

Ese mismo verano, en el mes de agosto, Pardinas –asesino de Canalejas– había regresado a Madrid, procedente supuestamente de México. El asesino, como el que estuvo a punto de serlo de Maura, en 1904, era un semianalfabeto.

Don Antonio no creía demasiado en la fuerza de los disidentes a Canalejas, que nunca se dieron por satisfechos. No era lícito –murmuraban éstos– que el presidente del Consejo violentase de continuo las convicciones de diputados y senadores de su mayoría, una vez con la reforma de Consumos, otra, con la de Suplicatorios, y estotra con la de Mancomunidades; pasara de complacer un día a Azcárate, otro a Maura y estotro a Cambó, mientras se relegaba al desván de lo archivado el programa genuino inicial del Partido Liberal.

Y regresaría don Antonio a su esperanza en que Canalejas le apoyara en el debate sobre sus implicaciones y responsabilidades en la *Semana Trágica*. Al no hacerlo así, su general resentimiento en contra de los liberales trocó en rencor hacia el presidente, de modo que en la primera oportunidad se negaría a apoyar la ley de Consumos del gobierno, pero el rey salvó a Canalejas haciendo votar a los senadores reales a su favor.

En la práctica, las leyes más democráticas de Canalejas tendrían su antecedente en las de Maura.

Si don Antonio había expuesto, desde su primera

presidencia del Partido Conservador, un programa de regeneración moral para el país basado en una apelación a la autenticidad frente a la ficción en que se resumía, al aplicarla, la obra institucional de la Restauración, solo unos días antes, a finales de 1901, Canalejas había expuesto a su vez lo que, desde su punto de vista, debía ser la monarquía en el siglo XX: una monarquía sometida a ineludible regeneración democrática. Tan ineludible, que el jefe liberal titulaba su artículo «La última tregua». No sería inexacto decir que el pensamiento de Canalejas marchaba paralelo al de Gamazo, al de don Antonio, al del mismo Silvela.

En respuesta parlamentaria a Canalejas sobre los proyectos de su *Gobierno Largo*, observaría Maura: «Dice el señor Canalejas que yo había hablado de revolución desde arriba, y que eso no se sustituye con tópicos oratorios. ¡Ya lo creo que no! Pero yo me permitiría que, amistosamente, en cualquier rincón de estos pasillos, tuviese la bondad de pensar y decirme luego a ver si son tópicos oratorios –a ver si me acuerdo–: un proyecto de ley reformando radicalmente toda la Administración Local; un proyecto de ley que reforma todo el procedimiento electoral, para curar todos sus vicios hasta donde acertemos; un proyecto de ley que establece la responsabilidad de todo funcionario público, responda directamente ante los tribunales, por toda infracción de ley en cualquier grado y categoría; un proyecto de ley que establece una organización total, radical, reformando todos los organismos y servicios de la Marina, y

que establece el comienzo de todas cuantas fuerzas navales quiera España tener, en la medida y con la proporción que en cada etapa consienta el estado del Tesoro; una ley que quita el impuesto de consumo sobre el pan, el trigo y la harina, y que busca otro asiento para esa parte del rendimiento que de los consumos viene; una ley que reforma el Consejo de Estado y la jurisdicción contencioso-administrativa; una ley de protección a la infancia; una ley... ¿para qué enumerar más?».

En efecto, no era preciso desarrollar más su obra de gobierno. Pensaba don Antonio que, en el ejercicio de la oratoria, las más de las veces había que reprimir la propensión a las ampliaciones, porque afluirán, junto con los conceptos cardinales, accidentes y derivaciones suyas; pero también sobrevendrán síntesis impensadas y atajos inexplorados, aproximadas o refundidas ideas que con separación fueron concebidas, abreviando y vigorizando el discurso. La concisión, la sencillez son inestimables; cuanto no sea menester para el designo, daña la peroración, cuyo término no se debe diferir con ampliaciones, ni con incidentes; había que procurar que los oyentes se duelan, en vez de regocijarse, por la llegada al final.

En todo caso, a Maura no le preocupaba la política «radical» (que en realidad no era tal) de Canalejas. Lo que esperaba era su propia rehabilitación, su exculpación pública por parte de los liberales.

Noches en Palma, cuando regresaban a la casa, rendidos de cansancio, rotos y manchados los delantales y cumplidamente sucias las manos y rostros. Remediaba todos estos desastres la doméstica con diligencia y, ya más presentables, se reunían con los mayores en la amplia y vetusta cocina de la casa para la ceremonia del santo rosario. Congregaba éste, en piadosa y ahora para Maura conmovedora reunión, a todo el servicio con los señores, en auténtica y espontánea democracia, por obra del corazón y de la fe sin esas farisaicas intervenciones de la ley y la conveniencia que en estos tiempos pretende grotescamente sustituir a aquéllos. Se acomodaba cada cual como podía en escabeles o bancos, en torno a la negra campana de la cocina, bajo la cual, sobre un montón de ascuas y cenizas, panzudas ollas de cobre encerraban las habas, patatas y demás legumbres, que con blando borboteo iban alcanzando la debida sazón, anunciada a sus olfatos por la débil nubecilla de vapor que de las ollas brotaba. Dirigía el rezo su madre, ayudada por un rosario de grandes y gastadas cuentas. Contestaba su voz el avejuno zumbido de las de los presentes, y terminada la letanía, dicha en un latín que hubiera sumido en la estupefacción a cualquiera de aquellos itálicos varones que entraron en la inmortalidad para regocijo de eruditos y desesperación de estudiantes, en tanto que se servía la cena, se cambiaban impresiones acerca de los sucesos del día.

No es inverosímil que don Alfonso pronunciase las palabras

que se le atribuyeron en el momento de decidirse a depositar su confianza en Sagasta, encargándole la formación de nuevo gobierno, una vez tramitada la crisis abierta por la ya inevitable dimisión de Cánovas: «Los liberales son como las viruelas; hay que pasarlos, siquiera una vez en la vida».

No serían, empero (no lo habían sido siquiera bajo la presidencia de Sagasta, *el viejo pastor*), un partido unido. Pero esa división tendría también su vigencia a lo largo de aquel periodo. Durante el *Gobierno Largo* de Maura, el general López Domínguez y Canalejas constituyeron el Partido Demócrata Monárquico, en distinción del Partido Liberal de Moret, Montero Ríos y Vega de Armijo, con lo que el gobierno de don Antonio pudo actuar en medio de una división que le permitió distinguir con el encono a los primeros, mientras daba juego a los segundos, garantizándose la división de los liberales.

A la fórmula de Cánovas –bipartidismo con dos líderes–, Moret respondía: «Nadie tiene condiciones para ser jefe natural (en efecto, moretistas y monteristas se dividían casi por mitades iguales) y, por lo tanto, excluido el liderazgo, el jefe debía serlo el que lo fuera del gobierno».

Serían permanentes las diferencias que tendría Maura con sus antiguos compañeros de partido. La indignación de Moret ante la conducta del gobierno en las elecciones que conducirían al *Gobierno Largo* le hizo augurar «la muerte

para el sistema constitucional y para el sufragio universal». No obstante, el líder liberal tanteó la disposición gubernamental a ceder, como era costumbre, un puesto por provincia en las de senadores. Don Antonio se negó en redondo. El gobierno había abandonado la tarea de extirpar los vicios electorales y –lo que resultaba más grave– había traído al Parlamento a más de sesenta antidinásticos de derecha e izquierda. Se imponía la protesta. No todo el mundo se resignaba al sacrificio.

Era un gobierno, el *Largo*, que había concertado con el ala derecha de la Solidaridad, representada por la Lliga de Francesc Cambó, la ampliación del borrador del proyecto de Administración Local para acomodarlo a las aspiraciones mínimas del catalanismo; una iniciativa política que tuvo sus consecuencias entre los liberales: Eugenio Montero Ríos y Segismundo Moret chocaron a causa de sus distintas visiones del problema catalán y de sus actitudes subsiguientes frente a Maura. El primero mostraba una intransigencia total con lo que consideraba el rompimiento de la unidad patria fraguada por la historia y llegó a decir que se retiraría de la política activa al aprobarse la ley, puesto que sus hijos ya no serían españoles sino portugueses. El entonces jefe de los liberales –Moret– buscaba en cambio una aproximación a la izquierda solidaria, capaz de frenar el deterioro del fusionismo en Cataluña, y algún tipo de acuerdo en torno a la autonomía municipal que salvara la obra reformadora.

Tendrían lugar a continuación las elecciones locales y la preocupación de los liberales había crecido con su convocatoria. Era de prever un éxito para los conservadores. Si más tarde el partido democrático obtenía el poder éste sería más exiguo. Y esas elecciones les emparedarían entre los conservadores, fuertes en el ámbito rural, y los republicanos, más influyentes en las grandes ciudades.

Por lo tanto, en esas elecciones municipales de mayo el *Bloque de Izquierdas* quedó deshecho, porque las organizaciones locales de los partidos no respetaron la política de coalición preconizada por Moret, Canalejas y Melquíades Álvarez, y pactaron sus apoyos en función de las circunstancias particulares de cada lugar. Para colmo, el Senado había dejado pasar la parte municipal de la ley de Administración Local a cambio de la promesa de aplazar el resto para después de las vacaciones. En fin, se acercaba el verano y la oposición parecía volver a sus estériles cauces de antaño.

Ya desde antes, Segismundo Moret fracasó de plano en su estrategia de utilizar a la Corona para imponer desde el poder su predominio sobre el partido y asociar al sistema a los republicanos gubernamentales. Un fiasco que, además de implicar al rey en las querellas que minaban la unidad liberal, contribuyó a esterilizar su turno entre 1905 y 1907. Sin embargo, la subsiguiente llegada al gobierno del Partido Conservador galvanizado por Antonio Maura y sus proyectos de reforma, alteró el panorama político, eliminó por una

temporada las injerencias del monarca y arracimó a los liberales en torno a Moret, que ahora no iba a entregarse a las intrigas palatinas, sino a librar la batalla en campo abierto. Y como los conservadores no se atuvieron a las costumbres electorales y dejaron a los liberales sin la representación parlamentaria que correspondía normalmente a la oposición monárquica, éstos decidían su ausencia en las primeras sesiones de las nuevas Cortes. Además, los hombres del liberalismo dinástico presintieron enseguida que la ofensiva de Maura, apuntalada de forma más o menos entusiasta por la Iglesia, limitaba sus opciones entre la movilización católica y el mundo republicano. De manera que decidieron acumular todas las fuerzas disponibles para no verse acorralados.

¿Dónde residía la dificultad de que se desencadenara la competencia entre los conservadores y los liberales españoles al modo británico? La explicación más pertinente era que, ante la ofensiva del revisionismo conservador, los liberales, aparentemente menospreciados por Silvela o Maura, rompieron la baraja, se aliaron con los republicanos y presionaron con éxito a la Corona para excluir a don Antonio. En el fondo de su ánimo existía un sustrato de temor, creían que los conservadores tenían muchas más posibilidades de triunfar en el terreno de la movilización democrática que un partido liberal moderado.

Además, el fomento de la participación que impulsaban oficialmente los conservadores conectaba con el renacer de

las masas neutras, auspiciado por la doctrina de Maura, que tanto preocupaba a los liberales. La conjunción de ambos fenómenos, como se vio en las elecciones de 1907, sólo podía desembocar en el debilitamiento de la izquierda dinástica, ayuna de masas con las que responder al desafío. Para contrarrestarlos, el Partido Liberal no estaba dispuesto a prescindir de sus clientelas rurales, pero intentó sumar a ellas las fuerzas del republicanismo más moderado. Segismundo Moret desde dentro y Melquíades Álvarez desde fuera venían preparando una alianza solo en apariencia concebida como la reedición del acercamiento de Castelar a Sagasta veinte años antes. Para que la operación saliera bien, era necesario detener a Maura.

La polarización de las izquierdas, dinásticas y antidinásticas –en quiebra del Pacto de El Pardo–, había tenido su prefiguración en 1900, y en torno al episodio de la boda de la princesa de Asturias, pero ni el débil gobierno Azcárraga –una rara situación final– podía parangonarse con la fuerte posición de Maura en 1907, ni Sagasta –aunque decrépito– padecía los fallos de carácter de Moret. La oposición, es decir, la intransigencia de la oposición creciente contra don Antonio, tuvo tres raíces evidentes: el temor a que su proyecto de Administración Local implicase efectivamente la liquidación del sistema de ficciones en que venían apoyándose los partidos de la Restauración; la alarma provocada por el poder de sugestión y convocatoria de la bandera liberal agitada por el jefe conservador («la libertad

se ha hecho conservadora», había dicho este), y en sus palabras latía la amenaza de que el Partido Liberal perdiese su razón de ser; y la preocupación, compartida por no pocos conservadores, de que el famoso proyecto descentralizador, y la «entente» con Cambó, pusiese en peligro la unidad nacional, cuando estaba tan reciente el caso de la escisión ultramarina.

No les quedaron a los liberales, en el escaparate nacional, más que dos prendas: la una, que ya era suya, los caciques rurales liberales; la otra, las masas urbanas. Prescindir de aquéllas a trueque de ganarse a éstas con un programa avanzado habría sido un negocio descabellado. Ahí estaba el ejemplo vivo del partido republicano, sin más fuerza que la de las ciudades, para recordarles a los liberales que dentro del sistema parlamentario (en el que, además, las circunscripciones electorales urbanas estaban fuertemente ruralizadas) el solo control de las ciudades no se traducía en las Cortes más que en un puñado de diputados: treinta, cincuenta a lo sumo, de un total de cuatrocientos. Los liberales, enajenándose a sus caciques con programas radicales, les habrían empujado al Partido Conservador.

Los demócratas debían, pues, buscar un programa que conciliase a sus caciques y a las masas urbanas a la vez. No supieron –y con toda probabilidad no pudieron– echar mano más que de un programa moderado de reformas sociales. La legislación liberal –en cuanto a reforma social se refería– iba a remolque de la conservadora, iniciada por Dato en 1899.

No era ése el camino por el que podía lograrse la atracción liberal. Habría de llevarse a cabo con el solo anticlericalismo. Pero el experimento fracasó. Acaso deba culparse de ello a las costumbres inveteradas de apatía política: al no salir los liberales de sus casas, no supieron encauzar las evidentes simpatías que la campaña despertó, a veces, en la pequeña burguesía y en las masas trabajadoras. Y tal vez no fuera verdad que el anticlericalismo era la llave para penetrar en el recinto republicano.

«Cuando gobiernan los liberales –diría Lerroux– corre menos sangre». Incapaz de atraerse a la izquierda, el Partido Liberal buscó su benevolencia. El divorcio que Maura les exigía y que debía separarles del todo de los revolucionarios, habría dejado a la izquierda dinástica reducida a una pléyade de caciques salpicados por la superficie del país, más un núcleo de jefes sin tropa ni aliado en Madrid. La lógica del *Bloque* no era la misma que la de la atracción; ésta, si bien tendía a radicalizar un tanto los programas, dejaba a los partidos dinásticos en su sitio; el *Bloque*, en cambio, implicaba un desplazamiento del Partido Liberal hacia los *linderos* mismos de la monarquía con la república. Don Antonio, que siempre evitó la tentación de un Bloque de las Derechas, acometió contra Moret, y le advirtió de lo peligrosos que eran esos equilibrios. Sin las masas, los liberales quedaban inermes ante Maura.

Pero, hecho el *Bloque*, parecería que a los liberales se les negaba su derecho a turnarse con Maura en el poder.

Inmediatamente, en todo caso, los aliados empezaron a recorrer España dando mítines junto a los notables locales de sus partidos. Aquellos actos mostraron que la unidad era ficticia: sólo acudieron moretistas, canalejistas y melquiadistas. El resto de los liberales y republicanos, por no hablar de los socialistas, se abstuvieron de participar o los denunciaron como una maniobra de Moret para llegar al Gobierno.

En los actos del *Bloque de las Izquierdas*, el énfasis caía sobre la libertad de conciencia, contrapunto del clericalismo en auge, y rechazaba el apoyo de los regionalistas catalanes en nombre del nacionalismo liberal español.

Lo cierto fue que el *Gobierno Largo* de Maura había provocado una mutación política en España: la izquierda se corrió hacia la izquierda para recuperar espacio político. La obra reformista del gobierno de don Antonio estaba invadiendo su campo, especialmente en lo que se refería a las reformas sociales. El Instituto de Reformas Sociales vio colmadas buena parte de sus aspiraciones, incluso Azcárate llegó a decir que jamás el Instituto había estado tan asistido por gobierno alguno como lo había estado por el gobierno Maura.

De modo que a los liberales sólo les había quedado la baza del anticlericalismo. Las órdenes regulares habían crecido al socaire de la interpretación del Concordato, de modo que –siempre según los liberales– España parecía amenazada

con «un proletariado de sotanas», reclutado entre los monjes que huían de la persecución iniciada por los radicales franceses. El objetivo de la legislación liberal fue, pues, el de sujetar las actividades de la Iglesia al control del Estado: las «órdenes no reconocidas» deberían regularse por la aplicación de la Ley de Asociaciones de 1887.

Lo mismo que en Francia, la verdadera batalla se libraba en torno a la educación secundaria y universitaria. Los liberales querían el «respeto a la libertad de conciencia» y al mismo tiempo el control estatal del sector privado de la enseñanza media, insistiendo en la necesidad para todos los maestros de tener título estatal y en tribunales examinadores que no favoreciesen a las escuelas católicas.

Capítulo XLVI

¿Qué diría –se preguntaba Anselmo Lorenzo– el desalentado por la desorganización si, sintiéndose anarquista, hubiera nacido cien años antes? Con masas proletarias educadas por la frailocracia, y con una mentalidad que les inducía a gritar «vivan las *caenas*», todos los esfuerzos propagadores serían ineficaces y la organización completamente nula. Sin contar que el solo hecho de manifestar sus ideas era peligrosísimo, y ni siquiera permitía el recurso de retirarse desalentado, porque antes le habría retirado la brutalidad autoritaria cuando no la misma ignorancia popular.

Por fortuna las cosas habían cambiado en sus huestes y la conciencia revolucionaria les había hecho distintos, pero la vida seguía y las dificultades se adherían a ella. Estaban ya casi al final del segundo mes del periodo, cuando una

mañana tuvo Cuevas un acceso de tos y escupió sangre. No era la primera vez que le ocurría eso. Ya en Barcelona tuvo inicios de lo mismo y entonces le dieron coaguleno, vitaminas y calcio. Ahora se repetía la hemoptisis. Remigio, que dormía a su lado, se asustó al verle así y empezó a aporrear la puerta. Acudió el guardián preguntando de mala manera, «¡qué hostias pasa!», y en esos momentos Andrés tuvo otro acceso de tos con nuevos esputos de sangre. Al verle en tal estado, el guardián le condujo al botiquín de la galería. Por fortuna para Cuevas en ese momento se encontraba en el botiquín como enfermero mayor otro preso, un vasco. Cuando comprobó su estado le dijo al guardián que tenía que ser trasladado a la enfermería, pero de allí no se podía salir sin una orden del médico y con el visto bueno del jefe de servicios.

El preso–enfermero se dirigió a la enfermería para buscar coaguleno e inyectárselo allí, en espera de conseguir el permiso médico para su salida de celdas. Para casos urgentes, el médico le había dejado a su secretario volantes firmados. El enfermero tomó uno de ellos y lo rellenó.

Después de dos horas de espera en el botiquín de celdas fueron a buscarle de la enfermería con una camilla, y en ella salió para ingresar en el pabellón, ante la expectación de los presos que a esa hora se hallaban paseando por el patio general. Una camilla es muy aparatosa, y los presos debieron pensar: «Uno que la está diñando».

La enfermería estaba separada del penal por una puerta, casi siempre vigilada por un funcionario que controlaba las entradas y salidas.

El primitivo pabellón tenía una gran sala en la que habría unas cien camas, alineadas en sus tres laterales y en dos filas en el centro de la sala. Además, contaba con un quirófano y celdas de aislamiento para enfermos graves o recién operados.

Fuera había un gran jardín, cuidado, con flores y árboles. Esparcidos aquí y allá una docena de bancos de madera.

Este era el recinto de la primitiva enfermería, pero debido al exceso de población en el espacio del jardín habían construido un gran barracón de madera, hallándose instaladas en él unas doscientas camas que estaban pobladas generalmente por tuberculosos o pretuberculosos, personas aquejadas de «avitaminosis».

En cuanto al cuidado, el conjunto no era gran cosa, pero allí se gozaba de mayor tranquilidad e higiene. Se dormía en cama y entre sábanas, y la comida, sin llegar a ser decente, contenía algo de aceite y era más variada. Pero el verdadero problema lo constituía la calefacción, que era muy deficiente y el invierno comenzaba ya.

Como enfermo pulmonar se le instaló en el barracón de madera. Los pacientes aquejados de la misma enfermedad

que Cuevas eran casi todos andaluces y provenían del penal viejo de Santa María en Cádiz, lugar altamente insalubre.

A los tres días de ingreso en la enfermería, la hemoptisis se cortó, y Cuevas se encontró con ánimos para levantarse y dar unos pasos por el jardín porque el tiempo invitaba a ello y el lugar le atraía, pero los enfermeros se opusieron y le obligaron a guardar cama. Su compañero más cercano era un muchacho de Béjar, de la provincia de Salamanca, que sufría una infección de la piel y la trataba con unas pomadas de diversos colores que daban a su cara una imagen de payaso, asumida por él, porque desde que Andrés llegó le cogió por su cuenta y le distrajo hasta casi hacerse pesado con sus cuentos y chistes. Pero era un buen muchacho. Primero estuvo condenado a pena de muerte, que se le conmutó después por la de 30 años.

Curado ya, la XI Brigada que de momento iba a ser su lugar de residencia, era paralela al lugar del patio según se entraba a éste por la puerta de salida de la enfermería; así que Cuevas tuvo que andar muy poco para instalarse en ella. En profundidad, la nave podía medir veintitantos metros y de anchura unos diez y pico. A sus cuatro laterales se distribuían los petates, casi tocándose unos a otros, y en el medio de la sala había dos filas más de paquetes de ropa en las mismas condiciones que los anteriores.

En un extremo de la sala estaba el cuarto de aseo. A un lado había tres letrinas sin puerta y frente a ellas se

encontraba una especie de abrevadero con tres o cuatro grifos. En ese pilón y en las tres letrinas tenían que asearse y hacer sus necesidades los 250 reclusos que ocupaban la nave.

Al frente de cada nave había un cabo, que era un preso con destino. Éste tenía bajo sus órdenes a un ayudante y ambos eran los responsables ante los guardianes de cuanto ocurriera en el recinto de la nave. Ellos eran los que distribuían el pan, la correspondencia, nombraban el servicio de limpieza y los «imaginarias» nocturnos. El horario de actividad diaria daba comienzo con la diana, a las siete de la mañana; a las ocho, distribución de pan y café. Hasta las doce paseo; y de doce a una, comida en el gran refectorio, una sala enorme que hacía las veces de comedor, salón de fiestas y, los domingos, de iglesia para officiar la misa. Pero eso no ocurría siempre, cuando hacía buen tiempo la misa se hacía en el patio.

Después de comer y hasta las seis de la tarde, paseo. A esa hora se distribuía la cena. Después era la hora del recuento, o sea, pasar lista por nombres en las brigadas, las cuales quedaban entonces cerradas con llave hasta la mañana siguiente. A las 21 horas toque de silencio, pero previamente el cabo de brigada había nombrado los «imaginarias». Eran cinco con guardia de dos horas que iban desde las 9 de la noche a las 7 de la mañana. Esas guardias se hacían por nombramiento rotativo. Era un servicio estrictamente personal, es decir, nadie podía ser sustituido por otra

persona. Esa exigencia provenía de la competencia que recaía sobre el «imaginaria», que era responsable personal de cuanto ocurría en la sala durante su guardia: si se producía un intento de fuga tenía que prevenir a los guardianes que constantemente, desde el exterior, por la cancela –una gran puerta formada por barrotes de hierro–, vigilaban lo que ocurría en la nave. Generalmente los guardianes hacían su ronda, se aproximaban a la cancela y el «imaginaria» debía darle al guardián las novedades. Éstas pasaban por una especie de ritual. Preguntaba el funcionario: «¿Cuántos duermen?», y el «imaginaria» debía responder con el número total de los que allí se albergaban. Y así tantas veces como a los funcionarios se les ocurría hacer su ronda.

Las deficiencias presupuestarias de la época conllevaban la carencia de personal competente para la administración interna de las cárceles, desde cualquier punto que esa administración se mirase, administración propiamente dicha, oficinas, enfermerías... Para resolver esas deficiencias las respectivas direcciones de la cárcel hubieron de echar mano de los presos ofreciéndoles el título de «destinos». Esos destinos se acogían a la disposición de la redención de penas por el trabajo, según la cual un día valía por dos. En principio esa fórmula sólo se aplicaba a quienes salían a trabajar o bien fuera o a quienes se les entregaba una retribución monetaria; pero, como compensación principal, a los que se empleaban en aquellos trabajos se les aplicaba

la redención de penas. Luego, esas compensaciones se extendieron a los destinos internos, los de la cárcel.

Por lo tanto, a causa de la incapacidad de los cuadros oficiales del penal, hubo necesidad de crear una organización paralela a la oficial, compuesta, lógicamente, por presos. Por ejemplo, junto al maestro de escuela había un maestro de escuela preso, junto al bibliotecario, otro del mismo origen, junto al médico oficial, los médicos, enfermeros o curanderos presos, junto al propio administrador, un contable preso y así sucesivamente en todo. Dicho en plata, quien hacía funcionar en realidad la cárcel era la población presidiaría. En estas condiciones, según la importancia del destino, por ejemplo, el secretario médico de la enfermería podía hacer entrar en ella a quien se le antojara y hacer salir de la misma a quien quisiera.

La población penal ascendería en esos momentos a unos 3.000 reclusos, mayormente constituida por ladrones, asesinos... Pero había un caso sumamente repugnante, de los que apestan. Se trataba de un cura de un pueblo de Murcia que se encontraba allí por corrupción de menores. Se le acusaba de que en la sacristía de su parroquia se untaba el pene de miel y se lo hacía lamer por chiquillas y chiquillos de corta edad a los que previamente les tapaba los ojos con un pañuelo para el «juego de la miel». El mencionado cura resultó ser sifilítico y a los niños y niñas les empezaron a salir pupas en los labios. Uno de aquellos chiquillos fue examinado por un médico que diagnosticó pupas originadas por esa

enfermedad. Tanto al médico como a los padres del chiquillo les extrañó mucho aquella infección e interrogaron al niño que terminó por confesar «el juego de la miel» a que el párroco les sometía. Se hizo una investigación porque el pueblo entero quería lincharle. Lo condenaron en Murcia y le destinaron a Madrid. Cuevas tuvo ocasión de verle. Siempre estaba solo porque era despreciado por todo el mundo. También físicamente el tipo era repulsivo: finito de cuerpo, blanquecino, de cara afilada, con unos labios sin formación que daban a su boca la impresión de haber sido cortados por un cuchillo.

Capítulo XLVII

Desde que el incremento y perfección del automovilismo permitió realizar desde Madrid excursiones de gran radio, con hospedaje cómodo al término de ellas, le gustaba a Maura pasar los días de la Semana Santa retirado en alguno de nuestros más venerados cenobios. Buscaba allí, con las emociones de los solemnes cultos propios de tales días, la fruición de contemplar reliquias artísticas milagrosamente salvadas del vandalismo. Y el oír también, inmerso en el silencio monacal, el rumorear de la historia mientras que, en el rincón de un claustro, en el ángulo de un jardín o en la brecha de una muralla, el pincel, con la magia del color y de la forma, iba arrancando el secreto de los días que fueron a piedras y a frondas cargadas de siglos.

Con esta finalidad estuvo en Yuste, donde en el mismo sitio y a la misma hora en que Carlos V se sintió enfermo de

muerte, esbozó el paisaje crepuscular que por última vez contemplaron los ojos del rey; y en Guadalupe, donde con el rincón del claustro mudéjar que ya había él reproducido, pintó en la mañana de un miércoles de ceniza cierta callejuela característica de la «puebla» jerominiana.

Con los finales de septiembre, en Mallorca, solían llegar los primeros temporales acogidos con júbilo por los campesinos y por los resecos y sedientos campos; a veces tenían caracteres tropicales y el torrente de Coa Negre aspiraba a río y bajaba arrastrando entre sus bermejas aguas, cantos rodados que producían un estrépito que desde casi un kilómetro se percibía. Las horas de encierro que la lluvia suponía se compensaban en parte con la recolección de caracolas, efectuada por toda la familia a primera hora de la noche, con gran lujo de farolas de aceite y de cestos que poco a poco se iban llenando de «viudas» y «bovers», que por abandonar sus escondrijos y salir a gozar de la ansiada humedad acababan detrás de un cedazo, circular y apretada prisión, donde se les sometía a varias manipulaciones, entre otras, una purga general a base de ceniza, tras la cual y unos días de ayuno, venían a parar en un succulento guiso con su salsa picante y su alioli, lo que constituía un baldío a sus estómagos, entrenados a través de hartazgos de fruta, embutidos y toda suerte de «cocas» para esa y aún más peligrosas hazañas.

La destitución del político mallorquín y el consiguiente perjuicio para la monarquía no vinieron del fracaso de la

acción conservadora, sino de su mismo éxito, que puso al partido liberal en trance de muerte, obligándole al veto parlamentario contra aquél.

Los partidos dinásticos necesitaban además poner en marcha sendos programas, que dejaran claramente deslindadas las coincidencias mínimas que entre ellos tenían los partidos extremos. De esos programas se despejaría el interés, para carlistas y republicanos, de cooperar con conservadores o liberales. Si la monarquía podía ofrecer a los carlistas mucho de lo esencial prometido por don Carlos, y a los republicanos lo que de la República les ilusionaba, ¿por qué razón habían de empeñarse en su ostracismo de la política presente, y afanar violencias que no les iban a reportar más de lo que Maura o Moret podían ofrecerles?

Ya Alejandro Pidal había escrito a Maura en 1905 que en el Partido Liberal «todo eran Romanones en libertad y Canalejas entre la hierba». Se refería el político tradicionalista a la actitud palaciega del primero y a la posición social del segundo que pretendía integrar a republicanos y socialistas en el régimen monárquico. Cinco años más tarde, esta agudeza se reveló veraz.

Maura diría en un discurso en el Congreso, en enero de 1911, que él había de suceder a un gobierno liberal de la monarquía pero que éste no era gobierno: «Yo creo (diría enfáticamente don Antonio en el Congreso en otro momento, en enero de 1912), que estoy delante del

despliegue y de la concreción del fondo substancial de aquella determinación que tomasteis vosotros en octubre de 1909, y necesito repetir que, de esa manera llevadas las cosas, con esa dinámica política, la monarquía, que está rodeada de facciones, no resulta defendida. Queda bajo vuestra sola responsabilidad vuestra conducta, no quiero de la responsabilidad vuestra participación alguna. Nos llega el polvo de vuestra conducta; me he levantado para sacudírmelo».

Gesto –el de Maura– de quitarse el pretendido polvo de la solapa de su levita, que establecía la íntima compenetración espiritual con sus oyentes.

Lograrla valdría poco si luego la perdiera, y es arduo y principal empeño conservarla, sin intervalo y sin fluctuaciones, de modo que ningún oyente pudiera ya discurrir a solas, ni emanciparse de la atracción sugestiva que el orador necesitaba sostener hasta el final.

Se trataba de una perniciosa coalición entre quienes pugnaban por arrastrar hacia el fango el sistema de la Restauración. Una actitud –la de los liberales– que produciría en Maura un gran resentimiento, tanto como para referir a Cambó que él no perdonaría nunca a los liberales lo que le habían hecho y que estaba dispuesto a hacerle la vida imposible al gobierno y a dejarles sin diputados cuando él volviera a hacer elecciones. Pensaba que la eliminación del partido liberal dependía de él, puesto

que si el mismo Cambó levantaba la bandera de un partido español reformista, gran parte de los suyos se irían con el partido del líder regionalista catalán y él tendría una satisfacción inmensa con que formaran así los dos partidos turnantes.

Y Cambó creía que ésta era una solución a considerar.

Con la inagotable actividad de la infancia, recorrían aquellos campos de su Mallorca natal hallando a cada paso algún motivo de maravilla: un escarabajo pelotero entregado de lleno a su ingrata e ingeniosa misión; una batalla entre las feroces hormigas rojas –carniceras– y las pacíficas congéneres grises, destinadas a ser vencidas siempre y obligadas a servir a sus belicosas enemigas sólo aptas para la guerra y no para los domésticos y pacíficos trabajos; alguna pintada mariposa de especie desconocida –para ellos– perseguida en vano. Era su iniciación en los secretos de la naturaleza y como todo trabajo científico llevaba aparejada sus sacrificios y sinsabores, en forma de picotazos, ronchas y los desperfectos que en su epidermis producía el contacto con piedras, ortigas y zarzas. Todo ello quedaba ampliamente compensado por el incremento en su sabiduría y el encanto de aumentar sus colecciones con algún insecto raro o piedra de idéntica condición.

Un pequeño consuelo recibiría Maura procedente de los liberales. Y era que, dividida en la crisis de junio de 1913 aquella facción, la mayoría parlamentaria del mismo haría

público un manifiesto en el que, entre otras cosas decía: «Presentes ya a la conciencia pública en toda su extensión e importancia los graves problemas que para la paz y para la guerra ha planteado a España su obligada acción en África...», lo que, para él, significaba un cierta *mea culpa* de los liberales por el final del *Gobierno Largo*.

Pero estaba claro: los males de España provenían de tiempo atrás. La frase de Maragall, en la triste coyuntura del *Desastre*, resultaba estremecedora: «Aquí existe algo vivo, gobernado por algo muerto, porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba. Y siendo ésta la España actual, ¿quién puede ser españolista de esta España: los vivos o los muertos?».

El paisaje político que el joven Antonio Maura pudo entrever en el Madrid finisecular de sus primeros años en la capital consistía en la existencia de cinco partidos principales: el absolutista, el moderado, el conservador, el radical y el republicano. El absolutista se dividía en dos: carlistas puros y carlistas disidentes. El partido moderado también en dos: uno que prefería a Isabel II y otro, al príncipe Alfonso. El Partido Conservador, en cuatro: los incondicionales de Cánovas del Castillo; los antiguos montpensieristas, capitaneados por Ríos Rosas; los fronterizos, cuyo jefe era el general Serrano, y los progresistas históricos, que seguían a Sagasta. El partido radical en cuatro: los progresistas demócratas, que tenían por jefe a Ruiz Zorrilla; los cimbrios, a Martos; los

demócratas, a Rivero; los economistas, a don Antonio Gabriel Rodríguez. El partido republicano, en tres: los unitarios dirigidos por García Ruiz; los federales, por Figueras, y los socialistas, por Fernando Garrido. Pero los socialistas, a su vez, se fraccionaban en dos tendencias, según se pronunciaran a favor o en contra de la Internacional.

Total, dieciséis partidos. Que se subdividían en los siguientes términos: Martos tendía a constituir un partido incondicional; Candau, otro; Moret, un tercer partido; Ríos Rosas, Pi i Margall y Castelar pensaban también en crearse un partido a su personal medida. Entre los ya organizados y los que se encontraban en período de formación, contaba España veintidós partidos, a los que había que añadir: los amigos de la República con don Amadeo por presidente; los adictos a doña María Victoria, que querían echar la zancadilla a don Amadeo; los adeptos de la monarquía de Espartero; los que preferían todavía la de Montpensier; los republicanos, a condición de que la isla de Cuba no fuera abandonada; los que, por el contrario, se inclinaban a que España la cediera o enajenara; los que pensaban aún en el príncipe de Hohenzollern Simaringen (cuyo apellido, el gracejo popular madrileño había traducido por «ole olé si me eligen») que acariciaban la unión con Portugal... En suma, treinta partidos que serían todavía más de apurar el análisis de los grupos.

No eran mejores en lo público o en lo privado los advenedizos que se dedicaban a la política que el nivel medio moral de las masas, que se formaban con la inmensa muchedumbre de los pacatos, los tímidos, los egoístas, los cobardes, los ineptos, los perezosos, los críticos negativos y los ociosos profesionales de la murmuración.

Pero existían otros; los mineros, fabricantes, comerciantes, exportadores de frutos y animadores de compañías ferroviarias, navieras, siderúrgicas, bancarias, eléctricas... los burgueses, en fin, que o se mantenían, salvo contadas excepciones, lejos de la política, desganados o desdeñosos, cuando no maldicientes de ella, o profesaban un regionalismo hostil al poder central, a la hegemonía castellana y a los partidos históricos. El anquilosamiento de éstos se hacía irremediable, estallando en su seno disidencias gravísimas, y las nuevas generaciones, incluso las mesocráticas, aquejadas ya de la desazón económica, preferían alistarse bajo esas otras banderas, no obstante que el liberalismo y el conservadurismo retuvieron todavía los tinglados electorales, que en más de la mitad de España franqueaban aún fácil acceso a los municipios, las diputaciones provinciales y al Parlamento.

Ruiz Zorrilla, Pi i Margall, Salmerón, Castelar, López Domínguez –heredero de la jefatura de los izquierdistas de su tío el duque de La Torre–, Martos, Sagasta, Cánovas, Moyano –último representante de la intransigencia moderada–, y don Carlos de Borbón –que muerto Nocedal,

había asumido en persona la dirección del tradicionalismo–, contaban en España por millares los correligionarios, adeptos y amigos; juntos todos integraban la España política, pero discrepaban entre sí, no ya sólo en principios y en programas de gobierno, sino hasta en la apreciación más rudimentaria de las conveniencias nacionales.

El Partido Conservador era Cánovas del Castillo. Su personal prestigio de guía político, escritor, orador y gobernante a un tiempo, por ninguno de sus contemporáneos igualado, le deparaban la confianza de cuantos temían las perturbaciones sociales del trastorno.

Quedaban a la derecha de los conservadores algunos, muy pocos, que no obstante acatar la monarquía restaurada, se negaban a cualquier transacción con el liberalismo; y el partido carlista que, derrotado por segunda vez en la lucha militar, mantenía sin embargo una gran pujanza social.

Notoria y desaprensivamente facciosos eran los republicanos de Ruiz Zorrilla, los cuales, tras de conspirar sin descanso mientras reinó Alfonso XII, se aprestaban, como era lógico, a urdir contra la Regencia –a la que tenían por más débil–, nuevas tramas revolucionarias.

Sólo Castelar y sus adeptos representaban el gubernamentalismo republicano, la confianza en el cambio de régimen mediante la lucha legal.

Liberales eran quienes coincidían con Salmerón y Castelar en todos los capítulos de sus programas, salvo en el de la forma de gobierno. Cobijó el partido liberal en su seno anticlericales y católicos practicantes, defensores y detractores del sufragio universal, librecambistas y proteccionistas, individualistas irreductibles y propugnadores de una prudente reconstrucción de los núcleos sociales –y no había, en consecuencia, un jefe para esta hueste.

El sistema turnista de los partidos no lo era en realidad de significaciones, sino de personas. Esta analogía de propósitos de gobierno entre todos los monárquicos gubernamentales perjudicaba a la visualización parlamentaria, suprimiendo los colorines de los penachos, y descascarillaba el estrafalario barniz británico; pero, eso sí, sinceramente mantenida y lealmente practicada, habría favorecido en extremo a la causa nacional.

Desde los albores del régimen representativo en nuestro país, el modelo predilecto de los constitucionales españoles fue, sin duda alguna, el que se vivía en Gran Bretaña.

La superior reputación de Inglaterra era tan sólida que no arredraba a nuestros estadistas el hecho de calcar o de remedar, imponiéndolas desde arriba, instituciones que en Gran Bretaña no fueron sino momentos de su evolución consuetudinaria. Ciertamente que las ideas liberales llegaron a nuestra Península a través de los Pirineos y que

sus fórmulas se tradujeron al español directamente del francés; pero nunca se desconoció su verdadero origen, que así los parlamentarios de Cádiz en guerra con Napoleón, como los del reinado de Alfonso XII, poco o nada francófilos, cuidaron de proclamar y recordar los precedentes ingleses.

El ineducado malhumor de la mayoría del pueblo español aliviaba ahora, como antes, la irritación que le producían los golpes del destino invisible o indeclinable, descargándolos a su vez en algo o en alguien, y en nadie con más gusto que en el gobierno.

Centralizado el poder por el estatismo individualista, burocratizada la Administración y envilecida además por las taifas turnantes, asentado el régimen sobre la única base del sufragio falseado, en un país cuya pereza e ineptitud ciudadanas le hacían incapaz de regir sus propios destinos... ¿cómo habían de inspirar su política los dirigentes en una opinión de los dirigidos, en una voluntad popular, que, además de no existir, carecía hasta de órganos auténticos de expresión? El primer deber de un ministro concienzudo consistió en aislarse para no escuchar los clamores que la codicia partidista o la personal elevaban hasta él, y a solas con su conciencia, discernir el modo mejor de ser útil a su patria, las más de las veces sin el asesoramiento ni el aplauso de los amigos, frente a la crítica apasionada y a la censura injusta de los adversarios. En tales ocasiones llegaba a ser todo lo más un jefe de departamento, celoso, probo, diligente, expedito y avisado; y aún entonces, a la hora de

dimitir, caía confundido con el colega inmoral, desidioso, desaprensivo o inepto.

Administrativamente, todos los hilos capaces de guiar a través del laberinto burocrático tenían a Madrid por paradero y la turbamulta de pretendientes y negociantes formaba sin cesar la industria hospedera y cortesana, poco favorecida con razón por el turismo nacional o extranjero.

Económicamente no existía sino un solo erario, el del Estado, puesto que sus administradores acaparaban íntegro el caudal tributario y manejaban a capricho la llave de aforo para nutrir a expensas de él las haciendas locales.

Luego que se hizo patente cuán irremediable era esta inconsistencia, comenzó a extenderse por el mundo político la convicción de que descentralizando, mejoraría la gestión restante encomendada al gobierno central, pero los varios proyectos a tal fin, sucesivamente elaborados, no pasaron nunca de tales, y aún se puede imaginar que fueron arrebatos románticos, porque cada vez que el gobierno de Madrid mostró platónico amor a la descentralización se advirtió, al cabo, un más íntimo amancebamiento con la oligarquía centralista.

Capítulo XLVIII

Para Lorenzo, la anarquía era una cosa y el anarquismo otra. La anarquía era el complemento del hombre, el curso regular de los sucesos, la obra del tiempo y, en último extremo, la verdad matemática, y el anarquismo era la variabilidad de los anarquistas; la una, roca incommovible, escollo o puerto de salvación, según el punto de vista del que juzga; el otro, la veleta que gira a impulsos del entusiasmo juvenil, de la traición cobarde y egoísta o del escepticismo caduco.

Pero ellos –Cuevas al menos– llevaban tan dentro de sí al anarquismo, que se preguntaba si no era el anarquismo mismo su entrega diaria, su desdicha, su sufrimiento. Y cualquiera que tuviera una larga experiencia en la vida

comunitaria –como era el caso de Andrés– no tendría gran dificultad en aclimatarse a los compañeros que se encontraban en la XI Brigada. La mayoría de ellos eran de Castilla, La Mancha y Andalucía. Catalán ninguno. Era una vida de lenta, angustiosa monotonía, pero que destilaba tragedia por todos sus poros... Los días iban pasando sin el aliciente de una visita y con muy pocas cartas porque su madre no sabía escribir y le fastidiaba tener que dictar la carta a un extraño. Incluso recordaría Cuevas que una vez le dijo que le escribiese con letra de imprenta, grande, que esa sí que podía leerla, es decir, que había aprendido a leer a través de sus cartas carcelarias.

Pero la alimentación continuaba siendo infame: las patatas coloreadas con pimentón y... pare usted de contar. Lo fundamental era el pan, el único alimento sólido. Los que no fumaban iban aguantando, pero para aquellos compañeros que tenían ese vicio, la insuficiencia de las raciones de tabaco era tan terrible que terminaban vendiendo el pan para comprar cigarrillos. Muchos de los que morían eran víctimas de la jodida lacra de fumar tabaco, porque se pasaban meses enteros sin comer pan.

Ese año se anunciaba, pues, malo. Peor del que dejaban atrás, porque iban a entrar en él desnudos de esperanza.

Hasta el cura del penal había redoblado su natural conducta inquisitiva. Era delgado, el clásico cura «trabucaire», tantas veces dibujado en las revistas satíricas

anticlericales catalanas. Esas revistas siempre dibujaban frailuchos y curas en forma de cuervos esqueléticos y feos. Algunas los pintaba rechonchos y lascivos, verdaderamente pornográficos, a caballo de unas monjas tetudas y nalgas al descubierto bien sonrosadas, estos eran valencianos. La distinción entre los frailes valencianos y los catalanes quizás provenía de que los primeros aún conservaban el erotismo árabe, mientras que los catalanes mantenían el sabor amargo del vinagre inquisitorial.

Cuando el sacerdote oficiaba sus sermones o comentarios testimoniales empezaban todos de la misma manera: «Queridísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo». Después se producía una pausa, y como quien sufriera un ahogo, se llevaba la mano al costado izquierdo y empezaba entonces su discurso, subiendo tono hasta alcanzar el paroxismo. «Sois la hez de la sociedad. Perros herejes... que no os merecéis el pan que coméis...».

Como ya se sabían la cantinela, tan pronto como terminaba con su señor Jesucristo desencadenaban un rumor de toses que se convertía en un estrépito de olas chocando sobre las arenas de una playa. La voz del «padre» naufragaba aplastada por sus toses.

El cura, desde su tarima, les fulminaba con la mirada.

Más tarde sería trasladado Cuevas a la II Brigada. Le tocó como compañero de cama a un gitano condenado por robo.

Había entrado en el penal analfabeto y fastidiaba siempre a los reclusos pidiéndoles que le escribieran cartas a la familia. Un día, los compañeros le dijeron que sería más fácil para él y para los demás si aprendía a leer y escribir. Al principio el gitano decía que eso era imposible, pero la idea le fue entrando en la mollera y al fin se decidió, y cuando empezó a entrar en el juego del ajuntamiento de letras leyendo una palabra casi de carrerilla, se despertó en él un afán imparable por la lectura. A cualquier hora de la noche despertaba al compañero de al lado para consultarle sus dificultades. Todo el mundo le huía. Como Cuevas era paciente, pusieron al gitano junto a él, pero éste abusaba cuando le despertaba a cualquier hora de la noche para preguntarle sobre cosas que leyendo no comprendía. ¿Y qué podía hacer Andrés ante el desbordante entusiasmo del que su colega hacía gala? Se sometería a su constante y creciente exigencia intelectual.

Las Navidades se les echaban encima. Su pequeña comunidad seguía reuniéndose en el patio y entre todos se había armado una fiesta para celebrarlas. En esa fecha se les permitía cenar juntos y se les aceptaba en Nochebuena una cierta libertad de movimientos hasta las doce de la noche.

A uno de ellos le habían mandado unos gramos de café, a otro unas latas de conserva. El resto aportaba un dinero que habían recibido de la familia. Se hallaban confeccionando el menú cuando oyeron vocear el nombre de un compañero canario para que acudiera a «correos». Él esperaba que su

familia le enviara gofio, que era lo único que le podían remitir. Se frotó las manos y dijo: «Veréis qué gofio os preparo». Al cabo de un rato lo vieron salir de la oficina con una caja de cartón bastante grande. El canario era alto, huesudo y caminaba siempre muy ligero, pero en esa ocasión daba unas zancadas enormes, deseoso de llegar hasta el grupo. Cuando se reunió con ellos les instó a que le siguieran. Fueron al zaguán de la brigada y allí les mostró su tesoro: había un buen pedazo de cecina; un buen salchichón; un pan blanco; una caja de mantecados; dos tabletas de turrón, una de Alicante y otra de Jijona; un bote de mermelada; unas zapatillas de felpa y una bufanda. Miraron todo aquello con ojos desorbitados. El canario temblaba de pies a cabeza. Todo eso debía ser un error, pero miraron muchas veces la etiqueta y no, no era un error: allí estaba su nombre y procedía de Canarias. Alguien sugirió:

–Tu novia te pone los cuernos. Pero ¡qué más da! Lo importante es que custodiemos este tesoro con ojos de lince.

Pero Andrés Cuevas debía anticipar acontecimientos, porque los que le sucedieron luego fueron muy tristes. Tanto que durante toda su vida se acordaría de aquella «Nochebuena».

El paquete que el canario había recibido no era para él sino para un seminarista de Navarra. Sin saber por qué se habían equivocado al colocar las etiquetas. En el gofio del canario

habían colocado la del seminarista y viceversa. Resultado: que el canario tenía en sus manos el paquete del rico, mientras que el navarro tenía el paquete del pobre. Quizás en el cambio de etiquetas estaba la mano del empleado ferroviario que creía en la justicia social. Claro que las cosas no quedaron así y tuvo su lógica consecuencia por la vía de la reclamación oficial.

Al finalizar las Navidades y no quedar absolutamente nada del contenido del paquete (ni siquiera las zapatillas y la bufanda, porque su amigo las había vendido), llamaron al canario a la oficina del jefe de servicio para reclamarle el paquete, explicándole el error de las etiquetas, pero su amigo adujo que él no había cometido falta alguna y que el paquete estaba liquidado. En realidad, ninguna consecuencia desagradable podía tener para él.

Afortunadamente, en aquella ocasión el error había sido a favor del preso. Generalmente lo que venía ocurriendo era todo lo contrario: los contenidos de los paquetes, bien fuera por los empleados de la cárcel o por los compañeros del ferrocarril, se volatilizaban, y en su lugar se metían piedras. Se conocía de infinidad de casos que cuando se llamaba al preso para abrir ante él el paquete que se le enviaba, en su interior aparecían pedruscos. Y esos hechos eran tan corrientes que con ellos se llegó a formar un gran montón en el patio.

Cualquier reclamación que el preso expoliado presentara

era recibida por parte de los funcionarios con sarcástico cinismo: «¿Qué quieres que te mande tu familia sino piedras?».

Por fin llegó la tan ansiada Nochebuena. Se les distribuyó un llamado rancho extraordinario que estaba compuesto por la misma ración de patatas con pimentón y una manzana de suplemento.

Terminado el rancho en el comedor, cada uno de ellos salió deprisa para las brigadas y alguno que otro se dio un buen costalón, resbalando sobre la nieve helada que cubría el suelo del patio.

Lo único que ese día tenía de extraordinario era que se les permitía a los presos reunirse con sus amigos para festejar la fecha del nacimiento del mítico Jesús hasta las doce de la noche.

Todos los del grupo habían acordado reunirse en la IX Brigada y hacia allá fueron convergiendo para organizarse la cena. Al igual que ellos, el resto de los compañeros del penal hizo lo mismo, agruparse por afinidades. Posiblemente algún preso quedaría aislado, pero sería por su propio deseo.

Lo que tenían acumulado como comida lo repartieron para la cena y para la comida del día siguiente, Navidad. Tenían hasta una botella de vino peleón que alguno había conseguido corrompiendo a un guardia, que se había

empeñado en que su amigo le hiciera el retrato de un perro y que le pagaría con una botella de vino. Así, sobre la mesa tenían la botella ganada gracias al cuadro del animal.

Entre dimes y directes, risas y cantos, dieron fin a su condumio. La hora de partir cada mochuelo a su nido se acercaba. La medianoche estaba ya al caer y la aceleraron más los gritos de los guardianes en todas las brigadas reclamando que cada uno se recluyera en la suya para pasar «recuento».

Andrés Cuevas se despidió de sus amigos y con paso cauteloso, para no resbalar sobre la capa de hielo que cubría el patio, se dirigió hacia la II Brigada. La noche era clarísima. Había una luna llena reflejándose sobre el hielo y la nieve. Daba la sensación de que era de día. Cuando llegó a la brigada la gente estaba en pleno jolgorio. Por lo que se veía el vino había corrido bien. El aire rezumaba alegría, ese inagotable tesoro del pobre que, por mucho que haga la burguesía por arrebatárselo, nunca se lo podrá robar. La alegría –pensaba Cuevas– era como el sol, la luna o el cambio de estaciones, y ya podían el capitalismo o el Estado buscar fórmulas para cambiar el curso de las cosas: no lo lograrían. Esa imposibilidad del Estado y del capitalismo es lo que los transforma en mísera invención desnaturalizada que el curso natural de la vida rechaza y condena a su desaparición. Allí reinaba una loca alegría, pero pronto hubo de entrar en sordina ante la voz autoritaria de la trompeta tocando a silencio.

Capítulo XLIX

Guisando. A aquel paraje le conducía Maura su alejamiento de Madrid, la seguridad de que no habría ruptura en el Partido Conservador con el encargo por el rey a Dato de una nueva situación conservadora. La finca que, en ese famoso cerro, a unos cien kilómetros de la capital, término de San Martín de Valdeiglesias, en plena zona subalpina de la provincia de Madrid, poseía un antiguo y muy leal amigo de don Antonio, el catedrático y senador Felipe González Vallarino. En esa finca, de antiguo frecuentada por el político mallorquín, tenía siempre habitación reservada y servidumbre solícita. Y allí quedó instalado, a las pocas horas de salir de Palacio, mientras su desaparición del tablado de la farsa producía gran revuelo y desconcierto en el comentario de los mentideros.

Al día siguiente se encontraba Maura a media mañana,

satisfecho y sonriente, en el rellano del cerro por donde tiene su entrada la finca. Daba los últimos toques a un pequeño apunte en el que aparecía la casa del guarda entre la espesura de las últimas crestas del cerro, con la ermita de San Miguel cimera y algunos cipreses. Por su antigüedad, estos árboles si no presenciaron la entrevista de Isabel la Católica con su hermano el rey don Enrique, en la llamada que ellos dominan y donde se yerguen, cargadas de enigmas, las que Cervantes llamara «valientes piedras de los Toros de Guisando», pudieron muy bien ver a Felipe II pasar en litera por estas soledades, en sus frecuentes visitas a este convento cuando con la erección del Escorial maduraba el cumplimiento del voto de San Quintín y del mandato paterno de procurar a sus restos digno reposo.

En una de sus estancias de don Antonio en su tierra natal, siempre añorada, había traído para sus excursiones desde Valldemosa, donde se había instalado la familia, un automóvil Mercedes de amplias proporciones. No era frecuente que el tal artefacto, al igual que sus congéneres de aquella época, efectuase un trayecto de alguna importancia sin padecer, mejor se diría hacer padecer, dos o tres paradas, que era elegante llamar *pannes*. Cesaba bruscamente el trepidar del motor, quedaban inmovilizadas las ruedas, descendía de su asiento el mecánico, y tras despojarse de gafas, gorra y cubrepolvo, y alzado el *capot*, iniciaba una investigación de las entrañas del artilugio con el mismo detenimiento empleado por un adivino romano en el

estudio de las entrañas de las reses sacrificadas para poder efectuar sus augurios. No era ésta la única relación entre uno y otro, ya que mucho tenía de augurio o adivinanza, la labor del mecánico generalmente incapaz de señalar con seguridad la causa de la avería; se tanteaba allá y acullá, se apretaban o aflojaban tuercas, se miraban las bujías y el carburador y, de pronto, de modo inesperado y no por ello menos agradecido, se ponía el motor en marcha y seguía otros cuatro kilómetros hasta la *panne* siguiente.

Tuvieron que sufrir una de ellas en pleno mes de agosto y al filo del mediodía camino de Alcuñia. Como los síntomas eran graves y el sol apretaba de firme, saliéndose de la carretera buscaron la sombra de unos retorcidos algarrobos en un campo vecino, y estando allí bajo el providencial techado de las charoladas hojas y oyendo el incesante chirriar de las cigarras que de tan monótona manera celebraban el goce del vivir, acertó a pasar una pobre vieja que llevaba sobre la cabeza una cesta repleta de verdes y morados higos.

No era Maura persona capaz de dejar tal ocasión sin obtener el debido provecho de la misma, así que llamó a la payesa y la preguntó si tendría inconveniente en que se comiera algunos de aquellos apetitosos frutos. Accedió, de muy buen talante la buena señora, y depositando la cesta al alcance de sus manos, vio complacida cómo una docena de higos cambiaban de recipiente y aún de estado, ya que no sólo estaban muy en su punto, como lo estaba su estómago,

sino también porque dado el cariz que presentaba la avería y los partes pesimistas que de tanto en tanto le transmitía Santiago, el *chauffeur*, era sana medida de previsión almacenar las posibles vitaminas. Terminado el improvisado refrigerio, quiso don Antonio recompensar la amabilidad de la payesa y sacando del bolsillo una moneda de dos pesetas se la ofreció. Se asombró ella de ver la tasación que de los higos se hacía, y con verdadera indignación rechazó no sólo aquella moneda sino cualquier otra que se le pudiera ofrecer, ya que los higos nada valían en su entender y había tenido una satisfacción al poder obsequiar con los mismos. Insistió Maura en su oferta y terminó la pugna con esta frase lapidaria de la señora: «¡Los higos! ¡De todas maneras se los iban a comer los cerdos!» Y se alejó muy dignamente con su cesta a cuestas. Admirable filosofía que medía por igual rasero la desaparición de los higos por obra de gorrinos o de expresidentes del Consejo, ya que en efecto el resultado final era el mismo.

Era la evocación de los recuerdos de finales del pasado siglo, por lo mismo que volver sobre la tradición conduce a reconocer los cimientos de las instituciones, porque la historia siempre censura a la política. Esa era la razón por la que Cataluña aplicaba la piadosa exhumación de su pasado, desazonada por el mal gobierno y advertida de que con la centralización se exacerbaron todos sus males, se erigió después de la Restauración en propugnadora del principio particularista. La exageración a la que propenden todas las

adolescencias llegó a algunos catalanes a confundir su caso con el de otros pueblos europeos, sojuzgados un día por la fuerza militar extranjera y mantenidos desde entonces en servidumbre.

Tan imperdonable como equiparar aquellos gritos sediciosos con esta traza doctrinaria de esta nueva España, elaborada en tres sesiones por unos cuantos delegados de la Unión Catalanista en la sala consistorial del ayuntamiento de Manresa, fue desdeñar el examen de los síntomas y no aplicarse a colegir por ellos la enfermedad que aquejaba a Cataluña. El desasosiego común a todos los españoles, mortificados sin excepción por el ilícito administrativo, general y local –puesto que uno mismo eran los dos– se hizo insoportable allí, donde la mayor intensidad de la vida, sobre todo en lo económico, multiplicó las ocasiones de roce y extendió la llaga por las carnes laceradas. La curación no requirió aún, inexcusablemente, intervenciones quirúrgicas; pero tampoco se podía alcanzar con emplastos, única medicina que ni siquiera con perseverancia, estuvo dispuesto a aplicar el poder central.

Pero la más grave y crónica de las dolencias políticas de España, origen de muchas otras, seguía consistiendo en la carencia de ciudadanos, puesto que sin ellos no sería posible que actuase, ni apenas que existiera, gobierno digno de este nombre.

¿Tendría solución el problema del caciquismo a través de

la modificación de las costumbres y del paso del tiempo?, se preguntaba Maura, para señalar a continuación: «A las leyes quizás no se deba pedir mayor concurso para extirpar el caciquismo. Gran parte de esta saludable redención corresponde a las costumbres y al lapso del tiempo; pero esto no se puede decir sin completarlo con la advertencia de que el tiempo agravará el mal y las costumbres empeorarán de día en día, según viene aconteciendo, mientras las leyes no hayan invertido el declive, enderezando la gravitación hacia la enmienda».

¿Y qué había cambiado todo aquel panorama, previo a su entrada en política, después de sus dos periodos de gobierno? Más aún, ¿en qué había cambiado España (a mejor, se entendía) en aquel verano de 1914?

Era el tiempo instalado en la España de la época. Según Maura: «Vosotros queréis pasar el tiempo, que mandáis sin hacer nada, y queréis vocear que hacéis algo, o que ya ibais a hacer algo, para si el país cree, engañarle. Yo he vivido 20 años ahí, y no he mudado, aunque me he quitado el uniforme».

La conducta de Maura en lo venidero se expresaría en el siguiente discurso que pronunció en el congreso: «Aquí estoy con lo que era, con lo que significaba, resuelto a cumplir siempre mis deberes con lo que tengo ya dicho que los entiendo, para servir la política que creo útil a mi país y no otra alguna: a ésa, en el poder o en la oposición, servirla

siempre. Y eso digo yo a la gente que confía en mí: que, si España quiere, que, si España pone los medios para que prevalezca esa política, por mí no quedará».

Lo había dicho en el año 1913. Había juzgado Maura prudente correr el riesgo de exagerar el laconismo en su clara y terminante expresión, antes que adentrarse por la fronda de perífrasis, glosas, deducciones, incisos, episodios y resúmenes.

Nacía así lo que algunos periodistas denominaron como *maurismo*. Un movimiento del que ni siquiera Maura se sentía autor, y que advenía con la crisis de 1913. El origen del mismo tenía razones tanto internas como externas. Entre los primeros estaría la tensión debida a la división del partido en familias, algo típico en las organizaciones políticas restauracionistas, que se había mantenido a pesar de los esfuerzos de don Antonio en crear un partido unido; la evidente disconformidad dentro de los conservadores con determinados aspectos de la línea política desarrollada por Maura, que algunos consideraban personalista, aunque él había apelado constantemente al consenso de su partido, y la (por el momento, inexistente) carencia de una base de opinión que reforzara esa línea –también inherente al sistema–, a pesar de los innegables esfuerzos de don Antonio por consolidar esa base política.

Pero existían también factores externos que explicaban ese fenómeno. La actitud de la oposición (dinástica y no

dinástica) ante el Partido Conservador, concretada en el *Bloque de Izquierdas*; la reacción, tanto nacional como internacional, contra Maura fundamentalmente a raíz de los sucesos de la *Semana Trágica* y, por último, la propia actitud del monarca, que una vez concluida la crisis de 1909, aumentaría su intervención en los partidos dinásticos.

Así, las soluciones gubernamentales, a partir de 1913, daban la impresión de ser, no tanto avances positivos, como meros intentos de supervivencia: una muerte prolongada del sistema creado por la Constitución de 1876.

Aunque Dato incorporó a su gabinete a representantes de diversas familias conservadoras, y contó incluso con su antiguo colaborador –el ahora desleal José Sánchez–Guerra– para Gobernación, no pudo evitar el *idóneo* presidente del Consejo que los seguidores de Maura marcharan a la disidencia, tenaz y bulliciosa, en los meses siguientes. Era el *maurismo* un movimiento difuso que, huérfano de la dirección del ausente jefe, se dedicó a atacar al gobierno en periódicos y campañas callejeras y a trenzar los mimbres de un futuro partido de masas para la pendiente regeneración política de España.

En el mismo día en el que, al mediodía, se encargaba a Dato formar gobierno, don Antonio explicaría la conducta del rey con estas palabras: «Supe que se había llevado a Palacio la seguridad de que el Partido Conservador permanecería unido como un solo hombre, quedando yo como reserva. Yo

no sé quién llevó esa seguridad a Palacio, no sé si fue el mismo presidente dimisionario; pero, en fin, sé que había esa seguridad».

Gran ahínco puso el gobierno Dato-Sánchez-Guerra en hacer ostensible a las gentes su proyecto de conversión hacia la izquierda, no menos definido que pudo serlo antaño el de Canalejas hacia la derecha. En la lista de ministros sometida por el presidente a la aprobación del rey figuraban: el Marqués de Vadillo como titular de la cartera de Fomento, y don Javier Ugarte -fiscal del Tribunal Supremo en 1909 y colaborador, por ende, en la condena de Ferrer-, en la cartera de Gracia y Justicia. Pues bien, bastó un ladrido periodístico antimonárquico para que minutos antes de la jura litúrgica ante el crucifijo y Su Majestad, trocaran ambos sus carteras respectivas para desagraviar a la ya encrespada oposición ferrerista.

Estaba claro, el *Maura no* había atronado con positiva y ya irremediable eficacia, pero entonces resonaría dondequiera estentóreo el *Maura sí*. Y ocurrió de este modo: pocos días después de la crisis de octubre explicó Ossorio y Gallardo en Zaragoza lo ocurrido ante el público conservador. El relato llegaría hasta la mesocracia y aún hasta las capas populares.

Ese mismo día 28 de octubre, en la conferencia, don Ángel había realizado un duro alegato contra el gobierno que acababa de formarse, al paso que renunciaba a la jefatura provincial del partido. Gabriel Maura siguió el ejemplo de

Ossorio por lo que se refería a Santander. La consigna rupturista halló eco enseguida, sobre todo entre las juventudes del partido.

Y una vez que las Juventudes Conservadoras se habían mostrado partidarias de apoyar con claridad a Maura, muy poco después se sumaron al movimiento núcleos conservadores de diversas ciudades. El primer paso era la repulsa del gobierno de Eduardo Dato y sus *idóneos*. En Bilbao, el Partido Conservador y las Juventudes se pasaron a la nueva propuesta. Ramón Bergé y Salcedo, hijo de Ramón Bergé, el amigo íntimo de Maura, tomó la iniciativa y convocó un acto nacional. Con apoyo de las Juventudes Conservadoras de Madrid, Zaragoza y Palencia, el 30 de noviembre; un acto en el que Ossorio desplegó el programa del nuevo partido, resumido en una serie de afirmaciones: Monarquía constitucional de Alfonso XIII, democracia, legislación liberal adoptada desde el siglo XIX, política obrerista, reconocimiento de la autonomía de las entidades históricas que en su conjunto formaban España, robustecimiento de las Fuerzas Armadas... En ese mismo acto quedó constituido un nuevo Comité Central de la nueva organización política.

Maura, considerando extinguida su jefatura del partido, optó por un «temporal alejamiento de la política», ya que no podía apoyar al nuevo gobierno ni deseaba combatirlo. Se inclinó por dejar hacer a sus seguidores, reservándose para mejor momento.

Pero don Antonio siguió frenando las impacencias de sus gentes. Ante Ossorio se negó a que el *maurismo* llegara al enfrentamiento directo con el Partido Conservador. Ossorio quería una organización autónoma, don Antonio no tanto.

En todo caso, escindido el Partido Conservador entre *idóneos* y *mauristas*, cobraría forma la esterilidad para ellos. Les faltaría a los primeros la ilusión, y a los segundos la maquinaria electoral.

Y es que Maura no quería dividir a su antiguo partido impulsando a su propia facción.

Así las cosas, el *maurismo* era de momento una disidencia poco preocupante para el gobierno Dato, cuyo titular dejaba en manos de Maura la decisión sobre la jefatura del partido. Pero, en la votación final del mensaje de la Corona, aunque Dato obtuvo una mayoría holgada, los de don Antonio se abstuvieron. Esa situación no podía durar, y en junio, Dato tomaría posesión del Círculo Conservador de Madrid.

Respecto de aquel movimiento diría su referente principal, en el teatro Real en 1914: «El nombre que han dado al movimiento, el *maurismo*, tomándolo de mi apellido... no hallaréis manera sintética de definir significación como esta, y como cosa transitoria puede pasar, pero no más que transitoria, porque no ha habido nunca movimiento político más impersonal, ni siquiera he asistido yo a él».

Después de la *Semana Trágica*, Maura en la práctica había pasado al enclaustramiento. Lo había dicho antes: «Las contrariedades que se experimentan en la vida pública y las injusticias que transitoriamente comete la opinión, solo se pueden soportar cuando la propia conciencia acusa un total envilecimiento o cuando el amor al bien es tan puro, tan vigoroso, que el solo testimonio íntimo de la conciencia forma una coraza invulnerable, protectora de nuestra voluntad y la paz de nuestros afectos».

Así concluía el ciclo político de Maura. Los viejos políticos, a lo suyo. Pero las nuevas generaciones, recién salidas de las aulas docentes, interpretaban muy de otro modo a sus mayores los deberes cívicos que las realidades del nuevo siglo estaban imponiendo, como más inexcusables, cada día. Cabalmente en los últimos años se había hecho manifiesta la predilección de la juventud por las ideas conservadoras o socialistas, con notorio desvío respecto de las liberales, las republicanas y aún las tradicionalistas. La actitud de las organizaciones militantes de ese tipo juvenil, incorporadas ya al Partido Conservador al producirse en ella la crisis interna fue, para Maura, el único síntoma reconfortante y anunciador de un posible despertar nacional.

Y ahora Maura, sentado ante su obra en ejecución, pensaba que se le podría criticar (algunos a venerar, incluso). Pero para los que consideran la historia como lo que resulta del uso que las personas hacen de los recursos que saben descubrir y hasta forjarse, el final de aquel creador de

anarquistas que fuera Ferrer fue un instante de asombroso virtuosismo político.

Porque Ferrer tuvo la soltura, la presencia de ánimo y el cuajo de lanzar en el momento de su ejecución no un viva a la anarquía de sus fantasías, no un improperio; ni una profecía apocalíptica; y no tampoco un ¡Ay! de injusticia; ni al pelotón un *droit de coeur*, de valiente; o un condescendiente *sancta simplicitas* y menos un estentóreo y disonante grito... Sino un certero viva a algo que, no entrando para nada en lo que le había llevado hasta allí, convertía en aquel contexto su ejecución en una monstruosidad de viso intolerable: «¡Viva la Escuela Moderna!», diría.

Y de allí vendría todo lo demás. Una pequeña voz que formaba un enorme alud que sepultaba toda la nueva política apenas iniciada; el límite al buen gobierno que enderezaría la gestión de las instituciones y encumbraría la reforma hacia la democracia y desde el orden.

Una breve proclama que era, no una sentencia de muerte que se ejecutaba contra el recluso revolucionario, sino una condena a un sistema político, al régimen de la Restauración y... ¡quién sabía si muchas más cosas además!

La revolución ganaba la mano, las izquierdas en su *Bloque* la seguirían y, como en un castillo de naipes, todas y cada una de las piezas iban cayendo tras de sí.

Y la primera en rendir pleitesía al devenir de los hechos lo sería la institución monárquica y su titular. ¿Se asustó don Alfonso? Pero no era del tipo de los que se asustaban

¿Quería recuperar el poder? Si no, ¿qué otra cosa?

Capítulo L

Era el drama del anarquismo, la lucha entre el individualismo extremo y la caída en el gregarismo. En palabras de Anselmo Lorenzo, había quien manifestaba tendencias exageradamente individualistas porque, dificultado siempre por la masa social con sus imposiciones, aspiraba a una independencia imposible para todo individuo por la natural insuficiencia individual, y había, por el contrario, quien, lastimado al ver el derroche de fuerzas perdidas por rutinaria ignorancia para obtener resultados mínimos o rendir tributo a irracionales prejuicios, se dirigen principalmente a la reorganización social descuidando ideas individualistas esenciales.

Una tensión que Cuevas resolvería en breve. Y era que esa misma noche le tocaba «imaginaria» y le correspondía hacerla desde la hora 23 del día 24 hasta la 1 del día 25. El

cabo de brigada, que gozaba del mismo estado de salud que el resto de ellos, decidió que aquella noche saltarían su imaginaria.

Andrés previno de eso a su siguiente compañero y se metió en la cama.

Pero no era posible dormir, pese a que se tapó la cabeza con la manta para protegerse de la luz. Hacia las 12 y media se levantó para ir al retrete y, ¡oh sorpresa!, allí se encontró a tres de sus amigos limando los barrotes de la ventana. Cuando le vieron le explicaron que estaban preparando la fuga y que si quería unirse a ellos. El proyecto era descabellado. Solo tenían a su favor la posibilidad de que los funcionarios y los guardias civiles estuvieran amodorrados por la curda que seguramente habían pillado. Pero esa posibilidad era una entre mil. Las dificultades se amontonaban ante ellos. Les previno de eso, pero ellos estaban dispuestos a llevar adelante su proyecto.

No, no era un buen plan. Pero era el plan que había. Una noche fría de Navidad, unos guardias privados de la compañía de sus familias y anudados entre ellos por el engranaje del alcohol. La luna reflejada sobre el hielo y unos hombres desesperados en el invierno de la España de 1913.

Se iría con ellos. En su imaginación poética le acompañaría su madre, por supuesto, la que se ocupaba de él desde el principio, queriéndole cambiar el nombre para que no

hiciera el servicio militar, la que le enseñaba el signo de la disconformidad política familiar y le refería historias de bandoleros andaluces para completar su educación, quien le llevaba a Barcelona y le descubría la nueva perspectiva de la Escuela Moderna de Ferrer Guardia y de la revolución libertaria.

Y era también el recuerdo de sus mujeres. De Ana, que acompañaba a su madre y que muy posiblemente se cansaría de él y de su larga temporada de cárcel, porque ella era de las chicas que no esperan; de Montserrat y de sus primeras experiencias en el mundo del sexo; de Dolors y de sus noches en la gloriosa *Semana Trágica*; de Ada Martí, la combatiente que vestía de blanco; de Magda, que le acogería después de su breve huida y su trabajo como labrador en Reus; de Eva, su novia en Francia.

Pero se acordaría también de sus compañeros de armas; de Salvador, con quien compartiera el regreso a España, sus primeras andanzas y los primeros meses de presidio y que le dejaría, abatido por un cáncer terminal; de Juan y sus clases de ajedrez; de Pedro, su compañero en el aprendizaje del inglés; de Remigio y sus divertidas trampas en el juego de naipes. Todo eso podría quedar atrás, si la suerte fuera un poco benigna con él –o un mucho–. Nada era seguro, todo era improbable. Pero lo único seguro era la alternativa de los meses y años de cárcel. Una cárcel triste, insalubre, hambrienta, insoportable...

Media hora más tarde habían conseguido ganar el tejado. Cinco minutos más tarde saltaban al recinto externo. Apenas diez minutos más y les amparaban los edificios más cercanos al penal. Total, 45 minutos para la libertad.

Final

Y ahí estaba Andrés Cuevas. Había recorrido la distancia que le separaba de aquel paraje de Solórzano como quien recorre su propia vida.

Le habían dado unas vagas indicaciones acerca de la zona en la que veraneaba su objetivo, un tercer militante libertario se unía a ellos para advertirles del lugar exacto en el que se encontraba. Y las rocas, detrás de las cuales podría resguardarse para perpetrar su ejecución.

Todo ello si finalmente se lo encontraba, si el metódico programa de trabajo –incluso en vacaciones– del personaje aquél no se modificaba por razones de urgencia, de una alteración imprevista de sus planes...

Y Cuevas no conocía a Maura, pero le habían dicho que todo en él resultaba previsible, puntual, hasta el límite de la exactitud. Y además ya estaba lejos del Gobierno, ya no

habría comunicaciones urgentes, reuniones que sin falta atender... ya era el político mallorquín un diputado más, aunque fuera el diputado respecto del cual la vida política entera de España se veía galvanizada, a favor o en contra, ¡Maura sí! o ¡Maura no! El peligro de su regreso al poder con sus conmlitones *mauristas* por el recuerdo de su intransigencia pasada. La gloria que a él le correspondería por cercenar ese cabo hacia el futuro más siniestro que pudiera acontecer a España.

Se llegó a las indicadas rocas, resguardado sin que nadie se apercibiera de su presencia.

Y allí estaba don Antonio, pulcramente vestido. Su traje de verano, claro; su guardapolvos, para evitar alguna inconveniente mancha; su sombrero jipi-japa (que algunos llamaban panamá), que más parecía un tocado elegante que una protección de la cabeza. Absorto en sus pensamientos, o en los trazos de su figuración. El carro desvencijado y abandonado, la vecina montaña, el verdor del campo...

Era un hombre erguido sobre su obra, el trazo firme de su pintura, el ademán arrogante... Era Maura, tal y como se lo pintaban todos. Firme, obstinado, pétreo... Y era además su oportunidad. Así que Cuevas saltaba de su escondrijo y avanzaba unos metros con el fin de que su puntería no se desviara de su objetivo, para que el disparo acertara en la cabeza del político: la única certeza de la eficacia.

Tendió el brazo derecho, afianzó el arma con su mano izquierda. Apenas tres metros le separaban de su posible víctima.

Sólo le quedaba hacer puntería...

Pero un ¡alto! Unas voces, una figura verde y un tricornio, la estampa de un guardia civil, al que seguiría otro, disuadirían a Cuevas del último acto, del definitivo de su atentado.

Reducido, tumbado en el suelo... entonces pudo entrever a Maura, que volvía su cabeza hacia él. El gesto grave, sereno, el pelo blanco en su cuidada barba, su cabeza cubierta, la tez morena... todo en él desprendía serenidad, quietud, distancia... Como si su objetivo no fuera sino una parte más del paisaje. Como si estuviera tan inerte como el carro o las rocas que estaba pintando.

Como si aquel hombre ya estuviera más allá de todo. De su vida, de su obra.

Como si ni siquiera la muerte le impresionara, porque ya la muerte nada podía contra él.

Destruído ya, Maura había adquirido la condición de un ser indestructible.

AGRADECIMIENTOS

A Alfonso Pérez–Maura, por su precisión documentalista, especialmente en los ámbitos familiar y personal de la vida de don Antonio Maura.

A Joan Francesc Pont, por su inapreciable facilitación del personaje del que toma cuerpo el Andrés Cuevas de esta obra.

A Josepe Irigaray, por su asesoramiento respecto del autobús entre Burguete y Pamplona.

BIBLIOGRAFÍA

ARRANZ, Luis. *Silvela*.

BECKMANN, Alexander. *Prison Memoirs of an anarchist*.

BOYD, Carolina P. *El rey soldado*.

CALVO POYATO, José. *Maura, la oportunidad perdida*.

CALZADA, Esther. *Germán Gamazo*.

CARR, Raymond. *España 1808–2008*.

DE RIQUER, Borja. *Alfonso XIII y Cambó*.

DEL VALLE, José Manuel. *Maura y la política social*.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. *Historia política de la España contemporánea*. GONZÁLEZ, Pedro Carlos. *El rey y la Corte*.

GONZÁLEZ, María Jesús. *Ciudadanía y acción (El conservadurismo maurista (1907–1923))*.

GONZÁLEZ, María Jesús. *El universo conservador de Antonio Maura*.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, José Juan. *Antonio Maura presidente del Consejo de Ministros de España. La legislación social.*

HALL, Morgan C. *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal. 1902–1923.*

HALL, Morgan C. *El rey imaginado.*

LARÍN, Ángeles. *El rey, piloto sin brújula.*

LORENZO, Anselmo. *La anarquía triunfante.*

MARCO, José María. *Antonio Maura. La política pura.*

MARÍN, Dolors. *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España.*

MARTÍ, Pep. *Uno de ellos.*

MARTORELL, Miguel. *José Sánchez–Guerra.*

MAURA, Antonio. Discurso leído ante la Real Academia de la Lengua en la recepción pública el día 29 de noviembre de 1903.

MAURA, Antonio. Discurso en el Teatro Real (1914).

MAURA, Antonio. Discurso de Beranga (1916).

MAURA, Antonio. Discurso en la plaza de toros de Madrid (1917).

MAURA, Antonio. *35 años de vida pública.*

MAURA, Fernando. *Últimos días de agosto.*

MAURA GAMAZO, Gabriel. *Dolor de España.*

MAURA GAMAZO, Gabriel. *Historia crítica del reinado de Alfonso XIII durante su minoridad.*

MAURA GAMAZO, Gabriel. *Reflexiones» confidencias y recuerdos.*

MAURA GAMAZO, Gabriel y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. *Por qué cayó Alfonso XIII.*

MAURA SALAS, Manuel. *La isla del ayer.*

MORENO LUZÓN, Javier. *Alfonso XIII, un político en el trono.*

MORENO LUZÓN, Javier. *El rey de los liberales.*

MORENO LUZÓN, Javier. *Romanones. Caciquismo y política liberal.*

NEBREDA, Joaquín. *Canalejas.*

ORTEGA Y GASSET, José. *Nueva y vieja política.*

OSSORIO Y GALLARDO, Ángel. *A la memoria de don Antonio Maura.*

PAZ, Abel. *Al pie del muro.*

PAZ, Abel. *Entre la niebla.*

PENDÁS, BENIGNO. *100 años de Gobierno Largo.*

PÉREZ-MAURA, Alfonso. *Antonio Maura en el aniversario del Gobierno Largo.*

PÉREZ-MAURA, Alfonso. *Atisbos de Can Maura.*

PÉREZ-MAURA, Alfonso. *Fondos de ultramar.*

PÉREZ-MAURA, Alfonso. *Los últimos años de Antonio Maura y sus intentos de subsanar la quiebra del régimen constitucional (8 de marzo de 1922 – 13 de diciembre de 1925).*

PÉREZ-MAURA, Alfonso. *Maura. Constante apelación a la participación ciudadana.* PÉREZ-MAURA, Ramón. *Antonio Maura en el aniversario del Gobierno Largo.* POYATO, José Calvo. *Maura, la oportunidad perdida.*

ROBLES PIQUER, Carlos. *100 años de Gobierno Largo.*

ROMERO MAURA, Joaquín. *El caciquismo. Historia general de España.*

ROMERO MAURA, Joaquín. *El choque de Maura y Ferrer.*

ROMERO MAURA, Joaquín. *España 1808–2008* (Libro coordinado por Carr, Raymond).

ROMERO MAURA, Joaquín. *La Romana del diablo.*

ROMERO MAURA, Joaquín. *La Semana Trágica.*

ROVIRA, Prudencio. *Cartas son cartas.*

ROVIRA, Prudencio. *Maura acuarelista.*

RUBIO GARCÍA-MINA, Javier. *Antonio Maura en el aniversario del Gobierno Largo.* SAND, George. *Un invierno en Mallorca.*

SECO SERRANO, Carlos. *Historia del conservadurismo español.*

SECO SERRANO, Carlos. *La España de Alfonso XIII. El Estado, la política, los movimientos sociales.*

SEVILLA ANDRÉS, Diego. Antonio Maura. *La revolución desde arriba.*

SILIÓ, César. *Memorias.*

SILIÓ, César. *Vida y empresas de un gran español.*

TERREROS, Gonzalo. *Antonio Maura y la cuestión marroquí.*

TUCHMAN, Barbara. *La torre del orgullo.*

TUSELL, Javier y QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Alfonso XIII, el rey polémico.*

VARELA ORTEGA, José. *Los amigos políticos.*

VELARDE FUENTES, Juan. *Antonio Maura en el aniversario del Gobierno Largo.*



ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO MAURA (Bilbao, 1955) es abogado, político y escritor. Ha sido concejal en el ayuntamiento de Bilbao, parlamentario vasco, parlamentario europeo y diputado en el Congreso. Es autor de una crónica de los «años de hierro» en el País Vasco (*Sin perder la dignidad*, Temas de hoy) así como de diversas novelas. En la actualidad es socio de Crowe abogados.